

MANUEL F. BARRANCO

4F

1 ... no reelect

Propiedad de los hijos de Manuel F. Barra

POESÍAS LÍRICAS

DE LA

SEÑORA DOÑA GERTRUDIS GOMEZ

DE AVELLANEDA.

MADRID:
LIBRERÍA DE **LEOCADIO LOPEZ**, EDITOR,
calle del Cármen, número 13.
1877.

MADRID, 1877.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.ª
(sucesores de Rivadeneyra), Impresores de Cámara de S. M.

Dedico esta Coleccion completa de mis Obras, en pequeña demostracion de grande afecto, á mi Isla natal, á la hermosa Cuba.

Gertrudis Gomez de Avellaneda.

PRÓLOGO

ESCRITO

POR EL EXCMO. SR. D. J. N. GALLEGO,

EN EL PRIMER TOMO DE ESTAS POESÍAS, CUANDO SE HIZO SU PRIMERA IMPRESION.

Si para hacer versos son menester reposo y tranquilidad de espíritu, segun el dicho de Ovidio Nason, elevado á máxima por el asenso y conformidad de diez y nueve siglos, es preciso convenir en que los españoles tenemos el asombroso privilegio de desmentir aquel axioma, haciendo perder á las Musas el miedo al estruendo y horrores de la guerra civil y á las no ménos ruidosas escenas de los disturbios políticos, que nos afligen hace no pocos años. Sin contar con los muchos poetas de reconocido mérito, de que se gloría Madrid, apénas pasa un mes sin que las prensas periódicas nos ofrezcan nuevas composiciones, y nombres nuevos que aumentan el crecido catálogo de los alumnos de las Musas, no siendo menor proporcionalmente el número de los que lucen su talento poético en las capitales de nuestras provincias. No es, pues, extraño que una aficion, de suyo contagiosa y halagüeña, se haya comunicado al bello sexo, llegando ya por lo ménos á seis las damas españolas que sabemos cultivan la lengua de los dioses. Verdad es que algunas, por timidez y desconfianza, se contentan con leer sus composiciones en la reducida sociedad de sus amigos, ó cuando más en el benévolo y urbano salon del Liceo, donde están seguras de encontrar oyentes que

las animen y aplaudan, y no censores que las critiquen. Pero no hace mucho que presentó al público un tomo de poesías, no escasas de mérito, una señora barcelonesa, y nos han asegurado que dentro de algunos meses saldrán á luz las de otra extremeña (1). Si á éstas se añaden las que contiene el presente volúmen, fruto del gran talento y ardiente aficion de *la señorita doña Gertrudis Gomez de Avellaneda*, de quien ya el público ha visto muestras repetidas, podemos blasonar de poseer mayor número de poetisas en este siglo que cuenta el Parnaso español en el largo periodo trascurrido desde Juan de Mena hasta nuestros dias. Paisana y contemporánea de Garcilaso fué la célebre *Luisa Sigea*, de universal nombradía en aquellos tiempos, y en los nuestros enteramente olvidada, que escribió varios poemas latinos, y mantuvo correspondencia literaria hasta con algunos papas de su época. Mas no tuvo, ni era fácil que tuviese, imitadoras: pasar la vida en áridos y largos estudios no es ni puede ser el destino de una mujer, y ménos en un tiempo en que la poesía y la lengua vulgar, ántes menospreciadas por cuantos aspiraban al título de sabios, iban elevándose á la altura á que llegaron muy pronto por los esfuerzos de los escritores de aquel mismo siglo. *Luisa Sigea* apareció como un fenómeno más digno de admiracion que de ser imitado, y el idioma latino, circunscrito desde entónces al santuario de la ciencias, se consideró por la opinion general como impropio del bello sexo, y áun como funesto y de mal agüero para las que tuviesen la extravagancia de dedicarse á su estudio, segun lo comprueba un refran castellano, que más de una vez oimos en nuestras niñeces (2).

La publicacion de un tomo de poesías, áun en lengua vulgar, escritas por una mujer, no es cosa muy frecuente en ningun país;

---

(1) Alude sin duda el Sr. Gallego á las señoritas Masanes y Coronado.

(2)
Dos cosas tienen mal fin:
El niño que bebe vino,
Y mujer que habla latin.

en el nuestro es rarísima. De algunas hacen mencion los escritores del siglo XVII, y en especial Lope de Vega en su *Laurel de Apolo,* donde hacinó, como en un almacen, muy cerca de trescientos poetas castellanos, y entre éstos una docena de poetisas. Pero no habiendo llegado hasta nosotros las obras de ninguna de ellas, es de presumir que sus versos fueron pocos en número y mero pasatiempo de sociedad. Tal vez nuestros diligentes bibliógrafos habrán conseguido desenterrar algunas de sus composiciones; nosotros no recordamos haber visto sino tal cual fragmento en otros libros. Así puede asegurarse que las primeras obras poéticas que, por su variedad, extension y crédito, merecen el título de tales, son las de *Sor Juana Ines de la Cruz*, monja de Méjico, en cuyo elogio se escribieron tomos enteros, mereciendo á sus coetáneos el nombre de la *Décima Musa*, y contando entre sus panegiristas al erudito Feijóo. Y ciertamente, si una gran capacidad, mucha lectura y un vivo y agudo ingenio bastasen á justificar tan desmedidos encomios, fuera muy digna de ellos la poetisa mejicana; pero tuvo la mala suerte de vivir en el último tercio del siglo XVII, tiempos los más infelices de la literatura española, y sus versos, atestados de las extravagancias gongorinas y de los conceptos pueriles y alambicados, que estaban entónces en el más alto aprecio, yacen entre el polvo de las bibliotecas desde la restauracion del buen gusto. Más de otro siglo trascurrió sin que se volviese á oir en boca femenina el acento de las Musas castellanas, hasta que en nuestros dias publicó *doña Rosa Galvez* un tomo de versos, de tal medianía que en solos treinta años han desaparecido de la memoria de las gentes los versos y su autora.

Nadie puede negar á las mujeres españolas talento claro, viveza de ingenio, imaginacion fecunda y fogosa, sensibilidad exquisita. ¿En qué, pues, consiste que con tales dotes haya sido tan escaso el número de nuestras poetisas? Desacreditada ya, muchos años hace, la opinion absurda de que toda clase de ilustracion era perniciosa á las mujeres, opinion que tan autorizada

estuvo en la primera mitad del último siglo, y siendo tan general en el bello sexo la aficion á las lecturas amenas, la asistencia al teatro, al estudio de los idiomas italiano y frances, y el de la música y el dibujo, especialmente en la córte y en las primeras capitales de provincia, ¿cómo es que hay tan pocas que despunten por componer versos, y ménos que se atrevan á publicarlos? No es difícil descubrir las causas, que en nuestra opinion no son otras que el temor *del ridículo*, y ciertas preocupaciones de que vemos poseidas á muchas personas que se ofenderian de que se las llamase vulgo. A lo primero han contribuido muy principalmente los poetas satíricos de todas las épocas, los cuales, por lisonjear el orgullo varonil, se han extremado en ridiculizar en las mujeres la aficion á las letras. Algunas de nuestras comedias antiguas, la de *Las Mujeres sábias* de Molière, la del *Café* de Moratin, y la *Proclama del Solteron* de Vargas Ponce, bastan y sobran para intimidar á las más audaces, y el apodo de doctoras y marisabidillas les pone espanto. Por otra parte, es sobrado comun la creencia de que el talento de hacer versos está siempre asociado á un carácter raro y estrambótico; que la vena de poeta y la de loco son confines, y que la mujer dada á tales estudios es incapaz de atender á los cuidados domésticos, á los deberes de la maternidad, y á las labores del bastidor y de la almohadilla. Este concepto es tan general, que muchos de aquellos mismos que ensalzan hasta las nubes las obras literarias de una mujer, y encarecen su instruccion y talento, son los primeros que por esta sola circunstancia la rehusarian por esposa. Mucho nos engañamos si tal creencia no es injusta y hasta irracional en alto grado, pues no comprendemos por qué hayan de considerarse en una señorita como habilidades que realzan su valor la música y el dibujo, y como demérito la aficion á la poesía. Sin poner en duda que el cumplimiento de los deberes domésticos y conyugales es la primera y esencial ocupacion de una mujer casada, no se concibe que en los ratos ociosos degrade más su carácter, ni rebaje su mérito, componer una letrilla que

tocar un wals en el piano, pintar una flor ó dibujar una cabeza.

Para sobreponerse á tan absurda como general preocupacion, y dedicarse con empeño y constancia al cultivo de la poesía, es preciso reunir á una aficion que raye en entusiasmo, una firme voluntad y fuerza de carácter, que no se dejen acobardar por vulgares prevenciones. Tales son las dotes con que, junto con un gran talento, plugo al cielo enriquecer á *doña Gertrudis Gomez de Avellaneda.* Hiriendo vivamente su imaginacion la gloria de los grandes poetas, halagando la delicadeza de su oido la armonía de los buenos versos, y enardeciendo su mente los hechos heroicos, y todos los sentimientos de las almas nobles y generosas, fué para ella desde sus primeros años el estudio una pasion, y el cultivo de la poesía un deber imperioso, ó más bien una necesidad irresistible. Las calidades que más caracterizan sus composiciones son la gravedad y elevacion de los pensamientos, la abundancia y propiedad de las imágenes, y una versificacion siempre igual, armoniosa y robusta. Todo en sus cantos es nervioso y varonil; así cuesta trabajo persuadirse que no son obra de un escritor del otro sexo. No brillan tanto en ellos los movimientos de ternura, ni las formas blandas y delicadas, propias de un pecho femenil y de la dulce languidez que infunde en sus hijas el sol ardiente de los trópicos, que alumbró su cuna. Sin embargo, sabe ser afectuosa cuando quiere, como en el soneto de *Á Cuba*, que puede competir con los mejores de nuestro Parnaso; en las composiciones *Á su Madre*, *Á un Niño dormido*, y en su *Plegaria á la Vírgen.* Quien despues de haber leido las estrofas *Á la Poesía*, *la Juventud*, *la Esperanza*, y las magníficas octavas *El Genio*, recorra los graciosos juguetes de *la Mariposa* y *del Gilguero;* el que, admirado del profundo y filosófico pensamiento que domina en la composicion *A Francia*, contemple la dulce y poética entonacion de las quintillas *A Él*, ó bien el donaire y soltura inimitable de *El paseo por el Bétis*, no podrá dejar de sorprenderse de la flexibilidad de su talento. No causa ménos asombro la maestría con que ha sabido interpretar

en verso castellano las inspiraciones de *Lamartine*, y singularmente la que tiene por título *Napoleon* (1). Pruebe por gusto á traducirla el poeta más ejercitado en tan difícil tarea, y verá si sale de la empresa tan airoso como la poetisa cubana. Tambien ha querido divertirse en traducir algunas composiciones de *Víctor Hugo*, y entre ellas la intitulada *Los Duendes*, asunto ridículo y pueril en su fondo, y á fe que sentimos verle ocupar algunas páginas en este precioso volúmen. Cabalmente los versos de la traductora no son tan fluidos y esmerados como sus compañeros, pudiendo creerse que la rectitud de su juicio ponia obstáculos á la facilidad de su númen, resistiéndose á complacerla en semejante capricho.

Otras composiciones hay, como *La Felicidad*, *Al Mar*, *Á la Luna*, *El Cementerio*, *La Contemplacion*, en las cuales, al lado de las ideas nobles y de la elevacion de espíritu que distinguen á nuestra poetisa, se notan ciertos suspiros de desaliento, desengaño y saciedad de la vida, que harán creer al lector (como nosotros lo creimos al ver algunas muestras en un periódico de Cádiz) que son fruto de la edad madura, de esperanzas frustradas, de ilusiones desvanecidas por una larga y costosa experiencia. ¡Cuál fué, pues, nuestro asombro cuando nos encontramos con una señorita de veinte y cinco años, en estremo agraciada, viva y llena de atractivos! Entónces no nos fué posible dejar de sonreirnos, de reconocer y admirar la fuerza del ejemplo, por más que la sana razon lo califique de extravagante y absurdo. Tal es la manía de la época; jóvenes robustos y de pocos años se lamentan del ningun aliciente que les ofrece este valle de lágrimas. Para ellos es ya la vida una carga insoportable; la beldad no les

---

(1) La traduccion á que se refiere el Sr. Gallego, refundida notablemente por su autora, aparece en esta edicion con tantos rasgos ajenos al original frances, que no se la puede ya calificar meramente de buena traduccion. Júzguelo el lector, cotejando la obra de la Sra. Avellaneda con la de Mr. de Lamartine. (*Nota de los Editores actuales.*)

inspira sino desvío, repugnancia, ó raptos frenéticos de pasion, cuyo término es el ataud. Para ellos el estudio no tiene halago, el campo amenidad, el cielo alegría, la sociedad placeres. El mundo no puede comprenderlos; todo en él les es violento, extraño, como á peces fuera del agua, ó como á individuos de otro planeta caidos de pronto en este suelo mortífero y peregrino. Posible es que la señorita de Avellaneda tenga fundadas razones para estar disgustada hasta el punto de pintarse consumida de tedio (tal es el asunto de uno de sus más bien torneados sonetos), cuando su condicion social, sus pocos años y sus dotes personales debieran lisonjearla infinito; pero es harto más probable que esté algun tanto contagiada de la manía del siglo, y sea más facticio que real el desaliento que nos pinta en algunas de sus composiciones. Acaso tendrán en esto no pequeña influencia las horas desusadas que dedica á su estudio, y suelen ser desde la una á las cuatro de la mañana. ¿Cómo es posible que la solemne soledad y el profundo silencio de la alta noche dejen de inspirarle ideas lúgubres é imágenes nada risueñas?

Dando ya fin á este ligero repaso, quizá demasiado largo para un prólogo, mencionarémos la composicion *Á La Muerte de Heredia*, una de las más perfectas del cuaderno, y en la cual resplandecen rasgos sublimes de sentimiento, de conformidad filosófica y de amor á la poesía, expresados en hermosísimos versos, desnudos de bambolla y afectadas exageraciones. Sin duda los cantos del *Cisne del Niágara* avivaron en su alma juvenil la chispa eléctrica de un talento que puede consolar á Cuba de la pérdida de su vate malogrado; pues no redunda escasa gloria á la *Perla de las Antillas* de contar entre sus hijos á la *Señorita de Avellaneda*, á quien nadie, sin hacerle agravio, puede negar la primacía sobre cuantas personas de su sexo han pulsado la lira castellana, así en este como en los pasados siglos.

JUAN NICASIO GALLEGO.

Madrid, *Noviembre de* 1841.

NOTICIA BIOGRÁFICA

DE LA

EXCMA. SRA. D.ª GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA
DE SABATER.

HAY una época en nuestra vida, en la cual leemos con avidez, con placer vivísimo, con emocion profunda, las producciones del talento humano y las creaciones de la imaginacion, sin que reparemos siquiera en el nombre del autor del libro que cae en nuestras manos. De tal manera se confunde entónces la verdad de la narracion y de los sentimientos con la realidad de la vida, que nos parece que los héroes cuyas glorias nos exaltan, ó cuyos infortunios nos hacen llorar, nos han legado ellos mismos aquellas páginas, nos han contado ellos mismos sus historias. Así hemos leido en nuestra infancia á *Pablo y Virginia*, el *Quijote*, las *Cartas de Eleoisa y Abelardo*, el *Robinson Crousoe;* y pasan despues muchos años ántes que nos ocupemos de quiénes fueron Cervántes y Pope, De Foe y Bernardino Saint-Pierre. Hubo así tambien una edad en la historia de las letras, en que de tal manera se identificó la existencia de los poetas con los asuntos de sus cantos, que el mundo no conoció otra cosa de su vida que las creaciones de su genio. Parecidos en esto á Dios, que nos es desconocido en su esencia misteriosa, y á quien sólo comprendemos en las obras de su omnipotencia, los antiguos pueblos conservaron con adoracion piadosa los libros de Homero, los poemas de Hesiodo, las odas de Píndaro y Tirteo, los versos de Sa-

fo y Anacreonte, sin dejarnos casi noticia alguna de aquellos sucesos y pormenores en que sus deidades literarias se parecian á los demas mortales. Cúpoles la misma ó muy parecida suerte á los escritores del siglo de Augusto; y no fueron mucho ménos respetuosos nuestros padres respecto á los grandes genios y semidivinas celebridades de aquella lireratura que empieza en Dante, casi desconocido, para concluir en las vidas, poco ménos que fabulosas, de Cervántes y de Quevedo. La Laura de Petrarca es un misterio; la Eleonora de Herrera un emblema; de Camoens apénas se sabe la muerte; la vida de Shakespeare es un cuento; las de Moreto y de Tirso, misterios impenetrables; de Molière no se conocia, hasta hace poco, ni el padre, ni la mujer, ni su verdadero apellido siquiera; y acerca de Lope y Calderon, seguros estamos de que el más erudito biógrafo no podrá escribir con verdad tantas líneas cuantas componen los títulos de sus obras. La edad presente ha llamado á esta ignorancia ingratitud y olvido: si nuestros padres se levantáran, puede ser que dijeran que era una apoteósis lo que ellos hacian; que es una profanacion lo que estamos haciendo nosotros.

Los tiempos modernos no consienten esta ignorancia; no quieren que haya nubes, aunque sean de incienso, en torno de los sepulcros. Es menester desenterrar los cráneos donde se aposentaron las inteligencias de Newton y de Leibnitz, para medirlos por la trigonometría; es menester exhumar los huesos del Tasso, de Quevedo, de Milton, de Calderon para hacer su análisis química. La vida que revelan las obras del ingenio ó de la ciencia no basta: son los ricos paños de un ropaje rozagante que envuelve con demasiada majestad á las figuras que le llevan, y el público de nuestros dias quiere ver á sus héroes sin pedestal y sin velos, como hacen los mercaderes de esclavos con su mercancía en los bazares del Oriente.

No nos toca analizar el orígen, ni profundizar la índole de esta curiosidad: es un gusto, un instinto, una necesidad de la época. Tenemos que someternos á ella. Pero al exponer la biografía de

la eminente escritora, cuyas obras damos hoy á luz, hemos querido manifestar cómo considerábamos nuestra obligacion, de qué manera comprendiamos nuestra tarea y nuestro empeño. La verdadera, la interesante historia de una existencia literaria, son sus obras: en la ocasion presente la presentamos por completo. El poeta eminente que se llama Señora de Avellaneda, tiene por patria á su siglo, aunque el lugar de su cuna haya sido la zona ardiente de las Antillas: fueron sus padres Herrera y Rioja, Quintana y Heredia, Calderon, Corneille y Racine, Byron y Chateaubriand, Schiller y Waltter Scot. Los destellos de su infancia precoz, allá en una region donde el sol abrasa desde la aurora, fueron traducciones de Corneille y de Voltaire, que representaba despues; un drama de *Hernan Cortés*, y otras producciones, perdidas todas en el olvido de sus infantiles aspiraciones: su ardiente juventud dilatóse bajo el cielo de España con sus versos *Al mar*, *Á él*, *Á la poesía*, con *Amor y orgullo*, y con su novela *Sab*: su pujante y robusta virilidad se señala con *Alfonso Munio*, con *Saúl*, con su oda *Á la Cruz*: su decadencia y su muerte..... ésas no han aparecido todavía; ésas no se presentan nunca en la vida de aquellos talentos que desaparecen en el cielo, como Elías en su carro: la decadencia y la muerte pertenecen á la vida física y mortal; y la piadosa severidad de la crítica arranca siempre de las flores queridas de su eden literario, aquellas lacias y amarillentas hojas que nacen al fin del otoño para anunciar la hora de retirar la maceta espléndida al invernáculo de la gloria. La señora de Avellaneda conserva todo su esmalte, todo su perfume. Séale áun por largos dias la luz brillante, y el aire blando, y el cielo amigo; y no veamos nosotros el tiempo en que debamos encomendarla á la levedad de la tierra.

Sobre ese pedestal, que ella misma levanta, descuella su estatua animada y majestuosa. Ésa es la que contemplarán con amor y admiracion los que lean sus versos, los que tengan corazon y simpatía para las vibraciones de la lira privilegiadamente sonora y arrebatadamente armoniosa, que pulsa en toda la exten-

sion de sus inmensas facultades. Para ellos cada oda será un acontecimiento, cada página una aventura, cada drama una sorprendente peripecia, cada nuevo pensamiento, cada combinacion métrica inventada, una aparicion brillante y con estrepitosos aplausos acogida. Para el público ménos entusiasta y más analítico, para los que quieren penetrar, á traves de los rayos luminosos de la poesía, en la existencia opaca y positiva que le es comun con todas las otras humanas criaturas; para los que tienen gusto en saber cuántos piés de estatura mide el arquitecto que levantó esa pirámide, poco será nuestro trabajo. En derredor de ese zócalo trazarémos una inscripcion modesta y sucinta, sencilla y breve, como es breve, simple y monótona, y hasta con frecuencia vulgar, la vida exterior de aquellos seres que obran en el mundo por la accion del espíritu, por el influjo del pensamiento; cuya presencia se manifiesta por el alcance de la voz, por la resonancia del canto.....

La Señora Doña Gertrudis Gomez de Avellaneda vió la luz primera en la ciudad de Puerto-Príncipe, en la isla de Cuba, el año de 1816. Fueron sus padres el Comandante de marina de aquel puerto, capitan de navío, D. Manuel Gomez de Avellaneda, natural de Constantina en la provincia de Sevilla, y doña Francisca de Arteaga, hija del país, aunque de familia española. Su educacion, en una ciudad entónces harto atrasada, sin escuela y sin teatro, fué solamente, despues de la que sus padres le dieron, la que con su inteligencia y su infantil aficion á la poesía se procuró á sí misma. Desde los primeros años hizo versos; desde su precoz adolescencia compuso dramas. Como todos los poetas, en su infancia sufrió la contradiccion paterna hácia una aficion que la prudencia del mundo suele confundir con los vicios ó con las malas inclinaciones; y como acontece tambien á todos

los poetas, esta contrariedad avivó en ella el amor al arte que habia de ser su destino.

Murió su padre dejándola muy niña; y casada su madre en segundas nupcias con el coronel español Escalada, viniéronse á Europa en 1836, trayéndose consigo á Gertrudis, que arribó con su familia á Francia y vivió en Burdeos algunos meses: fueron despues á residir en la Coruña, patria de su padre político, y tanto en el clima del Mediodía de Francia, como en el del Norte de la Península, la hija de los trópicos, que habia deseado con incesante afan trasladarse á Europa, hubo de sentir vivísimamente la nostalgia producida por la pérdida del esplendoroso sol, y la lejanía de la ardiente zona donde sus primeros años habian crecido entre palmeras y piñas. Sin embargo, la distraccion de estos melancólicos recuerdos era la misma que habia sido la de sus impacientes deseos. En una y otra situacion escribia versos; que poco importa para avivar la pira donde hay combustibles, que el viento sople del aterido Aquilon ó del ardiente Mediodía.

Al cabo de dos años quiso visitar la casa solariega de su padre, y embarcándose para Andalucía, con su hermano, residió alternativamente en Cádiz, en Sevilla y en Constantina, hasta fines de 1840, en que vino á Madrid precedida de la fama que le habia dado la publicacion de algunas poesías líricas, firmadas con el conocido seudónimo de la *Peregrina*. Era entónces la época de la vida y del movimiento literario, que habia despertado en nuestra patria á impulsos y con el calor de la agitacion política, para debilitarse y casi extinguirse (muy al reves de lo que algunos creian) cuando ésta disminuyera. La sociedad madrileña vivia de guerra, de política y de poesía: figuraban poco aún la banca y la bolsa, y el baile escénico era desconocido. El parte de una batalla en Navarra, una oda de Zorrilla ó de Espronceda, un drama de García Gutierrez ó de Hartzenbusch, la noticia de un prounciamiento, una discusion borrascosa en el Congreso, una sesion del Liceo, conmovian y preocupaban igualmente al público de la capital en aquellos años de actividad ju-

venil, de ardor desinteresado, de entusiasmo generoso, que se habia comunicado á todas las provincias. La señorita de Avellaneda llegó á Madrid cuando ya este período declinaba; pero áun vino á tiempo de atizar con vivas llamaradas el fuego encendido en el ara de las musas. Presentóse en el Parnaso madrileño con las guirnaldas que habian ya enlazado á sus sienes los liceos de Sevilla, de Málaga, de Granada; con el estímulo lisonjero de las justas alabanzas que le habian tributado los periódicos literarios y los escritores distinguidos, señalándose entre éstos el eminente crítico, el preceptor ilustre, el poeta insigne, última y apagada antorcha de la escuela sevillana, D. Alberto Lista. La aparicion de la señorita Avellaneda en el círculo literario de la capital le señaló desde luégo el verdadero lugar que la correspondia. A pesar de las prevenciones que reinan en la sociedad contra las mujeres escritores, *Tula*, que es el nombre familiar que la dan sus amigos, dominó todos los recelos y acalló todas las antipatías con la superioridad reconocida de un inmenso talento, con el poder de una ispiracion vigorosa y viril, con el clasicismo, buen gusto y elegancia de una forma siempre pura y correcta, de un lenguaje cuyo fácil manejo y singular maestría contrastaban ciertamente en una mujer con los descuidos ó extravíos que se permitian, ó de que no sabian prescindir, muchos hombres. Habíase esperado encontrar en ella una distinguida poetisa: no era eso nuestra escritora: fué colocada desde luégo en el primer rango de nuestros mejores poetas. Uno de los más célebres y justamente populares ingenios dijo de ella, al oir una de sus composiciones:—*Es mucho hombre esta mujer.*—Y aunque las no comunes gracias y atractivos personales, que tan privilegiadamente adornan á la ilustre cubana, hiciesen brotar en derredor suyo sentimientos é impresiones harto distintos de los que revela el dicho agudo del poeta cómico, la verdad es que en el círculo de la literatura se olvidó su sexo hasta para realzar la admiracion y el mérito. Los escritores más notables de la capital, sin distincion de edades ni de escuelas, la rodearon desde entónces

con homenajes de amistad y de entusiasmo, que se tributaban exclusivamente al talento, á la inspiracion, al genio. El Sr. Duque de Frias, D. Juan Nicásio Gallego, D. Manuel Quintana, Espronceda, Zorrilla, Carcía Tassara, Roca de Togores, Pastor Diaz, Breton, Hartzenbusch, y otros muchos literatos de mayor ó menor nombradía, han sido desde entónces sus consecuentes amigos, ó sus apasionados admiradores. De algunos recibió consejos; de muchos estímulo y aliento; de todos aquella comunicacion de pensamientos, de ideas, de impresiones, que necesita el talento para vivir y desarrollarse, como las flores y las plantas necesitan la luz y el aire para crecer y matizarse: de ninguno cooperacion ni guía; de ninguno alabanzas que no fueran sínceras. El talento y el gusto de la señorita de Avellaneda eran demasiado originales y espontáneos para sufrir direccion y auxilio, así como su superioridad demasiado grande para que rechazára cual ofensa la censura, para que no agradeciera la crítica, para que admitiera lisonjas y adulaciones.

Del año 1841 á 1843 dió al púbico un volúmen de poesías líricas, su novela *Sab*, que habia escrito recien-llegada de América, y otra novela intitúlada *Dos Mujeres:* poco despues escribió el *Espatolino* y la *Baronesa de Youx.* No bastaba empero á su actividad literaria ni la fecundidad de su pluma, ni la publicidad de la prensa. Desde sus más tiernos años habia aspirado á tender sus alas por una region más alta, la más alta de la poesia antigua, la más encumbrada tambien en la literatura moderna. Cuando niña, habia compuesto dramas para representarlos con sus amigas en una poblacion donde no habia teatro. En Europa, en España, tuvo la ambicion de escribir una tragedia para un público, para una escena, para una época en que la tragedia clásica estaba completamente caida. La señorita de Avellaneda la levantó: la representacion de su *Alfonso Munio* no fué solamente la glorificacion de su autora; fué un triunfo mayor para el arte. Aquella noche de entusiasmo y de ovacion, en que llovieron guirnaldas á sus piés y hubo serenatas á sus puertas, no fué un

acontecimiento particular de su vida: fué un gran suceso para el teatro. Aquellas coronas caian sobre la frente de la Melpómene castellana.

Dió despues todavía á la escena *El Príncipe de Viana*, y escribió para beneficio de doña Bárbara La-Madrid un drama titulado *Egilona*, producciones ambas que hubieran entusiasmado vivamente al público, si no se hubieran encontrado con el rival más temible que puede tener un autor literario. Este rival es el autor mismo, cuando ha escrito obras mejores ó en circunstancias más favorables: aquel rival que encontró el autor del *Page* en el autor del *Trovador;* aquel rival que tiene el autor de *Doña Mencía* en el de *Los Amantes de Teruel;* aquel rival que tuvo el autor de *Británico* en el autor de *Fedra;* aquel rival que eclipsó al novelista de *Persiles y Sigismunda* con el nombre de *Cide Hamete Benengeli;* aquel rival poderoso que habia encontrado ya el viejo narrador de la *Odisea* en el poema del cantor de Aquíles.

Pasaba esto á mediados del año 44, y la musa fecunda de nuestra escritora enmudeció largos meses, en un silencio que hubiera podido calificarse de pereza, si tantos trabajos concluidos en ménos de tres años no fueran justo título para llamarlo reposo. Pero en 1845 el Liceo de Madrid abrió un certámen poético, proponiendo un premio y un accésit á las dos odas mejores que se escribieran celebrando la clemencia de S. M. la Reina, que habia indultado de la pena capital á un desgraciado reo político. El filantrópico civismo del Sr. D. Vicente Bertran de Lis habia consagrado á este acto la suma necesaria para los premios, como piadoso sufragio, como ofrenda votiva á la memoria de una víctima ilustre y allegada, que no habia encontrado un dia en el camino del suplicio la mano salvadora de una Isabel. Espirado el plazo y juzgadas las piezas presentadas, el jurado respetable de aquel certámen adjudicó los premios á dos bellísimas composiciones. Abiertos los pliegos, vióse que el accésit correspondia á una que firmaba la señorita de Avellaneda; pero la premiada en primer lugar llevaba el nombre de D. Felipe Escalada, desconocido

enteramente de la sociedad literaria. Los jueces y el público, justamente extrañados de esta circunstancia, inquirieron con avidez quién era aquel ignorado paladin que con tan reluciente armadura se presentaba en el campo de las letras. Pero el nuevo campeon, alzando su visera, apareció no ser otro que la misma señorita de Avellaneda que habia ganado el accésit, y que habia puesto á su segunda composicion el nombre de un hermano suyo de parte de madre, jóven oficial de ingenieros. Grande fué el clamoreo de admiracion y asombro con que se acogió la noticia de este doble triunfo, del cual no ofrecian ejemplos los fastos de los certámenes literarios : grande fué tambien la solemnidad y pompa con que el Liceo celebró el alto merecimiento de su privilegiada poetisa. Una inmensa concurrencia se reunió en aquellos salones, todavía espléndidos y animados entónces, para admirar en la dulce cantora de la clemencia real, el terrible y severo poeta de Alfonso Múnio : el Liceo, ademas de los premios señalados, le presentó una corona de laurel de oro, que, en ausencia de S. M. la Reina, colocó sobre sus sienes S. A. el Sr. Infante D. Francisco..... La corona triunfal del Tasso habia adornado solamente un ataud : el áureo laurel de nuestra escritora fué su guirnalda nupcial; guirnalda, empero, que estaba fatalmente destinada á colgarse tambien en el mármol de un sepulcro.

Hasta aquella época todos los sucesos de la vida de la señorita de Avellaneda habian sido literarios. A principios del año 46 hubo en su existencia doméstica un gran acontecimiento. Tocada del tierno interes y de la pasion profunda que la habia consagrado D. Pedro Sabater, jóven de distinguido talento, diputado á Córtes y jefe político de Madrid en aquella época, se resolvió á darle su mano. Fué de parte de nuestra escritora, más bien que la recompensa de un encendido amor, una compasion delicada, un consuelo con que quiso endulzar los últimos dias de la existencia de su buen amigo. No se le ocultaba la situacion en que se hallaba su esposo. Atacado Sabater, en medio de las apariencias de una salud robusta, por una laringitis peligrosa y tenaz, que

habia resistido á todos los esfuerzos del arte, harto presentia nuestra escritora que el tálamo que se la ofrecia era el nicho de un cementerio, y que en el drama del matrimonio no le tocaba hacer otro papel que el de enfermera. ¡No se engañó! La mujer poeta, la escritora descuidada de los intereses de la vida, la hija ardiente de los trópicos, el carácter varonil poco hecho á los pormenores y cuidados de la existencia doméstica, hizo lugar á la ternura más femenina, al desempeño asiduo de las más caseras obligaciones, á una solicitud minuciosa, en la que los sentimientos de la buena esposa se daban la mano con el religioso celo de la hermana de la caridad. No se acostó nunca en las largas noches que pasó velando al lado del lecho de aquel enfermo querido; no consintió que criado alguno le sirviese: le acompañó, casi moribundo, en un viaje que hizo á París para consultar á los médicos célebres de aquella capital; presenció con esforzada y dolorosa resignacion la operacion tremenda de la traqueotomia, que le hizo Mr. Trousseau; y á los pocos dias, en el mes de Agosto del año mismo en que se habia casado, al llegar á Burdeos de vuelta para España, recibió el último suspiro de su esposo, encontrándose desamparada, sola y en tierra extraña, con un cadáver en los brazos. Entónces vino en su auxilio el ángel consolador de la vida triste; entónces fortificó sus desfallecidos miembros aquella agua de vida, que á veces en los corazones duros ó fuertes no brota hasta que los hiende el golpe de la desgracia, como la vara de Moisés á la peña del desierto. Para las ligeras penas de su juventud habia tenido refugio y consuelo en el entusiasmo literario: en su viudez y desamparo descendió sobre ella el espíritu religioso, y se encerró por algunos meses en el convento de Loreto de Burdeos, dando en aquel retiro libre carrera á su dolor, y dilatado vuelo á su exaltacion religiosa. Regresó á Madrid en fin de aquel año; pero tardó mucho en volver á parecer en el mundo; y áun podemos decir con verdad que, si bien en sus producciones posteriores no han flaqueado en nada el vigor y la lozanía de su talento, sin embargo, su poesía parece

desde entónces un tanto velada con aquella sombra solemne que dan los cipreses mortuorios; un tanto contenida en aquella majestad severa que impone la proximidad de una tumba.

Desde esta época, cuyo término se señala con la publicacion del *Guatimozin*, las producciones de nuestra autora apénas son conocidas del público. Sus padecimientos de nervios y un ataque tenaz á los ojos; sus pesares domésticos, y aquel disgusto del mundo que á cierta edad se apodera con tanta amargura de las personas entusiastas y poéticas — que ven disipadas sus ilusiones ante la realidad inexorable de la vida, y que, sin embargo, no se avienen, no caben en esta realidad — han paralizado algun tanto la carrera de sus trabajos, si atendemos á las fuerzas y medios de que podia utilizarse una actividad ménos desalentada. Sin embargo, todavía los periódicos publicaron hace un año una novelita suya titulada *La velada del helecho, ó el donativo del Diablo;* todavía leyó en las últimas sesiones del Liceo su magnífico canto *Á la Cruz;* todavía la empresa de la Publicidad conserva inédito un *devocionario*, en que la autora desahogó el fervor de su exaltacion religiosa durante el período de sus desgracias y tristezas; todavía ha presentado á la junta del Teatro español un drama titulado *Recaredo;* todavía se ocupa en concluir dos novelas, la una con el título de *Dolores*, la otra con el de *Los Merodeadores del siglo* XV (1); todavía, en fin, se representó hace pocos meses su admirable tragedia bíblica *Saúl*, la cual, si es verdad que — por no caber materialmente en las dimensiones y medios de nuestro primer coliseo dramático, ni acomodarse bastante al carácter y facultades de los actores — no apareció en la escena como la habia concebido y creado la imaginacion y el genio de su autora, esperamos que algun dia, más propicio á la fortuna de nuestro teatro, ocupará en el repertorio trágico el mismo ase-

(1) Esta novela no llegó á publicarse por haber perdido la autora sus borradores. (*Nota de los editores actuales.*)

gurado, único y sublime puesto que tiene ya hoy literariamente entre las obras maestras de un género tan arduo, tan difícil, tan eminente, dado á muchos ménos talentos crear, que á espíritus elevados y á sociedades varoniles y generosas sentir y comprender.—Éste ha sido el período que la autora misma ha llamado el tiempo de su pereza. ¡Qué no debia esperar el público de una época de actividad y de estímulo!

Y á la par de estos trabajos, ha corregido su primer tomo de poesías líricas, y enriquecido la literatura con uno nuevo, que presentamos en esta edicion. Nuestra poetisa cree que será el último: le parece que con los postreros acentos que ha consagrado á su hermosa y tierna amiga, la señorita doña Leocadia de Zamora, se despide para siempre de la poesía lirica: sin duda piensa que cuando la amistad le ha inspirado tan deliciosas melodías, nada le queda que cantar. Muy digno es, en verdad, de coronar la vida del alma un afecto inspirado por la interesante Leocadia, afecto que con tanta ternura sabe sentir y expresar el corazon generoso á quien el amor viene estrecho; pero nosotros creemos que el de la señora de Avellaneda guarda tesoros de afectos y de entusiasmo para todas las edades, como aquellas fuentes cuyos hondos veneros tienen aguas corrientes áun para los estíos que agostan en rededor toda la tierra, áun para las largas sequías que han ahuyentado las nubes del cielo y derretido la nieve más alta de las sierras comarcanas: creemos que no le es dado romper su lira, y que aunque desfallecida la deje caer á sus plantas, ó despechada la arroje al mar del mundo, el mar se la traerá otra vuelta, como el misterioso puñal del Tetrarca. Poetas de tan espontánea inspiracion y de tan alta resonancia, no tienen la lira en las manos. Son arpas eólias, de las cuales, á su pesar, los céfiros arrancan suspiros y los huracanes conciertos: son la estatua de Mnemnon sobre la arena; los rayos del sol hieren el bronce sonoro, y el desierto se llena de armonía. Tula se despide de nosotros colgando su arpa, se retira de nosotros para sentarse en su pedestal: nosotros quedamos atentos á sus piés, porque

en torno de esos alambres de oro han de soplar todavía muchas brisas y muchos huracanes..... sobre ese monumento inmoble han de levantarse todavía muchos soles ardientes. Y cuando caiga sobre ella aquella noche polar, eterna, en que ni los cantos de la sirena se escuchan; cuando haya en torno de su lira aquel silencio de todo ruido, aquel vacío neumático de todo soplo de aliento, que hace la muerte, como una madre solícita en derredor de la cuna de sus hijos, la poesía hará grabar debajo de su nombre estas palabras:

«Fué uno de los más ilustres poetas de su nacion y de su siglo; fué la más grande entre las poetisas de todos los tiempos.»

Y la Academia Española, que sin duda la habrá de contar algun dia entre sus más distinguidos miembros, añadirá:

«Fué uno de los escritores que más realzaron el lustre y la majestuosa pureza del habla castellana.»

Y el mundo escribirá por debajo:

«Fué una mujer muy hermosa; fué hija y hermana ejemplar; fué excelente esposa; fué buena, constante y tierna amiga.»

LOS EDITORES (1).

---

(1) El bello y florido estilo de este escrito—que apareció en la edicion de 1850 con la firma, que áun lleva, de *Los Editores*,—reveló desde luégo al público el nombre de su ilustre autor, el Excmo. Sr. D. Nicomedes Pastor Diaz, miembro de la Academia Española.

ADICION

A LOS ANTERIORES APUNTES.

Diez y ocho años han pasado desde que escribió su distinguido y malogrado autor los *Apuntes biográficos* que aparecen á la cabeza de la presente COLECCION DE OBRAS LITERARIAS DE LA SEÑORA GOMEZ DE AVELLANEDA, y se hace necesario, por tanto, completar aquéllos con algunas líneas, destinadas á reseñar—aunque sea muy ligeramente y sin la galanura que distingue el estilo del Sr. Pastor Diaz—los sucesos más notables de la vida de nuestra escritora, y las obras que ha dado á luz en ese largo período.

Breves serémos, sin embargo, en el desempeño de nuestra tarea, porque bien se nos alcanza la imposibilidad en que nos hallamos de llenar dignamente un hueco en este precioso volúmen, y entre escritores de tanta altura como los Sres. Gallego y Pastor Diaz. Vamos á limitarnos á referir con sencillez y en compendio los hechos más capitales, y á mencionar, sin censuras ni alabanzas, las producciones postreras de aquella que ha sido ya competentemente juzgada por nacionales y extranjeros (1).

(1) El acreditado publicista Mr. Durieu ha consagrado un largo artículo al drama *Munio Alfonso*, no vacilando en confirmar el juicio del Sr. Pastor Diaz, que proclama á su autora *la Melpómene castellana*. Mr. Joly, de la Academia de Ciencias de Tolosa, al traducir en una *Revista* escenas enteras del *Baltasar*, ensalza las singulares dotes literarias de la señora Avellaneda en términos entusiastas. El célebre crítico Mr. de Ville-

Despues de fines del año de cincuenta—en que se publicó la COLECCION DE POESÍAS LÍRICAS DE LA SRA. AVELLANEDA—el público de Madrid tuvo ocasion de aplaudirla nuevamente en sus dramas *Recaredo*, *La Verdad vence apariencias* y *Errores del corazon*, produccion esta última que tenemos entendido no figurará entre las que constituyen la parte dramática de esta COLECCION, juzgándola su autora con una severidad de que no la creyeron digna—cuando apareció en la escena—ni el público ni la crítica descontentadiza. Tambien se representó, poco más tarde, otra composicion teatral, titulada *El Donativo del Diablo*, cuyo asunto está tomado de la leyenda *La velada del helecho*, que años ántes habia publicado en un periódico la misma Sra. Avellaneda; y no tardaron mucho en seguirla *La Aventurera* y *La Hija del rey René*, arreglos de obras francesas de iguales títulos, que le valieron á la hábil refundidora nuevos y entusiastas aplausos. Pero el éxito más ruidoso que consiguió, despues del de *Munio Alfonso*, fué indudablemente el de su comedia *La Hija de las flores, ó todos están locos*, que por espacio de más de dos meses se estuvo repitiendo diariamente en el teatro del Príncipe, sin que decayese un punto el favor que le dispensó constantemente el público. Quizá tan extraordinario triunfo contribuyó no poco á excitar las malas pasiones, de que fueron víctimas sucesivas posteriormente *La Sonámbula* y *Los Tres Amores*, dramas en cuyo estreno hubo ostensiblemente influencias enemigas, que no sólo impidieron que la parte imparcial de los espectadores pudiese

---

main, secretario perpétuo de la Academia Francesa, mencionando á nuestra poetisa en su *Introduccion* de las *Obras de Píndaro*, la llama *heredera de la lira de Fray Luis de Leon.* Últimamente, y por no alargar esta nota, sólo añadirémos que tenemos á la vista, así como su *Oda á la Cruz*, traducida al inglés en Nueva York, la *Revista Británica* y variedad de periódicos extranjeros, en los que publicistas distinguidos se han ocupado de sus obras mostrándoles alta estima; así como sabemos que en las repúblicas hispano-americanas el nombre de la Avellaneda es casi tan popular como en Cuba y España.

formar juicio exacto del mérito de las obras, sino que obligaron á la autora á retirarlas de la escena, y hasta á querer quemarlas en los primeros momentos de su exaltacion. Otra circunstancia, que no podemos pasar en silencio, coincidió con lo ántes expresado, contribuyendo á disgustarla en alto grado de la vida literaria, que hasta entónces sólo habia sido campo de sus glorias. Fué la siguiente.

Muerto D. Juan Nicasio Gallego, su maestro y amigo, la invitaron con instancia los Sres. Duque de Rivas, Pacheco, Pastor Diaz, Apecechea y otros Académicos de la Lengua, á presentarse como candidata para el asiento que dejaba vacante el eminente poeta del *Dos de Mayo.* Nuestra escritora alegó su sexo para no prestarse al deseo que se le manifestaba, por más honorífico que fuese para ella; pero asegurándosele que habia existido ejemplo de una dama aceptada por la Real Academia en el número de sus miembros, cedió al fin al insistente ruego de sus amigos; teniendo la desgracia de que se presentase su solicitud al mismo tiempo que la de un personaje político, ante cuyas grandes influencias creyó ella deber renunciar las suyas, por lo que quiso retirarse modestamente de la contienda. Se nos afirma que no lo permitieron ni sus amigos de la Academia, ni su contrincante en candidatura, quien la declaró que era á él á quien le correspondia retirarse, á fuer de galante caballero, y que todos sus amigos votarian con placer á la autora de *Munio Alfonso.* A pesar de ello, la poetisa no obtuvo el éxito que se le pintó como seguro; pues si bien no fué rechazada directamente su candidatura, y se reconocieron sus altos merecimientos, la literaria corporacion, aunque por exigua mayoría, resolvió— como cuestion prévia—que fuese excluido en adsoluto el bello sexo del derecho de pertenecer á ella. Segun se dijo por entónces, ocurrieron, además, incidentes ó particularidades en aquel asunto que acaloraron y amargaron los ánimos, hasta el punto de suscitar enemistades profundas. ¿Deberá creerse que tuvieron alguna parte en ello la altivez é irritabilidad de

carácter que algunos atribuyen á la Sra. Avellaneda, ó bien aceptarémos la opinion de otros, que afirmaron siempre haber sido víctima en aquella ocasion de intrigas y de pasiones á las que era completamente ajena? No aspiramos á erigirnos jueces, y áun tememos desagradar á nuestra amiga si nos detenemos en desagradables acontecimientos pasados, que ella tiene ya en olvido; sólo añadirémos, pues, que asi en sus artículos intitulados *La Mujer*, como en su drama *Oráculos de Talía, ó los duendes de palacio*, se echa de ver la impresion que por de pronto dejaron en su alma, y la desdeñosa soberbia con que se encaraba á un bando enemigo que creia tener al frente.

A principios del año de cincuenta y ocho, venciendo mil obstáculos que le fueron suscitados, logró la representacion de su oriental drama *Baltasar*, alcanzando con él uno de los más grandes, y áun quizá el mayor de todos sus triunfos; triunfo tal, que impuso silencio á la misma envidia.

Dos años ántes, y con motivo de la solemne coronacion del Sr. Quintana, habia merecido tambien entusiastas muestras de las simpatías que por ella conservaba el público, al leer en la tribuna del Senado la *Oda* que dedicó al Píndaro español, quien al darla gracias la manifestó galantemente que estimaba como su primera gloria haber inspirado tan magníficos versos.

Con tales sucesos debieron borrarse de su mente las huellas de penosos recuerdos; pero una desgracia de índole más terrible que los reveses de luchas literarias, estaba destinada por la suerte para convertirle en coronas de espinas las últimas guirnaldas de sus laureles.

Despues de cerca de nueve años de viudez habia contraido segundas nupcias la Sra. Avellaneda con el coronel de artillería D. Domingo Verdugo Massieu, ayudante de campo del rey Don Francisco de Asís, gentil-hombre de cámara, y diputado á Córtes á la sazon. Este matrimonio — de que fueron padrinos los reyes — pareció por algun tiempo acariciado por propicia fortuna; pero vino á ser más tarde orígen de grandes disgustos para

la aplaudida autora del *Baltasar*. Su marido pertenecia al partido político conocido con el nombre de Union Liberal, y como militar y como diputado se hallaba envuelto en las agitaciones, luchas y vicisitudes que por tanto tiempo han venido sucediéndose en nuestra desventurada patria. Perdió su cargo en Palacio el Sr. Verdugo á la caida del gabinete O'Donnell, en el año de cincuenta y seis, y en Abril del cincuenta y ocho —al dirigirse en mitad del dia al Congreso, donde combatia con calor á una de las fracciones moderadas —fué víctima de un horrible atentado, que lo tuvo por más de dos meses á los bordes del sepulcro. Imposible nos sería describir los sentimientos de la buena esposa, que tenía á la vista—precisamente al cumplirse los tres años de su casamiento—traspasado el pecho por puñal homicida, al que era digno objeto de su más tierno cariño. No lo intentarémos, por tanto, ni interesa á nuestro asunto el penetrar causas ó inquirir explicaciones de aquel acontecimiento trágico, que conmovió profundamente al pueblo de Madrid, ocupando á la prensa de toda España; sólo dirémos que la Sra. Avellaneda tuvo en su inmenso dolor el consuelo de generales simpatías, cuyas manifestaciones áun recordamos cuantos por aquel tiempo nos hallábamos en la córte. Más de cinco mil nombres vimos en la lista en que inscribimos el nuestro, el dia siguiente al del sangriento suceso, y no decayó durante muchas semanas la afluencia de gente que acudia diariamente á la casa en que se hallaba el herido, para informarse de su estado y rendir un testimonio de interes á la desconsolada esposa, cuyo valor, sin embargo, pudimos admirar entónces, como otras veces, cuantos teniamos la honra de tratarla. Salvado milagrosamente de la muerte el simpático Sr. Verdugo, emprendieron ambos, á fines del verano, un viaje á los Pirineos, donde debia tomar el convaleciente las aguas que le aconsejaban sus médicos; y despues de haber recorrido gran parte de aquel hermoso país, los viajeros—que habian entrado en Francia por Bayona —regresaron á España por Perpiñan; permaneciendo una tem-

porada en Barcelona, donde los hospedó afectuosamente su ilustre amigo el Excmo. Sr. D. Domingo Dulce, hoy Marqués de Castelflorite, quien — desde la vuelta al poder del Jefe de la Union Liberal — desempeñaba la capitanía general de Cataluña. La ciudad de los Condes, como lo habian hecho tambien todas las poblaciones del norte de España visitadas por los dos esposos durante su excursion, se apresuró á acogerlos con brillantes muestras de distinguido aprecio, y en la representacion de *La Hija de las flores* — que se dió en el teatro del Liceo expresamente en obsequio de su autora — se vió materialmente inundado el palco escénico por multitud de coronas, versos y flores tributados á sus piés, al estruendo de contínuos aplausos. Pero no fué solamente de la selecta sociedad y del círculo de las letras de quienes recibió la Sra. Avellaneda tan lisonjeras ovaciones; pues tambien la clase obrera, por espontáneo impulso y bajo la direccion del inteligente Sr. Clavé, fundador en Cataluña de la Sociedad de los Orfeones, dispuso en honor de la poetisa magnífica serenata, y se vió entónces á aquellos indomables hijos del pueblo — que jamas llevaron su incienso á las aras del poder — agolparse en multitud compacta á las puertas del palacio de la capitanía general, ansiosos de rendir al talento de una mujer el homenaje de su admiracion. No se mostró ménos galante la ilustrada Valencia, donde pasó el matrimonio los últimos meses de aquel invierno, por no atreverse á arrostrar los frios de Madrid en el estado delicado en que se hallaba la salud del Sr. Verdugo. Los literatos y poetas edetanos se hicieron un deber de colmar de atenciones á sus distinguidos huéspedes, coronando dignamente sus obsequios con una sesion extraordinaria que celebró el Liceo, dando la presidencia á la Sra. Avellaneda, en cuya alabanza fueron leidas bellas y sentidas composiciones.

Tantas y tan brillantes pruebas del aprecio público no bastaban, sin embargo, para disipar la amarga zozobra de la que veia minada hondamente la salud de su marido, y cuando en el año de cincuenta y nueve fué nombrado el general D. Francisco Serrano

Conde de San Antonio—y hoy Duque de la Torre—para el mando superior de la isla de Cuba, y propuso al coronel Verdugo que lo acompañase, la esperanza de que el cambio de clima fuese favorable á su querido enfermo decidió á la Sra. Avellaneda á atravesar de nuevo el Atlántico, aunque se le partiese el corazon al separarse de su anciana madre, á quien harto presentia que no volveria á ver más.

De este modo regresó la *peregrina* á su patria despues de veinte y tres años de ausencia, y si debió ser grande su emocion al pisar de nuevo aquellas playas queridas, no fué menor el júbilo que despertó su llegada en los corazones cubanos. Unánime la prensa de toda la isla, no tuvo más que una voz para saludarla con amor, y serenatas y conciertos se sucedieron en obsequio suyo. Pero no bastaban estas manifestaciones, que en tantas partes le habian sido ántes prodigadas, al ardoroso entusiasmo de los habaneros. La metrópoli habia tenido un capitolio para el decano ilustre de los poetas nacionales, y la reina de las Antillas no podia satisfacerse con ménos cuando se trataba de honrar el genio de su hija predilecta. Oigamos cómo fueron consignadas las principales circunstancias del acto de la coronacion de nuestra escritora, por el Sr. D. F. J. de Balmaseda, publicista cubano y testigo presencial de la escena que ha descrito.

«La Habana—dice—ha presenciado, llena de júbilo, una de »esas grandes solemnidades que forman época en la historia de »los pueblos, y que son sin duda sus más bellos títulos de glo»ria. El Liceo, legítimo representante de las letras en Cuba, »quiso enaltecerlas otorgando una corona de laurel de oro á la »poetisa eminente señora doña Gertrudis Gomez de Avellaneda, »nacida en nuestro suelo, y al efecto el gran teatro de Tacon »ofrecia la noche del veinte y siete de Enero de mil ochocientos »sesenta, el espectáculo más magnífico y sorprendente que puede »concebir la fantasía.

»El gas derramaba por todas partes vivos resplandores; los »palcos se presentaban divididos por pilastras azules, filetea-

» das de oro, con jarrones de flores encima; y entre las pilas-
» tras, en los antepechos, ondeaban graciosos pabellones, entre-
» lazados con guirnaldas. Veíase la platea ocupada por nuestras
» beldades, cuyos atractivos resaltaban entre el delicioso conjun-
» to de luces, de sedas, de pedrerías y encajes.

» De más está decir que en el teatro se hallaba todo lo distin-
» guido de la sociedad habanera: altos funcionarios, literatos,
» artistas, cuantos sentian latir en su corazon el entusiasmo por
» la gloria.

» La concurrencia era inmensa, y las miradas se dirigian há-
» cia el palco contiguo al del Sr. Presidente: allí se hallaba la
» inmortal autora de *Baltasar*. »

. . . .

El Sr. Balmaseda relata los pormenores de la llegada del Capitan general y su bella esposa, y los del concierto con que dió principio la funcion, y en el cual tomaron parte artistas tan notables como el gran pianista americano Gottschalk, el célebre violinista White, las *primas donnas* Sras. Cortesi, Gassier y Philipps, y los Sres. Espadero, Musiani, Errani, Zanini y Gásparoni. Luégo celebra la ejecucion de la pieza *La Hija del rey René*, representada por socios y socias de la seccion de declamacion, entre salva de continuos aplausos; y termina diciendo:

« Despues del drama alzóse por tercera vez el telon para tener
» lugar el grande acto que todos esperaban con una viva impa-
» ciencia. El palco escénico apareció con decoracion majestuosa,
» que figuraba un salon vestido de damasco carmesí. Al fondo,
» en lugar prominente, se veia el retrato de S. M. la Reina, de
» tamaño natural; debajo estaban sentados el Excmo. Sr. Conde
» de Santo Venia, Presidente del Liceo, y á su derecha la ilus-
» tre poetisa, la señora doña Ángela Lopez de Betancourt y la
» señora doña Luisa Perez de Zambrana; ocupando la izquierda
» la Excma. Sra. Condesa de Santo Venia, Sra. Condesa de la
» Real Proclamacion y señorita doña Águeda de Cisneros. Los
» miembros de la Junta Directiva se veian en sillones laterales,

» así como tambien se hallaban al lado opuesto las señoras y ca-» balleros encargados de cantar el himno.

» Delante del Excmo. Sr. Presidente, en una mesa con tapete » de damasco, se veia la rica corona de laurel de oro, en la que » el artista Fermo Campiglio ha sabido formar del duro metal » aquellas dos ramas del árbol que respeta el rayo, unidas en » una de sus extremidades por un lazo de cinta de esmalte, con » filetes de oro mate, y entrelazando en la otra sus espesas hojas » de admirable naturalidad y elegancia, salpicadas á trechos por » menudos grupos de botones. En la cinta se halla esta inscrip-» cion: *El Liceo de la Habana á Gertrudis Gomez de Avellane-» da. Enero de* 1860.

» Reinó un instante profundo silencio, y adelantándose el » Sr. D. José Ramon de Betancourt, Director general del Liceo, » leyó un discurso en que hizo resaltar las eminentes dotes de » nuestra renombrada escritora en el drama, la poesía lírica y la » novela. En seguida la Sra. Perez de Zambrana nos hizo oir » un soneto que habia improvisado; D. Estéban de Jesus Borre-» ro leyó tambien un romance titulado *La Voz del Tínima;* Don » Francisco Gil y Miranda una oda compuesta por D. José For-» naris, y otra D. A. E. de Zafra. Lo avanzado de la hora no » permitió continuar la lectura de las demas poesías que habian » sido elegidas para el efecto por el jurado elegido por la sec-» cion de literatura; y poniéndose en pié el Excmo. Sr. Presi-» dente, y cuantos en la escena estábamos, tomó S. E. la corona, » pasándola á manos de la Sra. Condesa de Santo Venia y señora » doña Luisa Perez de Zambrana, quienes la colocaron inmedia-» tamente en las sienes de la ilustre poetisa, hiriendo el aire al » mismo tiempo el himno, letra del Sr. Betancourt y música del » profesor García.

» Al terminarse el canto, la Sra. Avellaneda, visiblemente » conmovida, se adelantó al proscenio y pronunció una preciosa » poesía llena de sentimiento, quedando ahogadas sus últimas fra-» ses por los entusiastas aplausos de la concurrencia.

» Volvió despues á su palco, acompañada por los miembros del » Liceo, y recibió en él multitud de felicitaciones de cuantos se » honran con su amistad, y de otros muchos que deseaban cono- » cerla y saludarla.

» Despues de haberse servido ricos helados y variedad de dul- » ces, la inmortal escritora se retiró á su morada, acompañán- » dola los Excmos. Sres. Condes de Santo Venia y Condesa de » la Real Proclamacion, en el mismo magnífico coche que la ha- » bia conducido al teatro de su triunfo. »

Así consignó el Sr. Balmaseda, en la Memoria publicada por el Liceo, aquel acontecimiento literario, sin ejemplo en la América, al mismo tiempo que se repartió con profusion el retrato de la poetisa coronada, y se acuñó una medalla conmemorativa del grande acto.

Por nuestra parte sólo añadirémos que en el discurso leido por el Sr. Betancourt se encuentran, entre otras no ménos sentidas, las siguientes frases, en que se puede decir expresaba sus sentimientos toda Cuba por los labios de uno de sus más distinguidos hijos.

« Mi corazon palpita de entusiasmo—dice despues de enume- » rar las producciones literarias de la Sra. Avellaneda—al con- » siderar que este genio ha nacido entre nosotros, y bendigo á la » Providencia por haber iluminado con un destello divino un alma » capaz de reflejar los tesoros de belleza que le plugo derramar » en esta tierra privilegiada. Buscad al traves de los siglos, » siguiendo el movimiento intelectual del mundo, persona de su » sexo que se iguale á nuestra poetisa entre cuantas se han con- » sagrado al cultivo de las letras. Encontraréis casi perdidos en » la Grecia antigua los ecos de una lira que inmortalizó la más » ardiente de las pasiones: Francia, Inglaterra, los Estados- » Unidos os mostrarán entre sus mujeres eminentes novelistas: » nuestra España conserva con justo respeto las ilustres páginas » de la Abadesa de Ávila; pero sólo en la hija de los trópicos » veréis brillar esa universalidad de talento que recorre con igual

» facilidad los géneros más variados, marcando en todos el sello
» de la originalidad y los destellos luminosos del genio.

. . . .

» La lira de la Avellaneda encierra todas las vibraciones de la
» de Safo: en sus leyendas y novelas veréis cuadros tan acabados
» como los de Mme. Stael y Fanny Ferme; en sus cantos reli-
» giosos no echaréis de ménos la uncion de Santa Teresa..... y
» áun no satisfecha con todo eso, miradla sacar del polvo de los
» pasados siglos esas sombras gigantescas con que ha llenado la
» escena española, en medio de la admiracion y el aplauso de los
» escritores contemporáneos. . . . .»

Lo mismo que la Habana, hicieron Puerto-Príncipe, Matanzas, Cienfuegos, Sagua, Cárdenas y cuantas poblaciones visitó en la isla de Cuba la Sra. Avellaneda: en todas partes se extremaron á porfía en tributarla homenajes; en todas partes hubo para ella serenatas, fiestas, coronas, regalos y versos; en todas partes pudo convencerse del ardiente cariño de sus compatriotas.

Fundó y dirigió una revista literaria, cuya lista de suscritores, publicada en las cubiertas de los números de aquélla — que tenemos á la vista — supera con mucho á la que en España ha obtenido en sus mejores tiempos la más favorecida de las publicaciones de tal índole; dió á luz tambien en el *Diario de la Marina* — con gran solaz de los lectores numerosísimos de dicho periódico — amenas páginas de impresiones de viajes, con el título de *Mi última excursion á los Pirineos;* y últimamente hizo aparecer su novela *El Artista Barquero, ó los cuatro cinco de Junio,* cuya edicion, aunque nada escasa, fué agotada en pocas semanas.

Al mismo tiempo su marido se captaba generales simpatías en los cargos públicos que desempeñó, por la caballerosidad de su carácter, la rectitud de su conducta y la afabilidad de su tra-

to; por manera que, queridos ambos en el país, y amándolo ellos igualmente muy de corazon, pudiera decirse que los cuatro años que pasaron juntos bajo aquel bello cielo tropical fueron para los dos de completa ventura, á no habérselos amargado, casi en su comienzo, la infausta noticia de haber muerto en Madrid la apreciable señora doña Francisca de Arteaga, madre de la laureada escritora.

Mas no era esto bastante: la avara suerte—que vende comunmente muy caros sus pasajeros favores—quiso poner término á aquella dulce época, que suele llamar *de su paraíso* la misma Sra. Avellaneda, con otra terrible é irreparable desgracia.

El Sr. Verdugo vivia casi sobrenaturalmente, gracias á los cuidados de su consorte y á la singular energía de su organizacion, aparentemente delicada; pero el sangriento puñal que le traspasó el pecho, le dejó destruido un pulmon, y en el estado valetudinario que era consiguiente á tan profunda lesion, tenía que serle funesta la incesante actividad propia de su naturaleza, y que le hizo llevar á cabo brevísimamente obras que harán imperecedero su recuerdo en la jurisdiccion que estuvo por más tiempo á su mando. Unas calenturas, que acaso no hubieran hecho mella alguna en constitucion más vigorosa, postraron en muy pocos dias aquel cuerpo, jóven aún, pero quebrantado, y el 28 de Octubre de 1863 la Sra. Avellaneda volvió á hallarse viuda y desolada, léjos del resto que áun le quedaba de su amada familia.

Esta vez pareció rendirse toda la fortaleza de aquella varonil alma, y en medio del trastorno moral y físico que hubo de experimentar largamente nuestra desgraciada amiga, cifróse todo su anhelo en facilitar su entrada en un convento, donde queria pasar el resto de sus dias; propósito que sin duda hubiera llevado á cabo si no llegára oportunamente á la Habana uno de sus hermanos, con la mision de traérsela á España venciendo su resistencia. En efecto, la influencia de persona tan cara, los rue-

gos reiterados de sus parientes y antiguos amigos residentes en la Península, y los consejos de su médico, que la hizo comprender lo conveniente que sería á su salud la distraccion de un largo viaje, la hicieron ceder al cabo, y en los primeros dias de Mayo de 1864 se embarcó con su hermano para los Estados-Unidos. Permaneció más de dos meses en Nueva York, en cuyo tiempo visitó la catarata del Niágara, y áun halló sones valientes en su lira para cantar aquella maravilla de la naturaleza. Luégo, á mediados de Julio, emprendió su viaje á Europa, en el magnífico vapor *Escocia* de la línea inglesa, que en nueve dias la puso en Liverpool; y pasando entre Lóndres y París el resto de la buena estacion, volvió á ver en Octubre la coronada villa, teatro de sus antiguas glorias. Pocos dias, sin embargo, quiso detenerse en ella; impresionábanla desagradablemente los soplos del Guadarrama, que ya empezaban á sentirse, y la atraian, por otra parte, hácia la bella Andalucía los deudos cercanos que en ella conservaba.

Desde entónces, pues, resolvió establecerse en Sevilla, y—fuera de algunas temporadas veraniegas, dedicadas á Madrid y á París—ha residido efectivamente en ella durante los últimos cuatro años, ocupándose en la refundicion de algunas de sus obras, con la idea de coleccionarlas todas, segun lo ejecuta hoy.

Tambien ha dado á luz durante ese tiempo un *Devocionario* completísimo, reparando la pérdida del que—hace muchos años—vendió á la empresa *La Publicidad*, y que desgraciadamente hubo de padecer extravío. Ademas ha hecho imprimir su drama *Catilina*, en el que acometió y llevó felizmente á cabo el difícil empeño de presentar con nueva forma, en correctos versos castellanos y en sólo cuatro actos cortos, la larga obra en prosa que con igual título dieron á la escena francesa los Sres. Dumas y Maquet; habiendo escrito asimismo nuestra autora, con objeto de que se representase en un teatrillo casero por jóvenes aficionados, la pieza *El Millonario*, que no sabemos si logrará plaza en la presente coleccion.

Segun se nos asegura, áun podriamos mencionar otro notable trabajo de índole religiosa, comenzado en estos últimos años, y que se halla bastante adelantado; pero no tenemos el gusto de conocerlo, ni sabemos si la Sra. Avellaneda—que parece decidida á despedirse del público con la coleccion de sus anteriores producciones, que le presenta mejoradas,—querrá más tarde terminar y dar á luz la que hoy duerme olvidada en su papelera.

Cuando estas líneas trazamos, un nuevo infortunio afecta el corazon de nuestra ilustre amiga. Acaba de perder prematuramente á su único hermano de padre y madre, á quien queria con extremo, y disgustada más que nunca de todo interes y aspiracion mundanal, se entrega casi exclusivamente á los sentimientos religiosos, que hace tiempo la dominan.

Es cuanto nos es dado decir de una vida que plegue al cielo esté todavía lejana de su término, como podemos esperar toda vez que la Sra. Avellaneda sólo cuenta cincuenta y dos años, y que conserva todo el vigor y lozanía de su organizacion privilegiada, probando la verdad de que—segun palabras de un distinguido escritor traspirenaico—*la force de vivre fait essentiellement partie du génie.*

Concluida queda la grata tarea que nos fué impuesta por indicaciones que reputamos órdenes, y careciendo de un nombre conocido en el campo de la literatura, con el cual podamos legítimamente recomendarla, sólo nos resta pedir indulgencia al público para los desaliños de esta *Adicion*, y á la autora del libro que la reciba como homenaje de obediencia.

E. G.

POESÍAS LÍRICAS.

AL PARTIR.

SONETO.

¡Perla del mar! ¡Estrella de Occidente!
¡Hermosa Cuba! Tu brillante cielo
La noche cubre con su opaco velo,
Como cubre el dolor mi triste frente.
¡Voy á partir!..... La chusma diligente,
Para arrancarme del nativo suelo
Las velas iza, y pronta á su desvelo
La brisa acude de tu zona ardiente.
¡Adios, patria feliz, eden querido!
¡Doquier que el hado en su furor me impela,
Tu dulce nombre halagará mi oido!
¡Adios!..... Ya cruje la turgente vela.....
El ancla se alza..... el buque, estremecido,
Las olas corta y silencioso vuela!

A LA POESIA.

¡Oh tú, del alto cielo
Precioso dón, al hombre concedido!
¡Tú, de mis penas íntimo consuelo,
De mis placeres manantial querido!
¡Alma del orbe, ardiente Poesía,
Dicta el acento de la lira mia!

Díctalo, sí; que enciende
Tu amor mi seno, y sin cesar ansío
La poderosa voz—que espacios hiende—
Para aclamar tu excelso poderío;
Y en la naturaleza augusta y bella
Buscar, seguir y señalar tu huella.

¡Mil veces desgraciado
Quien—al fulgor de tu hermosura ciego—
En su alma inerte y corazon helado
No abriga un rayo de tu dulce fuego;
Que es el mundo, sin tí, templo vacío,
Cielo sin claridad, cadáver frio!

Mas yo doquier te miro;
Doquier el alma, estremecida, siente
Tu influjo inspirador. El grave giro
De la pálida luna, el refulgente
Trono del sol, la tarde, la alborada.....
Todo me habla de tí con voz callada.

En cuanto ama y admira
Te halla mi mente. Si huracan violento
Zumba, y levanta al mar, bramando de ira;
Si con rumor responde soñoliento
Plácido arroyo al aura que suspira...
Tú alargas para mí cada sonido
Y me explicas su místico sentido.

Al férvido verano,
A la apacible y dulce primavera,
Al grave otoño y al invierno cano
Me embellece tu mano lisonjera;
Que alcanzan, si los pintan tus colores,
Calor el hielo, eternidad las flores!

¿Qué á tu dominio inmenso
No sujetó el Señor? En cuanto existe
Hallar tu ley y tus misterios pienso:
El universo tu ropaje viste,
Y en su conjunto armónico demuestra
Que tú guiaste la hacedora diestra.

¡Hablas! ¡Todo renace!
Tu crëadora voz los yermos puebla;
Espacios no hay que tu poder no enlace;
Y rasgando del tiempo la tiniebla,
De lo pasado al descubrir rüinas,
Con tu mágica luz las iluminas.

Por tu acento apremiados,
Levántanse del fondo del olvido,
Ante tu tribunal, siglos pasados;
Y el fallo que pronuncias—trasmitido
Por una y otra edad en rasgos de oro—
Eterniza su gloria ó su desdoro.

Tu genio independiente
Rompe las sombras del error grosero;
La verdad preconiza; de su frente
Vela con flores el rigor severo;

Dándole al pueblo, en bellas crëaciones,
De saber y virtud santas lecciones.

Tu espíritu sublime
Ennoblece la lid; tu épica trompa
Brillo eternal en el laurel imprime;
Al triunfo presta inusitada pompa;
Y los ilustres hechos que proclama
Fatiga son del eco de la fama.

Mas si entre gayas flores
A la beldad consagras tus acentos;
Si retratas los tímidos amores;
Si enalteces sus rápidos contentos;
A despecho del tiempo, en tus anales
Beldad, placer y amor son inmortales.

Así en el mundo suenan
Del amante Petrarca los gemidos;
Los siglos con sus cantos se enajenan;
Y unos tras otros — de su amor movidos —
Van de Valclusa á demandar al aura
El dulce nombre de la dulce Laura.

¡Oh! No orgullosa aspiro
A conquistar el lauro refulgente
Que humilde acato y entusiasta admiro
De tan gran vate en la inspirada frente;
Ni ambicionan mis labios juveniles
El clarin sacro del cantor de Aquiles.

No tan ilustres huellas
Seguir es dado á mi insegura planta.....
Mas — abrasada al fuego que destellas —
¡Oh genio bienhechor! á tu ara santa
Mi pobre ofrenda estremecida elevo,
Y una sonrisa á demandar me atrevo.

Cuando las frescas galas
De mi lozana juventud se lleve

El veloz tiempo en sus potentes alas,
Y huyan mis dichas, como el humo leve,
Serás aún mi sueño lisonjero,
Y veré hermoso tu favor primero.

Dame que pueda entónces,
¡Vírgen de paz, sublime Poesía!
No trasmitir en mármoles ni en bronces
Con rasgos tuyos la memoria mia;
Sólo arrullar, cantando, mis pesares,
A la sombra feliz de tus altares.

LAS CONTRADICCIONES.

IMITACION DE PETRARCA.

SONETO.

No encuentro paz, ni me permiten guerra;
De fuego devorado, sufro el frio;
Abrazo un mundo, y quédome vacío;
Me lanzo al cielo, y préndeme la tierra.
Ni libre soy, ni la prision me encierra;
Veo sin luz, sin voz hablar ansio;
Temo sin esperar, sin placer rio;
Nada me da valor, nada me aterra.
Busco el peligro cuando auxilio imploro;
Al sentirme morir me encuentro fuerte;
Valiente pienso ser, y débil lloro.
Cúmplese así mi extraordinaria suerte;
Siempre á los piés de la beldad que adoro,
Y no quiere mi vida ni mi muerte.

A MI JILGUERO.

No así las lindas alas
Abatas, Jilguerillo,
Desdeñando las galas
De su matiz sencillo.

No así guardes cerrado
Ese tu ebúrneo pico,
De dulzuras colmado,
De consonancias rico.

En tu jaula preciosa
¿Qué falta á tu recreo?
Mi mano cariñosa
Previene tu deseo:

Festòn de verdes hojas
Tu reja adorna y viste...
¡Mira que ya me enojas
Con tu silencio triste!

No de ingrato presumas,
Recobra tu contento,
Riza las leves plumas,
Da tus ecos al viento.

Mas no me escucha,
Que tristemente
Gira doliente
Por su prision.

Troncha las hojas,
Pica la reja,
Luégo se aleja
Con afliccion.

Ni un solo trino
Su voz exhala,
Mas bate el ala
Con languidez;
Y tal parecen
Sus lindos ojos
Llorar enojos
De la viudez.

Ya conozco, infelice,
Lo que tu voz suspende.....
¡Tu silencio lo dice!
¡Mi corazon lo entiende!

No aspiras los olores
Del campo en que has nacido...
No encuentras tus amores...
No ves tu dulce nido.

Yo tu suerte deploro.....
¡Por triste simpatía,
Cuando tu pena lloro,
Tambien lloro la mia!

Que triste, cual tú, vivo
Por siempre separada
De mi suelo nativo.....
¡De mi Cuba adorada!

No ya, Jilguero mio,
Veré la fértil vega
Que el Tínima sombrío
Con sus cristales riega;

Ni en las tardes serenas
—Tras enriscados montes—
Disipará mis penas
La voz de sus sinsontes.

Ni harán en mis oidos
Arrullo al blando sueño
Sus arroyos queridos,
Con murmullo halagüeño.

No verá el prado
Que vió otro dia
La lozanía
De mi niñez,
Los tardos pasos
Que marque incierta,
Mi planta yerta
Por la vejez.

Ni la campana
Dulce, sonora,
Que dió la hora
De mi natal,
Sonará lenta
Y entristecida,
De aquesta vida
Mi hora final.

El sol de fuego,
La hermosa luna,
Mi dulce cuna,
Mi dulce hogar.....
¡Todo lo pierdo,
¡Desventurada!
Ya destinada
Sólo á llorar!

¡Oh pájaro! pues que iguales
Nos hacen hados impíos,
Miéntras que lloro tus males,
Canta tú los llantos mios.

De tu cárcel la dureza
Se ablandará con tal lloro,
Y endulzarás mi tristeza
Con ese pico de oro.

Pero ¡qué! ¿cantar rehusas,
Cual condenando mi anhelo,
Y áun parece que me acusas
De ser causa de tu duelo?

¿No es igual mi cruda pena
A la que te agobia impía?
¿No nos une la cadena
De una tierna simpatía?

—«No, porque en extraña tierra
»Tus cariños te han seguido,
»Y allí la patria se encierra
»Do está el objeto querido.

»De una madre el dulce seno
»Recibe tu acerbo llanto,
»Y yo, de consuelo ajeno,
»Solo lloro y solo canto.

»Eres libre, eres amada,
»¡Yo, solitario, cautivo.....
»Preso en mi jaula dorada,
»Para divertirte vivo!

»¡Ah! no, pues, mujer ingrata,
»No te compares conmigo.....
»Tu compasion me maltrata,
»Y tu cariño maldigo!»—

Esto me dicen tus ojos,
Esto tu silencio triste.....
¡Ya comprendo tus enojos!
¡Ya, Jilguero, me venciste!

Libertad y amor te falta;
¡Libertad y amor te doy!
¡Salta, pajarillo, salta,
Que no tu tirana soy!

Salida franca
Ya tienes, mira,
Goza, respira...
Libre eres ya.
Torna á tu campo,
Torna á tu nido,
Tu bien perdido
Te espera allá.

Mas no me olvides,
Y á mi ventana
Llega mañana,
Saliendo el sol:
¡Qué yo te escuche,
Solo un momento,
Libre y contento
Cantar tu amor!

A UNA VIOLETA DESHOJADA.

IMITACION.

¡Pobre flor! ayer esquiva
Tus perfumes recatabas,
Y á los besos te negabas
De la brisa matinal;
Hoy, con otras confundidas,
Tus hojas el suelo barren,
Y sufres que las desgarren
Los soplos del vendaval.

¡Pobre flor! ayer mis ojos
Atisbaban tu retiro,
Secreto como suspiro
De virginal corazon;
Hoy van hollando mis plantas
Tus restos, despojos viles,
Que hasta de inmundos reptiles
Juguete y escarnio son.

Mas no, cuitada, lamentes
De tu suerte los rigores;
Que la reina de las flores
La sufre, violeta, igual.
Gloria de breve momento,
De humillacion fin preciso...
Tal es la vida que quiso
Daros el tiempo fatal.

Hasta la soberbia palma
Cede humilde á aquel destino,
Y en inquieto remolino
Contigo sus hojas van;
Que el huracan inclemente
Beldad ni orgullo respeta,
¡Y á rosa, palma y violeta
Un mismo sepulcro da!

A LAS ESTRELLAS.

SONETO.

Reina el silencio: fúlgidas en tanto,
Luces de paz, purísimas estrellas,
De la noche feliz lámparas bellas,
Bordais con oro su luctuoso manto.
Duerme el placer, mas vela mi quebranto,
Y rompen el silencio mis querellas,
Volviendo el eco, unísono con ellas,
De aves nocturnas el siniestro canto.
¡Estrellas, cuya luz modesta y pura
Del mar duplica el azulado espejo!
Si á compasion os mueve la amargura
Del intenso penar por que me quejo,
¿Cómo para aclarar mi noche oscura
No teneis ¡ay! ni un pálido reflejo?

LA SERENATA DEL POETA.

Todo en sosiego reposa,
Reinan silencio y quietud,
Y á la reja de una hermosa
Resuena acorde un laud.

Cuelga la luna del cielo,
Cual lámpara circular,
Y á traves del negro velo
Se ve su lumbre rielar.

Solo el céfiro murmura,
Acariciando á la flor,
Miéntras canta su amargura
El insomne trovador.

«Ingrata señora
De esta alma rendida,
No acabe mi vida
Tu fiero desden.
»El llanto que vierto
Mi vista oscurece,
Mi tez palidece,
Marchita mi sien.»

»Mil veces mi pena
Te dijo mi canto,
Mil veces mi llanto
Miraste brotar;
»Mas ¡ay! no escuchaste
Mi trova doliente,
Ni el llanto, clemente,
Quisiste secar.

»¿Por qué así desprecias
La férvida llama
De un pecho que inflama
Tu pura beldad?
»¿Es ¡ay! tan mezquina?
¿Tan poco te ofrezco
Que sólo merezco
Desden, crüeldad?.....

»Un alma te rindo
Que encierra un tesoro,
Mas noble que el oro,
De precio mayor;
»Pues es de ilusiones
—Hermosas, brillantes—
De dichas constantes,
De gloria y de amor!

»Tesoro, mi amada,
Que nunca se agota;
Tesoro que brota
Del genio inmortal;
»Tesoro muy digno
De vírgen belleza,
Pues da la riqueza
Del mundo ideal.

»A pechos vulgares
Da el oro fortuna,
Y al vate en la cuna
Lo lacta con hiel;

»Mas ve — cuando sueña —
Las musas y amores
Vertiéndole flores
Y eterno laurel.

»Si luce la luna,
Si cantan las aves,
Si aromas süaves
Despide la flor;
»Si clara y sonora
Resbala la fuente,
De plata luciente
Surcando el verdor;

»Si brilla cuajado
Nocturno rocío;
Si en ondas del rio
Refleja la luz;
»Si tiene la aurora
Benignos albores,
El sol resplandores,
La noche capuz;

»Si el trueno retumba
Que al cerro estremece;
Si el mar se enfurece;
Si silba Aquilon.....
»¡Todo es para el vate!
Lo horrible y hermoso,
Lo grande y gracioso,
Sus númenes son.»

Suspenso su canto deja
El amante trovador,
Porque percibe en la reja
Ligerísimo rumor.

De esperanza embriagado,
Latiéndole el corazon,
Bendice al objeto amado
De su ferviente pasion,

Y orgulloso, delirante,
Dice así con blanda voz,
Miéntras oye de su amante
Sonar el paso veloz:

«¡Vén, no tardes!
Tu hermosura,
Mi ventura,
Cantaré;
»Y á los siglos
Tu memoria,
Con mi gloria,
Legaré.»

Dice, y responde la hermosa.....
Mas ¡ay! ¿qué acentos oyó?
Una risa estrepitosa,
Que toda su sangre heló.

Risa de escarnio y desprecio,
Risa de burla y baldon.....
¡Tal fué de su genio el precio!.....
¡Tal el fin de su ambicion!.....

Silencio profundo ya reina en la calle;
Cesaron los ecos del dulce laud.....
Y es justo que el vate sus quejas acalle,
Y deje á la hermosa dormir en quietud.

Mas yo que al insomio fatal me resigno;
Que al sueño propicio no encuentro jamas;
Yo escucho que un genio, ó un duende maligno,
Me canta al oido con triste compas:

«Es ¡ay! el poeta
» Un sér lamentable,
» Conjunto admirable
» De orgullo y dolor...
»¡ Sueño es su esperanza,
» Su dicha ilusoria,
» Mentira su gloria,
» Locura su amor!»

AL MAR.

Suspende, Mar, suspende tu eterno movimiento,
Por un instante acalla el hórrido bramar,
Y pueda sin espanto medirte el pensamiento,
O en tu húmeda llanura tranquilo reposar.

Ni el vuelo de la mente tus límites alcanza;
Se pierde recorriendo tu vasta soledad;
Medrosa si contempla tu indómita pujanza,
Y atónita si admira tu augusta majestad.

¡Espíritu invisible, que reinas en su seno,
Y oscilacion perpétua le imprimes sin cesar!
¿Qué dices cuando bramas, terrible como el trueno?
¿Qué dices cuando imitas doliente suspirar?

¿Al mundo acaso anuncias algun eterno arcano,
Que oculta en los abismos altísimo poder.....
O luchas blasfemando con la potente mano
Que enfrena tu soberbia, segundo Lucifer?

Coloso formidable te he visto en tu osadía,
Para escalar el cielo montañas levantar,
Y al trueno de la altura tu trueno respondia,
Cual si el furor divino quisieses parodiar.

Mas luégo — quebrantado tu poderoso orgullo —
Atleta ya vencido mirábate rendir,
Y en la ribera humilde, con lánguido murmullo,
Rodabas por la arena tus orlas de zafir.

Entónces tu ribera buscaba complacida,
Gozando de tu calma mi ardiente corazon,
Y acaso los pesares de mi agitada vida
Adormeció un momento dulcísima ilusion.

Tal vez, cuando en la playa tus olas me seguian,
Mirándolas, y oyendo su plácido rumor,
—«Palacios te guardamos (pensé que me decian),
»En antros solitarios, ignotos al dolor.

»¡Vén, pues, á nuestros brazos! Apaga en nuestros senos
»El fuego que devora tu estéril juventud.....
»Vén, pues, alma doliente, y gozarás al ménos
»Léjos del mundo loco pacífica quietud!

»Si á veces nos alzamos terribles y violentas,
»Vorágines abriendo con hórrido rugir,
»En tu alma se levantan más férvidas tormentas,
»Que tu razon acaso no alcance á resistir.

»¡Vén, pues; á nuestro impulso tranquila te abandona;
»Que nuestras hondas simas descanso y paz te den;
»De perlas y corales ciñéndote corona,
»Que apague los latidos de tu abrasada sien!»

¡Oh Mar! ¡y cuántas veces en su fatal delirio
Tradujo así tu arrullo mi herido corazon!.....
¡Y cuántas más templaste mi bárbaro martirio,
Mirando de tus olas la eterna sucesion!

Así, tal vez pensaba, sucédense los dias,
Tras sí llevando raudos las penas y el placer.....
Que pasan cual los duelos las fiestas y alegrías,
Y nada ¡por ventura! durable puede ser.

Perecen las naciones, caducan los imperios,
Y un siglo al otro siglo sucede sin cesar.....
¡El porvenir tan sólo conserva sus misterios!
¡El *más allá*, que inmóvil nos mira delirar!

Pasaron ¡Mar! pasaron las ánsias y tormentos
Que entónces me agobiaban con bárbaro teson;
Y acaso sucedieron delicias y contentos,
Que para siempre ¡oh triste! pasados tambien son.

Que nunca de tus olas agótase el tesoro,
Ni agótase en el alma la mina del dolor;
Mas huyen—y no tornan—los gratos sueños de oro,
Del alba de la vida dulcísimo favor.

Prosigue ¡Mar! prosigue tu eterno movimiento,
Cual sigue de mi vida la ardiente actividad;
Pues eres noble imágen del móvil pensamiento,
Que es como tú grandioso, con calma ó tempestad.

Prosigue; que cual pasan tus olas formidables,
Pasan por él acaso las dudas en tropel;
Mas veo en lontananza las rocas inmutables,
Que burlan los embates de tu furor cruel.

Así la fe se eleva, y en lo interior del alma
—Mil choques resistiendo—conserva su vigor.....
¡Prosigue, Mar, prosigue; y en tempestad ó en calma,
Proclama la grandeza de tu divino Autor!

A UNA MARIPOSA.

Fugaz mariposa,
Que de oro y zafir
Las alas despliegas,
Gozosa y feliz,

¡Cuál siguen mis ojos
Tu vuelo gentil,
Cuando reina te alzas
Del bello jardin!

Si le dan riquezas
La aurora y Abril
— De albores y aromas —
Todo es para tí.

Te rinde la dália
Su vário matiz;
Su altiva hermosura
Te presenta el lis.

Perfumes la viola
— Que evita el lucir —
Te manda en las alas
Del aura sutil.

Ya libas el lirio,
Ya el fresco alhelí,
Ya trémula besas
El blanco jazmin.

Mas ¡ay! cuán en vano
Mil flores y mil
Por fijar se afanan
Tu vuelo sin fin!.....

¡Ay! que ya te lleva
Tu audaz frenesí,
Do ostenta la rosa
Su puro carmin.

¡Temeraria, tente!
¿Dó vas, infeliz?.....
¿No ves las espinas
Punzantes salir?

¡Torna á tu violeta!
¡Torna á tu alhelí!
No quieras ¡incauta!
Clavada morir.

EL CAZADOR.

El sol vierte su lumbre
En nubes de oro y grana;
La tierra se engalana,
Vestida de verdor;
Con traje caprichoso,
De su perro seguido,
Sale al campo florido
Gallardo cazador.

Todo es encanto y vida,
Todo placer y amores;
Perfumes dan las flores,
Y el céfiro frescor.
Sobre el caliente nido
Cantan himnos las aves,
Miéntras con pasos graves
Se acerca el cazador.

Ajenas del peligro,
Despliegan ya sus alas,
Que ignoran de las balas
El silbo aterrador;
Y una blanca paloma,
De su belleza ufana,
En torno gira, insana,
Del fiero cazador.

Mil círculos trazando,
Cual leve mariposa,
Se aleja caprichosa,
Se pára sin temor.
De un árbol á otro cruza
Allá en el bosque umbrío,
Miéntras la acecha impío
Y oculto el cazador.

Con amoroso arrullo
Ya á su consorte llama;
Columpiada en la rama
De un verde sicomor;
Mas ¡ay! que miéntras canta
Y al dulce amor convida,
Vacila, y cae herida
Del hábil cazador.

Con su inocente sangre
La verde yerba baña,
Y sin piedad ni saña
La mira el matador.....
Que en pos de otra victoria,
Y al hombro la escopeta,
Sigue su marcha inquieta
Sonriendo el cazador.

En tanto allá aparece,
Del bosque en la espesura,
Blanca y triste figura,
Fantasma seductor;
¡Y es Elmira..... pastora
Cual tierna desgraciada,
Pues gime abandonada
Del bello cazador!

Marchita está la rosa
De su blanca mejilla,
Y en su mirada brilla
Calenturiento ardor.....

Con paso vacilante
Llega la triste Elmira
Do la víctima espira
Del crudo cazador;

Y estrechando á su pecho
Al ave moribunda,
Con lágrimas la inunda,
La dice con dolor:
—«¡Paloma sin ventura!
Igual es nuestra suerte,
Pues causa nuestra muerte
Tirano el cazador.

»De su certera mano
Recibes honda herida,
Y devoró mi vida
La llama de su amor.
»Débiles, confiadas,
Perdiónos la inocencia.....
Que no tuvo clemencia
Jamas el cazador.

»Cedamos ¡ay! cedamos
A un destino cruento,
Que sirva de escarmiento
Y ejemplo aterrador,
»Pues aves y pastoras,
Mirando tal destino,
Huirán ya del camino
Del bello cazador.»

Dice la hermosa Elmira,
Y el célico semblante
Se cubre en un instante
De lívido color.....
La muerte con sus alas
Le nubla ya la frente,
Pero áun palpita ardiente
Mirando al cazador;

Que á recoger su presa
Vuelve con aire ufano,
Sin escuchar cercano
Y hondísimo estertor;
Pues bajo el sicomoro,
Su Elmira y la paloma
Espiran, cuando asoma
Tranquilo el cazador.

A LA TUMBA DE NAPOLEON
EN SANTA ELENA.

IMITACION DE UNA ODA DE LAMARTINE.

Sobre un escollo, por el mar batido,
El marinero desde léjos mira
De una tumba brillar la blanca piedra,
Y entre el verde tejido
De la zarza y la hiedra,
Que unidas flotan en flexibles lazos,
Sobre la humilde losa se descubre.....
¡Un cetro hecho pedazos!

Aquí yace..... ¡no hay nombre!..... mas al mundo
Preguntarlo podeis. El que aquí duerme,
Envuelto por silencio tan profundo
En anónimo asilo,
Dejó ese nombre — escrito con su espada —
Desde la arena por el Don regada
Hasta las playas que fecunda el Nilo.

¡Yace aquí!..... Ni un murmullo
Produce ya su sombra..... Impunemente
Puede el inglés orgullo
Pisar su heroica y coronada frente.
¡Yace aquí!..... y á su oido
— Do sonára del bronce el estampido
Cual música halagüeña —
Sólo llega el monótono rüido
De las olas del mar contra una peña.

¡No temas, sin embargo, austera sombra,
Que con acento de implacable ira
Llegue á turbar tu majestad callada!
Respetuosa la lira
No insulta de los muertos el sosiego;
Que es la tumba sagrada
Aun para el ódio ciego;
Y si le da la gloria su aurëola,
¿Quién osa pronunciar?..... ¡La verdad sola!

Veló una nube oscura
Tu cuna y tu sepulcro: apareciste,
Relámpago veloz, entre vapores
De horrible tempestad. Desconocido
Era tu nombre al mundo todavía,
Y en desconcierto, confusion y horrores,
Tu fatal existencia presentia.
¡Así ántes que fecunden
Los términos de Ménfis
Del Nilo los anónimos raudales,
Mugen por los desiertos arenales!

Un trono secular por tierra echado,
Te levantó en sus alas la victoria,
Y sobre la cerviz de un pueblo libre
Te dió un sólio la gloria;
Que el siglo desbocado,
Que en su curso arrollaba aras y reyes,
Dió un pasó atras al verte, y fascinado
Besó tu mano y recibió tus leyes.

¡Profanador sublime de altos nombres!
¿Qué fueron para tí, sino ecos vanos
Con que engañan, insanos,
Su sed de admiracion vulgares hombres?.....
Tu orgullo inmenso, en su anhelar profundo
Sólo el imperio demandaba al mundo;
Y hollando sin temor cuanto él respeta,
Y haciéndole ¡ay! de tu desden testigo,
Tu voluntad lanzaste cual saeta

Del arco despedida,
Que áun á traves de corazon amigo,
Para llegar al blanco senda se abre,
Por la certera mano dirigida.

Sin gozar te elevaste, y ni un lamento
Te arrancó tu caida: nada humano
Palpitaba en tu pecho de diamante.
Sin ódio y sin amor, el pensamiento
Era tu sola vida. — Semejante
Al águila soberbia, que la lumbre
Bebe del sol en solitario cielo,
De su ambicion al vuelo
Se alzó tu mente á una desierta cumbre.....
Do sólo conservaste exacto ojo
Para medir la tierra, y una garra
Para asirla á tu antojo.

¿Quién puede contemplar, sin que se asombre,
De tu existencia el épico destino?
Venir del huracan en torbellino
Para regir de un siglo el movimiento,
Y llenarlo del ruido de su nombre.....
Estremecer la tierra con su acento.....
Hollar á un tiempo el sólio y la tribuna
Bajo un carro que arrastra la victoria,
Y desde el cual, con el poder de dueño,
Se le dicta la ley á la fortuna.....
¡Oh, qué brillante sueño!
¡Qué delirio de gloria!.....
¡Y tal, Napoleon, tal es tu historia!

Empero al fin caiste,
Por otra horrenda tempestad lanzado,
De tan excelsa cima en esta roca.....
Tu imperial manto viste
Por enemigos fieros destrozado.....
Y la suerte, ese númen,
Ese dios que adoró tu ambicion loca
— Y que de un golpe, al cabo, la derrumba —

Por último favor te dió este espacio
Entre el trono y la tumba.

¡Oh, quién dado me hubiera
Tu pensamiento penetrar sombrío,
Cuando en esta tristísima ribera,
Rotas las alas de tu inmenso brío,
Solo y abandonado,
Tu frente sobre el pecho se inclinaba
Bajo el recuerdo de tus bellos dias;
Y en cada olaje que á tus piés llegaba,
Las imágenes ¡ay! de lo pasado
Con ardiente mirada perseguias!

Ora te ves, desafiando al rayo,
Lanzar tus huestes sobre el frágil puente.....
Ora á ofrecerte nuevos horizontes
Miras que á tu mandato omnipotente
Rinden sus crestas los fragosos montes.....
Ora haces retemblar bajo tus plantas
La tierra de los viejos Faraones;
Traspasas del desierto los confines;
Y del Jordan entre las ondas santas,
Van á lavar tus rápidos bridones
Las polvorosas crines.....
Ora, en fin, ves que la invencible espada
En tu diestra se vuelve cetro fuerte,
Y que en silencio Europa amedrentada
Espera que tu voz dicte su suerte.

Mas ¿qué recuerdo fúnebre, cruento,
De súbito te acosa,
Que abate tu cabeza poderosa,
Cual el peso de atroz remordimiento?
¿Será que miras de la guerra impía,
Los terribles estragos,
Que un tiempo acarició tu fantasía?
¿Te cercan los escombros humeantes
De diez y diez ciudades, y hondos lagos
De sangre, se abren ante tí espumantes?

¿Será que sientes, con extraño modo,
Que ora tu propio corazon oprimen
Cadenas que forjaste?..... Pero todo
Con la gloria se cubre..... ¡Excepto el crímen!

¡Ay!..... Su dedo terrible me señala,
—Entre ese olaje que á tus piés se rompe,
Y tal parece que un gemido exhala—
Sangre de un héroe, augusta é inocente.
¡La sangre de Condé! Tu helada mano
— Que acaso agita torcedor interno —
La mancha odiosa que dejó en tu frente
Quiere borrar en vano,
Porque el sello del crímen es eterno.

¡Y, sin embargo, como el vulgo mueres!.....
Igual al segador—que de la era
Cansado vuelve, y en tranquilo sueño
Sobre su bieldo su jornal espera—
La espada tomas, y en silencio mudo,
Con semblante impasible,
—De miedo exento y de dolor desnudo—
Bajas á tu sepulcro solitario;
Para aguardar, del Juez incorruptible,
De tu vida el salario.

. . . .

Se dice, empero, que en el trance extremo
De tu larga agonía,
Se te oyó murmurar nombre supremo;
Miéntras tu helada mano se tendia
Para llevar el signo del Calvario
Sobre el pecho espirante.....
¿Y quién habrá que indague temerario
Secretos ¡ah! de tan solemne instante?

De lo que pasa entre su Dios y el alma,
Que se desnuda de la vil escoria,
¿Quién puede concebir exacta idea?
¿Ni quién nos asegura que en vosotros,

¡Ministros de la cólera! no sea
Virtud el genio, absolucion la gloria?

¡Silencio!..... Ya la losa
La oscura sima del sepulcro cierra.....
Ya de aquella existencia prodigiosa
Que deificó la guerra,
Y nuestra mente á comprender no alcanza,
Los hechos pesa la eternal balanza.....
¡Ya el cielo pronunció!..... ¡Calle la tierra!.....

PASEO POR EL BETIS.

Ya del Bétis
Por la orilla
Mi barquilla
Libre va,
Y las auras
Dulcemente
Por mi frente
Soplan ya.

¡Boga, boga,
Buen remero,
Que el lucero
Vá á salir,
Y á Occidente
Ledo sube
En su nube
De zafir!

De la tarde,
Que ya espira,
Se retira
Lento el sol,
Y á medida
Que se aleja,
Huellas deja
De arrebol.

Ya á ocultarse
Va sereno
En el seno
De la mar,
Y del cielo
Cae en tanto
Leve llanto
Sin cesar.

Con su riego
Mil olores
Dan las flores
Del pensil,
Halagadas
Por la brisa,
Blanda risa
Del Abril.

Busca el nido
Do se mece,
Y adormece
Luégo al fin,
En las ramas
Del granado
El pintado
Colorin;

Y allá—léjos
De la orilla—
Ve á Sevilla
Reposar,
De cien torres
Coronada,
Perfumada
De azahar.

¡Sorprendente
Panorama,
Do derrama
Su fulgor,

De la noche
Mensajero,
El lucero
Brillador!

¡Oh! no esperes
A que muera
La postrera
Claridad;
Boga, boga,
Buen remero,
Más ligero,
Por piedad!

A LA ESPERANZA.

¡Mágico nombre, que el mortal adora!
¡Luz del amor, sosten de la ambicion!
¡Tú, cuya mano al porvenir colora,
Cuyo aroma embrïaga á la razon!

¡Bien del feliz, consolacion del triste!
¡Del justo Dios sonrisa paternal!
¡Por él al mundo concedida fuiste,
Como al desierto el límpido raudal!

Eres un ángel, que acompaña al hombre
Desde la cuna al fúnebre ataud.....
A la inocencia hechizas con tu nombre,
Y alientas con tu voz á la virtud.

Tú sola prestas bálsamo divino
Al lacerado y yermo corazon,
Y de la vida en el erial camino
Tuyas las flores que se encuentran son!

Por tí el guerrero, de su hogar querido
Corre al combate, con heroico ardor,
Y del cañon el hórrido estampido
Escucha sin espanto ni temor.

¡Tuya es la voz que le promete gloria,
Tuyo el afan que se despierta en él,
Mostrándole una página en la historia
Y una corona eterna de laurel!

El marinero que en el frágil leño
Surca el imperio del voluble mar,
Sueña en tus brazos, de tesoros dueño
Volver feliz al apacible hogar.

Si al ocio blando y al placer se niega
El vate, que arde en estro abrasador;
Si su laud dulcísono se riega
Con lágrimas amargas de dolor;

Suena tu voz — que escucha enardecido —
Reveladora de alto porvenir,
Y de las leyes del eterno olvido
Intenta, audaz, un nombre redimir.

¿Y qué le importa que en inmundo cieno
La envidia exhale su infernal vapor;
Que vierta insana su cruel veneno,
Y ronca lance el grito detractor?.....

¡Oh! cuando se alza en el brillante cielo,
Mirando al sol, el águila real,
No ve al reptil que en el oscuro suelo
Vibra impotente su aguijon letal.

Y tú, tierno amante,
Que triste suspiras
De ausencia las iras,
De olvido el rigor,
¿Qué balsamo grato
Mitiga tu pena,
Y encanta y serena
Tu acerbo dolor?.....

¡Tú sola, esperanza!
Tu influjo divino
Del crudo destino
Se sabe burlar.

No temen tus flores
La fuerza del hielo,
Y en árido suelo
Las haces brotar.

¡Ven, pues, ¡oh Diva! tu favor imploro!
¡Muéstrame ya tu seductora faz!.....
¡Ah! no te pido ni el laurel ni el oro;
Sólo ambiciono sosegada paz.

Déjame ver en venidero dia
Una choza pajiza entre verdor,
Donde á la sombra de enramada umbría
Las aves canten su inocente amor.

Allá me ofrèce la apacible calma,
Exenta de temor y de inquietud,
Descanso dulce que restaure al alma,
Tras tanto afan de ardiente juventud!

Deja que aspire los ambientes puros,
Que no infectan pasion ó interes vil.....
Y que no se alcen ostentosos muros
Para privarme de la luz sutil.

Nò, que no encuentre mármoles ni bronces,
Que prestan su dureza al corazon;
Y libre siendo y venturosa entónces,
Me inspiraran sus dueños compasion.

Mas en la tarde, al márgen del arroyo,
Veré contenta al labrador pasar,
Del pueblo honor, de su familia apoyo,
Que alegre torna á su tranquilo hogar.

Y del ganado escucharé el balido.....
Y allá distante el compasado són,
Con que se anuncia al ánimo abatido
La hora feliz de calma y oracion.

Sauces dolientes, palmas solitarias,
Templos serán no ingratos al Señor,
Donde dirija al cielo mis plegarias,
Cual puro aroma de inocente flor.

Será la grama mi alfombrado suelo;
Tendré doquier magnífico dosel,
Que harán las hojas su vistoso velo,
Y flores mil resaltarán en él.

Y miéntras duerma en el modesto lecho,
No sentiré latir el corazon,
Ni conturbarse mi agitado pecho,
Con ensueños de gloria y ambicion.

Al despertar, con las alegres aves
La nueva luz saludaré feliz,
Levantando de amor cantos süaves
Bajo doseles de sin par matiz.

Para mi mesa ofrecerá la oveja
Su blanca leche, y frutas el vergel,
Agua la fuente, y la industriosa abeja
Panales mil de perfumada miel.

¡Ay! este cuadro, que mi mente halaga,
Pinta ¡Esperanza! en mágico cristal,
Y ante su bella sencillez, deshaga
Sus prestigios la pompa mundanal.

¡Deja que ufana tus promesas crea!
¡Deja que venza al desaliento atroz!.....
¡Y aunque mentida mi ventura sea,
Y aunque desmienta el porvenir tu voz!

LOS DUENDES.

IMITACION DE VICTOR HUGO.

E como i gru van cantando lor lai
Facendo in aer di se lunga riga;
Cosi vid' io venir traendo guai
Ombra portate d'alla de-tta briga.
DANTE.

Palacios y chozas,
Campos y ciudad,
Brutos, aves, hombres,
Todo duerme ya;

Que cubren las sombras
Del cielo la faz,
Y guardan silencio
Los vientos y el mar.

Sólo un rumor se percibe,
Vago, débil y fugaz.....
El aliento de la noche,
Que llena la inmensidad;

Y cual un alma se queja
Perseguida sin cesar
Por una llama invisible
De la region infernal.

Mas crece el rumor..... sí, ¡crece,
Y ninguno fué jamas
Tan importuno y extraño,
Tan pavoroso y tenaz!

Ya parece de los buhos
La horrible voz sepulcral;
Ya de un inmenso gentío
El confuso respirar;

Ya fatídica campana
Vibrando en la oscuridad,
Cuyos sonidos mil ecos
Repitiendo en torno van.

Pero no; cual cascabeles
Que mueve mano vivaz,
Ora inarmónicos sones
Oigo en los aires vagar.

Ora se cambian..... podria
Presumirse, que á compas
Bailan niños juguetones
Sobre rollos de cristal,

Que se chocan, que se quiebran,
Que saltan acá y allá,
Revolviéndose en fragmentos
Con un ruido sin igual.

Son, ¡oh cielo! son los duendes,
Que — enemigos de mi paz —
Cada noche, en turba inmensa,
Visitan mi soledad.

Son los duendes, que mi insomnio
Parece siempre evocar,
Para burlarme, aturdirme,
Volverme loca quizás.

¡Ay! mi lámpara se extingue,
Y oigo al enjambre fatal
Que en confuso tropel cruza,
Surcando la inmensidad!.....

¡El techo retiembla
Sobre mí agitado!
¡Cual pino quemado
Lo escucho crujir!
¡La viga se dobla
Como junco blando!.....
¡La puerta, girando,
Se comienza á abrir!

¡Los goznes mohosos
Rechinan con ruido!
¡Con bronco estallido
Se parte el dintel!
¡Y veo entre nubes
De impuros vapores,
De extraños colores
Confuso tropel!

La horrible falange
Forma batallones.....
Vampiros, dragones
Vuelan en monton,
Y pasan lanzando
Gemidos dolientes.....
¡Sus alas rugientes
Les presta Aquilon!

Acaso ¡ay! se posen
Sobre mi morada,
Ceda desquiciada
La antigua pared,
Y al impulso ruede
De la horda maldita,
Cual hoja marchita
Del viento á merced.

¡Oh Musa! si tu mano
Me ofrece libertad,
Prosternaré mi frente
Delante de tu altar.
De estos hijos impuros
De la noche fatal,
Sálvame compasiva,
Sálvame por piedad!

Haz que en vano sus alas,
Con capricho tenaz,
De mis viejos balcones
Azoten el cristal,
Y cerradas mis puertas
No dejen penetrar
El aliento maldito
De su boca infernal.

Ah! pasaron! las cohortes
Huyen ya, de furor llenas.....
Mas en los aires cadenas
Aun me parecen crujir.
Allá al remoto horizonte
La horrible cuadrilla avanza,
Y se escucha en lontananza
De sus alas el batir.

Bajo su vuelo impetuoso
Tiemblan las selvas vecinas,
Doblándose las encinas,
Removida su raíz.
¡Cómo en torno de la luna
Dibujan faja sangrienta,
Y en las nubes, que ella argenta,
Forman extraño matiz!.....

Mas ya las rasgan — huyendo —
Mis enemigos veloces.....
Ya sus discordantes voces
Apénas puedo escuchar;

Siendo el ruido tan confuso,
A proporcion que se aleja,
Que imita de la corneja
El fatídico graznar,

Y del granizo el sonido
Cayendo en un viejo techo,
O bien rodando deshecho
Desde elevada canal.
Pero más dulce se torna.....
Ya es de una fuente el murmullo.....
Ya el melancólico arrullo
De la tórtola leal.....

Ya de piadosa plegaria
Es la sílaba postrera.....
Ya de la ola, en la ribera,
El espirante rumor.....
O es el aura — que en las ramas
Juega con vuelo liviano —
O acaso el eco lejano
Del insomne ruiseñor.

Todo cesa.....
Ningun ruido
A mi oido
Llega ya;
Todo calla,
Y el reposo
Silencioso
Tornará.
Ya benigno
Vierte el sueño
Su beleño
Por mi sien,
Y en sosiego
Tan profundo
Duerme el mundo.....
¡Y yo tambien!

A UN NIÑO DORMIDO.

¡Duerme tranquilo, inocente,
En el materno regazo,
Y deja que admire atenta
Tu delicioso descanso!

¡Cual brilla la frente pura
Entre los rizos dorados,
Que en leves ondas descienden
A tu cuello de alabastro!

Pende con dulce abandono
A un lado tu diestra mano,
Y la otra de la mejilla
El peso sostiene blando.

Cual flor preciosa, tu pecho
Despide aliento balsámico,
Miéntras que dulce sonrisa
Mueve el carmin de tus labios.

Tal vez sueñas de tu madre
Recibir el beso caro.....
Tal vez á un ángel contemplas,
Y escuchas célicos cantos.

¡Duerme, duerme, pobre niño,
De la inocencia en los brazos;
Que á robarte tal ventura
Se apresta el tiempo tirano.

Vuelan rápidos los dias,
Veloces huyen los años,
Llevándose ¡ay! para siempre
Nuestros ensueños galanos.

Ese purísimo seno,
—Cuyo cútis nacarado
Levanta latir suave,
Y brilla cual limpio lago,—

Del viento de las pasiones
Será bien presto agitado,
Y sus olas turbulentas
En tí mismo harán su estrago.

Entónces ¡ay! tan tranquilo
No será, no, tu descanso,
Ni esa sonrisa apacible
Te prestará nuevo encanto.

Entónces ¡ay! los delirios
Del amor, los sobresaltos
De los celos, los afanes
De la ambicion, siempre insanos,

Serán los ángeles puros
Que velarán á tu lado,
Reproduciendo en tus sueños
De tu existencia los cuadros.

Hasta que, al fin, á tu vista
— Cubierta con velo opaco —
Se eclipsará la esperanza,
Luciendo atroz desengaño.

Y del sueño perdurable
La triste calma anhelando,
Ya en la copa de la vida
Sólo hallarás dejo amargo.

Mas ¡silencio! no se aleje,
Por tan fúnebres presagios,
El ángel que ves hermoso
Arrullarte con sus cánticos.

¡Duerme, sí, pobre inocente!
Prolonga tu sueño grato,
Y conserva esa sonrisa
Que está tu madre adorando.

A FRANCIA.

AL TRATARSE DE LA TRASLACION DE LOS RESTOS DE NAPOLEON Á PARÍS.

Bástete ¡oh Francia! la atronante gloria
Con que llenó tus ámbitos *el hombre;*
Bástete ver en inmortal historia
Unido al tuyo su preclaro nombre.
Bástete la memoria
De aquellos grandes dias
En que á su voz la Europa estremecias,
Y deja al mundo ese sepulcro austero
Donde el hado severo
Guarda al gigante de ambicion y orgullo,
Entre esas peñas áridas y solas;
Miéntras el mar — con turbulento arrullo —
Quiebra á sus piés las espumantes olas.

¡Déjale allí! Sin comitiva, aislado
Duerma en su roca solitaria y fria
El rey sin dinastía.....
No en panteon estrecho sepultado,
De París oiga el bacanal rüido,
Entre vulgares reyes confundido.

¡Déjale, que su puesto es Santa Elena!
Los nombres poderosos

De Wagram, de Austerliz, Marengo y Jena
No volverán los ecos silenciosos,
La paz turbando de la tosca tumba,
A que no presta con sus alas sombra
El águila imperial, ni el hueco bronce
Por saludarla omnívomo retumba.....
Pero allí el mundo mírala, y se asombra
Del misterio que muda le revela;
Pues el fantasma inmenso,
Que entre cielo y abismo allí suspenso
Cumple quizás designios soberanos,
Es de la humana historia un monumento,
Que á pueblos y á tiranos
Dé alta leccion, terrífico escarmiento!

A UNA TÓRTOLA,

EN UNA NOCHE DE DESVELO.

De la noche el negro manto
Envuelve á la tierra ya:
Natura en su seno tranquila reposa,
Y al sueño entre sombras se siente vagar.

Sus alas — que lento bate
De la brisa al susurrar—
Vertiendo en el mundo beleño precioso,
Del triste suspenden cuidados y afan.

Calladas, su blando vuelo
Las horas siguiendo van;
En tanto que ostentan, temblando en la altura,
Las tibias estrellas su luz celestial.

Las flores pliegan sus hojas,
Ténue aroma al exhalar;
Las aves se acogen al plácido nido,
Y apénas del rio se mueve el cristal.

Yo sola, en sosiego tanto,
Velo y sufro sin cesar;
Que el sueño — que imploro con flébil acento —
Me niega obstinado su breve solaz.

Verterá el sol en Oriente
De sus luces el raudal,
Y lánguidos, tristes, mis ojos cansados,
Sus fúlgidos rayos con pena verán.

Muévate mi acento amargo...
Templa mi insomnio fatal.....
¡Oh padre benigno del mudo sosiego!
¿Porqué favorable no te hallo jamas?

Basten al dolor los dias
Y su infausta claridad,
Sin que de la noche, de penas consuelo,
Los ayes del triste perturben la paz.

Desciende ¡sueño! propicio,
No alargues tu ausencia más,
Y sin preguntarme cuál es mi tormento,
Piadoso me otorga tu dicha falaz.

¡Todos duermen! en el seno
Del reposo universal,
Un sér no se encuentra que gima conmigo,
Ni quiera mi acento doliente escuchar.

Mas ¡no! que suena á deshora
—Con lastimoso compas—
Un eco lejano, cual canto de muerte,
Que en alas del viento meciéndose va.

¡Ay! ¡tu arrullo lamentable
Conozco, tórtola, ya!
Amores llorando del bien que perdiste,
Le cuentas al cielo tu místico mal.

¡Vén á mí, vén, ave triste;
Mi confidente serás!.....
Tu pecho abrasado, de amantes modelo,
Del mio el secreto merece guardar.

Pero no se lo reveles
Nunca al céfiro fugaz.....
Me basta que quieras, conmigo velando,
Templar los horrores de atroz soledad.

AL MONUMENTO DEL DOS DE MAYO.

SONETO.

¡Mármol, que guardas inmortal memoria,
Yo te saludo por la vez primera,
Y si Quintana el plectro me cediera,
Levantára ante tí canto de gloria!
Tú no eternizas, no, vulgar victoria
Dè ambicion loca ó de venganza fiera;
Que en tí ha grabado la nacion ibera
La página más pura de su historia.
Pues si grande la ve la era presente
Allá en Lepanto, Cirinola, Otumba,
Más grande la verá futura gente,
Cuando—luchando heroica—aquí derrumba
La estrella del tirano armipotente,
Y la hunde de sus hijos en la tumba.

A EL.

En la aurora lisonjera
De mi juventud florida,
En aquella edad primera
—Breve y dulce primavera,
De tantas flores vestida—

Recuerdo que cierto dia
Vagaba con lento paso
Por una floresta umbría,
Miéntras que el sol descendia
Melancólico á su ocaso.

Mi alma—que el campo enajena—
Se agitaba en vago anhelo,
Y en aquella hora serena
—De místico encanto llena
Bajo del tórrido cielo—

Me pareció que el sinsonte
Que sobre el nido piaba;
Y la luz que acariciaba
La parda cresta del monte,
Cuando apacible espiraba;

Y el céfiro, que al capullo
Suspiros daba fugaz;
Y del arroyo el murmullo,
Que acompañaba el arrullo
De la paloma torcaz;

Y de la oveja el balido,
Y el cántico del pastor,
Y el soñoliento rumor
Del ramaje estremecido.....
¡Todo me hablaba de amor!

Yo—temblando de emocion—
Escuché concento tal,
Y en cada palpitacion
Comprendí que el corazon
Llamaba á un ser ideal.

Entónces ¡ah! de repente,
—No como sombra de un sueño,
Sino vivo, amante, ardiente—
Se presentó ante mi mente
El que era su ignoto dueño.

Reflejaba su mirada
El azul del cielo hermoso;
No cual brilla en la alborada,
Sino en la tarde, esmaltada
Por tornasol misterioso.

Ni hercúlea talla tenía,
Mas esbelto—cual la palma—
Su altiva cabeza erguia,
Que alumbrada parecia
Por resplandores del alma.

Yo, en profundo arrobamiento,
De su hálito los olores
Cogí en las alas del viento,
Mezclado con el aliento
De las balsámicas flores;

Y hasta su voz percibia
—Llena de extraña dulzura—
En toda aquella armonía
Con que el campo despedia
Del astro rey la luz pura.

Que ser divino era aquel
Era un angel? o era un hombre?
era un Dios? o era Luzbel?
mi vision no tiene nombre?

Ah! nombre tiene... era Él!

¡Oh alma! di: ¿quién era aquel
Fantasma amado y sin nombre?.....
¿Un genio? ¿un ángel? ¿un hombre?
¡Ah! lo sabes! era *él;*
Que su poder no te asombre.

Volaban los años, y yo vanamente
Buscando seguia mi hermosa vision.....
Mas dió al fin la hora; brillar vi tu frente,
Y «es él», dijo al punto mi fiel corazon.

Porque era, no hay duda, tu imágen querida,
— Que el alma inspirada logró adivinar —
Aquella que en alba feliz de mi vida
Miré para nunca poderla olvidar.

Por tí fué mi dulce suspiro primero;
Por tí mi constante, secreto anhelar.....
Y en balde el destino — mostrándose fiero —
Tendió entre nosotros las olas del mar.

Buscando aquel mundo que en sueños veia,
Surcólas un tiempo valiente Colon.....
Por tí — sueño y mundo del ánima mia —
Tambien yo he surcado su inmensa extension.

Que no tan exacta la aguja al marino
Señala el lucero que lo ha de guiar,
Cual fija mi mente marcaba el camino
De hallar de mi vida la estrella polar.

Mas ¡ay! yo en mi patria conozco serpiente
Que ejerce en las aves terrible poder.....
Las mira, les lanza su soplo atrayente,
Y al punto en sus fauces las hace caer.

¿Y quién no ha mirado gentil mariposa
Siguiendo la llama que la ha de abrasar?.....
¿O quien á la fuente no vió presurosa
Correr á perderse sin nombre en el mar?.....

¡Poder que me arrastras! ¿Serás tú mi llama?
¿Serás mi oceáno? ¿mi sierpe serás?.....
¿Qué importa? Mi pecho te acepta y te ama,
Ya vida, ya muerte le aguarde detrás.

A la hoja que el viento potente arrebata,
¿De qué le sirviera su rumbo inquirir?.....
Ya la alce á las nubes, ya al cieno la abata,
Volando, volando le habrá de seguir.

EL POETA.

TRADUCCION DE VÍCTOR HUGO.

Muse! contemple ta victime!
LAMARTINE.

Que pase en paz por el tropel injusto
De un mundo cuyos goces él ignora;
Que pase en paz el desgraciado augusto
A quien su alma devora.

Huid placeres, huid su austera vida,
Y respetad sus púdicos dolores;
Que su palma no crece confundida
Con vuestras vanas flores.

¡Ah! no turbeis con locas alegrías
Su insomnio ardiente y su inspirado canto.....
¡Ved! cada paso en las sublimes vias
Se riega con su llanto.

Llora su juventud sin embeleso,
La vida en sus verdores marchitada.....
De la inmortalidad al grave peso
Débil caña doblada.

Y de tu imprevision, de tu indolencia,
Llora ¡oh infancia! los perdidos bienes.....
Y tu blanca corona de inocencia
Que se secó en sus sienes.

A su siglo, á su lira acusa airado,
Y á su esperanza breve é ilusoria,
Y á la copa funesta que ha colmado
De tanta hiel la gloria.

Y á sus votos siguiendo las fatales
Promesas de su genio con anhelo,
Y á su musa y los dones celestiales,
Que no son ¡ay! el cielo.

¡Si al ménos los pesares con que lidia
Aletargase bienhechor beleño,
Y sus triunfos pasasen, y la envidia,
Sin alterar su sueño!.....

¡Si lograse cubrir cada victoria
Con el olvido, y de esplendor velado
—Como en el sol un ángel—en su gloria
Quedarse sepultado!.....

Mas no; ¡que es fuerza en la comun arena
Seguir de la ola el ímpetu violento,
Y respirar el aire que envenena
La turba con su aliento!

Su grave voz se pierde en el torrente
De la ignorancia y del orgullo vano.....
¡Los hombres juegan con el cetro ardiente,
Que pesa ¡ay! en su mano.

¿Qué importa vuestro imperio corrompido
A ese inmortal que en soledad suspira?
¿No tiene vuestro mundo asaz rüido,
Sin su canto y su lira?

¿Por qué de sus dominios tan distante
A ese monarca conducis, insanos?.....
¿Qué importa — ¡respondedme! — á ese gigante
Un séquito de enanos?

Dejadle entre sus sombras, do desciende
La luz de celestiales resplandores.....
¿Sabeis que allí su musa el ala extiende,
Y arrulla sus dolores?

¿Sabeis que vierte en su vigilia inquieta
La paloma de Cristo inspiraciones,
Y el águila sublime del profeta
Cruza por sus regiones?

¿Sabeis que en los fantasmas del desvelo,
Soles tal vez, esferas apagadas,
Pasan en multitud por otro cielo;
Visible á sus miradas?

¿Que indaga, por querubes conducido,
De qué formas y aspectos ignorados,
El ser universal es revestido
En mundos apartados?

¿Sabeis que abrasa su mirada intensa,
Y que el velo que toca vuestra mano
—Ese velo que cubre un alma inmensa—
No se levanta en vano?

¿Sabeis que su ala en un batir podria
Salvar de los extremos el camino,
Para pasar de la infernal orgía
Al banquete divino?.....

¡Dejad por sus senderos solitarios
Al que marcó el Señor con ese sello.....
Sello que veis, mortales temerarios,
Terrible como bello!

Sus ojos ¡ay! divisan más misterios
Que los que leen los muertos en las losas
De sus abandonados cementerios,
En horas silenciosas;

Y vendrá dia en que con laud bendito,
Y de un augusto sacerdocio armado,
Lo envíe la Musa á un mundo de delito,
Y de sangre abrevado.....

Para que ilustre vuestro orgullo ciego
—Que ama el error y á la verdad rechaza—
Y del Dios poderoso lleve el ruego
Al hombre que amenaza.

¡Un formidable espíritu lo enciende!.....
¡Parece!..... y en relámpagos lanzada
Su alta palabra, los espacios hiende,
Y es doquier escuchada!

Culto le dan los pueblos de la tierra;
Forman los rayos su corona ardiente.....
¡Sinaí divino, que tronando encierra
Todo un Dios en su frente!

AL SOL,
EN UN DIA DE DICIEMBRE.

SONETO.

Reina en el cielo ¡Sol! reina, é inflama
Con tu almo fuego mi cansado pecho:
Sin luz, sin brío, comprimido, estrecho,
Un rayo anhela de tu ardiente llama.
A tu influjo feliz brote la grama;
El hielo caiga á tu fulgor deshecho:
¡Sal, del invierno rígido á despecho,
Rey de la esfera, sal; mi voz te llama!
De los dichosos campos do mi cuna
Recibió de tus rayos el tesoro,
Me aleja para siempre la fortuna:
Bajo otro cielo, en otra tierra lloro,
Donde la niebla abrúmame importuna.....
¡Sal rompiéndola, Sol; que yo te imploro!

A LA MUERTE

DEL CÉLEBRE POETA CUBANO

DON JOSE MARIA DE HEREDIA.

Le poète est semblable aux oiseaux de passage,
Qui ne batissent point leur nid sur le rivage.
LAMARTINE.

Voz pavorosa en funeral lamento
Desde los mares de mi patria vuela
A las playas de Iberia; tristemente
En són confuso la dilata el viento;
El dulce canto en mi garganta hiela,
Y sombras de dolor viste á mi mente.
¡Ay! que esa voz doliente,
Con que su pena América denota
Y en estas playas lanza el Oceáno,
«Murió, pronuncia, el férvido patriota.....»
«Murió, repite, el trovador cubano;»
Y un eco triste en lontananza gime,
«¡Murió el cantor del Niágara sublime!»

¿Y es verdad? ¿Y es verdad?..... ¿La muerte impía
Apagar pudo con su soplo helado
El generoso corazon del vate,
Do tanto fuego de entusiasmo ardia?
¿No ya en amor se enciende, ni agitado
De la santa virtud al nombre late?.....

Bien cual cede al embate
Del aquilon sañoso el roble erguido,
Así en la fuerza de su edad lozana
Fué por el fallo del destino herido.....
Astro eclipsado en su primer mañana,
Sepúltanle las sombras de la muerte,
Y en luto Cuba su placer convierte.

¡Patria! ¡númen feliz! ¡nombre divino!
¡Idolo puro de las nobles almas!
¡Objeto dulce de su eterno anhelo!
Ya enmudeció tu cisne peregrino.....
¿Quién cantará tus brisas y tus palmas,
Tu sol de fuego, tu brillante cielo?.....
Ostenta, sí, tu duelo;
Que en tí rodó su venturosa cuna,
Por tí clamaba en el destierro impío,
Y hoy condena la pérfida fortuna
A suelo extraño su cadáver frio,
Do tus arroyos ¡ay! con su murmullo
No darán á su sueño blando arrullo.

¡Silencio! de sus hados la fiereza
No recordemos en la tumba helada
Que lo defiende de la injusta suerte.
Ya reclinó su lánguida cabeza
—De genio y desventuras abrumada—
En el inmóvil seno de la muerte.
¿Qué importa al polvo inerte,
Que torna á su elemento primitivo,
Ser en este lugar ó en otro hollado?
¿Yace con él el pensamiento altivo?.....
Que el vulgo de los hombres, asombrado
Tiemble al alzar la eternidad su velo;
Mas la patria del genio está en el cielo.

Allí jamas las tempestades braman,
Ni roba al sol su luz la noche oscura,
Ni se conoce de la tierra el lloro.....
Allí el amor y la virtud proclaman

Espíritus vestidos de luz pura,
Que cantan el Hosanna en arpas de oro.
   Allí el raudal sonoro
Sin cesar corre de aguas misteriosas,
Para apagar la sed que enciende al alma;
—Sed que en sus fuentes pobres, cenagosas,
Nunca este mundo satisface ó calma.—
Allí jamas la gloria se mancilla,
Y eterno el sol de la justicia brilla.

   ¿Y qué, al dejar la vida, deja el hombre?
El amor inconstante; la esperanza,
Engañosa vision que lo extravia;
Tal vez los vanos ecos de un renombre
Que con desvelos y dolor alcanza;
El mentido poder; la amistad fria;
   Y el venidero dia
—Cual el que espira breve y pasajero—
Al abismo corriendo del olvido.....
Y el placer, cual relámpago ligero,
De tempestades y pavor seguido.....
Y mil proyectos que medita á solas,
Fundados ¡ay! sobre agitadas olas.

   De verte ufano, en el umbral del mundo
El ángel de la hermosa Poesía
Te alzó en sus brazos y encendió tu mente,
Y ora lanzas, Heredia, el barro inmundo
Que tu sublime espíritu oprimia,
Y en alas vuelas de tu genio ardiente.
   No más, no más lamente
Destino tal nuestra ternura ciega,
Ni la importuna queja al cielo suba.....
¡Murió!..... A la tierra su despojo entrega,
Su espíritu al Señor, su gloria á Cuba;
¡Que el genio, como el sol, llega á su ocaso,
Dejando un rastro fúlgido su paso!

A MI AMIGO

DON NICOMEDES PASTOR DIAZ

DESPUES DE HABER LEIDO EL PRIMER VOLÚMEN
DE SUS COMPOSICIONES POÉTICAS.

El sol medroso del Diciembre helado
Su postrer rayo pálido lanzaba,
Cuando á tu bella *inspiracion* (1) ligado,
Mi espíritu volaba;

Y en la ribera cántabra te via,
El arpa de oro en la agitada mano,
Soltar la voz, que acompañar solia
Bramando el Oceáno.

Voz que en el corazon un eco triste
Fiel repitió, de súbito pulsada
La dócil cuerda, que en el alma existe
Siempre al dolor templada.

Unas tras otras las calladas horas
Entre las sombras presurosas huian,
Y del sueño las alas tembladoras
Beleño sacudian,

---

(1) Todas las palabras que están con letra bastardilla son títulos de composiciones del Sr. Pastor Diaz.

Miéntras mi vista ardiente y afanosa
Fija en tu libro, con tenaz desvelo
Miraba de tu *negra mariposa*
El fatídico vuelo.

De media noche en el solaz profundo,
Cuando se queja el ruiseñor amante,
Cuando respira aletargado el mundo,
Cual dormido gigante,

Áun yo velaba conmovida y sola
—Cual ave triste sin consorte y nido—
Tal vez llorando la eclipsada aureola
Del *ángel* ¡ay! *caido.*

Y al despuntar la aurora en el Oriente
—Tan rica de cambiantes y colores—
Preferí de tu *luna* refulgente
Los nítidos albores.

¡Cuántas profundas, grandes emociones,
Que en lo interior del corazon dormian,
De tu arpa triste á los sentidos sones,
Súbitas me oprimian!.....

¡Cantor de la *inocencia!* Blancas flores
Un ángel mezcle á tu laurel sublime,
Que tu mano al laud de los amores
No impuro sello imprime.

Vuelve, vuelve á soltar la voz sonora,
Ya nos cantes *la vida*, ya *la muerte;*
Leve ó profunda, dulce ó tronadora,
Vaga, flébil ó fuerte!.....

¡Suelta, suelta la voz! ora tu acento
Del corazon revele los dolores,
Ora suspire como el dulce aliento
Del aura entre las flores.

Amor, tristeza, júbilo, ternura,
La dulce paz y la esperanza inquieta.....
Los misterios del alma y de natura.....
¡Todo es para el poeta!

Que en el mar de la vida, inquieto, en calma,
Doquier fortuna su bajel impela,
Para todos los vientos en su alma
Se despliega una vela.

Deja las almas enervadas, frias,
Aletargarse en infecundo tedio,
Y en crapulosas, lúbricas orgías
Demandar el remedio.

En alas de tu genio sublimado,
Sal de la tierra, los espacios hiende,
Y en entusiasmo férvido y sagrado
Tu corazon enciende.

No mide, no, la altura amedrentada
El águila real, si emprende el vuelo.....
¡Fija en el sol la impávida mirada,
Y piérdese en el cielo!

SONETO,

IMITANDO UNA ODA DE SAFO.

¡Feliz quien junto á tí por tí suspira!
¡Quien oye el eco de tu voz sonora!
¡Quien el halago de tu risa adora
Y el blando aroma de tu aliento aspira!
Ventura tanta—que envidioso admira
El querubin que en el empíreo mora—
El alma turba, al corazon devora,
Y el torpe acento, al expresarla, espira.
Ante mis ojos desparece el mundo,
Y por mis venas circular ligero
El fuego siento del amor profundo.
Trémula, en vano resistirte quiero.....
De ardiente llanto mi mejilla inundo,
¡Deliro, gozo, te bendigo y muero!

A MI MADRE,

EN EL PRIMER DIA DEL AÑO DE 1841.

¡Detente, viento del Norte,
Que el crudo invierno desata!
No más impelas las nubes,
Velando del sol la llama,

Ni del árbol ya desnudo
Destroces las secas ramas,
Ni del arroyo tranquilo
Turbes las ondas de plata.

No más en el mar airado
Levantes fieras borrascas,
Ni arrastres cuál leve pluma
La nave que incierta vaga.

Tu raudo curso suspende
Y el triste silbido acalla;
Que un mensaje de ternura
Quiero entregar á tus alas.

Recíbelo, y despues vuela
A la orilla perfumada
Que con sus ondas fecundas
El Bétis risueño baña.

¡Allí respira el objeto
De mi cariño entusiasta!
¡Allí mi amiga indulgente!
¡Allí mi madre adorada!

Llévala los puros votos
Que por ella forma el alma,
Hoy, que asoma un año nuevo,
Y otro el abismo se traga.

Dila que guardo de aquél
Memorias dulces y santas;
Porque son de su presencia;
Porque á su vida se enlazan.

Díla que al nuevo—que miro
Comenzar hoy, á distancia
Del caro techo materno
Que tanto afecto me guarda—

No pido, no, me prometa
Placeres—que anhelé ávida—
Ni laureles de la gloria,
Que objeto fué de mis ánsias;

Sino solo una sonrisa
De bienhechora esperanza,
Que me anticipe el contento
De volver ¡ay! á abrazarla.

Dila que mi mente enfrian
Los soplos del Guadarrama,
Y de esta córte el tumulto
A mi agreste musa espanta.

Dila..... mas no; que no sepa
Cosa que turbe su calma,
Y de sus ojos queridos
Pueda arrancar nuevas lágrimas.

Llévala sólo caricias;
Llévala dulces palabras.....
¡Vuela veloz, y no temas
Desconocerla al hallarla!

Si ves hermosa matrona,
Erguida como la palma,
Frente pura, grave paso,
De halagadora mirada,

Que consuela á los que sufren,
Y á los débiles ampara;
Que al que calumnian defiende,
Y protege al que maltratan.....

Si encuentras en santo templo,
Humilde al pié de las aras,
Una figura apacible
Con negros tules velada;

Si—entre el velo trasparente,
De sus hermosas pestañas—
Furtiva lágrima rueda,
Que su fervor te declara.....

¡Es ella! mi tierna madre,
La luz que mi noche aclara,
Y el ángel que me custódia,
Y el corazon que me ama.

¡Es ella! con mis suspiros
Llega rendido á sus plantas,
Y tráeme ¡viento del Norte!
Los ecos de sus plegarias.

POLONIA.

TRADUCCION LIBRE DE VÍCTOR HUGO.

Sola al pie de la torre, donde la voz tonante
Resuena pavorosa de tu señor fatal,
Cuya siniestra sombra parece por instante
Designarse en la piedra del silencioso umbral;

Pronta á ver al esposo trocarse en asesino,
Pálida, y hasta el suelo doblada la cerviz,
Vencida, encadenada, te ofreces al destino,
Bella y triste Polonia, por víctima infeliz.

A falta de tus hijos, miro tus manos puras
El crucifijo santo con fervor estrechar.....
¡Mancharon los Basquiros tus régias vestiduras,
Y en ellas sus sandalias grabaron al pasar!

A intérvalos te llegan palabras de amenaza,
Y de pisadas duras escúchase rumor,
Y un sable allá reluce, y un hierro que te enlaza
Al muro, por do corre tu llanto de dolor.

¡Polonia sin ventura! los brazos descarnados
Y la abatida frente te miro levantar,
Y los llorosos ojos, hundidos y empañados,
Hácia la Francia vuelves con tímido mirar.

Un grito de tu pecho tristísimo desprendes:
—¡Oh Francia, hermana mia!—te escucho repetir:
Ansiosa tus miradas por el camino tiendes,
Y esperas ¡ay! y esperas..... ¡y á nadie ves venir!

A WASHINGTON.

SONETO (1).

No en lo pasado á tu virtud modelo,
Ni copia al porvenir dará la historia,
Ni otra igual en grandeza á tu memoria
Difundirán los siglos en su vuelo.
Miró la Europa ensangrentar su suelo
Al genio de la guerra y la victoria.....
Pero le cupo á América la gloria
De que al genio del bien le diera el cielo.
Que audaz conquistador goce en su ciencia,
Miéntras al mundo en páramo convierte,
Y se envanezca cuando á siervos mande;
¡Mas los pueblos sabrán en su conciencia
Que el que los rige libres sólo es fuerte;
Que el que los hace grandes sólo es grande!

---

(1) Lo escribió su autora el año de 41; pero lo refundió—tal como está aquí — mucho tiempo despues, al visitar la tumba del héroe americano.

EL GENIO POÉTICO.

A MI RESPETABLE AMIGO
EL EXCMO. SR. D. JUAN NICASIO GALLEGO.

Parece, brilla, pasa la hermosura,
Cual flor que nace y muere en la mañana;
Sombra es el mando, sueño la ventura,
Humo y escoria la grandeza humana:
Las moles de arrogante arquitectura,
Con que su nombre en ensalzar se afana,
Voraz el tiempo — que incesante vuela —
Con la huesa del pobre las nivela.

Ceden al peso de tan férrea mano
Torres soberbias, cúpulas doradas.....
Los monumentos del poder romano
Ya escombros son y ruinas mutiladas!
De Ménfis y Palmira en polvo vano
Se dispersan las glorias olvidadas,
Y de la antigua Grecia los prodigios
Dejan apénas débiles vestigios!

Piélago sin riberas ni reposo,
Hinchado de perennes tempestades,
Sigue el tiempo su curso impetüoso,
Siempre tragando y vomitando edades.
A su impulso cediendo poderoso,
En desiertos se truecan las ciudades,
Y leyes, aras, púrpura y diadema
Se hunden al fallo de su ley suprema.

Todo sucumbe á la eternal mudanza;
Por ley universal todo perece;
El genio sólo á eternizarse alcanza,
Y como el sol eterno resplandece.
Al porvenir su pensamiento lanza,
Que con el polvo de los siglos crece,
Y en las alas del tiempo suspendido,
Vuela sobre las simas del olvido.

La gloria de Marón el orbe llena;
Aun suspiramos con Petrarca amante;
Aun vive Mílton, y su voz resuena
En su querube armado de diamante.
Rasgando nubes de los tiempos, truena
El rudo verso del terrible Dante,
Y desde el Ponto hasta el confin Ibero,
Retumba el eco del clarin de Homero.

Aun conservan las Musas cual tesoro
La inspiracion de Sófocles profundo,
Y ornado de su trágico decoro
Se alza Racine, admiracion del mundo.....
Aun nos arranca Shakespeare el lloro;
Aun nos cautiva Calderon fecundo;
Que la palabra augusta del poeta
A la ley de morir no está sujeta!

Pontífice feliz de la belleza,
En cuyo amor purísimo se enciende,
Él domina del vulgo la rudeza,
Y con soplo inmortal su culto extiende.
Le enseña arcanos mil naturaleza,
Y otra mística voz, que él solo entiende;
Porque, húesped del mundo inteligible,
Vive con lo existente y lo posible.

De cuantos seres, de su ingenio hechura,
Divinizó la griega fantasía,
Y al nombre excelso de deidad más pura
Desparecieron del Olimpo un dia,

Tan sólo el culto inextinguible dura
Del númen de la hermosa poesía,
En cuyas aras el incienso humea
Por cuanto ciñe el mar y el sol otea.

¡Mil veces venturoso, ilustre amigo,
Quien como tú merece sus favores,
Y del lauro que ostentas y bendigo
Se adorna con divinos resplandores!
Bien que de léjos, tus pisadas sigo,
Llevando al ara mis humildes flores,
Y al escuchar los ecos de tu fama,
Siento que activa emulacion me inflama.

A UN RUISEÑOR.

Cesa, cesa,
¡vate alado!
que ha sonado
Ya el reloj
La hora grave
Que da al sueño
Su beleño
Bienhechor.

Pues la noche
Nos circunda
De profunda
Dulce paz,
De la mente
Deja al fuego
Con sosiego
Reposar.

Ni ¿qué aguardas
De este ambiente,
¡Oh hijo ardiente
De la luz!
Tú, que mides
Con tus vuelos
De los cielos
El azul?

¿Qué pretendes
Con tu canto,
Si su encanto
Sin igual
Las tinieblas
No comprenden,
Ni suspenden
Tu afanar?

¡Ay! ¿quién sabe
Si emboscado
Despiadado
Cazador,
Lazo indigno
Te prepara,
Junto al ara
De tu amor!.....

De asechanzas
Protectoras
Tales horas
Suelen ser,
Y ese canto
Te delata
En la ingrata
Lobreguez.

Deja, deja
De horror lleno,
Nuestro cieno
Mundanal,
Por las cumbres
Donde aspiras
Y respiras
Libertad.

Cuando á vastos
Horizontes
Te remontes
Triunfador,

Tu sublime
Poesía
Dale al dia,
Dale al sol;

¡Pero cese,
Cese ahora
Tu canora
Bella voz,
Y que grato
Vierta el sueño
Su beleño
Bienhechor!

LA PRIMAVERA.

Huyó el invierno sañudo
Y luce brillante el sol,
Que el pálido velo rasgando glorioso,
Difunde en la tierra benigno calor.

Se cubre el campo aterido
Con halagüeño verdor;
Del dulce Favonio los hálitos puros
Suceden al soplo del fiero aquilon.

¡Salud, bella primavera!
¡Salud, feliz estacion!
Tu grata sonrisa, que vida difunde,
Perfuma los aires, colora la flor.

Vencedora del invierno,
Llegas vestida de albor,
Los valles se alegran, las fuentes murmuran,
Las aves entonan sus himnos de amor.

Brota el gérmen, escondido
De la escarcha en la prision,
Y brumas y hielos y nieves disipa
Tu impulso de vida, tu soplo creador.

Rejuvenecer la tierra
Fué tu dichosa mision,
¡Y tú la obedeces!..... renace cada año
Natura—al mirarte—con nuevo vigor.

¡Ay! ¿por qué tambien al hombre
No se extiende tu favor?.....
De su edad primera las flores preciosas
Son presto despojos del tiempo feroz.

Perfuman con dulce aroma
Su juvenil corazon.....
Las toca con mano de acero y de hielo,
Las toca, y marchitas las deja el dolor.

El invierno de natura
Tu presencia disipó,
Mas ¡ay! de la vida del hombre infelice,
No el pálido invierno disipas tú, no.

Una sola primavera
El cielo le concedió;
Y rápida vuela, cual nube de estío,
Cual humo ligero, cual soplo veloz.

¡Una sola! y el invierno,
Que helado y mustio va en pos,
Le agobia de nieves, le cerca de sombras,
Que nunca disipa benéfico sol.

Vuelves al árbol las flores,
El perfume y el color.....
¡Mas no das al hombre las flores perdidas!
¡Mas no le revives la muerta ilusion!

De mi fugaz primavera
Ten ¡oh tiempo! compasion,
Y deja que pueda llevar al sepulcro.....
No mucho te pido..... ¡tan sólo una flor!

A LA VIRGEN.

PLEGARIA.

Vos, entre mil escogida,
De luceros coronada,
Vos, de escollos preservada
En los mares de la vida:
Vos, radiante de hermosura,
¡Vírgen pura!
De toda virtud modelo;
Flor trasplantada del suelo
Para brillar en la altura:

Vos, la sola sin mancilla
De Adan en la prole insana,
Y á cuya voz soberana
Dobla el ángel la rodilla:
Vencedora del delito,
Que al precito
Querub quebrasteis la frente,
Y cuyo nombre potente
Es en los cielos bendito:

Vos, que ocupais régio asiento
En la patria eterna y santa,
Y teneis de vuestra planta
Por alfombra el firmamento.....
Velved, Señora, los ojos
Sin enojos

A esta mujer solitaria,
Que os dirige su plegaria
De su destierro entre abrojos.

En tempestuoso oceáno
Mi bajel navega incierto,
Sin que un fanal en el puerto
Le encienda piadosa mano:
Entre escollos gira roto,
Sin piloto
Y sin brújula ni vela.....
Que á merced — deshecho — vuela
Del vendabal ó del noto.

Vos, en la noche sombría
Pura luz, celeste faro,
De los débiles amparo,
De los tristes alegría.....
Mirad mi senda enlutada,
¡ Madre amada!
Mi juventud — sin amores —
Débil planta á los rigores
De ardiente sol marchitada.

Campo estéril, seco arroyo,
Donde no juegan las brisas,
Mi infancia no tuvo risas,
Ni mi vejez tendrá apoyo.
Noche triste cual ninguna,
Y sin luna,
Fué la noche tormentosa
Que vine al mundo llorosa.....
¡ La orfandad meció mi cuna!

¡ En torno miro!..... No existe
Ni patria ni hogar querido.....
¡ Soy el pájaro sin nido!
¡ Soy sin olmo hiedra triste!
Cada sosten de mi vida,
Desvalida,

Fué por el rayo tronchado,
Y débil caña he quedado,
De aquilones combatida.

Extranjera en este mundo,
No comprendo su alegría,
Ni él penetra, Madre mia,
En este abismo profundo.....
Este abismo de dolores,
Que con flores
Disfraza tal vez la suerte;
¡Volcan que encierra la muerte,
Coronado de verdores!

Seres hay en este suelo
Que enigmas son de amargura;
Ni el cielo les da ventura,
Ni el mundo les da consuelo.
¿Para qué fueron lanzados
¡Desgraciados!
A la existencia estos seres,
Entre risas y placeres
A padecer condenados?

Mas los misterios venero
Que comprender no consigo,
Y á vos ¡oh Vírgen! os digo:
«Yo sufro, ruego y espero.»
Se dice que el Señor vierte
En el fuerte
Y en el soberbio su ira,
Mas con blandos ojos mira
Del desvalido la suerte.

¡Ay! no soy robusta encina,
Firme del cierzo á la saña,
Sino humilde y frágil caña,
Que al menor soplo se inclina.
Bajo el brazo omnipotente
Veis mi frente

Postrarse humilde, Señora;
Decidle, pues, que ya es hora
De que se extienda clemente.

Del árbol de mi esperanza
Secas las flores cayeron,
Y cual humo leve huyeron
Mis sueños de bienandanza:
Así, no pido alegría,
¡Vírgen pía!
Ni horas de dicha serenas;
Sino paciencia en las penas
Y paz en la tumba fria.

LA JUVENTUD DEL SIGLO.

Alzando al cielo la apacible frente
Coronada de rosas,
Y con el pecho henchido de esperanza,
Mirad la juventud — cuando riente —
Del mundo por las sendas escabrosas,
Llena de fuerza y de ilusion se lanza.
«Dame — dice á la vida —
»Los tesoros sin fin de que dispones;
»Porque me siento de entusiasmo ardida,
»Rica de fe, sedienta de emociones.
»Quiero rendir á la belleza culto,
»Y abrasarme de amor en fuego inmenso.....
»Quiero al santuario oculto
»De la augusta verdad llevar mi incienso.....
»Quiero severa perseguir al vicio,
»Dando doquier á la virtud victoria,
»Y — áun á costa de heroico sacrificio —
»Cumplir el bien y merecer la gloria.»
Dice la juventud, y avanza, avanza
Por la ruta fatal de la existencia,
Que le fingieron ¡ay! clara y florida,
La deslumbrante luz de la esperanza
Y el prisma seductor de la inocencia.
¿Y qué haces, que haces, ¡vida!
De aquel aliento altivo y poderoso?
¿Qué hace el siglo engañoso
De tan fecundas y abundantes fuentes

De entusiasmo divino? — ¡Vedlo en esas
Antes de tiempo marchitadas frentes,
Que, si no ostentan del dolor el sello,
Llevan la frigidez del egoismo!.....
¡Vedlo en esas miradas,
Que indiferentes á lo grande y bello,
— Que les nubla profundo escepticismo, —
No son por el amor abrillantadas,
Ni en ira generosa
Se encienden contra el dolo y la injusticia;
Mas que arden ¡ay! por fiebre contagiosa
De insaciable codicia.
¡Mísera juventud! ¡Cuán vanamente
Grandes aspiraciones
De tu instinto purísimo y valiente
Llevas á las estériles regiones
Del positivo mundo,
Que arrojando de sí como desdoro
La fe divina y el sentir fecundo,
Al Dios á quien adora — que es el oro —
Sacrifica con ciega idolatría
De lo bello la eterna poesía!

LA TUMBA Y LA ROSA.

TRADUCCION LIBRE DE VÍCTOR HUGO.

Dice la Tumba á la Rosa:
—¿Qué haces tú, preciada flor,
Del llanto que el alba hermosa
Vierte en tu cáliz de amor?—

Y la Rosa le responde:
—¿Qué haces, di, Tumba sombría,
De lo que tu seno esconde
Y devora cada dia?

Yo perfumes doy al suelo
Con el llanto matinal.
—¡Y yo un alma mando al cielo,
De cada cuerpo mortal!

A LA FELICIDAD.

. . . . . *Mon âme est lasse*
Du vide affreux qui la remplit.
LAMARTINE.

¡Misteriosa deidad! ¡númen sagrado,
A quien sus votos férvidos dirige,
A par del hombre que un imperio rige,
El mendigo y el siervo miserable!
¡Felicidad! mi pecho—devorado
De una necesidad fatigadora—
Convulso, triste, con afan ardiente
Tu nombre canta, tu favor implora.
Mira inclinarse mi marchita frente,
Cual flor que agosta el ardoroso estío,
Al medir, de pavor estremecida,
Este inmenso vacío
Que el alma siente en plenitud de vida.
¿Será que siempre tras tu sombra vana,
Con ilusion insana,
Con necio afan y con inútil brío,
He de correr, en vértigo incesante,
Sin que su fuerza el corazon quebrante
En tanto y tanto desengaño impío?
¿Será que en el armónico conjunto
Del universo vasto, el sér que piensa,
—Obra postrera del Autor divino—
El solo monstruo sea

Impropio á su destino;
Doquier llevando el privilegio triste
De concebir la idea
De un bien que ha menester y que no existe?

¡Cuán pérfidas han sido
Las dulces esperanzas
Que me mostraban tu fulgor fingido
En vagas lontananzas,
Dirigiendo mis votos insensatos
Allá do columbrarte presumia;
Con esfuerzos ingratos,
Desvelos y dolores,
Comprando acaso, en mi fatal porfía,
Un remedo fugaz de tus favores!
¿Dónde no te buscó mi afan sediento?
Bien cual la dócil nave
Que sus tendidas flámulas presenta
A todo libre viento,
Al impulso süave
De todo generoso sentimiento
Mi pecho se ofreció. De duda exenta,
El bien buscaba en cuanto noble y bello
Pensé hallar en el mundo: rendí culto
A la tierna amistad: tu sacro sello
En el santuario del amor, oculto
Imaginó mi fascinada mente;
Y en amistad y amor te perseguia
Mi corazon ardiente
Con delirio febril—que ahora me asombra,—
Sin comprender que al término hallaria
Tu fugitiva sombra en otra sombra.

Nunca por mis errores ultrajada,
¡Oh sublime deidad! buscada fuiste,
Cual sierva vil y triste,
Al carro del poder encadenada:
Nunca pensé que fuera tu tesoro
Prez de gloria sangrienta.....
Ni hacerte pude la ominosa afrenta

De imaginar que te comprase el oro.
Mas ¡ay! miré la fúlgida aurëola
Que orna del sabio la marchita frente.....
Vi del genio potente
El encumbrado vuelo..... y de tí sola
Juzgué que digno galardon tuviera
La gloria verdadera,
Que al bien comun sus pasos encamina;
Ya cure, ya suavice los dolores,
Ya se remonte, ó vague peregrina,
Del mundo entre las sombras y vapores
Buscando el sol de la verdad divina.

¡Llegad á mí, privilegiados seres:
Llegaos, pues, á revelarme ahora
Los supremos placeres
Que el saber atesora!
Hacedme ver el soberano goce
Que el genio alcanza en plácido desvelo;
Que el vulgo de los hombres desconoce;
Pero que nunca—en su perenne vuelo—
Lanza el tiempo al olvido;
Pues triunfo que conquista el pensamiento,
Lo admiran al pasar siglos sin cuento,
Sobre su abismo inmenso suspendido.

Mas ¡qué! ¿sólo responden
Gemidos á mi voz? ¿De genio y ciencia
Los fulgores se esconden,
Y ambos exhalan ayes de impotencia?.....
¡Oh! ¡qué tropel de estériles deseos
Surca esa ardiente atmósfera de gloria!
¡Cuántos vanos trofeos,
Cuánta pompa ilusoria,
El hombre allí con su miseria hermana;
Miéntras escucho sin cesar zumbando,
—Siglos atravesando—
Aquel tremendo y pavoroso grito,
Ultimo esfuerzo de la ciencia humana,
Que con eco infinito

Hace volar del uno al otro polo,
— *¡ Es todo vanidad ! ¡ vanidad sólo !*

El alma desfallece :
Cual si tornase el cáos primitivo,
Todo ante mí se anubla y desvanece.
¿ Qué soy ? ¿ á qué nací ? ¿ para qué vivo ?
¿ Qué significa el importuno anhelo
De un *más allá*, que en perseguir me afano.....
¡Yo, mísero gusano
De este mísero suelo,
Que por más que cual águila remonte
Del pensamiento el vuelo,
Sólo he de hallar, cerrando mi horizonte,
Un sepulcro mezquino,
Donde la nada explique mi destino !

¡ Contradiccion horrible ! No, no pudo
Engendrarte la Mente soberana
Que estableció del orbe la armonía.
Tu propia desventura, ¡ oh alma humana !
Revelando tu augusta jerarquía,
Prueba que fué tu herencia
Aquel bien escondido
Que á par del fuerte anhela el desvalido ;
Mas que no alcanza la mundana ciencia
Ni el insensato empeño
De afectos breves y precarios goces,
Que — cual visiones de engañoso sueño —
Llegan y halagan para huir veloces.

¡ Misteriosa deidad ! ¡ númen sagrado !
No dejes, no, que el corazon sucumba,
Ya de anhelar y padecer cansado :
No dejes que al abismo de la tumba
Descienda sin saber cuál es la clave
De tus misterios sacros. Dime dónde
Tienes tu asiento augusto ; dó se esconde
Tu placentera luz, ¡ astro süave !
Quién á la senda guía

Que ilumina tu plácida auréola;
Quién te conoce, en fin!.....
Hermosa y grave
Alzarse veo á la virtud.—« *Yo sola*,»
Parece que responde á la voz mia
Su silencio elocuente:
«Mira la paz de mi serena frente;
»Mira cuál sin moverme se quebranta
»De mil pasiones el embate rudo
»Bajo mi firme planta:
»Mira cuál rompen en mi fuerte escudo
»Su dardo los dolores;
»Y entre tropel de crímenes y errores,
»—Que van pasando en sucesion contínua—
»Mírame á mí, inmutable
»Como el peñasco que la mar azota,
»En sosiego inefable
»Esa dicha gozar, al mundo ignota;
»Mas que doquier la suerte me dirija,
»Está presente á mi mirada fija.
»Al *más allá* de tu incesante anhelo
»¿Por qué señalas límite mezquino?.....
»Yo busco mi destino
»Al través de la tumba, allá en el cielo!»

CONTEMPLACION.

Tiñe ya el sol extraños horizontes;
El aura vaga en la arboleda umbría;
Y piérdese en la sombra de los montes
La tibia luz del moribundo dia.

Reina en el campo plácido sosiego,
Se alza la niebla del callado rio,
Y á dar al prado fecundante riego,
Cae, convertida en límpido rocío.

Es la hora grata de feliz reposo,
Fiel precursora de la noche grave.....
Torna al hogar el labrador gozoso,
El ganado al redil, al nido el ave.

Es la hora melancólica, indecisa,
En que pueblan los sueños los espacios,
Y en los aires — con soplos de la brisa —
Levantan sus fantásticos palacios.

En Occidente el Héspero aparece;
Salpican perlas su zafíreo asiento,
Y — en tanto que apacible resplandece —
No sé que halago al contemplarlo siento.

¡Lucero del amor! ¡Rayo argentado!
¡Claridad misteriosa! ¿Qué me quieres?
¿Tal vez un bello espíritu, encargado
De recoger nuestros suspiros, eres?....

¿De los recuerdos la dulzura triste
Vienes á dar al alma por consuelo,
O la esperanza con su luz te viste
Para engañar nuestro incesante anhelo?

¡Oh tarde melancólica! yo te amo
Y á tus visiones lánguida me entrego.....
Tu leda calma y tu frescor reclamo
Para templar del corazon el fuego.

Quiero, apartada del bullicio loco,
Respirar tus aromas halagüeños,
A par que en grata soledad evoco
Las ilusiones de pasados sueños.

¡Oh! si animase el soplo omnipotente
Estos que vagan húmedos vapores,
Término dando á mi anhelar ferviente,
Con objeto inmortal á mis amores!.....

¡Y tú, sin nombre en la terrestre vida,
Bien ideal, objeto de mis votos,
Que prometes al alma enardecida
Goces divinos, para el mundo ignotos!

¿Me escuchas? ¿Dónde estás? ¿Por qué no puedo,
— Libre de la materia que me oprime —
A tí llegar, y aletargada quedo,
Y opresa el alma en sus cadenas gime?

¡Cómo volára hendiendo las esferas
Si aquí rompiese mis estrechos nudos,
Cual esas nubes cándidas, ligeras,
Del éter puro en los espacios mudos!

Mas ¿dónde vais? ¿Cuál es vuestro camino,
Viajeras del celeste firmamento?.....
¡Ah! ¡lo ignorais!..... seguis vuestro destino
Y al vário impulso obedeceis del viento.

¿Por qué yo, en tanto, con afan insano
Quiero indagar la suerte que me espera?
¿Por qué del porvenir el alto arcano
Mi mente ansiosa comprender quisiera?

Paternal Providencia puso el velo
Que nuestra mente á descorrer no alcanza,
Pero que le permite alzar el vuelo
Por la inmensa region de la esperanza.

El crepúsculo huyó: las rojas huellas
Borra la luna en su esmaltado coche,
Y un silencioso ejército de estrellas
Sale á guardar el trono de la noche.

A tí te amo tambien, noche sombría;
Amo tu luna tibia y misteriosa,
Más que á la luz con que comienza el dia,
Tiñendo el cielo de amaranto y rosa.

Cuando en tu grave soledad respiro,
Cuando en el seno de tu paz profunda
Tus luminares pálidos admiro,
Un religioso afecto el alma inunda.

Que si el poder de Dios, y su hermosura,
Revela el sol en su fecunda llama,
De tu solemne calma la dulzura
Su amor anuncia y su bondad proclama!

DESEO DE VENGANZA.

SONETO ESCRITO EN UNA TARDE TEMPESTUOSA.

¡Del huracan espíritu potente,
Rudo como la pena que me agita!
¡Vén, con el tuyo mi furor excita!
¡Vén con tu aliento á enardecer mi mente!
¡Que zumbe el rayo y con fragor reviente,
Miéntras —cual á hoja seca ó flor marchita—
Tu fuerte soplo al roble precipita
Roto y deshecho al bramador torrente!
Del alma que te invoca y acompaña,
Envidiando tu fuerza destructora,
Lanza á la par la confusion extraña.
¡Vén..... al dolor que insano la devora
Haz suceder tu poderosa saña,
Y el llanto seca que cobarde llora!

A LA LUNA.

Tú, que rigiendo de la noche el carro,
Sus sombras vistes de cambiantes bellos,
Dando entre nubes—que en silencio arrollas—
Puros destellos,

Para que mi alma te bendiga y ame,
Cubre veloz tu lámpara importuna....
Cuando eclipsada mi ventura lloro,
¡Vélate, luna!

Tú, que mis horas de placer miraste,
Huye y no alumbres mi profunda pena.....
No sobre restos de esperanzas muertas
Brilles serena.

Pero ¡no escuchas! Del dolor al grito
Sigues tu marcha majestuosa y lenta,
Nunca temiendo la que á mí me postra,
Ruda tormenta.

Siempre de infausto sentimiento libre,
Nada perturba tu sublime calma.....
Miéntras que uncida de pasion al yugo,
Rómpese mi alma.

Si parda nube de tu luz celosa
Breve momento sus destellos vela,
Para lanzarla de tu excelso trono
Céfiro vuela.

Vuela, y de nuevo tu apacible frente
Luce, y argenta la extension del cielo.....
¡Nadie ¡ay! disipa de mi pobre vida
Sombras de duelo!

Bástete, pues, tan superior destino;
Con tu belleza al trovador inflama;
Sobre los campos y las gayas flores
Perlas derrama;

Pero no ofendas insensible á un pecho
Para quien no hay consolacion ninguna.....
Cuando eclipsada mi ventura lloro,
¡Vélate, luna!

AMOR Y ORGULLO.

I.

Los negros cabellos
Al viento tendidos,
Los ojos hundidos,
Marchita la tez,
Hoy llora humillada
La hermosa María,
Ejemplo algun dia
De altiva esquivez.

Su pecho acongoja
Profundo quebranto,
No alivia su llanto
Su acerbo dolor;
Que en triste abandono
Su amante la deja,
De bronce á su queja,
De hielo á su ardor.

El alba tres veces
Ha visto su pena,
La luna serena
Tres veces tambien;
Y lenta una hora
Tras otra ha seguido,
Sin que haya traido
Ninguna á su bien.

Ni un punto la noche
Sus ánsias sosiega;
Que el sueño le niega
Su efímera paz:
Insomne á los vientos
Les cuenta su historia.....
Guardó mi memoria
Su canto fugaz.

II.

« Un tiempo hollaba por alfombra rosas,
Y nobles vates, de mentidas diosas
Prodigábanme nombres;
Mas yo, altanera, con orgullo vano,
Cual águila real al vil gusano,
Contemplaba á los hombres. »

« Mi pensamiento — en temerario vuelo —
Ardiente osaba demandar al cielo
Objeto á mis amores:
Y si á la tierra con desden volvia
Triste mirada, mi soberbia impía
Marchitaba sus flores. »

« Tal vez por un momento caprichosa
Entre ellas revolé, cual mariposa,
Sin fijarme en ninguna;
Pues de místico bien siempre anhelante,
Clamaba en vano, como tierno infante
Quiere abrazar la luna. »

« Hoy despeñada de la excelsa cumbre,
Do osé mirar del sol la ardiente lumbre
Que fascinó mis ojos,
Cual hoja seca al raudo torbellino,
Cedo al poder del áspero destino.....
¡ Me entrego á sus antojos ! »

«Cobarde corazon, que el nudo estrecho
Gimiendo sufres, dime: ¿qué se ha hecho
Tu presuncion altiva?
¿Qué mágico poder, en tal bajeza
Trocando ya tu indómita fiereza,
De libertad te priva?»

«¡Mísero esclavo de tirano dueño,
Tu gloria fué cual mentiroso sueño,
Que con las sombras huye!
Di, ¿qué se hicieron ilusiones tantas
De necia vanidad, débiles plantas
Que el aquilon destruye?»

«En hora infausta á mi feliz reposo,
¿No dijiste, soberbio y orgulloso:
—Quién domará mi brío?
¡Con mi solo poder haré, si quiero,
Mudar de rumbo al céfiro ligero
Y arder al marmol frio!—»

«¡Funesta ceguedad! ¡Delirio insano!
Te gritó la razon..... Mas ¡cuán en vano
Te advirtió tu locura!.....
Tú mismo te forjaste la cadena,
Que á servidumbre eterna te condena,
Y á duelo y amargura.»

«Los lazos caprichosos que otros dias
—Por pasatiempo—á tu placer tejias,
Fueron de seda y oro:
Los que hora rinden tu valor primero,
Son eslabones de pesado acero,
Templados con tu lloro.»

«¿Qué esperaste, ¡ay de tí! de un pecho helado,
De inmenso orgullo y presuncion hinchado,
De víboras nutrido?
Tú—que anhelabas tan sublime objeto—
¿Cómo al capricho de un mortal sujeto
Te arrastras abatido?»

«¿Con qué velo tu amor cubrió mis ojos,
Que por flores tomé duros abrojos
Y por oro la arcilla?.....
¡Del torpe engaño mis rivales rien,
Y mis amantes ¡ay! tal vez se engrien
Del yugo que me humilla!»

«¿Y tú lo sufres, corazon cobarde?
¿Y de tu servidumbre haciendo alarde,
Quieres ver en mi frente
El sello del amor que te devora?.....
¡Ah! velo pues, y búrlese en buen hora
De mi baldon la gente.»

«¡Salga del pecho —requemando el labio—
El caro nombre, de mi orgullo agravio,
De mi dolor sustento!.....
¿Escrito no le ves en las estrellas
Y en la luna apacible, que con ellas
Alumbra el firmamento?»

«¿No le oyes, de las auras al murmullo?
¿No le pronuncia — en gemidor arrullo —
La tórtola amorosa?
¿No resuena en los árboles, que el viento
Halaga con pausado movimiento
En esa selva hojosa?»

«De aquella fuente entre las claras linfas,
¿No le articulan invisibles ninfas
Con eco lisonjero?.....
¿Por qué callar el nombre que te inflama,
Si áun el silencio tiene voz, que aclama
Ese nombre que quiero?.....»

«Nombre que un alma lleva por despojo;
Nombre que excita con placer enojo,
Y con ira ternura;
Nombre más dulce que el primer cariño
De jóven madre al inocente niño,
Copia de su hermosura:»

«Y más amargo que el adios postrero
Que al suelo damos donde el sol primero
Alumbró nuestra vida.
Nombre que halaga, y halagando mata;
Nombre que hiere—como sierpe ingrata—
Al pecho que le anida.....»

«¡No, no lo envies, corazon, al labio!....
¡Guarda tu mengua con silencio sabio!
¡Guarda, guarda tu mengua!
¡Callad tambien vosótras, auras, fuente,
Trémulas hojas, tórtola doliente,
Como calla mi lengua!»

III.

Con un gemido enmudeció María,
Y—dando de rubor visible muestra—
Su rostro, que el amor enardecia,
Cubrió un momento con su blanca diestra.

Mas luégo se alza, y en su altiva frente
Ya la victoria del orgullo miro,
Cual si del pecho su pasion ardiente
Lanzase envuelta en el postrer suspiro.....

Cuando á leve rumor—que entre la yerba
Suena—de humana planta producido,
En medio de su orgullo y saña acerba,
La despechada amante presta oido.

¡Cuál late el corazon! ¡Con qué zozobra
Aquel rumor aproximarse escucha!.....
¡Amor su cetro vacilante cobra:
En vano la razon se esfuerza y lucha!

¡Él es! ¡allí está ya!..... Clama el orgullo:
—Tente y escucha mis acentos: ¡tente!—

Mas piérdese su voz, cual el murmullo
De humilde arroyo al ruido del torrente;

Que cuando amor tan imperioso grita,
Razon y orgullo á su placer sofoca,
Y al corazon turbado precipita,
Cual bajel sin timon de roca en roca.

¡Él es! ¡allí está ya! Desden, ausencia,
Todo lo olvida la infeliz María;
Que al verse de su amado en la presencia,
La noche se convierte en claro dia.

¡Feliz si en pos de la fatal quimera,
Que hora la inunda en célico contento,
Al despertar del sueño no la espera
Desencanto mayor, mayor tormento!

¡Feliz si de su orgullo la memoria
No turba más su pecho sojuzgado!.....
¡Feliz si en el sepulcro de su gloria
Su amor tambien no deja sepultado!

CUARTETOS

ESCRITOS EN UN CEMENTERIO.

Hé aquí el asilo de la eterna calma,
Do solo el sauce desmayado crece.....
¡Dejadme aquí; que fatigada el alma,
El aura de las tumbas apetece!

Los que aspirais las flores de la vida,
Llenas de aroma de placer y gloria,
No piseis el lugar do convertida
Veréis su pompa en miserable escoria;

Mas venid todos los que el ceño airado
Del destino mirasteis en la cuna;
Los que sentis el corazon llagado
Y no esperais consolacion alguna.

¡Venid tambien, espíritus ardientes,
Que en ese mundo os agitais sin tino,
Y cuya inmensa sed sus turbias fuentes
Calmar no pueden con raudal mezquino!

Los que el cansancio conocisteis, ántes
Que paz os diesen y quietud los años.....
¡Venid con vuestros sueños devorantes!
¡Venid con vuestros tristes desesgaños!

No aquí las horas, rápidas ó lentas,
Cuenta el placer ni mide la esperanza:
¡ Quiébranse aquí las olas turbulentas
Que el huracan de las pasiones lanza!

Aquí, si os turban sombras de la duda,
La severa verdad inmóvil vela:
Aquí reina la paz eterna y muda,
Si paz el alma fatigada anhela.

Los que aquí duermen en profundo sueño,
Insomnes cual nosotros se agitaron.....
Ya de la muerte en el letal beleño
Sus abrasadas sienes refrescaron.

Amemos, pues, nuestra mansion futura,
Única que tenemos duradera.....
¡Que ilusion de la vida es la ventura,
Mas la paz de la muerte es verdadera!

MI MAL [1].

SONETO.

A.....

En vano ansiosa tu amistad procura
Adivinar el mal que me atormenta;
En vano, amigo, conmovida intenta
Revelarlo mi voz á tu ternura.
Puede explicarse el ánsia, la locura
Con que el amor sus fuegos alimenta.....
Puede el dolor, la saña más violenta,
Exhalar por el labio su amargura.....
Mas de decir mi malestar profundo,
No halla mi voz, mi pensamiento medio,
Y al indagar su orígen me confundo:
Pero es un mal terrible, sin remedio,
Que hace odiosa la vida, odioso el mundo,
Que seca el corazon..... ¡En fin, es tedio!

---

(1) Con este soneto terminan las composiciones del tomo primero de poesías que dió á luz la autora á fines de 1841, y que encabezó con su prólogo el Excmo. Sr. D. Juan Nicasio Gallego.

DIOS Y EL HOMBRE (1).

¡Mirad al hombre! Del tupido velo
Que á la naturaleza envuelve inmensa,
Levanta apénas — con incierta mano —
Un extremo no más, ya iluso piensa
Que toda la amplitud de tierra y cielo
Le viene estrecha á su saber, y ufano
Erigir osa á su razon mezquina
Tribunal soberano,
Citando ante él á la razon divina.

«—¿Quién eres?—dice á Dios—¿Cuál es tu esencia?
¿Por qué naturaleza no la explica?
Sus leyes estudió mi inteligencia,
Y en ellas nada de tu sér me indica
La inefable sustancia,
Ni de tu decantada providencia
Los designios profundos. ¿La ignorancia
Será quien deba tributarte culto,
Y al genio siempre y á la ciencia oculto,
Dejarás en problema
Ante sus luces tu verdad suprema?

»Orígen te proclaman
Del órden y del bien, y cuanto veo
Es desórden y mal. Justo te llaman,

(1) La lectura del *Libro de Job* inspiró la idea de escribir esta composicion á su autora, que confiesa deber muchos de los pensamientos é imágenes que en ella se hallan, á las admirables páginas del libro sagrado.

Y me consume estéril el deseo
De comprender de tu justicia oscura
La marcha silenciosa.
En balde por tu gloria te conjura
Mi mente, codiciosa
De la eterna verdad, que tus arcanos
Le descubras sublimes:
Sordo te encuentran mis clamores vanos,
Y ni en las obras de tu diestra, mudas,
El sello augusto de tu nombre imprimes;
Cual si gozases en mirar las dudas
Luchar del hombre en el inquieto seno,
¡Tú, que te llamas poderoso y bueno!

»No más, no más en ignorancia ciega
Adoraré rendido
A un Dios desconocido,
Que á concordar con mi razon se niega.
Si no eres vano nombre,
Haz que yo sepa, sin tardar, quién eres;
Pues nace altivo, inteligente el hombre,
Y si su amor y su homenaje quieres,
Debes hacer que su razon lo mande,
Al verte bello, al comprenderte grande.—»

Así al Saber Supremo
Dicta leyes su hechura limitada,
Y de bondad por inefable extremo,
Para curarla de su orgullo infando,
Así confunde á la razon osada
—Allá en su propio seno resonando—
Aquella voz que fecundó á la nada.

«—Tú, que cuenta me pides
De mis hondos designios; tú, que dudas,
Si á tu razon se esconde,
De mi propia existencia; tú, que mides
Mi justicia eternal, y en mis dominios
Juzgas del órden y del bien: responde!
Tus sabios, tus astrónomos profundos,

¿Podrán decir cómo hago inalterable
La eterna ley, que de infinitos mundos
—Que corren el espacio inmensurable—
El movimiento y curso determina,
Sin que choquen jamas en rudo encuentro;
Y por qué los fecunda é ilumina
Encadenado un sol en cada centro?

»¡Loco mortal, á quien hinchado miro
Del prestado poder que de mí tienes!
¿Puedes del Oröon turbar el giro,
O á las brillantes pléyadas detienes?
¿Puedes, siquiera, conocer la tierra
Que desdeñoso huellas? ¿Quién su base
Describirte sabrá? ¿Quién hay que tase
Los tesoros que encierra?.....
Un imperio tras otro desparece,
Y mil generaciones
Pasan por ella y en su seno se hunden;
Ella sola no cambia ni envejece,
Y sus preciosos dones
Con órden inmutable se difunden
Por las várias regiones
Que fertiliza el sol.—Aquí presenta
Prados herbosos, selvas primitivas;
Allá el capricho de su fuerza ostenta
En colinas altivas,
Que decora con rasgos pintorescos;
Allá borda de valles las honduras;
Mas acá ofrece los asilos frescos
De grutas silenciosas;
Ora se extiende en plácidas llanuras;
Ora se ensancha en playas arenosas;
Allí se muestra en sotos y florestas;
Acá en bosques umbríos;
Y allá—ostentando sus potentes bríos—
Encumbra montes de nevadas crestas.

»¿Qué paternal desvelo,
Qué sábia providencia,

Con tal magnificencia
Dotó al grosero y despreciado suelo
De ese globo que habitas?
¿Quién lo sembró de vírgenes metales?
¿Quién lo cubrió de especies infinitas,
De útiles vegetales,
Apropiados á climas diferentes?.....
¡Mira mecer las palmas y las cañas
Las brisas de los trópicos ardientes,
Miéntras en selvas y ásperas montañas
—Resistiendo al teson de vientos fieros—
Negros abetos, pinos seculares,
Se levantan austeros
Bajo los crudos círculos polares!

»¿Quién te dirá cómo del hondo seno,
Que mi espíritu henchia,
Brotó con voz de trueno
La mar amenazante,
Y cómo Yo de nieblas la cubria,
Cual envuelve la madre al tierno infante?
Alzó arrogante la espumosa frente,
Robando al sol fulgentes aurëolas;
Mas ¿quién se halló presente
Cuando la dije:—Tu pujanza enfrena,
Y á romper vé las atronantes olas
En aquel dique de movible arena?—

»¿Sabes por qué vapores incesantes,
Que recoge la atmósfera encendida,
De ese su seno líquidos se exhalan,
Y en las nubes flotantes
La masa de las aguas suspendida,
Sólo desciende al suelo gota á gota,
En bienhechora lluvia convertida;
Miéntras de las altísimas montañas
Se precipita en rápidos torrentes,
Penetra de la tierra las entrañas,
Y formando—con linfas trasparentes—
Arroyos mil y rios caudalosos,

Recorre murmurando el campo verde,
Con giros tortüosos,
Hasta volver al mar en que se pierde?

»¡Juez de mi providencia, que me intimas
Su imperfeccion y que mi plan corriges!
¿Eres tú quien diriges
Segun conviene á los diversos climas,
Los vientos voladores,
Y á disipar mefíticos vapores
Lanzas el rayo, que estallando dice,
Con su hórrido estampido:
—¡Gloria, Señor! ya estás obedecido?—
¿Coronada de flores
Sale á tu voz la primavera hermosa,
A preparar la tierra—que reposa—
Del abrasado estío á los ardores?
¿O acata, acaso, tu poder visible
El invierno aterido,
Haciendo le preceda
Con órden infalible
El otoño, de pámpanos ceñido?

»¿A las linfas saladas,
Y á las ondas insípidas del rio,
Lanzaste las especies animadas
Con variedad que pasma al pensamiento,
Y á cada cual con diligente mano
Preparaste sustento?.....
¿Por tí de aceite saludable llena
Se agita entre el hervor del Océáno
La colosal ballena?.....
¡Mira cuál brota de sus ojos llamas
Si la distancia de la presa mide!
¡Mira, si airada eriza las escamas,
Montes alzar en el ecuóreo llano,
Y si con lento paso lo divide,
Darle de la vejez el color cano!

»Por las libres regiones

Del aire que respiras,
¿Esparces con tu diestra crëadora
Las volubles legiones
De tantas aves, que indolente miras?.....
¿Les concediste tú la voz canora?.....
¿Te deben los instintos
Por que se multiplican y alimentan,
Y los colores vívidos que ostentan
— En matices distintos —
Sobre el esmalte de sus leves plumas;
O tu saber las guia
Cuando — al llegar las invernales brumas —
Dejan del Norte la region sombría,
Y atraviesan el mar tràs los ardores
Del refulgente sol del Mediodía?.....
¡Mira cómo desprecia los furores
Del caprichoso viento
El águila real, las soledades
Surca del éter, en sublime asiento
Pára el vuelo atrevido,
Y entre nubes que envuelven tempestades
Labra el robusto nido,
De la desierta roca
En las ásperas puntas suspendido;
Miéntras el avestruz, de pluma poca,
— Que nunca se alza á la region vacía —
Por otro instinto poderoso y cierto,
Su cara prole fia
A la infecunda arena del desierto!

»Un momento contempla
De los brutos la inmensa muchedumbre.
En ninguno verás que falte ó sóbre
Un miembro necesario.
Éstos de imponderable mansedumbre;
Aquéllos de carácter sanguinario;
Tímidos unos, otros atrevidos;
Pesados unos, otros diligentes;
Todos están armados y vestidos
Cual requieren sus usos diferentes,

El destino especial que les señalo,
Y el clima y el lugar do los instalo.
No por tus artes enseñado ha sido
El castor industrioso,
Ni el corcel generoso
—Que sufre lo domines—
Te debe aquel valor con que al sonido
De la trompa guerrera,
Sacudiendo las crines,
La nariz dilatando,
Se lanza al campo en rápida carrera,
De espuma y de sudor huellas dejando.

»Cuanto tu vista admira
Y cuanto puede concebir tu idea,
Es átomo mezquino
Del universo en el grandioso seno;
Mas tú ¡mortal! que de mi sér divino
Inquirir osas—de arrogancia lleno—
Secretos inefables, confundida
Verás por las partículas más leves
Tu razon desvalida,
Si á analizar ese átomo te atreves!
De la naturaleza—que presumes,
Iluso, conocer—al sér más pobre
Comprender y explicar quieres en vano.....
Esa flor que te brinda sus perfumes,
Ese mosquito que aplastó tu dedo,
Ese que huellas, mísero gusano,
¡Misterios son en que abismarte puedo!

»¿Y no eres un abismo
¡Oh átomo pensador! para tí mismo?.....
Naturaleza doble en tí se encierra:
De un rayo de mi mente iluminado,
Eres rey de la tierra;
Mas de esa tierra mísera formado.
Materia deleznable
Y espíritu soberbio,
Grande y pequeño, fuerte y miserable,

Suspenso entre la nada
Estás y el infinito,
Y en tu razon — tan pobre y limitada —
Llevas augusto privilegio escrito.
¡Trémulo ante tan grandes maravillas,
Que entrever logra tu asombrada mente,
Dobla ¡mortal! sumiso las rodillas,
Prosternando la frente,
Y acatando rendido
De mi sapiencia el insondable arcano!.....
Mas no alces atrevido,
Hasta mi trono el pensamiento insano;
Que aunque el astro de fuego
Su luz te envia en rayos bienhechores,
Si le osas contemplar, quedarás ciego,
Sombras no más hallando en sus fulgores.

»En tu alma de mi sér grabé la idea,
Y — rindiendo á su Autor digno homenaje —
Naturaleza emplea
Universal, magnífico lenguaje.
De un polo al otro, en sus miserias claman
Los hombres á su Dios. La tierra, el cielo,
Las noches y los dias,
Mi poder y bondad doquier proclaman.....
Y mi nombre preludian en el suelo
Multitud de armonías,
Que ofuscarán de tu razon el brillo
Superando tu ciencia;
Mas en las que halla el corazon sencillo
Poderosa elocuencia.
Es mi nombre *¡El que Es!*— ¡Que confundido
— Ante el misterio de tan alto nombre —
Entre esas obras de mi augusta diestra
El humano saber calle y se asombre;
Pues su ciencia mayor alcanza y muestra,
Al conocer su pequeñez, el hombre!».

A LA VIRGEN.

CANTO MATUTINO.

Miéntras la aurora con rosados tintes
Baña las nubes que al Oriente vagan;
Nubes que arrolla con su leve soplo
Céfiro blando:

Miéntras exhalan sus aromas puros
Flores que guardan de la noche el lloro;
Lloro que ostentan convertido en perlas
Trémulas hojas:

Miéntras preludian jubilosos himnos
Coros volubles de pintadas aves,
Trisca el rebaño, y hasta el toro fiero
Brama de gozo:

Miéntras se riza al matinal aliento,
—Ovas ligeras sacudiendo—el rio,
Discos formando con raudal sonoro
Límpida fuente:

Miéntras que todo en la natura inmensa
Vida y belleza de la luz recibe,
Tú ¡luz del alma, de la gracia aurora!
Séme propicia.

¡Sones, albores, y perfumes y auras,
Forman concento de sublime aplauso.....
Todos te aclaman del Autor del dia
Madre gloriosa!

Deja que en tanto que el empíreo absorto,
Dicha contempla y majestad tan alta,
Tímido el labio del mortal, tu nombre
Grato bendiga.

Grato bendiga, y á su influjo santo
Huyan del alma tenebrosas dudas,
Como las sombras de la noche fria
Huyen del alba.

Deja que en tanto que triunfante y leda,
Ella alboroza é ilumina al mundo,
Yo entre sus luces y cambiantes bellos
Mire tu imágen.

Mire tu imágen, y mi lira humilde
—Como las flores sus aromas leves—
Brote, en obsequio á tu beldad divina,
Fáciles ecos.

Ecos que ensalcen tu sin par destino,
Para que entienda el universo que eres
Reina del cielo, y en la tierra triste
Madre del pobre.

Pobre de gracia y de ventura, llamo
Como mendigo, á tu sagrada puerta.....
Oyeme ¡oh Vírgen! que de amor en alas
Vuela mi ruego.

Vuela mi ruego, y endulzando al pecho
Plácido el nombre—que doquier invoco—
Ecos del monte, del vergel y el valle,
Vuelven *¡María!*

Vuelven *¡María!* y sin cesar mi lengua
Torna—*¡María!*—á pronunciar despacio.....
Siempre—*¡María!*—y cada vez más dulce
Suena ese nombre!

Pueda asociarse á mi último suspiro.....
Pueda ser ¡cielos! mi postrer acento.....
¡Láncese mi alma, en su armonía envuelta,
Fuera del mundo!

A LA MUERTE

DEL JÓVEN Y DISTINGUIDO POETA

D. JOSE DE ESPRONCEDA.

Homo sicut foenum dies ejus,
tamquam flos agris sic efflorebit.
SALMO CII.

No son de otoño los postreros dias,
Cuando del árbol amarillas hojas
Con leve ruido desprendidas caen,
Para alfombrar la tierra ya desnuda.....
Nó luce un sol que se despide triste
De la naturaleza inerte y muda,
Que el luto espera que el invierno viste;
Ni allá, vagando el viento
Del bosque en la que fué grata espesura,
Se querella con pérfido lamento
Al esparcir sus restos de verdura.

No; que sereno y trasparente el cielo
Á la tierra sonrie:
El céfiro en su vuelo
Derrama placidísimos olores:
Por el verdor naciente
— Esmaltado de vívidos colores—
Desliza su cristal sonora fuente;
Y las alegres aves
— Del sol triunfante al encendido rayo—
Proclaman, en sus cánticos süaves,
La alegre vuelta del risueño Mayo!

Todo parece movimiento y vida:
Naturaleza ufana,
De amor, de luz y de fragancia henchida,
Como vírgen amante se engalana,
Que de las nupcias el instante espera;
Y al contemplar su pompa, el hombre duda
Si ha de ser sólo breve y pasajera,
O si en ella saluda
—A su estado feliz restitüido—
La eterna gala del eden perdido.

Enajenada escucho cuál circula
El himno universal.....—Mas ¿qué sonido
Fúnebre, aterrador, súbito llega
A mezclarse al placer con que me adula
La primavera hermosa?..... El bronce herido
En prolongado són al aire entrega
Un eco de dolor..... ¡Un hombre espira!.....
Para esos ojos, que la muerte cierra,
Del sol ardiente la inexhausta pira
No tiene ya ni un rayo de esperanza;
Y miéntras viste de verdor la tierra,
Y es del cielo la luz más bella y pura,
De un Dios inexorable la venganza
A su mejor hechura
Certero el dardo de la muerte lanza!

¿Y este suelo — do mora
El hombre infortunado—
Ni un suspiro tributa á su agonía?.....
¿La criatura noble y pensadora,
El sér privilegiado
—Que rey del mundo iluso se creia—
Acaba, y ni una flor se descolora,
Ni un eco de pesar imita el viento?.....
¡Todo sigue su curso, nada advierte
Que un sér de ménos la natura cuenta.....
Y el astro autor de vida y movimiento,
Cual gozoso del triunfo de la muerte,
Sobre la tumba su esplendor ostenta!

¡Oh verdadero rey del universo!
¡Parca cruel! ¿Tu inexorable mano
Qué desgraciada víctima señala?
Mas ¡ay! pregunta mi dolor en vano;
Solo un gemido el corazon exhala,
Y no osa el labio articular el nombre
Del que era un genio ayer, y ya no es hombre!.....
¿Cómo ha segado la fatal guadaña
Tanta esperanza en flor?..... El tibio otoño
Tampoco para él llegado habia,
Que—gloria dando y esplendor á España—
Bello su sol de juventud lucia!
. . . .
. . . .
. . . .
La multitud veloz el templo invade,
Y del cadáver amarillo en torno
Se apiña silenciosa y aterrada.
¡Así contempla el labrador con pasmo
La altiva encina, de la selva adorno,
Por la tormenta súbita tronchada!

¡Ved! Cual la escarcha fria
Por siempre yace la inspirada frente,
Que de Byron el lauro refulgente
Recibir merecia.
¿Cómo calla la voz cuya armonía
El ángel de los cantos envidiára?
¿Qué se hizo la luz clara
—Reveladora de alta inteligencia—
Que fulguraba en sus brillantes ojos?.....
¿Será eterna la ausencia
De la vida, ¡gran Dios! y esos despojos
—Que va á tragarse el sempiterno olvido—
Se llevarán al pensamiento helado,
Como un astro apagado
Por espacios incógnitos perdido?

¡Blasfemia horrible!..... ¡loco pensamiento!
¡Jamas mi mente á tu ilusion sucumba!.....

¿La nada invocaré con torpe acento
Del genio ante la tumba?.....
¿Quién la bondad suprema
Podrá ultrajar con tan odiosa duda?
¿Quién su justicia dejará en problema
Ante el estrago de la muerte muda?.....
A tí—que viertes en el triste lecho
Del humano que espira
Bálsamo dulce de consuelo y calma—
¡Oh esperanza final! á tí saluda
Con rudos sones mi enlutada lira;
A tí se acoge en su dolor el alma.

Rindióse el cuerpo deleznable al peso
Del espíritu inmenso que oprimia,
Y ya el ilustre preso
—Que rota deja la coyunda impía—
Con libre vuelo sube
Al foco de la eterna Inteligencia,
Donde su centro y su reposo obtiene.....
Tal de las flores la exquisita esencia
Se alza y se extiende en invisible nube,
Cuando rompe el cristal que la contiene.
¡Ay! de aquel genio las fulgentes alas
Se lastimaban con el roce duro
De la materia frágil y grosera,
Que lo encerraba, cual estrecho muro.
Asaz sufriste ¡oh mísero! no era
La tierra tu morada. La profunda
Sed de goces y amor, que desdeñaba
Mezquinas fuentes de la tierra inmunda;
El inmenso vacío
Del insondable corazon; el tedio,
Que con su diente inexorable y frio
Te envenenaba heridas sin remedio.....
¡Todo á su fin llegó! ¡todo ha cesado!
Miéntras á tributarte estéril lloro
Al templo vamos con incierta planta,
De ángeles puros el celeste coro,

Pulsando el arpa de oro,
Tal vez tu entrada en el empíreo canta!

¡Quiéralo el Sér eterno! Ya en pedazos
De la materia vil los torpes lazos,
Triunfa, alma desterrada! alegre vuela
A las regiones de la etérea lumbre,
Que jamas nube tempestuosa vela,
Y ve vagar —bajo su escelsa cumbre—
Aqueste globo, á tu ambicion estrecho,
Que á la palabra del Señor un dia
—Cual hoy sucede á tu corteza fria—
En polvo y humo volará deshecho!

LA ESPERANZA TENAZ.

Unas tras otras las noches
Pasaron, ¡oh mi esperanza!
Pasaron y nunca alcanza
Descanso tu intenso afan.
¡No desmayas ni te abates
Aunque vives sin sustento,
Y que cual humo en el viento
Tus ilusiones se van!

Tres veces ya sus albores
Dió al suelo la blanca luna.....
Tres veces, ¡ay! mas ninguna
Te dió la luz de tu amor.
Y tres veces salió el alba
Entre nácar y amaranto,
Y hallóte envuelta en mi llanto,
Y á mí sumida en tu error!

Conté al cielo tus visiones
Con patéticas querellas,
Mas el sol y las estrellas
Se burlaron á la par;
Y con el nombre adorado,
Que áun mandas al labio seco,
En vano fatigo al eco
Del valle, el monte y el mar.

Y áun tú alientas, ¡oh esperanza!
Que por privilegio extraño
Los filos del desengaño
No te dan golpe mortal;
Y al herirte sin matarte,
Más fuerte se hace, más fiero;
Como se aguza el acero
Si choca en el pedernal.

Así tu voz engañosa
Oiré en la noche y el dia,
Arrullando la agonía
Del enfermo corazon.
¡Aguarda, dirás, aguarda!
Y el pecho creerá tu embuste,
Aunque la mente se asuste,
Y se indigne la razon.

EL BEDUINO.

Del sol de Libia al penetrante rayo,
Que no fecunda al suelo que devora,
Y al cual no adorna con sus flores Mayo,
Ni Julio estivo con sus mieses dora;
Tostado el rostro, de sudor cubierto,
Vaga contento el nómade Beduino,
Y su corcel la arena del desierto
Surca y eleva en denso torbellino.
Del ancho pecho, de temor exento,
Lanza su voz, que los espacios llena;
Miéntras se aduerme fatigado el viento
En la extension del piélago de arena.

«Vuela, vuela, corcel generoso,
Tú, que afrentas al viento de Egipto,
Si del *Khan* (1), por indócil, proscripto,
Eres hoy del desierto señor.
»Vuela, vuela; que al sueño se entrega,
Descuidada, infeliz caravana,
Y serán tus gualdrapas mañana
Ricas telas de vário color.

»Del desierto los dos somos dueños,
Y el que, osado, á pisarlo se atreve,
Turco, copto, ó hebréo, nos debe
Abundante tributo pagar.

(1) *Khan* es el nombre del parador público destinado á las caravanas.

»Ni el cristiano de Europa orgulloso
Mis dominios recorra sin pena,
Que á encontrarle, entre nubes de arena,
Volarémos los dos á la par.

»Suyas son las ciudades altivas,
Do cien torres al cielo levanta,
Y las piedras do asienta su planta,
Jaspes bellos y mármoles son.
»Él, sus senos abriendo á la tierra,
Le arrebata su oculto tesoro,
Y la plata brillante y el oro
Brillan luégo en excelso arteson.

»No le arredra distancia ni tiempo,
Aquilones ó brisas süaves,
Pues pobladas se ven de sus naves
Las inmensas llanuras del mar.
»Él del cielo los astros numera,
Al traves de las nubes lo escala.....
Y áun es fama que al rayo señala
El paraje do debe estallar.

»Goce, pues, su poder, sus tesoros,
Su talento, su orgullo, su ciencia.....
¡El desierto dejó por herencia
Al Beduino su padre Ismael!
»Sin las artes de frívolo ornato,
Y sin templos, palacios, ni leyes,
Del desierto vastísimo reyes,
No trocamos la suerte con él.

»Donde quiera que sombra me presten
Una palma, ó un drago, ó un pino;
Donde quiera que brote mezquino
Manantial, que mitigue mi ardor;
»Allí planto mi tienda ligera,
Y al reposo contigo me entrego,
Sin que llegue á turbar mi sosiego
De otras vidas inquieto rumor.

»Del bajá los humildes esclavos
Allá tiemblen si arruga su ceño.....
En tí encuentra cariño tu dueño,
Y en su lanza botin, libertad!
»Vuela, vuela, corcel generoso,
Cual *Semoun* que la arena arrebata;
Que ni el freno tu boca maltrata
Ni la ley mi feliz voluntad!»

LA VENGANZA (1).

INVOCACION Á LOS ESPÍRITUS DE LA NOCHE.

¡Callados hijos de la noche lóbrega!
¡Espíritus amantes del pavor,
Que la venganza alimentais recóndita,
Y esfuerzo dais al criminal amor!
¡Númenes mudos de asechanzas pérfidas,
Protectores del ódio y la traicion,
Que disipais vacilaciones tétricas
De flojo miedo y necia compasion!
¡Los que en las selvas solitarias, lúgubres,
Dais al bandido el rápido puñal,
Y los gemidos sofocais inútiles
Del que á su golpe sucumbió mortal!
¡Ministros del error! ¡del crímen súbditos!
¡Atended! ¡atended! ¡volad! ¡volad!
Que ya la hora sonó de ansiado júbilo,
Y sus puertas abrió la eternidad.
Dejad los antros de la inmunda crápula,
Do prodigais mezquina inspiracion,
Y el blando sueño de la vírgen cándida
No perturbeis con lúbrica vision;

(1) Esta composicion es fragmento de un pequeño poema, que la autora se entretenia en escribir el año de 1842, y que hizo pedazos algun tiempo despues. Las instancias de sus amigos, prendados de la novedad y armonía que atribuian al metro de este trozo, lo salvaron de la destruccion á que fué condenado el resto de la obra, y le dan hoy una página en el presente volúmen.

Ni atormenteis vigilias del ascético;
Ni adustos con la esposa criminal,
La hagais soñar que se convierte en piélago
De hirviente sangre el tálamo nupcial;
Ni á inicuos jueces las inultas víctimas
Reproduzcais en lúgubre escuadron;
Ni al vil logrero la indigencia lívida,
Lanzando en él terrible maldicion.
¡Más digno fin, placeres más insólitos
Hoy os preparo, espíritus sin luz!
¡Momentos son á vuestras ánsias prósperos
Los que esta noche envuelve en su capuz!
Su trono se alza esplendoroso de ébano,
Y los vientos se duermen á sus pies,
Y su honda paz, como la paz del féretro,
Profunda, fria y sin sonido és.
Ved las estrellas de su imperio prófugas;
Ved cual cubre la luna su dosel,
Y el manto azul de la celeste bóveda
Negro se vuelve, en protegeros fiel.
El eco duerme en sus asilos cóncavos;
Duerme en la sombra el céfiro fugaz.....
Mi ódio tan sólo vela, y mira atónito
La para él desconocida paz.
Ningun rumor en el silencio fúnebre
El negro arcano revelar podrá.....
¡Sólo á vosotros, del misterio númenes,
La muda voz os felicita ya!
¡Venid! ¡venid, que de rencores grávida
Siento esta frente, que mirais arder,
Y un lauro pide, que refresquen lágrimas,
Para templar su acerbo padecer!
¡Venid! ¡venid, espíritus indómitos!
¡De horror y duelo este recinto henchid!.....
Venid, las alas sacudiendo próvidos,
A enardecer mi corazon, ¡venid!
¡Venid, venid! Del enemigo bárbaro
Beber anhelo la abundante hiel.....
¡No más insomnes velarán mis párpados,
Si á él se los cierra mi furor cruel!

¡Dadle á mis labios, que se agitan ávidos,
Sangre humeante sin cesar, corred!
¡Trague, devore sus raudales rápidos,
Jamas saciada, mi ferviente sed!
Hagan mis dientes con crujidos ásperos
Pedazos mil su corazon infiel,
Y dormiré, cual en suntuoso tálamo,
En su caliente, ensangrentada piel!
Al retratar tan plácidas imágenes,
Siento de gozo el corazon latir.....
¡Espíritus de horror, no pusilánimes
Dejeis mi sangre inútilmente hervir!
Si en estos campos solitarios, áridos,
Quereis tener magnífico festin,
Dadme sus miembros, dádmelos escuálidos,
Y en ellos mi hambre se apaciente al fin.
¡Ministros del error! ¡del crímen súbditos!
¡Atended! ¡atended! ¡volad! ¡volad!
¡Que ya la hora sonó de ansiado júbilo,
Y sus puertas abrió la eternidad!

DESPEDIDA

A LA SEÑORA D.ª D. G. C. DE V.

¿Y nos dejas, cruel? ¿y nada alcanza
El tierno llanto, el suplicar ferviente?
¿Senda hallarás de fácil bienandanza
Dejando atras á la amistad doliente?
¿Qué engañosa esperanza,
Presto tal vez deshecha,
Hoy seduce tu pecho, que resiste
A la voz del amor, y el *adios* triste
Dicta á tu labio, que mi labio estrecha?
¿Qué buscas al partir? ¿cuál es tu anhelo?
Si en tu nativo suelo
Un sol más puro y esplendente brilla;
Si el Guadalhorce en su risueña orilla
Riega pintadas flores,
Que emblemas breves de ventura frágil
Mueren al esparcir gratos olores;
No tan estéril, no, se alza en Castilla
La carpetana sierra,
Que rehuse á tu sien digna guirnalda.....
Pues si tantos no brotan en su falda
Deleitosos vergeles,
Escasa no es en producir laureles.
¡Y tú, que el fuego sacro
Sientes hervir del genio! ¡Tú, que alientas
De elevada ambicion el noble brio!
¿Cómo es, cómo es que intentas

Hoy destrozar el ara,
Do el alto númen á tus votos pío
Inmarcesible lauro te prepara?
Te llama aquí el destino; aquí la gloria
Con halagüeña faz las puertas te abre
De su sublime templo,
Y el bello afan que tu ventura labre
Será á tu sexo admiracion y ejemplo.
¡Sí! ¡tente! ¡mira! ¡toma! ¡Que en tu mano
Torne á vibrar la lira
De la de Lésbos malograda musa!.....
Mas ¿qué pavor insano
Este recuerdo súbito me inspira,
Que el conturbado corazon rehusa
La voz á mi garganta?..... ¿Por qué cunde
Por mis venas un hielo, que sofoca
El entusiasmo que en el pecho infunde
La augusta sombra que mi labio evoca?.....
¡Oh Safo! ¡oh Safo! ¡Hermosa defendia
Con sus fulgores tu inspirada frente
La corona de excelsa poesía,
Y la fama llevó de gente en gente
De tus dulces gemidos la armonía!
Pero ¿por qué gemir? ¿Pudo el destino
Ensañarse contigo, hija del cielo?
¿No fué de rosas para tí el camino
Cuando pasaste abrillantando el suelo?
¿Pudiste hallar abrojos en la vida?
¿Pudo vil cieno salpicar tus galas,
Y el tirano dolor causarte herida,
Cuando la gloria te prestaba asilo
Y te dió el genio sus brillantes alas?.....
¡Ay! ¡no respondas tú!.... ¡Léucades, dilo!
. . . .
. . . .
¡Mas no á tí sola condenó la suerte
A regar con tu lloro
El sagrado laurel y el plectro de oro,
Ni á tí tan sólo á desastrosa muerte!
No el de Jerusalen cantor divino,

Noble y hermoso y tierno,
—Que cual el tracio músico, pudiera
Conmover con su voz al hondo averno,—
Logró vencer la saña del destino.
Los resortes del alma quebrantados
Al peso de su genio y desventura,
Vagar le veo en tétrica locura,
Los ojos secos, de llorar cansados.
Opreso el grande corazon de miedo,
Trémulo el cuerpo, la color perdida,
Llama á Reinaldo, implora á Godofredo,
Tal vez conjura á la falaz Armida.....
¡Así invoca su gloria
El genio á quien deprimen,
Y de ella se circunda, y la victoria
Le pide, sin saber que ella es su crímen!

¡Tú tambien, tú tambien, Camoens heróico!.....
En vano al resonar tu épica trompa,
Del uno al otro polo
Hizo volar la fama lusitana,
Y ciñeron tu frente soberana
Los laureles de Marte y los de Apolo;
Pues así — ornada de corona doble —
Ni un humilde vellon tuviste solo
Do reclinar al fin frente tan noble!
No te quejes, empero: te acompaña
Con gloria igual y con igual fortuna,
El gran Cervántes, luminar de España,
Pobre al morir, como lo fué en la cuna.
Ni en tiempo más remoto
Al genio ha sido el infortunio ignoto,
Que atravesando edades
— Gigante alumno de las Musas — miro
De Jonia alzarse al venerable ciego.....
Dale la suerte, en su voluble giro,
La admiracion del orbe por despojos,
Y al mendigado pan ablanda el riego
Que brotan sin cesar sus túrbios ojos.
Tal pienso ver á Ovidio,

—Rota la lira y olvidado el canto,—
Ceñido de laurel comprar con llanto,
Que á sus insomnes párpados asoma,
La amarga compasion del extranjero;
Y miéntras se orna con su gloria Roma,
Abrir su tumba el sármata grosero.

¿Qué á las almas vulgares
Esa palabra de metal, *destino?*
¡De ese númen infausto á los altares
Sólo el genio inmortal sabe el camino!
A ellos la gloria deslumbrando guia,
Y tanto más propicio
Es el númen crüel al sacrificio
Que ella le ofrece impía,
Cuanto con más laureles
La predilecta víctima corona.
¡Así el rayo perdona
La frágil choza y el humilde arbusto,
Y rápido surcando inmenso espacio,
Cual si de su poder fuesen injuria,
En el roble robusto
Y en la encumbrada frente del palacio
Va á descargar su destructora furia!

¡Huye, triste mujer! mi ruego loco
Desestima prudente:
Yo lo condeno ya, yo lo revoco.
¡Vete!..... Tu noble frente,
Do por última vez mi labio imprimo,
Jamas, jamas ostente
La corona fatal.—El dulce arrimo
Torna á buscar del estimable esposo,
Que—en tus pátrios jardines—
De alegre mirto y cándidos jazmines
Tu blanca sien coronará gozoso.
¡Huye y no tornes más! Tu hogar tranquilo
Ama, cual ama el náufrago la tabla
Que entre el hervor del pérfido Oceano
Al suspirado puerto le conduce;

Ó como el caminante—ya cercano
Al precipicio, por sendero ignoto,—
Ama el fanal benéfico que luce
En el albergue hospitalario. El voto
De aqueste corazon, que á tu ternura
Tanto halago debió, tanto consuelo,
Tan sólo para tí demanda al cielo
Pecho sin ambicion, conciencia pura,
Y pobre hogar en el nativo suelo.

¡Nunca igual dicha gozaré! Los montes
Que se encumbran al sol; los silenciosos
Bosques espesos, do jamas penetra;
Las sabánas de inmensos horizontes
No existen para mí. No más mi diestra,
Ligera, armada de cincel agudo,
—Cual en un tiempo de memoria eterna—
La vigilancia maternal burlando,
Irá ufana grabando,
Del verde mango en la corteza tierna,
Dulces versos de amores,
Encubiertos despues con gayas flores.

No más, no más en la gentil floresta,
—Allá en las horas de silencio y calma
De la ardorosa siesta—
Me dormiré bajo la esbelta palma
Y entre el trébol florido,
De arroyos mil al plácido rüido.....
Nunca, ¡oh Lola! jamas verán mis ojos
El grato asilo de mi infancia pura.....
¡De mi cuna lejana sepultura
Han de tener mis pálidos despojos;
No en la sagrada tierra
Que las cenizas de mi padre encierra!

Perdona si este llanto
No consagro al dolor de tu partida,
Tú, á quien le debo tanto,
¡Fénix de la amistad! ¡Lola querida!

Deja á la religion de los recuerdos
Y á la piedad filial breves instantes;
    Para gemir tu ausencia
Me quedan los insómnios devorantes
De una de soledad larga existencia.
¡Sé dichosa sin mí! y allá en tu asilo
De grata calma y de solaz tranquilo,
    Oye bramar sin miedo
Las olas de este piélago inconstante,
De sirtes y de escollos erizado;
Miéntras gimiendo á sus embates cedo,
    Y del puerto distante,
Sin brújula, piloto ni camino,
Navego con los vientos del destino.

LEY ES AMAR.

CANCION DE PARNY, TRADUCIDA LIBREMENTE.

Vosotras que huis de Cupido
La blanda lid,
Corred de mi lira al sonido.....
¡Corred y oid!
En vano la dulce cadena
Será esquivar:
Natura imperiosa lo ordena;
¡Ley es amar!

Ayer en el bosque mi Nice
Cantaba así:
—«Que amor es muy fuerte se dice;
Mas venga á mí.
Jamas á su yugo mi cuello
Querré postrar:
Jamas en mi frente su sello
Podrá grabar.»

Llegué por detras despacito,
Y en su alba sien
Un beso á imprimir me limito,
Que sintió bien.
Se vuelve con rostro encendido;
Quiere gritar.....
Mas yo murmuraba á su oido:
—Ley es amar!

La bella se turba y repite,
 —¡Libre he de ser!
—Natura, mi bien, no permite
 Tanto poder.
—No cuento quince años, replica;
 ¡Quiero jugar!
Natura á las niñas no aplica
 La ley de amar.

—Amor es tambien un infante,
 Respondo yo:
Mas ella con voz vacilante
 Repite:—¡No!
—Los juegos de amor ¿quién no entiende?
 Torno á exclamar:
Su llama en tus ojos se enciende.....
 Ley es amar.

—Más tarde, me dice, y suspira
 Mi dulce bien.
Más tarde..... y temblando me mira
 Ya sin desden.
—Cual flor la belleza, mi Nice,
 Muy frágil es;
La flor al Favonio no dice:
 «Vuelve despues.»

—Es pérfido amor, clama luégo:
 Hiere y se va.
—Si es tierno, mi Nice, y es ciego,
 ¿Dónde se irá?
—No sé; mas confieso que abrigo
 Grande pavor.
—Verás, si te quedas conmigo,
 Huir tu temor.

—No debo, murmura, y enojos
 Quiere mostrar;
Mas ya me declaran sus ojos
 Que es ley amar.

De pronto se alarma y querella.....
¡Qué sinrazon!
Va á huir; mas huyendo la bella
Da un resbalon.....

¡Mirad cómo se abren mil flores,
Y el sitio aquel
Perfuman con nuevos olores
Nardo y clavel!.....
Las aves más gratos concentos
Dejan ya oir:
Parece que imitan los vientos
Dulce gemir.

Se enlaza la hiedra á su apoyo
Con más placer;
Mas blando murmúrio el arroyo
Forma al correr.
Al césped con su onda ligera
Llega á besar,
Y el eco devuelve doquiera
Ley es amar!

A UNA ACÁCIA.

¡Arbol que amé! te reconozco : en vano
El ábrego inclemente, el bóreas ronco,
Con empeño tirano
Contra tu pompa y majestad conspiran,
Y en torno hacinan de tu mustio tronco
Tus hojas, ¡ay! que murmurando giran.

Te reconozco, sí; que tu mudanza
No es mayor, no, que la mudanza mia.
Marchita, cual tus ramas, mi esperanza;
Perdida, cual tus hojas, mi alegría;
Más que te quiso en tu verdor florido,
—Cuando, cual tú, lozano se sentia—
Hora te quiere el corazon herido,
Contemplando tu duelo
Bajo ese opaco y macilento cielo.

¡Ay! que tambien sus bóvedas etéreas
A mudanza crüel condena el hado.....
Hoy luce un sol nublado
Entre sombras aéreas,
Que dudoso color visten al dia;
Y en el blando sosiego de la noche,
—Bajo tu copa umbría—
En otro tiempo he visto placentera
Surcar la luna, en esmaltado coche,
El campo azul de la tranquila esfera.

Entre tus ramas trémulas, su rayo
Filtraba puro á iluminar mi frente;
Miéntras que el aura del risueño Mayo,
En gratos sones de mi lira ardiente,
Rápida difundia
Un nombre dulce, de inefable encanto.....
Que sorda murmuró la fuente fria,
Que el ave insomne repitió en su canto,
Y allá distante—en el herboso hueco
De la gruta sombría—
Volvió á mi oido melodioso el eco.

¡Liras del corazon! ¡Voces internas!
¡Divinos ecos del celeste coro
En que glorias sin fin, dichas eternas
É inagotable amor, en arpas de oro
Cantan los serafines abrasados,
En alfombra de soles reclinados!
¡Oh, cómo entónces en el alma mia
Resonar os sentí! Del pecho hirviente,
Cual rápido torrente,
Brotaba sin cesar la pöesía.....
Y un santo juramento
—Que el labio apénas pronunciar osaba—
En alas del amor al firmamento
Desde el fogoso corazon volaba,
Allá en el infinito
Su inmenso porvenir buscando escrito.

¿Y de esta suerte pudo
Mentir el alma y engañar el cielo?
¿Una efímera flor—lujo del suelo—
Es de la dicha el triste simulacro,
Y en un alma inmortal el fuego sacro
Del sentimiento vívido y profundo,
Existe y muere sin dejar señales,
Cual árbol infecundo
O como planta en yermos arenales?.....

¿Dó llevaron los vientos
Tantos de amor dulcísimos acentos,
Tantos delirios de esperanza bella?
Aquellas dulces horas
Que fueron ¡ay! cual deliciosas, breves,
¿Adónde huyeron sin dejar ni huella?.....
Al sacudir sus alas bramadoras
Entre tus hojas leves,
¡Arbol querido! el aquilon sañudo
—Que envuelto en nieblas por los aires zumba—
Cual tu tronco, desnudo
Dejó mi corazon, y mis amores
Con tus marchitas flores
Hundió á la par en ignorada tumba.

Igual hado nos cabe:
Por eso te amo y á buscarte vuelvo
Cuando te deja tu verdor süave;
Que pasajero fué, cual la esperanza
De mi ya mustio corazon. La suerte
De tu pompa fugaz tambien alcanza
A mis dichas mezquinas;
Y el astro sin calor, que alumbra inerte
Tus míseras rüinas,
La imágen és del pálido recuerdo
De aquel amor que para siempre pierdo.

Mas volverá, con Mayo,
La alegre primavera,
Y tu beldad primera
Tornará á darte el sol.....
Sucederán las auras
A vientos bramadores,
Y á lívidos vapores
Las nubes de arrebol.

De la africana costa,
Do vaga peregrina,
Veloz la golondrina
Te volverá á buscar;

Que en tus pobladas ramas,
Bajo dosel florido,
Vendrá á labrar su nido,
Atravesando el mar.

Y en torno revolando
De tu frondosa copa,
Verás alegre tropa
De pajarillos mil.....
Y con aromas puros,
—Que al florecer exhalas—
Perfumarás las alas
Del céfiro gentil.

¿Por qué llorar tu suerte?
¿Por qué gemir tu duelo?
Que te marchite el hielo,
Te azote el aquilon.....
Tus gérmenes de vida
No agotan sus rigores;
Cual tus perdidas flores
Las que recobras son.

De un verdor te desnudas,
Y otro verdor te cubre;
Lo que te quita Octubre,
Te restituye Abril.
Hoy eres á mis ojos
Vestigio abandonado,
Mañana honor del prado
Y orgullo del pensil.

¡Mas nunca reverdecen
Marchitas ilusiones!
¡No tienen estaciones
Los yermos del dolor!
¡A revivir ni un dia
Ningun poder alcanza
De efímera esperanza,
La deshojada flor!

¿Qué sol habrá que venza
Al desengaño esquivo,
Y su calor nativo
A un alma yerta dé?.....
El fuego que á natura
De vida ardiente inflama,
¡No enciende, no, la llama
De la extinguida fé!

¡Sufre los aquilones,
Oh árbol afortunado,
Que á restaurarte — tras su soplo helado —
El dulce aliento del Favonio esperas!
Cuando esa, que depones,
Pompa gentil te restituya Mayo,
Y tus flores primeras
Broten del sol al fecundante rayo,
La triste lira mia
No templaré para cantar tu gloria,
Ni una insana memoria
Vendré á abrigar bajo tu copa umbría.....

Mas pueda entónces, pueda,
Rica de aromas, de verdor y flores,
(¡Esta esperanza á mi dolor le queda!),
Sombra prestar á mi sepulcro frio.....
Y cuando torne el aquilon impío
A marchitar tus plácidos colores,
Las ramas melancólicas inclina
Sobre mi humilde losa;
Y en hora silenciosa,
— Cuando la noche lóbrega domina
Las lánguidas esferas,
Y esparce su narcótico beleño —
Que tus hojas postreras
Giren en torno, y á mi eterno sueño
Con lúgubre murmullo
Benignas den el postrimer arrullo!

EL PORQUE DE LA INCONSTANCIA.

Á MI AMIGO ***.

Contra mi sexo te ensañas
Y de inconstante lo acusas;
Quizá porque así te excusas
De recibir cargo igual.
Mejor obrarás si emprendes
Analizar en tí mismo
Del alma humana el abismo,
Buscando el foco del mal.

Proclamas que las mujeres
(Cual dijo no sé quién ántes),
Piensan amar sus amantes
Cuando aman sólo al amor;
Que el vago ardor del deseo
Se agita constante en ellas;
Mas pasa sin dejar huellas
Su preferencia mayor.

¡Ay, amigo! no te niego
Verdad que tan sólo prueba
Que son las hijas de Eva
Como los hijos de Adan.
A entrambos el daño vino
De la funesta manzana,
Y á toda la raza humana
Sus tristes efectos van.

¡Mísera raza!..... su mengua
Sufre, pero no la entiende;
Y áun sueña y hallar pretende
Bienes que torpe perdió.
Tras ellos ciega se lanza,
Girando en vértigo insano.....
Mas nunca su empeño vano
Ni áun en sombra los gozó.

Amor pide, dicha busca,
Y á esperar loca se atreve
Que en vaso corrupto y breve
Apague el alma su sed;
Pero ella su afan inmenso
Siente perenne, profundo,
Y rompe lazos del mundo
Como el águila la red.

En balde en la extraña lucha
De su cansancio y su anhelo
Le agrada tomar el velo
Que la presenta el error,
Y en los pálidos fantasmas,
—Que agranda ilusa ella sola—
Se finge ver le auröola
De la dicha y del amor.

¡Resbala pronto la venda!
¡Resbala y ve—con despecho—
Que vuela, en humo deshecho,
El fulgor de su ilusion!
Pues no cabe en sér que piensa
Que eterno el engaño sea.....
Aunque inmortal es la idea
Que seduce al corazon.

No es, no, flaqueza en nosotros,
Sí indicio de altos destinos,
Que aquellos bienes divinos
Nos sirvan de eterno iman,

Y que el alma no los halle,
—Por más que activa se mueva—
Ni tú en las hijas de Eva,
Ni yo en los hijos de Adan.

Unas y otros nos quedamos
De lo idëal á distancia,
Y en todos es la inconstancia
Constante anhelo del bien.
¡De amor y dicha tenemos
Sólo un recuerdo nublado;
Pues su goce fué enterrado
Bajo el árbol del eden!

Jamas ¡oh amigo! ventura
Ni amor eterno hallarémos.....
Pero ¿qué importa? ¡esperemos!
Porque es vivir esperar;
Y aquí—do todo nos habla
De pequeñez y mudanza—
Sólo es grande la esperanza
Y perenne el desear.

CANCION.

IMITANDO OTRA DE VÍCTOR HUGO.

Ya el alba despunta hermosa,
Y están cerradas tus puertas.....
Cuando despierta la rosa,
¿Por qué, amada, no despiertas?
¡Sacude el sueño al instante,
Mi señora,
Y escucha al amante
Que canta y que llora!

Suena á tu puerta un clamor:
El sol dice:—*Soy el dia;*
El ave:—*Soy la armonía;*
Mi corazon—*Soy amor.*
¡Sacude el sueño al instante,
Mi señora,
Y escucha al amante
Que canta y que llora!

EL DIA FINAL.

¡Cumpliéronse los tiempos! De sus obras
Retira el Criador su excelsa mano,
Y aquella voz que enfrena al Oceáno,
Terrible é indignada
—¡Toma! (dice á la nada),
¡Cuanto de tí saqué, por mí recobras!—

Remonta el ángel de la muerte el vuelo
Por los inmensos campos del vacío,
Y—envuelto en nubes de color sombrío,
Con que se enluta el cielo—
De planeta en planeta
Pasa llevando la sentencia dura,
A que el supremo Artífice sujeta
De su poder la portentosa hechura.

Rota la ley que ordena el movimiento
De innumerables mundos
Por la vasta extension del firmamento,
Cual si sintiesen vértigos profundos
Se escapan de sus órbitas, y errantes
—Tristes y oscurecidos
Sus destellos brillantes—
Vagan entre tinieblas confundidos,
Sin rumbo ni compas. Los elementos
—Pugnando por romper los eslabones
De mil combinaciones
Que los tienen sujetos—
Entre sí luchan con esfuerzo horrible;

Y estremecido el orbe
Levanta un hondo y pavoroso grito,
Que el espacio infinito
En sus entrañas lóbregas absorbe.

¿Dó está el mísero globo
De los hijos de Adan?—La sombra envuelve
Ese punto mezquino
De la gran creacion que se disuelve;
Y, cual hoja que arrastra el torbellino,
Por el éter voltea,
De sus antiguos ejes desquiciado;
Hallando sólo funeraria tea
En ese sol nublado.

¡Escuchad! ¡escuchad! por las ciudades,
De las artes emporios,
Rugiendo van los tigres y panteras.....
Las aves carniceras
Refúgianse en magníficos cimborios
De alcázares y templos; y en las grutas
De sanguinarias fieras,
Hermanos contra hermanos
Frenéticos se lanzan los humanos.

¡No hay amor! ¡no hay piedad! Del furor ciego,
Del profundo pesar, del negro espanto,
Los afectos süaves
Huyendo van; y del infante el ruego,
De la vírgen el llanto,
Del triste anciano los acentos graves,
La desesperacion en vano escucha.....
¡Naturaleza con la muerte lucha!

¡Espectáculo atroz! Ya el mar devora
Campos y pueblos, que no dejan rastros,
Y se eleva con voz atronadora
Para escalar el cielo,
Como si el apagar fuese su anhelo
La ya marchita lumbre de los astros;

En tanto que la tierra
—Que su incesante turbulencia imita—
Vorágines inmensas abre y cierra,
En convulsion se agita,
Y hace que doblen, cual flexibles cañas,
Sus empinadas cumbres las montañas.

Mas ¡huye ya la lobreguez! El éter
Súbito se ilumina,
Pues despejando el sol la roja frente,
De su centro desata
Volcánico torrente,
Que en pavoroso incendio se dilata.
Interminable trueno
Rueda en aquel ignífero Oceano;
Chocan, crujen, se rompen los planetas,
—Que en el hirviente seno
Giran, como en el mar náufragas náos,—
Crece el incendio, el cielo se desquicia,
Y á una señal de la eternal Justicia
Se hunde la creacion, y torna el cáos!

¡Salve, oh eternidad! Sobre los mundos
—Devueltos á la nada—
Ya el almo trono del Señor se asienta.....
Yace á sus piés la muerte encadenada,
Rota en su mano inerme
La guadaña sangrienta.....
¡Y el tiempo inmóvil á su lado duerme!

EL RECUERDO IMPORTUNO.

SONETO.

¿Serás del alma eterna compañera,
Tenaz memoria de veloz ventura?.....
¿Por qué el recuerdo interminable dura,
Si el bien pasó cual ráfaga ligera?
¡Tú, negro olvido, que con hambre fiera
Abres ¡ay! sin cesar tu boca oscura,
De glorias mil inmensa sepultura
Y del dolor consolacion postrera!
Si á tu vasto poder ninguno asombra,
Y al orbe riges con tu cetro frio,
¡Vén! que su dios mi corazon te nombra.
¡Vén y devora este fantasma impío,
De pasado placer pálida sombra,
De placer por venir nublo sombrío!

A LA LUNA.

IMITACION DE BYRON.

¡Sol del que triste vela!
¡Astro de lumbre fria,
Cuyos trémulos rayos, de la noche
Para mostrar las sombras sólo brillan!

¡Oh, cuánto te semejas
De la pasada dicha
Al pálido recuerdo, que del alma
Sólo hace ver la soledad sombría!

Reflejo de una llama
Ya oculta ó extinguida,
Llena la mente, pero no la enciende;
Vive en el alma, pero no la anima.

Descubre, cual tú, sombras
Que esmalta y acaricia;
Y como á tí, tan sólo la contempla
El dolor mudo en férvida vigilia.

A S. M.
LA REINA DOÑA ISABEL SEGUNDA,
CON MOTIVO DE LA DECLARACION DE SU MAYORÍA (1).

Cuando al imperio de su voz rugiente
La discordia civil brota facciones,
Y al rápido torrente
De infandas ambiciones
Son diques importunos
Instituciones, cultos seculares,
Se ven alzar guerreros y tribunos
Dispuestos á lanzarse á los azares
De las pasiones que ensañadas luchan.....
Mas no entónces se escuchan
De dignos vates melodiosos cantos;
Que envuelta de la patria en sangre y llantos,
La lira nacional rompe la musa,
Y falsas glorias consagrar rehusa.

Ni ¿á qué halagar el aura fugitiva
— Que en brazos nace del florido Mayo —
Al árbol que postró su copa altiva,
Despojo vil del devorante rayo?.....
¿A qué, si el huracan ruge ensañado,
De la náufraga nave

(1) Esta composicion fué escrita para el *Album* que el Liceo Artístico y Literario de Madrid tuvo la honra de regalar á S. M. la Reina, á cuya presencia fué leida por la autora, en la sesion solemne celebrada por el Liceo en honor del acontecimiento á que se refiere la oda.

Al mástil destrozado,
Sus alas á lucir llegará el ave,
Para mojar sus plumas
Y que su voz se pierda entre las brumas?

Hubo remotos tiempos
En que al traves de turbulencias várias
Beber la inspiracion el genio pudo,
Las aras incensando solitarias
De un númen que jamas lo encontró mudo.
Un solo afan, un sentimiento mismo
Parecieron entónces
La libertad y el santo patriotismo;
Que no eran nombres vanos
Para ostentarse en mármoles y bronces,
—Quizá grabados por indignas manos—
Sino cultos de altísimo respeto,
De cuyo fuego—que al mortal sublima—
Pura brilló la esplendorosa lumbre
En las sublimes crestas del Himeto,
Del Quirinal en la nevada cima,
Del Alpe agreste en la desierta cumbre.

¿Por qué si hoy suena el nombre poderoso
Móvil fecundo de inmortales hechos,
Despertar suele un eco pavoroso
Que hace temblar á varoniles pechos,
Y no osa repetir la pöesía?
¿Será que el tiempo—en su carrera impía—
Ni á los divinos númenes perdona?.....
¡No, sacra Libertad! mas por el cieno
Hemos visto rodar tu áurea corona,
Y á la licencia desgarrarte el seno;
Miéntras que delirante,
Desnuda y ébria—como vil bacante—
De tí á la faz del mundo
Representaba odioso simulacro.....
Sí! mas ya basta! Con dolor profundo,
Ante el abuso de tu nombre sacro,
Vuelves los ojos á tu antigua historia,

Sientes de su esplendor el abandono,
Y asilo buscas digno de tu gloria
A la sombra del trono.

Union dichosa, próspera alianza,
Que á la Europa feliz guardó el destino,
Y que la paz por siglos afianza.....
Pues del consorcio insólito y divino
No nacerán ni Césares ni Brutos,
Reviviendo el pasado;
Mas tu árbol santo ¡Libertad! sus frutos
Podrá ostentar en progresivas leyes,
Por felices naciones cultivado
Bajo el dosel de populares reyes.

Y entre ellas floreciente
Te alzarás tú, ¡oh hermosa patria mia!
Que tus bravos leones
Nunca al carro feral de la anarquía
Quisiste uncir, ni doblegar tu frente
Bajo los vergonzosos eslabones
De una servil cadena.....
Tú, cuya audacia y decision bizarras,
Deteniendo las águilas del Sena,
De sus tenaces garras
Rescataron el cetro, que—aunque blando
En diestra femenil—más puro brilla
Hoy, que en la nieta del tercer Fernando
Su segunda Isabel mira Castilla.

¡Salud, jóven real! Tu nombre fausto,
Símbolo de virtud, cifra de gloria,
Del porvenir afirma la esperanza
Trayendo del pasado á la memoria
Timbres y hazañas mil.—Cual hora subes,
Astro de paz y signo de bonanza
Del horizonte á disipar las nubes,
Así tras luengas noches
De horrenda tempestad, la aurora pura
Despuntó al fin de gloria y de ventura,

Con que del pueblo hispano
Premiar al cielo las virtudes plugo,
Y ese cetro empuñó la blanca mano
Que—fuerte con la cruz y con la espada—
Quebrantar supo el ominoso yugo
Que abatió el cuello á la oriental Granada.

A tí—heredera de su nombre augusto
Y de su cetro fuerte—
A tí guarda quizás el cielo justo
La venturosa suerte
De reparar nuestros prolijos males,
Borrando las señales
De tantos años de dolor.—Los pueblos
Beneficios tal vez cobran un dia
De sus delirios y desastres. Brama
Así el volcan ignívomo; su cráter
La destruccion derrama
Entre hirviente ceniza,
Que valles, montes, páramos inunda.....
Mas su lava fecunda,
La tierra que devasta fertiliza.

Salud, ¡jóven real! Que á tus oidos
De mi lira en los sones
Llegue el vítor que deja estremecidos
Del congreso los aúreos artesones,
Y atravesando cien provincias vuela
Hasta el confin postrero
De tu gloriosa y vasta monarquía,
Hallando por doquier eco sincero,
Y por doquier vertiendo la alegría.

Salud, ¡jóven real! miéntras su frente
A tu planta inocente
Esta patria del Cid gozosa inclina,
Recuerda que en los mares de Occidente,
—Enamorando al sol que la ilumina—
Tienes de tu corona
La perla más valiosa y peregrina;

Que allá, olvidada en su distante zona,
Do libre ambiente á respirar no alcanza,
Con ánsia aguarda que la lleve el viento
— De nuestro aplanso en el gozoso acento —
La que hoy nos luce espléndida esperanza.

EPITAFIO

PARA GRABARSE EN LA TUMBA DE UN ESCÉPTICO.

IMITACION DE PARNY.

Tuvo el que yace aquí cordura extrema:
Para evitar error dudó de todo:
La existencia de Dios puso en problema,
Y—dudando vivir—vivió á su modo.
Cansado al fin de cáos tan profundo,
Huyó por esta puerta diligente,
Para ir á preguntar al otro mundo
Lo que en éste creer cuadra al prudente.

EL FAVONIO Y LA ROSA.

IMITACION DE PARNY.

Al márgen de un arroyo,
Entre espadaña y junco,
Rosal temprano eleva
Lindísimo capullo.
Sus hojas perfumadas,
Del sol al rayo puro
Se entreabren, cuando el astro
Va á comenzar su curso;
Y en tanto veloz llega
Favonio vagabundo,
Que amante gira en torno
Con lánguido murmurio.
La bella flor, empero,
Ya esquiva y con orgullo,
Le dice así, guardada
Por sus flexibles muros:
«Mi vida empiezo apénas;
No quieras importuno
Robarme los aromas
En que mi gloria fundo.
»Vuelve cuando la noche
Su manto tienda oscuro,
Y me hayan envidiado
Mil flores que desluzco.»

Favonio la obedece,
Y revolando al punto,
Con otras se consuela
De aquel desden injusto.
Mas fiel, aunque ligero,
Apénas mira oculto
De ocaso entre celajes
Al luminar fecundo,
Batiendo el ala leve
Con gemidor susurro
Vuela á la rosa, y halla.....
¡Ya el vástago desnudo!
Con solo un soplo el cierzo,
Desolador y adusto,
La flor altiva y bella
Le arrebató sañudo.
Sus hojas, ya inodoras,
¿Tuvieron por sepulcro
Las ondas cristalinas,
O el cenagal inmundo?.....
Decirlo no me es dado;
Favonio nada supo;
Que espinas halló sólo
Por restos del capullo.

AL DESTINO.

Escrito estaba, sí: se rompe en vano
Una vez y otra la fatal cadena,
Y mi vigor por recobrar me afano.
Escrito estaba: el cielo me condena
A tornar siempre al cautiverio rudo,
Y yo obediente acudo,
Restaurando eslabones
Que cada vez más rígidos me oprimen;
Pues del yugo fatal no me redimen
De mi altivez postreras convulsiones.

¡Héme aquí! ¡tuya soy! ¡dispon, destino,
De tu víctima dócil! Yo me entrego
Cual hoja seca al ráudo torbellino
Que la arrebata ciego.
¡Tuya soy! héme aquí! todo lo puedes!
Tu capricho es mi ley: sacia tu saña.....
Pero sabe ¡oh cruel! que no me engaña
La sonrisa falaz que hoy me concedes.

LA NOCHE DE INSOMNIO Y EL ALBA.

FANTASÍA.

Noche
Triste
Viste
Ya,
Aire,
Cielo,
Suelo,
Mar.
Brindándole
Al mundo
Profundo
Solaz,
Derraman
Los sueños
Beleños
De paz:
Y se gozan
En letargo,
Tras el largo
Padecer,
Los heridos
Corazones,
Con visiones
De placer.
Mas siempre velan
Mis tristes ojos;
Ciñen abrojos
Mi mustia sien;

Sin que las treguas
Del pensamiento
Á este tormento
Descanso dén.
El mudo reposo
Fatiga mi mente;
La atmósfera ardiente
Me abrasa doquier;
Y en torno circulan
Con rápido giro
Fantasmas que miro
Brotar y crecer.
¡Dádme aire! necesito
De espacio inmensurable,
Do del insomnio al grito
Se alce el silencio y *hable!*
Lanzadme presto fuera
De angostos aposentos.....
¡Quiero medir la esfera!
¡Quiero aspirar los vientos!
Por fin dejé el tenebroso
Recinto de mis paredes.....
Por fin ¡oh espíritu! puedes
Por el espacio volar.....
Mas ¡ay! que la noche oscura,
Cuál un sarcófago inmenso,
Envuelve con manto denso
Calles, campos, cielo, mar.
Ni un eco se escucha, ni un ave
Respira, turbando la calma;
Silencio tan hondo, tan grave,
Suspende el aliento del alma.
El mundo de nuevo sumido
Parece en la nada medrosa;
Parece que el tiempo rendido
Plegando sus alas reposa.
Mas ¡qué siento!..... ¡Balsámico ambiente
Se derrama de pronto!..... El capuz
De la noche rasgando, en Oriente
Se abre paso triunfante la luz.

¡Es el alba! se alejan las sombras,
Y con nubes de azul y arrebol
Se matizan etéreas alfombras,
Donde el trono se asiente del sol.
Ya rompe los vapores matutinos
La parda cresta del vecino monte:
Ya ensaya el ave sus melífluos trinos:
Ya se despeja inmenso el horizonte.
Tras luenga noche de vigilia ardiente
Es más bella la luz, más pura el aura.....
¡Cómo este libre y perfumado ambiente
Ensancha el pecho, el corazon restaura!
Cual vírgen que el beso de amor lisonjero
Recibe agitada con dulce rubor,
Del rey de los astros al rayo primero
Natura palpita bañada de albor.
Y así cual guerrero que oyó enardecido
De bélica trompa la mágica voz,
Él lanza impetuoso, de fuego vestido,
Al campo del éter su carro veloz.
¡Yo palpito, tu gloria mirando sublime,
Noble autor de los vivos y varios colores!
¡Te saludo si puro matizas las flores!
¡Te saludo si esmaltas fulgente la mar!
En incendio la esfera zafírea que surcas,
Ya convierte tu lumbre radiante y fecunda,
Y áun la pena que el alma destroza profunda,
Se suspende mirando tu marcha triunfal.
¡Ay! de la ardiente zona do tienes almo asiento
Tus rayos á mi cuna lanzaste abrasador.....
¡Por eso en ígneas alas remonto el pensamiento,
Y arde mi pecho en llamas de inextinguible amor!
Mas quiero que tu lumbre mis ánsias ilumine,
Mis lágrimas reflejen destellos de tu luz,
Y sólo cuando yerta la muerte se avecine
La noche tienda triste su fúnebre capuz.
¡Qué horrible me fuera, brillando tu fuego fecundo,
Cerrar estos ojos, que nunca se cansan de verte;
En tanto que ardiente brotase la vida en el mundo,
Cuajada sintiendo la sangre por hielo de muerte!

¡Horrible me fuera que al dulce murmurio del aura,
Unido mi ronco gemido postrero sonase;
Que el plácido soplo que al suelo cansado restaura,
El último aliento del pecho doliente apagase!
¡Guarde, guarde la noche callada sus sombras de duelo,
Hasta el triste momento del sueño que nunca termina;
Y aunque hiera mis ojos, cansados por largo desvelo,
Dale ¡oh sol! á mi frente, ya mustia, tu llama divina!
Y encendida mi mente inspirada, con férvido acento
—Al compas de la lira sonora—tus dignos loores
Lanzará, fatigando las alas del rápido viento,
A do quiera que lleguen triunfantes tus sacros fulgores!

EN EL ALBUM DE UNA SEÑORITA CUBANA.

Naciste en la tierra vírgen
Que, por el mar abrazada,
Bajo del trópico ardiente
Aspira del sol la llama.
Naciste en aquellos campos
Do la mano soberana
Con mil rasgos atrevidos,
Su inmenso poder señala.
Allá do en bosques eternos,
Perenne mansion del aura,
No se albergan crudas fieras,
Ni viles sierpes se arrastran;
Mas do en la noche tranquila,
Turbando la ardiente calma,
Responde al tierno sinsonte
La tórtola enamorada.
Allá do en montes altivos
Se ostentan las verdes faldas
Oprimidas con el peso
De nunca marchitas galas:
Allá do cruzan arroyos
Sus cristalinas guirnaldas,
En torno de agrestes ceibas,
De erguidos cedros y palmas;
A cuyos piés—y al abrigo
De sus siempre frescas ramas—
Florece el útil cacao,
Se mece la dulce caña,

Y el cálido café luce
Sus pulidas flores blancas,
Y sus granos purpurinos,
Y sus hojas de esmeraldas.
Allá donde nunca el hielo,
Aprisionando las aguas,
De sus líquidos cristales
El blando murmurio acalla.
Allá donde el cierzo rudo
Jamas despliega sus alas,
Ni presta la nieve al suelo
Aspecto de vejez cana;
Mas donde — del sol al rayo —
De amor sus hondas entrañas
Siente hervir la tierra, y tiembla,
Y se sacude agitada.
Donde huracanes potentes
Inmensos campos arrasan,
Y á la voz ronca del trueno
Se ensordecen las montañas.....
Allá, como yo, naciste;
Allá naciste, y es fama
Que el sol, al verte, detuvo
Por un instante su marcha.
Por eso, dicen que vierten
Tus ojos su activa llama,
Y que es tu tez tan hermosa,
No deslumbrando por alba.
Y si allá nacida fuiste,
Por aquel astro animada,
Entre huracanes y brisas,
Entre ceibas y entre cañas,
¿Qué mucho que en tí se vean
Combinaciones tan raras
De pasion y de dulzura,
De languidez y pujanza?
¿Qué mucho que en tí se asocien
La fortaleza y la gracia;
Hechizos muelles del cuerpo;
Excelsas dotes del alma?

Y si arrullada dormiste,
En los sueños de tu infancia,
Por el mar y por el trueno,
Por sinsontes y por auras,
¿Qué mucho que en ecos lances
De tu armoniosa garganta
Esos cantos que sorprenden
Que electrizan y avasallan?
¿Qué mucho que tu voz pura,
Ya vigorosa, ya blanda,
Alcance los varios tonos
De cien pasiones contrarias?
¡Hija del trópico ardiente!
¡Digna imágen de tu patria!
¡Vírgen, jóven como ella,
Como ella fuerte y lozana!
¡En tí la gozan mis ojos,
En tí mi pecho la ama,
En tí la admira mi mente
Y en tí mi lira la canta!

LA CLEMENCIA (1).

Heureux le Prince empli de pieuses pensées.
VÍCTOR HUGO.

Iba tendiendo su luctuoso manto
La noche oscura y fria,
Sin que templase un tanto
La opacidad de la region vacía,
El rayo de la luna macilento
Ni el trémulo fulgor de las estrellas;
Pues cual rastro sangriento,
De un sol de invierno las rojizas huellas
Surcaban sólo el negro firmamento.

(1) Esta composicion, y la que á ella sigue, fueron escritas para el certámen público que celebró el Liceo artístico y literario de Madrid, á propuesta del Sr. D. Vicente Bertran de Lis, y con objeto de rendir tributo de alabanza á la clemencia de la jóven reina, que se habia dignado indultar de la pena de muerte á varios sentenciados por causas políticas. Las dos composiciones que aquí se insertan fueron declaradas dignas de premio por los señores que componian la comision de censura, y aunque la autora hizo renuncia de uno de ellos—bastándola para su satisfaccion el lisonjero fallo que habia sido pronunciado por jueces tan respetables—la junta gubernativa del Liceo resolvió adjudicárselos, por unanimidad de votos; acompañándolos ademas con dos coronas de laurel, que—por ausencia de la reina—puso en sus sienes el Sr. Infante Don Francisco de Paula, en sesion solemne que con dicho objeto celebró el Liceo.

Tristes tambien las calles parecian
De la opulenta villa coronada,
Dó circulando multitud callada,
Sólo semblantes serios se veian;
Que presentir hacian
Algun grave suceso,
Pronto explicado por las roncas voces
Que esparcieron veloces
Por el gentío espeso
Los vendedores de volantes hojas,
Gritando por doquier: — «Causa y sentencia
»Del coronel Rengifo y compañeros,
»Que á los rayos primeros
»Del nuevo sol terminan su existencia.»

Pasan de mano en mano
Los públicos papeles,
Y — aunque no haya quizá pechos crueles
Que al contemplar destino tan tirano
Puedan negar á los dolientes reos,
Víctimas de políticos errores,
Un suspiro, una lágrima piadosa —
Siguen los transeuntes sus paseos,
Su fúnebre pregon los vendedores,
Y la noche su marcha silenciosa.

Las horas vuelan entre tanto: cesa
La agitacion del mundo,
Y entre la sombra espesa
Dó el silencio por fin reina profundo,
Derramando narcótico beleño
— Que á descansar convida
De los rudos afanes de la vida, —
Desciende en alas de la noche el sueño.

Mas ¡ah! tan honda calma
No aduerme, no, pesares sin consuelo,

—Que apénas puede resistir el alma,—
Y en su prision austera
Gimen los tristes que el postrer desvelo
Sufriendo están en el infausto suelo
Donde el sepulcro abierto les espera.

Vida y vigor devolverá á natura
La claridad febea,
Y ellos en la luz pura
Sólo verán su funeraria tea.....
¡Oh! ¿qué pincel tan fúnebres colores
Puede tener, que alcance
A bosquejar siquiera los dolores
Que así cercanos al tremendo trance
De cada cual el corazon devora?.....
No sólo ve la muerte, la vigilia
—De espectros crëadora—
Presenta allí la mísera familia.....
La esposa, el padre, el hijo á quien adora!

¡Oh pobre infante, cuya blanda cuna,
De la esperanza nido,
La pérfida fortuna
—Que oyó propicia su primer vagido—
Deja con luto de orfandad cubierta!.....
¡Oh pobre infante, que en el pecho tierno
Verá la herida abierta,
Que de su vida con brotar eterno
La senda regará triste y desierta!.....

Mas ¿que puedes hacer, padre infelice?
¡Fuerza es morir!..... Con pavorosos ecos
Tu corazon lo dice.....
Y esa luz bella—que á tus ojos, secos
Por insomnio crüel la aurora envia,—
Te lo dice tambien. Morir es fuerza;
No esperes, no, que su guadaña tuerza,
Piadosa á tu dolor, la Parca impía.

Fuerza es dejar el hijo abandonado,

La esposa desvalida,
El padre desolado,
¡Ay! y á la madre tierna, encanecida
Por años de virtud.— De esa existencia,
Que ella ha cuidado con afan prolijo,
Infatigable amor, santa paciencia,
¿Qué cuenta le darás, ¡funesto hijo!
¿Qué cuenta le darás en tu conciencia?.....
. . . .
. . . .
Repentino rumor se eleva y crece
En la mansion sombría:
Crujiendo se estremece
La férrea puerta, que ostentar debia
—Cual la del reino del eterno llanto—
Del rudo Dante la inscripcion tremenda;
Y trémulos—en tanto
Que abre á sus pasos la temida senda—
Los sentenciados, que entre mil dolores
Por conservarse sin flaqueza luchan,
Ya los redobles fúnebres escuchan
Con que á morir los llaman los tambores.

Llegó el instante, ¡oh Dios!—Pero ¿qué anuncia
La voz que el nombre de ISABEL pronuncia;
Miéntras cuál bella aurora
—Que las tristes tinieblas desvanece
Y á los campos colora—
En la lóbrega estancia que ilumina,
Tierna beldad de súbito aparece,
Vertiendo luz de compasion divina,
Que en sus azules ojos resplandece?.....

¡Es ella! ¡sí! ¡miradla!..... Pura y bella,
De sus plantas reales
Sienta la leve huella
De la horrible capilla en los umbrales.
El ángel santo de piedad la guía,
La majestad del sólio la acompaña,
La siguen á porfía

Las esperanzas y el amor de España,
Y huye á su aspecto la discordia impía.

¡Llega, vírgen real! Tu planta imprime
En la mansion del duelo.....
Ejerce la sublime
Prerogativa que te otorga el cielo.....
Perdona como él, y que la historia
De los monarcas, con tu ejemplo egregio
Legue á tus sucesores la memoria
De que—al usar tan noble privilegio—
La diestra augusta que perdon concede
Recoge en cambio gloria,
Que á otra ninguna compararse puede.

La tuya ¡oh Isabel! la tuya hermosa
En esos rostros mira,
Do tu mano piadosa
Secó el llanto cruel: ella respira
En esas vidas que arrancó á la tumba
Tu corazon magnánimo: se extiende
En ese que retumba,
Vítor inmenso, que el espacio hiende,
Y áun brilla en el cadalso que derrumba.

La tuya el laurel santo
No hace nacer con riego
De hirviente sangre y congojoso llanto,
Sino de amor al fecundante fuego;
Y el que la ensalza, sublimado canto,
No es el que ensayo con humilde tono
De mi lira en los sones;
Sino el que se alza en tiernas bendiciones
Hasta tu excelso trono.

Feliz en él por dilatados dias
Goza, jóven augusta,
Las santas alegrías
Del poder bienhechor. La frente adusta
De la justicia tu piedad suavice;

Que el rigor nunca la nefanda tea
De la venganza atice;
Y justa siempre y perdurable sea
La voz universal que hoy te bendice (1).

---

(1) Por singular coincidencia, se imprimen las presentes páginas — en que expresa la autora los sentimientos que inspiraba generalmente Doña Isabel II de Borbon en los primeros años de su reinado — en los mismos dias de terminarse dicho reinado, á impulsos de un descontento no ménos unánime que lo fué en otro tiempo la esperanza que se fundaba en él. La autora comprende que es inoportuna la reproduccion de esta, y algunas otras composiciones análogas, en momentos de efervescencia como los presentes; pero no puede alterar el órden de los materiales de este tomo sin imponer innecesario trabajo al impresor; y confiesa, ademas, que le costaria esfuerzo resignarse á anular, con algunos de los versos de su juventud, recuerdos gratos para su corazon — como deben serlo, entre otros, los del triunfo que le alcanzaron en el certámen poético celebrado en Madrid el año de 45, las dos odas dedicadas al indulto concedido, como se ha dicho en la anterior nota, á varios sentenciados á muerte por causas políticas.— Espera, por tanto, que no sea motivo de impopularidad para este libro, la circunstancia de aparecer en algunas de sus páginas el nombre de una reina que toda España miraba — en la época en que la cantó la autora — como el símbolo de sus libertades.

LA GLORIA DE LOS REYES.

ODA.

Sentí tu gloria, y la canté al momento.
ARRIAZA.

Al impulso del númen que me inspira,
Rebosar siento en la encendida mente,
Cual férvido torrente,
El estro abrasador. ¡Dadme la lira!
¡Dádmela; que no aspira
Con mezquina ambicion mi libre musa
A enaltecer ilusa
Las glorias de la guerra;
Cuyas palmas rehusa,
Teñida en sangre, la asolada tierra!

No templo al eco del clarin mi acento.....
Ni al compas triste entonaré mis cantos
De gemidos y llantos,
Que riego son de su laurel sangriento.
Yo doy al vago viento
Voces más dignas del castalio coro:
Yo canto en lira de oro
La gloria — más sublime —
De disipar el lloro
Y consolar la humanidad que gime.

Canto, y al par de mis acentos se alza
De todo un pueblo el jubiloso grito,
Y oigo doquier bendito
El fausto nombre que mi voz ensalza.
¿No mirais cuál realza
Su antiguo resplandor el sólio hispano,
Cuando del Carpetano
Monte, en los antros huecos,
Hasta el confin lejano
¡Bendicion á ISABEL! claman los ecos?

¡Bendita, sí, la que en la excelsa cumbre
De la grandeza y de la dicha humana,
La mano soberana
Tiende para aliviar la pesadumbre
De tanta muchedumbre
De males ¡ay! que á su nacion oprimen.....
Que reservando al crímen
De la ley los rigores,
Sabe que se reprimen
Con el perdon políticos errores.

No, no es dictar al universo leyes
La esclarecida gloria de un monarca,
Ni en cuanto el mar abarca,
Al yugo sujetar humildes greyes:
La gloria de los reyes
Es dispensar de la justicia dones;
Es llevar corazones
Por régia comitiva;
Es alzar bendiciones
Donde su voz patíbulos derriba.

Y ésa tu gloria es, vírgen augusta,
Que reinas en el trono venerando
Que del tercer Fernando
Aun brilla con la fama excelsa y justa.
Cuando con faz adusta
La ley severa decretó *suplicio*,
A los que al precipicio

Llevára la desgracia,
Por tu labio propicio
Salvólos la piedad, diciendo ¡GRACIA!

El cetro — de poder temible signo,—
En esa mano angélica y suave,
Es la sagrada llave
Que abre las puertas del perdon benigno.
Si por tributo digno
Llanto de amor y gratitud lo baña,
No temas, que no empaña
Su resplandor brillante,
Y al suelo de tu España
Es ese llanto riego fecundante.

¡Sí, noble suelo hispano, él te fecunde
Y renueve tus lauros inmortales!.....
De los labios reales
Aquella voz, que por tus campos cunde,
— Cual aura que difunde
De balsámica flor plácido aroma,—
Eco es de otra paloma
Que nueva oliva alcanza,
Y te anuncia que asoma
Por tu horizonte el íris de bonanza.

Y tú ¡ISABEL! que escuchas sus loores,
— Grato tributo que á tus piés presenta,—
¡Tú su esperanza alienta!
Que al soplo de esos labios bienhechores
Se extingan los rencores;
Las ambiciones al nacer se aterren;
Que á los que insanos yerren
Tus piedades confundan,
Y en las tumbas que cierren
Venganzas y odios para siempre se hundan.

Dichosa entónces la nacion — que cuna
Fué de Pelayos, Cides y Guzmanes,—
A más nobles afanes

Consagrará su esfuerzo: hará se una
A su antigua fortuna
De sus desastres útil experiencia;
Y grande por su ciencia
Y grande por su gloria,
La antigua preeminencia
Recobrará que consignó en su historia.

¡Recobrarála, sí! Pues en tí admira
De la magna ISABEL renuevo ilustre,
Por su pasado lustre
No en vano ya con ansiedad suspira.
¡Lo reclama, te mira,
Y al porvenir se lanza sin recelo.....
Cual ave coronada,
Que remontando el vuelo,
La impávida mirada
Fija en el sol y piérdese en el cielo!

AL ESCORIAL.

COMPOSICION ESCRITA EN AQUEL REAL SITIO Á PETICION QUE SE DIGNÓ HACER Á LA AUTORA EL SERENÍSIMO SEÑOR INFANTE DON FRANCISCO DE PAULA.

El sepulcro y el trono aquí se juntan.
DUQUE DE FRIAS.

Suspensa, muda ante tu aspecto adusto,
¡Monumento gigante! en vano al alma,
—A quien elevas y á la par asombras,—
Pido un acento digno
De interrumpir de tu silencio augusto
La majestuosa calma:
Digno de hendir las vacilantes sombras
De tus desiertos ámbitos, zumbando
En ecos de tus bóvedas eternas;
Y con ellos perdido
Por la region del viento,
Osado remontarse al firmamento,
Con el vuelo atrevido
De tus soberbias torres seculares.....
Que dejando á sus piés fragosos montes,
Y en contorno asperísimos pinares,
Se alzan, buscando extraños horizontes.

Si te admiro ¡Escorial! obra del arte,
— Miéntras tus majestuosos capiteles
Con orgullo parecen coronarte

Como eternos laureles,—
Siento que en medio del profundo pasmo
Que en la mente produces,
Haces brotar el férvido entusiasmo;
Pues imagino que áun del Sol las luces
—Que rompen de ese cielo los celajes
Para adornarte la inmortal cabeza,—
Respetuosas le rinden homenajes
Del génio de tu siglo á la grandeza.

Si sólo te contemplo
Símbolo de la fé, sagrado templo
De santa religion,—en la desnuda
Polvorosa ladera,—
Con majestad severa
Alzarte al cielo, despreciar la ruda
Ira del viento, que incesante brama,
Y entre sus brumas levantar tu frente,
Que impasible, imponente,
Con muda voz tu eternidad proclama;
Mi corazon se humilla
En tu bendito polvo, y en silencio
Doblando la rodilla,
La paz de tu reposo reverencio.

Pero no más—¡oh hermosa maravilla,
Obra de la piedad é inteligencia,
Grande y á par sencilla!—
¡No más en tu presencia
Niegue su inspiracion al alma inerte
La acobardada musa,
Que trémula y confusa
Su pequeñez en tu grandeza advierte!
Suene mi voz en tu recinto umbrío,
¡Oh epopeya de piedra!
Y esa elocuencia muda—que me arredra,—
Traduzca audaz el pensamiento mio;
Que á remontarse aspira,
Al recordar ufano que la lira
—Por sus augustas manos laurëada,—

Hoy coloca en las mias vacilantes
El Príncipe clemente,
En quien encuentra apreciador ferviente
La lengua de Solís y de Cervántes.

Que sumisa á su voz, la mia rompa
Las trabas del cobarde desaliento:
Suene la épica trompa,
Haciendo retemblar la áspera sierra;
Sus cumbres salve; y—fatigando al viento,—
Lleve veloz á la asombrada tierra,
—Por cuanto abarcan de la mar las olas,—
Con tu nombre las glorias españolas!

Paréceme ¡ah! que las marmóreas tumbas
Ya siento estremecidas..... Imagino
Ver que entre régias sombras se levanta
La de tu austero fundador: tu mole,
Pedestal digno de su altiva planta,
Huella, y se encumbra—silenciosa y grave—
Pardas nubes teniendo por doseles.....
Miéntras tendidas las potentes alas,
Que sombrean tu tétrico recinto,
De San Quintin cobija los laureles
El águila imperial de Cárlos Quinto.

Rápido vuela, en tanto,
Por atronantes ecos repetido,
De mi arpa humilde el inseguro canto,
Y al asilo penetra do en olvido
El héroe yace que asombró á Lepanto;
Cuando—á lanzarse pronto,
Cual águila real, sobre su presa,—
Con tímida sorpresa
Le vió Estambul mirar al Helesponto;
Y cercado de míseras rüinas
De la deshecha flota,
Del imperio Otomano
Estremecer la playa más remota,
Al ademan de su indignada mano.

¡Oh regio capitan, de Iberia orgullo!
Pueda mi acento á tu perpétuo sueño
Prestar plácido arrullo,
En ese panteon que no reviste
Indestructible mármol; mas do miro,
Esplendor dando á su recinto triste,
De Austria y Borbon esclarecidos nombres.
Allí yacen tambien..... Pero ¿qué amargas
Memorias ¡ay! al corazon despiertas,
Con que mi acento ¡oh Escorial! embargas,
Y el plectro arrancas de mis manos yertas?
¿Por qué se apaga el entusiasmo santo
Por tu belleza mística encendido,
Y en tristes ayes, y en copioso llanto
Prorumpo á mi pesar?..... ¡Ah! que mi pecho
Recuerda estremecido,
Que aquel que me ordenó tus maravillas
Cantar en arpa de oro,
Aun siente deslizar por sus mejillas
De profundo dolor acerbo lloro,
Que en ese opaco panteon reclama
Aun no cerrada tumba.....
Y el viento mugidor de Guadarrama,
Cuando en las altas cúpulas retumba,
Y tu muralla secular azota,
Lanzar parece de su negro hueco,
En largo y flébil eco:
¡Aquí yace tambien Luisa Carlota!

Aquí—no hay duda—aquí, tabla modesta
El nombre ofrece de la heróica Infanta,
Que dique opuso á la ambicion funesta
Que áun hoy al sólio su anhelar levanta.
Ella—el ardor de Sirio despreciando—
Desde el confin de la risueña Gádes
Voló á la quinta del Borbon primero,
Donde espiraba el sétimo Fernando
En brazos ¡ay! del fanatismo fiero.
Ella luchó valiente
Por la princesa débil é inocente,

Ya condenada á mísero abandono,
Y del bando ominoso frente á frente
La alzó triunfante al disputado trono;
Donde el pueblo del Cid — que aunque abatido
Marcha tras su esplendor de otras edades —
La aclama ahora, de esperanza henchido,
Símbolo de las patrias libertades.

Del beneficio inmenso
Guarda ese noble pueblo la memoria.....
Mas no el canto suspenso
Me es dado proseguir. — Ecos de gloria
No me ordenes alzar, cuando tu herido
Corazon hoy en soledad suspira.....
¡Tú, que me colmas de bondades tantas,
Acepta, sí, la voz de mi gemido,
Y deja que la lira
Deponga muda á tus augustas plantas!

AL DUQUE DE FRIAS,

DESDE EL REAL SITIO DE SAN ILDEFONSO,

CONTESTANDO Á OTRO QUE ME DIRIGIÓ.

SONETO (1).

Más me inspira tu voz, que en estos valles,
Montes un dia y rústicos apriscos,
Los parques, los jardines y obeliscos,
Que guardan ninfas de marmóreos talles.
No me dará placer, miéntras tú calles,
Que el raudal brote en espumantes discos.....
Pues hace hermosos la amistad los riscos,
Y es en la soledad triste Versalles.
Si con mi voz el ruiseñor modula,
No entiende tonos la nadante carpa,
Y en vano el canto en derredor circula.
Pronto — cual nave que del puerto zarpa —
Vuela al *Borbon-Eden*, y entónces Tula
Un himno entonará, pulsando el arpa.

---

(1) El único mérito de esta corta composicion, si tiene alguno, consiste en guardar los mismos consonantes dificilísimos, usados por el Duque de Frias, y contestarle variando poco las palabras de su caprichoso soneto, que es el siguiente:

En esos hoy encantadores valles,
Montes un dia y rústicos apriscos,
El cetro del poder abrió entre riscos
Parques floridos y frondosas calles.
Rocía á sus ninfas los esbeltos talles,
Raudal brotando entre espumantes discos,
Por grupos bellos y altos obeliscos,
Emulos de la pompa de Versalles.
Si en la enramada el ruiseñor modula
Festivo canto, y la nadante carpa
En clara fuente plácida circula,
Feliz cual nave que ligera zarpa
Para tu isla natal, celebra ¡oh Tula!
Ese Borbon-Eden, pulsando tu arpa. (*Nota de la Autora.*)

A S. M.
LA REINA DOÑA ISABEL SEGUNDA.
EN SUS DIAS (1).

Suspende, ¡oh Aquilon! suspende el vuelo
Y acalla tu bramido:
Rompan el triste velo
De nieblas y vapores,
—Por esa esfera pálida tendido,—
Del ígneo sol insólitos fulgores;
Y en pórtico esplendente
De púrpura y zafir, se ostente ufano
Plácido dia, que en eterno oriente
Jamas se anuble en nuestro cielo hispano.

¡No se anuble jamas! Esa es la lumbre
Que— dominando opuestos horizontes—
Del vasto mar que á las Antillas orla
Hasta la helada cumbre
De los cántabros montes,
Y allá donde á la mar sus aguas rinde
El que en la fértil sierra de Cazorla
Ve de Castilla el enriscado linde,

---

(1) Esta composicion fué escrita en breves horas para el periódico titulado *El Heraldo*— á ruego de su director—y apareció en sus columnas el 19 de Noviembre de 1845.

Oye doquier los férvidos saludos
De metálica voz, el aire hiriendo,
Y ecos que arranca á los espacios mudos
Del cañon ronco el rimbombante estruendo.

Ésa es la lumbre que al brillar serena,
Tres lustros há, los plácidos albores
De un astro nuevo de esperanza y gloria
Vió esclarecer los ámbitos de España.....
Lumbre de un dia de feliz memoria,
Que en su brillante historia,
A despecho del hado — que se ensaña
En deslustrar su majestad primera,—
Señalará una era
De ilustracion y libertad. Ni el vário
Destino de la guerra,
— Que un año y otro devastó su tierra —
El sol de tan solemne aniversario
Pudo nunca nublar. Siempre que luce,
Cual Íris de bonanza,
Calma el dolor, renueva la esperanza,
Arranca aplausos, disipando llantos,
Y á ISABEL rinde — en homenaje justo —
Nuevas bondades en el pecho augusto,
Y en la faz virginal nuevos encantos.

¡ISABEL! Fausto nombre, siempre caro
A la española gente!
¡Nombre glorioso, de recuerdo egregio!
Al pronunciarte el labio reverente,
Quisiera osada con sublime tono
Elevarse mi voz, y al ángel regio
Cuyas gracias — que ostenta el almo trono —
Nuevo hechizo y fulgor te prestan ora,
Los votos repetir, en blanda lira,
Que á todo un pueblo inspira
La que despunta refulgente aurora.

Quince veces apénas,— desde el dia
Que en su cuna de oro

Al popular aplauso respondia
Con el vagido de su tierno lloro,—
Quince veces no más luces tan bellas
Brillaron en el ártico hemisferio,
Y ya conservan de ISABEL las huellas
Entrambas costas de su vasto imperio.

Víla, de Sirio despreciando el rayo (1),
Dejar del solio la propicia sombra;
Admirar el Moncayo
Del fértil Ebro en la risueña alfombra;
Entre el VÍTOR alegre,
Que volvieron las márgenes del Segre,
Atravesar los campos, que á su vista
Con insólita pompa vistió Céres;
Y suspender su marcha saludando
La cuna del Católico Fernando,
La tumba de los nobles Berengueres.

Nueva Tétis, la acogen cariñosas,
—Dando á su gracia juvenil aumento,—
Las ondas espumosas
De aquel mar opulento
Que oprimieron un tiempo las galeras
Del bélico Aragon; cuando al acento
De Lauria, desplegadas sus banderas,
Terror del mauritano,
Saludaron las costas de Levante;
Y mudo el arrogante
Simbólico leon, las vió Venecia
Derrocar de Parténope al tirano,
Estremeciendo á Grecia
Y venciendo el poder del Vaticano.

(1) La autora alude en esta estrofa y en las siguientes al viaje que hizo la Reina, en el año en que se escribió esta oda, con objeto de tomar baños de mar, lo cual verificó en el Mediterráneo y en el Océano, habiendo recibido últimamente la visita de SS. AA. RR. los Duques de Nemours y de Aumale, que atravesaron la frontera para presentar sus respetos á la augusta viajera.

Y vosotras tambien, olas azules,
A que rinde tributo el Bidasoa,
Del regio rostro el mágico reflejo
Reverberasteis en el ancho espejo,
Que hendido un tiempo por cortante proa,
Abrió camino de Tovar al brío;
Cuando luciendo en apartada orilla
La enseña de Castilla,
Le impuso asombro al Támesis umbrío.

Del alto Pirineo
El eco vuela que á ISABEL aclama,
Y lo lleva la fama
Al antiguo dosel de Clodoveo;
Do—deponiendo de la guerra adusta
Desvelos afanosos—
Dos regios héroes corren presurosós
A saludar á la viajera augusta.

Alarde haciendo de bizarra pompa,
Que su marcial espíritu revela,
Llegan al eco de guerrera trompa;
Y á la hueste que avanza
Un solo centinela
Indica de ISABEL la confianza;
Hasta que Irun gozoso los recibe,
Y su modesto rio,
Lleno de noble orgullo,
Vigor prestando al lánguido murmullo
Y usurpando del mar el poderío,
Alza entre espumas argentadas olas,
Al reflejar banderas españolas.

Mas ¿adónde me lleva
La ardiente fantasía,
Miéntras el sol magnífico se eleva
Que alumbra de ISABEL el fausto dia?
¿Por qué acoge la mente
La enojosa memoria
Del tiempo que impaciente

Lloró su ausencia el carpetano suelo,
        Hoy que—con nueva gloria—
Resplandecer la ve lozana y bella?
¡Oh, basta!.... ¡Quiera el cielo,
Jóven augusta, que tu fausta estrella
Al genio audaz de la discordia enfrene;
Y allá en los siglos de la edad futura
El claro nombre de ISABEL resuene
Emblema de poder y de ventura!

A ÉL.

No existe lazo ya: todo está roto:
Plúgole al cielo así: ¡bendito sea!
Amargo cáliz con placer agoto:
Mi alma reposa al fin: nada desea.

Te amé, no te amo ya: piénsolo al ménos:
¡Nunca, si fuere error, la verdad mire!
Que tantos años de amarguras llenos
Trague el olvido; el corazon respire.

Lo has destrozado sin piedad: mi orgullo
Una vez y otra vez pisaste insano.....
Mas nunca el labio exhalará un murmullo
Para acusar tu proceder tirano.

De graves faltas vengador terrible,
Dócil llenaste tu mision: ¿lo ignoras?
No era tuyo el poder que irresistible
Postró ante tí mis fuerzas vencedoras.

Quísolo Dios y fué: gloria á su nombre!
Todo se terminó: recobro aliento:
¡Angel de las venganzas! ya eres hombre.....
Ni amor ni miedo al contemplarte siento.

Cayó tu cetro, se embotó tu espada.....
Mas ¡ay! ¡cuán triste libertad respiro!
Hice un mundo de tí, que hoy se anonada,
Y en honda y vasta soledad me miro.

¡Vive dichoso tú! Si en algun dia
Ves este *adios* que te dirijo eterno,
Sabe que áun tienes en el alma mia
Generoso perdon, cariño tierno.

EL GENIO DE LA MELANCOLÍA.

FANTASÍA.

Yo soy quien abriendo las puertas de ocaso,
Al sol le prepara su lecho en cristales;
Yo soy quien recoge sus luces postreras,
Que acarician las tibias esferas.

Yo soy el que viste la pálida tarde,
Bordando sus velos de púrpura y nácar;
Yo soy quien le inspira balsámico ambiente,
Que le envidian las auras de oriente.

Yo soy quien murmura del rio en las aguas,
Rizando sus ondas de cándida espuma;
Yo soy quien se mece con blando desmayo
De la luna en el nítido rayo.

Yo soy quien impulsa los céfiros gratos
Y empapa sus alas en fresco rocío;
Yo soy quien les presta los músicos sones
Que preludian ignotas canciones.

Yo soy quien inventa las flébiles notas
Que ensaya en la selva la tórtola triste;
Yo soy quien modula los tonos que imita
Filomena que insomne se agita.

Yo soy quien exhala perfumes süaves,
Que guardan las flores en púdico seno;
Y aquel que recogen, de perlas tesoro,
Lo destila mi límpido lloro.

Yo nunca presido las báquicas fiestas,
Ni escucho del mundo tumultos y aplausos.....
Jamas me conocen los lúbricos seres
Que devoran infandos placeres;

Mas siempre me siguen los fieles amantes;
Recibo en silencio sus férvidos votos;
Y acaso en mi seno, de dulce beleño,
Los aduermo con plácido sueño.

Me acosan y alejan los hombres feroces
Que cubren la tierra de llantos y lutos;
Y nunca en los pechos que albergan rencores
Se derraman mis tiernos favores.

Mas grato me invoca, con ávido anhelo,
De vírgenes puras el cándido coro;
Y asilo me ofrecen las almas inquietas
De los nobles y ardientes poetas.

No habito palacios de mármol y bronce,
Que el yerto fastidio me veda su entrada;
Mas vuelas ¡oh tiempo! sus muros inclinas,
Y yo guardo las mudas rüinas.

Sus alas despliega, de rica esmeralda,
Placer turbulento, que rápido vuela.....
Mas ¡ay! cuando toca su término triste,
De mis vagos colores se viste.

Ostenta su pompa feliz primavera,
Y en torno la ciñen las risas y amores:
Su lujo me agobia, su orgullo me irrita.....
Mas recojo su gala marchita.

Deslumbran mis ojos los fuegos de estío;
Su sol implacable las alas me quema;
Mas yo soy quien rige las riendas del coche
Do desciende su lánguida noche.

Los meses de otoño me están consagrados,
Con próvida mano les vierto mis dones;
Sus lentas auroras, sus tardes sombrías,
Cual sus mieses doradas, son mias.

Venid á mi seno, venid sin demora,
¡Oh mentes inquietas! ¡oh pechos cansados!
Yo el bálsamo tengo que ardores mitiga
Y hace dulce la inerte fatiga.

De todos los genios hermosos
Yo soy el más bello,
Y en todas las almas sublimes
Se ostenta mi sello:

Yo presto á las penas más hondas
Un mágico encanto;
Yo presto á los juegos tristeza,
Placeres al llanto.

Mi orígen disputan los genios,
Mas yo los concuerdo:
¡Nací de la ardiente esperanza
Y el triste recuerdo!

CONSERVA TU RISA.

IMITACION DE LAS ESTROFAS Á INÉS, DEL CHILD HAROLD DE BYRON.

DEDICADA Á MI AMIGA C***

En vano la sonrisa halagadora
Vaga en tus labios bellos,
Y otra demanda de mis labios mustios,
Que agito con esfuerzo.

Ah! no puedo reir! Mira esta frente,
Que marca infausto sello....
Mas no la mires, no; guarda tu risa
Y hágala eterna el cielo!

Sonrie siempre; á preguntar no tornes
Con importuno ruego,
Qué orígen tiene la profunda pena
Que me desgarra el pecho.

¡Ay! ¿de qué sirve conocer los males
Que no tienen remedio?
Los que yo sufro, amiga, no se templan
Ni con tu dulce afecto.

No el ódio adusto me envenena el alma,
Ni es de amor mi tormento;
No nacen mis insomnios devorantes
De ambiciosos proyectos.

Huir de mí misma necesito..... ¡atiende!
Mi mal estriba en esto.....
¡Me ensagrienta el azote de la vida!
¡Me agobia el pensamiento!

Como llevaba el fratricida errante
La maldicion del cielo,
Yo arrastro en mi carrera vagabunda
Mi malestar inmenso.

Mas allá del sepulcro mis miradas
A llevar no me atrevo.....
¡Y sólo en el sepulcro hallar pudiera
Mi corazon consuelo!

Que gocen otros de ventura y gloria
Los perfumados sueños;
No sé si tarde, ó demasiado pronto,
Yo por mi mal despierto.

En este extraño y áspero destino
Por solo alivio tengo
Saber que no consiente la grandeza
De mi desdicha aumento.

Guárdate, empero, de pedir te explique
Este infortunio acerbo.....
No inquieras por qué causa misteriosa
Tan infeliz me siento.

Al cielo mira y á la luz sonrie;
Yo en verte me recreo.....
Mas ¡nunca intentes penetrar en mi alma,
Que en ella está el infierno!

VERSOS

QUE ACOMPAÑARON Á LOS ANTERIORES; CUANDO FUERON ENVIADOS Á LA PERSONA Á QUIEN ESTÁN DEDICADOS.

Cuando al mirar anoche
Mi ceño triste y torvo,
Con plácida sonrisa
Y acento cariñoso
Por templar te afanabas
Mis tétricos enojos,
—Tratándolos, festiva,
De súbitos y locos,—
Bien viste de mi pecho
Brotar suspiros hondos,
Bañando mis mejillas
Irreprimible lloro.
La blanda risa al punto
Se heló en tus labios rojos,
Y en gesto pensativo
La vi trocarse pronto.....
Perdona, dulce amiga,
Turbase así tu gozo;
Mas ¡ay! cuando miraba
Tu alegre y lindo rostro,
Pensaba que en un tiempo
(¡Cercano, no remoto!)
Un bardo,—que fué gloria
Del Támesis brumoso,—

Mirando igual cariño
En otros bellos ojos,
Mirando igual sonrisa
En otro labio hermoso,
Tristísimos acentos
Sacó del arpa de oro.....
Acentos que resuenan
De mi alma allá en el fondo.
Repítelos mi lira
Hoy en sus sones roncos,
Y á circular los mando
De tu sonrisa en torno,
Por ver si los endulza
Su encanto misterioso,
Y alcanzan que me otorgues
Aquel perdon que imploro.

SIGNIFICADO DE LA PALABRA YO AMÉ.

IMITACION DE PARNY.

Con *yo amé* dice cualquiera
Esta verdad desolante:
—Todo en el mundo es quimera,
No hay ventura verdadera
Ni sentimiento constante.—
Yo amé significa:—«Nada
Le basta al hombre jamas:
La pasion más delicada,
La promesa más sagrada,
Son humo y viento..... y no más!»

ROMANCE.

CONTESTANDO Á OTRO DE UNA SEÑORITA.

No soy *maga* ni *sirena*,
Ni *querub* ni *pitonisa*,
Como en tus versos galanos
Me llamas hoy, bella niña.
Gertrudis tengo por nombre,
Cual recibido en la pila;
Me dice *Tula* mi madre,
Y mis amigos la imitan.
Prescinde, pues, te lo ruego,
De las *Safos* y *Corinas*,
Y simplemente me nombra
Gertrudis, *Tula* ó amiga.
Amiga, sí; que aunque tanto
Contra tu sexo te indignas,
Y de maligno lo acusas
Y de envidioso lo tildas,
En mí pretendo probarte
Que hay en almas femeninas,
Para lo hermoso entusiasmo,
Para lo bueno justicia.
Naturàleza madrastra
No fué (lo ves en tí misma)
Con la mitad de la especie
Que la razon ilumina.
No son las fuerzas corpóreas
De las del alma medida;

No se encumbra el pensamiento
Por el vigor de las fibras.
  Perdona, pues, si no acato
Aquel fallo que me intimas;
Como no acepto el elogio
En que lo envuelves benigna.
  No, no aliento ambicion noble,
Como engañada imaginas,
De que en páginas de gloria
Mi humilde nombre se escriba.
  Canto como canta el ave,
Como las ramas se agitan,
Como las fuentes murmuran,
Como las auras suspiran.
  Canto porque al cielo plugo
Darme el estro que me anima;
Como dió brillo á los astros,
Como dió al orbe armonías.
  Canto porque hay en mi pecho
Secretas cuerdas que vibran
A cada afecto del alma,
A cada azar de la vida.
  Canto porque hay luz y sombras,
Porque hay pesar y alegría,
Porque hay temor y esperanza,
Porque hay amor y hay perfidia.
  Canto porque existo y siento,
Porque lo grande me admira,
Porque lo bello me encanta,
Porque lo malo me irrita.
  Canto porque ve mi mente
Concordancias infinitas,
Y placeres misteriosos,
Y verdades escondidas.
  Canto porque hay en los seres
Sus condiciones precisas:
Corre el agua, vuela el ave,
Silba el viento, y el sol brilla.
  Canto sin saber yo propia
Lo que el canto significa,

Y si al mundo, que lo escucha,
Asombro ó lástima inspira.
  El ruiseñor no ambiciona
Que lo aplaudan cuando trina.....
Latidos son de su seno
Sus nocturnas melodías.
  Modera, pues, tu alabanza,
Y de mi frente retira
La inmarchitable corona
Que tu amor me pronostica.
  Premiando nobles esfuerzos,
Sienes más heroicas ciña;
Que yo al cantar solo cumplo
La condicion de mi vida.

CUARTETOS.

AL EXCMO. SR. DON PEDRO SABATER

(POCO DESPUES MARIDO DE LA AUTORA),

CON MOTIVO DE HABERLE ENVIADO A ÉSTA UNOS VERSOS EN QUE PRETENDIA HACER SU RETRATO.

La pintura que haceis prueba evidente
Es del hábil pincel que la ha trazado:
En ella advierto creadora mente
Y de entusiasta amor fuego sagrado.

Toques valientes, vivo colorido,
Dignidad de expresion, conjunto grato.....
Todo es bello ¡oh amigo! *El parecido*
Sólo le falta á tan feliz retrato.

En vuestro genio, sí, no en el modelo,
Esos rasgos hallais tan ideales;
Que sólo al pensamiento otorga el cielo
Engendrar en su luz bellezas tales.

Si como me pintais, así os parece
Verme, creed que á confusion me muevo;
Pues tanto vuestra mente me engrandece,
Que ni á mirarme como soy me atrevo.

Régio ropaje á su placer me viste
Vuestra exaltada y rica fantasía,
Y entre tanto fulgor no sé si existe
Algo real de la sustancia mia.

¡Desdichada de mí si el tiempo alado
Se lleva en pos el fúlgido atavío,
Y hallais un dia, atónito, turbado,
El esqueleto descarnado y frio!.....

En esta tierra de miseria y lloro,
Dispensad compasion, cariño tierno;
Mas no gasteis tan pródigo el tesoro
De admiracion y amor que os dió el Eterno.

Lo que se cambia y envejece y pasa,
Lo que se estrecha en límites mezquinos,
No es nada para el alma — que se abrasa
Anhelando de amor goces divinos.

¿Ventura reclamais de mí, que en vano
Tras de su sombra consumí mi brío?.....
¡A mí, del polvo mísero gusano,
Que de mi propia mezquindad me río!

Quereis volar, y os arrastrais despacio,
Y en pobre cieno vuestro afan se abisma.....
¡Salid, salid del tiempo y del espacio,
Y traspasad vuestra esperanza misma!

Yo, como vos, para admirar nacida;
Yo, como vos, para el amor creada;
Por admirar y amar diera mi vida.....
Para admirar y amar no encuentro nada.

Siempre el límite hallé: siempre, doquiera,
La imperfeccion en cuanto toco y veo.....
No juzgo al universo una quimera,
Porque en él busco á Dios, porque en Dios creo.

Tú eres ¡Señor! belleza y poesía;
Tú solo, amor, verdad, ventura y gloria;
Todo es, mirado en Tí, luz y armonía;
Todo es, fuera de Tí, sombra y escoria.

¡Oh desdichado quien—de juicio escaso—
Hallar la dicha en lo finito intente.....
Quien en turbio licor y estrecho vaso
Quiera apagar la sed que interna siente!.....

No así jamas os profaneis, ¡oh amigo!
No en esas aras de vuestra alma bella
Idolo vano alceis, que yo os predigo
Que con desden y horror lo hundirá ella.

Queredme bien, compadecedme, y basta:
No aprecieis cual diamante humilde arcilla;
Dadle el tesoro que jamas se gasta
A Aquel que siempre permanece y brilla.

Yo no puedo sembrar de eternas flores
La senda que correis de frágil vida;
Pero si en ella recogeis dolores,
Un alma encontraréis que los divida.

Yo pasaré con vos por entre abrojos;
El uno al otro apoyo nos darémos;
Y ambos, alzando al cielo nuestros ojos,
Allá la dicha y el amor busquemos.

¿Qué más podeis pedir? ¿qué más pudiera
Ofrecer con verdad mi pobre pecho?
Ternura os doy con efusion sincera.....
¡De mi ídolo el altar ya está deshecho!

No igual suerte me deis, ¡oh vos, que en esta
Tierra de maldicion sois mi consuelo!
¡No me querais alzar ara funesta!
¡No me pidais en el destierro el cielo!

Vedme cual soy en mí, no en vuestra mente,
Bien que el retrato destroceis con ira;
Que aunque cual creacion brille eminente,
Vale más la verdad que la mentira.

EL VIAJERO AMERICANO (1).

Del Anahuac vastísimo y hermoso
En una de las fértiles comarcas,
De las que tienen por custodios fieles
Al Pinahuizapan y al Orizaba;
Que unidos por cadena inmensurable
De montañas agrestes y escarpadas,
Con nieve eterna ornadas sus cabezas,
Con fuego eterno ardidas sus entrañas,
Se alzan á ser de una region de encantos
Inmutables y enormes atalayas;
En aquel punto do la vista mide
El horizonte de una gran sabána,
Y á par la cumbre del vecino monte
Que nombre lleva de perpétua fama (2);
Allí el viajero atónito divisa,
—Bien que á traves de la llanura vasta,—
Desenvolverse un nuevo paraíso
En perspectiva caprichosa y clara.
Undulan, suspendidos en los aires,
Jardines bellos de abundantes galas,

(1) Para la mejor inteligencia de esta composicion, creemos conveniente advertir al lector que fué escrita en contestacion á otra de un jóven entusiasta por la poesía y ambicioso de celebridad literaria, el cual, en los versos que dirigió á la autora de los presentes, felicitándola por sus obras, expresaba su opinion de que sólo la gloria es un bien grande, capaz de llenar el alma y de satisfacer los deseos del corazon humano.

(2) El monte de Pizarro.

Con cenadores, parques, grutas, bosques,
Y lagos mil de cristalinas aguas,
Que parece sostienen silfos leves
Sobre el matiz de sus movibles alas.
De rocas empinadas se derrumban
En silencio soberbias cataratas,
Y en otra parte admíranse tendidos
Arcos inmensos de zafiro y nácar.
Mas no le basta al caminante absorto
Ver desde léjos maravillas tantas,
Que — seducido por su extraño hechizo,—
A gozarlas frenético se lanza.
Ni duda ocurre á su exaltada mente,
Ni sospecha de riesgo le acobarda;
Pues sólo atento al goce que imagina,
Vuela veloz y la distancia salva,
Llegando ronco, fatigado, inerte,
Al término feliz de su esperanza,
Donde obtiene, por fin, ver con asombro.....
¡Un gran desierto que tapizan lavas!

Tal es la historia del viajero, ¡oh jóven!
Allá en tu pecho por tu bien la graba;
Pues esa gloria — que tu afan excita —
Tan deslumbrante y bella en lontananza,
Y esa ventura que en su goce finges,
Son ilusiones ópticas del alma!

A DIOS.

CÁNTICO DE GRATITUD.

Tú, que huellas
Las estrellas
Y tu sombra muestras en el sol,
Cuando brilla
Sin mancilla
Entre nácar y oro y arrebol!
¡Tú, que enfrenas
Con arenas
Las potentes olas de la mar,
Dando al viento
Són violento
Al hacerlo á tu placer volar!
¡Tú, que doras
Las auroras,
Y las ornas con tan gran primor;
Dando al ave
Voz suave,
Con que cante su primer albor!
¡Tú, que hiciste
Grave y triste
De las noches la solemne faz,
Y en los sueños
Sus beleños
Haces viertan lisonjera paz!
¡Sér inmenso,
Que el incienso
De natura miras en tu altar!

¡Tú, á quien aman
Y proclaman
Sol y cielo, viento, tierra y mar!
De mi lira,
Que hoy suspira
Dulces ecos de placer y amor,
Yo te pido
Que el sonido
Grata acoja tu bondad, Señor.
Ora aliento
Y ardimiento
A mi pecho tu favor le da,
Y en tí alcanza
Mi esperanza
Nuevas alas que despliega ya.
Así al prado
Ya agostado
Fresca lluvia mandas, bienhechor,
Y restauras
Con las auras
Leves hojas de marchita flor.
¡Que bendito,
¡Oh infinito!
Siempre sea tu feliz poder,
Y á tu nombre
Rinda el hombre
Culto eterno de verdad doquier!

LA PESCA EN EL MAR.

¡Mirad! ya la tarde fenece.....
La noche en el cielo
Despliega su velo,
Propicio al amor.
La playa desierta parece;
Las olas serenas
Salpican apénas
Su dique de arenas,
Con blando rumor.

Del líquido seno la luna
Su pálida frente
Allá en occidente
Comienza á elevar.
No hay nube que vele importuna
Sus tibios reflejos,
Que miro de léjos
Mecerse en espejos
Del trémulo mar.

¡Corramos!..... ¡quién llega primero!
Ya miro la lancha.....
Mi pecho se ensancha,
Se alegra mi faz.
¡Ya escucho la voz del nauclero,
Que el lino despliega
Y al soplo lo entrega
Del aura que juega,
Girando fugaz!

¡Partamos! la plácida hora
Llegó de la pesca,
Y al alma refresca
La bruma del mar.
¡Partamos, que arrecia sonora
La voz indecisa
Del agua, y la brisa
Comienza de prisa
La flámula á hinchar!

¡Pronto, remero!
¡Bate la espuma!
¡Rompe la bruma!
¡Parte veloz!
¡Vuele la barca!
¡Dobla la fuerza!
¡Canta, y esfuerza
Brazos y voz!

Un himno alcemos
Jamas oido,
Del remo al ruido,
Del viento al són,
Y vuele en alas
Del libre ambiente
La voz ardiente
Del corazon.

Yo á un marino le debo la vida,
Y por patria le debo al azar
Una perla — en un golfo nacida —
Al bramar
Sin cesar
De la mar.
Me enajena al lucir de la luna
Con mi bien estas olas surcar,
Y no encuentro delicia ninguna
Como amar
Y cantar
En el mar.

Los suspiros de amor anhelantes
¿Quién ¡oh amigos! querrá sofocar,
Si es tan grato á los pechos amantes
A la par
Suspirar
En el mar?
¿No sentis que se encumbra la mente
Esa bóveda inmensa al mirar?
Hay un goce profundo y ardiente
En pensar
Y admirar
En el mar.
Ni un recuerdo del mundo aqui llegue
Nuestra paz deliciosa á turbar;
Libre el alma al deleite se entregue
De olvidar
Y gozar
En el mar.
¡Presto todos!..... ¡Las redes se tiendan!
¡Muy pesadas las hemos de alzar!
¡Presto todos, los cantos suspendan,
Y callar
Y pescar
En el mar!

EN EL ALBUM DE UNA SEÑORITA.

Dícenme, niña,
Que eres tan bella,
Que si en aquella
Pasada edad
Nacido hubieses
De Grecia clara,
— Que culto y ara
Dió á la beldad,—
Del hijo propio
Desconocida,
Vénus corrida
Tornara al mar,
Y doquier fuera
Del orbe inmenso,
Por tí el incienso
Y á tí el altar.

ELEGIA I.

DESPUES DE LA MUERTE DE MI MARIDO.

Otra vez llanto, soledad, tinieblas.....
¡Huyó cual humo la ilusion querida!
¡La luz amada que alumbró mi vida,
Un relámpago fué!

Brilló para probar sombra pasada;
Brilló para anunciar sombra futura;
Brilló para morir... y en noche oscura
Para siempre quedé.

Tras luengos años de tormenta ruda,
Comenzaba á gozar benigna calma;
Mas ¡ay! que sólo por burlar el alma
La abandonó el dolor.

Así la pérfida alimaña finge
Que á su presa infeliz escapar deja,
Y con las garras extendidas, ceja
Para asirla mejor.

El que ayer era mi sosten y amparo,
Hoy de la muerte es mísero trofeo.....
¡Por corona nupcial me dió Himeneo
Mustio y triste cipres!

De juventud, de amor, de fuerza henchido,
Su porvenir ¡cuán vasto parecia.....!
Mas la mañana terminó su dia:
¡Ya del tiempo no es!

Nada me resta ¡oh Dios! Sus rotas alas
Pliega gimiendo mi esperanza bella.....
Hoy sus decretos el destino sella;
Ya irrevocables son.

Al golpe atroz que me desgarra el pecho
Quizás mi pobre vida no sucumba;
Mas con los restos que tragó esa tumba
Se hunde mi corazon.

¡Alma noble y amante! tú, ante el trono
De la infinita paternal clemencia,
Por la que fué mitad de tu existencia
Pide, pide piedad!

Baje un rayo de luz que alumbre mi alma
En este abismo de pavor profundo,
Hasta que pueda abandonar del mundo
La inmensa soledad!

ELEGIA II (1).

Cánticos de tus vírgenes sagradas,
Que de tu amor proclaman las dulzuras,
Son esas voces que de uncion colmadas,
Llegan al corazon graves y puras.

Tu soberana mano ¡Sér eterno!
Me ha conducido á tan amable asilo:
Yo reconozco tu favor paterno
Y empieza el pecho á respirar tranquilo.

Permite, pues, que al religioso coro
Hoy se asocie, aunque indigna, la voz mia:
Cubierta de cipres mi lira de oro,
Para alabarte áun hallará armonía.

De tu justicia el formidable azote
En mí se ensangrentó por tiempo largo;
Mas si lo quieres tú, que el labio agote
Del cáliz de la vida el dejo amargo.

---

(1) Esta composicion, como la anterior, fué escrita en el convento de Señoras de Loreto, en Burdeos; adonde se retiró la autora inmediatamente despues de la sensible pérdida de su malogrado esposo, acaecida en aquella ciudad á fin del año de 1846.

Prolongue á su placer mi senda triste
Tu providencia inescrutable y alta;
Que si la fe de tu bondad me asiste,
Vigor para sufrir nunca me falta.....

Rompes mis lazos cual estambres leves;
Cuanto encumbra mi amor tu mano aterra;
Tú haces, Señor, exhalaciones breves
Las esperanzas que fundé en la tierra.

Así, lo sé, tu voluntad me intima
Que sólo busque en Tí sosten y asiento;
Que cuanto el hombre en su locura estima
Es humo y polvo que dispersa el viento.

Mas no condenes, ¡ah! que acerbo llanto
Riegue ese polvo que me fué querido.....
Bendiciendo mi voz tu fallo santo,
Deja gemir al corazon herido.

El alma que á tu seno encumbró el vuelo,
Obedeciendo á tu querer, Dios mio,
Por toda herencia me dejó en el suelo
Ese sepulcro silencioso y frio.

Y ni ese triste bien permite el hado
Pueda yo siempre custodiar amante.....
Bajo extranjero cielo abandonado
Lo he de dejar, para gemir distante.

¡Oh esposas de Jesus! Cuando aquel llegue
Forzoso instante de la ausencia impía,
Permitid ¡ay! que ese sepulcro os legue,
Y en él al corazon que os lo confia.

Ya lo purificó la desventura,
Y vuestro puro afecto lo embalsama:
No olvideis, pues, que en esa sepultura
Velando queda un corazon que os ama.

Y tú, ¡Señor! que entre tus hijas santas
Hoy me toleras con piedad benigna,
Acepta con sus himnos á tus plantas
Las bendiciones de tu sierva indigna.

MISERERE.

PARÁFRASIS.

¡Misericordia, oh Dios, de tí demando!
¡Misericordia ten del alma mia!
Líbrala ya del opresor infando,
Cuya audaz tiranía
Pretendió hacerla esclava:
Que su yugo destruya
Tu fuerte diestra, que el empíreo alaba,
Y el rastro vil de mi deshonra lava
Segun la gran misericordia tuya.

Lávame más y más; que está delante
De mis ojos mi culpa, y me acobarda
Su recuerdo incesante.
Pues nunca tu piedad se muestra tarda
Si á ella recurre un pecho arrepentido,
No desoigas mi voz cuando con llanto
Misericordia pido.
Falté, Señor, á tu precepto santo;
Mas tú tendrás clemencia;
Porque engendrada en el pecado he sido,
Y fué el pecado mi primera herencia.

Tú eres de mi alma dueño,
Purifícala y templa su amargura,
Dispensándola ¡oh Dios!—depuesto el ceño,—
Del perdon la dulzura.
Digna soy de tu enojo,
Y es tu venganza justa;

Mas no me arrojes, como vil despojo,
De tu presencia augusta.

Recuerda por piedad que en algun dia
De tu amor me mostraste los secretos,
Y adoré de tu gran sabiburía
Celestiales decretos.
Vuélveme, pues, Señor, vuélveme aquellas
Gloria, ventura y calma.....
Borrando del pecado infames huellas,
Renueva ya mi alma.
Hazla sentir los santos embelesos
Con que al perdon benéfico acompañas,
Y temblarán gozosas mis entrañas,
Estremecidos de placer mis huesos.

Feliz entónces, con sublime canto
Celebraré tus dones;
Conocerán tu nombre sacrosanto
Las extrañas naciones;
Con ecos de perpétuas bendiciones
Se extenderá tu excelso poderío;
Para que el ciego á conocerte aprenda,
Y á tí venga el impío
Abandonando la precita senda.

Así ensalzando el nuevo beneficio
Mi agradecido pecho,
Te ofreceré por grato sacrificio
Un corazon en lágrimas deshecho.
Tú lo recibirás benigno y blando,
—Pues nunca rechazaste al penitente;—
Y luégo más ferviente
Por tu pueblo rogando,
¡Alza, diré, tu brazo omnipotente!
¡Que al enemigo su poder destruya,
Y á tu culpable grey mira clemente,
Segun la gran misericordia tuya!

TE DEUM.

PARÁFRASIS.

A tí ¡oh Dios! alabanza
Tributa nuestro labio reverente:
A tí, de cuya diestra omnipotente
Procede cuanto bien el hombre alcanza.
Todos los tiempos llena
De tu bondad la inenarrable historia,
Y en cielo y tierra sin cesar resuena
La aclamacion de tu infinita gloria.
A tí los querubines
Que de tu luz reflejan los destellos,
Los puros serafines
Y los ángeles bellos,
Que en fuego eterno de tu amor se inflaman,
Santo! tres veces á una voz te aclaman
Con respetuoso anhelo;
Y en ecos de las bóvedas del cielo
Repetido su canto,
— Santo! se oye doquiera, Santo! Santo! —
Ejército de mártires triunfantes,
Apóstoles, profetas inspirados,
Las vírgenes amantes
Y cuantos justos en tu empíreo moran,
De tu amor abrasados
Tu nombre ensalzan, tu grandeza adoran.
A tí la Iglesia santa
Por todo el orbe extenso
Te confiesa y te canta

Padre inmortal, de poderío inmenso;
Con tu nombre sublime
Celebrando tambien el nombre amado
Del Hijo Salvador que nos redime;
Del Verbo por tu amor en tí engendrado.....
Y al paráclito Espíritu divino,
Que de los dos procede coeterno,
Y es—en solio superno,—
Dios con el solo Dios que es uno y trino.
Tú, ¡Cristo celestial! que el sér humano
Tomando de una Vírgen en el seno,
Te hiciste nuestro hermano;
Tú, que de oprobios lleno,
Pasaste por un mundo que es tu hechura.....
Tú, que á la tumba oscura
Bajaste cual despojo de la muerte,
Y al someterte al golpe de su saña
Por prodigio de amor, rompiste fuerte
Su sangrienta guadaña.....
Tú, que á la diestra augusta
De tu Padre divino estás sentado,
Y á dar al mundo la sentencia justa
Vendrás el postrer dia
De excelsa gloria y majestad cercado;
Vuelve á nosotros tu mirada pía,
Dignándote, Señor, por tu clemencia,
Conservar esta herencia
Con tu sangre comprada,
Haciendo te ame cual de tí es amada.
Grey tuya somos—aunque grey indigna,—
Y humildemente nuestra voz te implora:
Óyenos, pues, y tu piedad benigna
Salve á tu grey ingrata y pecadora.
Que á ella tu augusta bendicion descienda,
Cual te pide ferviente;
Que la rija, Señor, y la defienda
Tu brazo omnipotente;
Hasta que—con tu gracia enriquecida—
Llegue á la eterna vida,
Do entre goces supremos

Por siglos de los siglos te ensalcemos.
Toda nuestra esperanza en tí se funda,
Y de tí aguardo ¡oh Dios! y en tí confio
No dejarás que mi alma se confunda
En la mansion precita del impío.

SAN PEDRO LIBERTADO POR UN ANGEL [1].

Próximo estaba un dia
De gran suceso augusto aniversario,
Y la gente judía
Su antigua Pascua celebrar debia
Bajo el sol del Calvario.

En la sagrada cumbre
Áun se ostentaba el indeleble rastro
De la sangre divina,
Que no secára — respetuoso— el astro,
Con el torrente de su activa lumbre;
Aunque una y otra vez de Palestina
En su anual curso contempló la afrenta,
Despues de aquel instante
En que al aspecto de la cruz sangrienta
Pavoroso veló su faz brillante.

Mas ¡ ay! áun turbulento
Levanta el pueblo amenazantes voces
Y de otro triste la prision rodea;
Cual lanza tigre hambriento
Sus rugidos feroces
Cuando á la presa próxima olfatea.

---

(1) Esta Oda fué escrita en Madrid, poco despues del regreso de la autora á España, y tuvo por objeto la explicacion de uno de los hermosos grabados del Album religioso dado á luz por la sociedad literaria nominada *La Publicidad*.

De ese clamor insano,
Que en furioso tumulto se convierte,
Es objeto, ¡que horror! débil insano,
A ignominiosa muerte
Ya sentenciado por el vil tirano,
Que aunque siervo de Roma
Cual hijo abriga su ambicion inquieta;
Y bajo el yugo que su orgullo doma
Con más vil yugo á su nacion sujeta.

Para acallar las santas profecías,
Que despiertan su bárbaro recelo
Con el sagrado nombre del Mesías,
No basta á Heródes que al atroz suplicio,
—Allí aportado de extranjero suelo—
El vástago de reyes,
—Absuelto en balde en estranjero juicio—
Fuese arrastrado por infames greyes.
Aquel gran sacrificio,
Que desarmára á la justicia eterna,
No desarmó al tetrarca. Ve con pasmo
Y con pavura interna,
De la iglesia naciente
Brillar la fe, crecer el entusiasmo.....
Y presume demente
Que á hundir su base indestructible alcanza,
Cuando al iluso populacho lanza
Aquel decreto infando,
En que abandona á su furor injusto,
—Como á caudillo de ominoso bando—
Del Hombre Dios al sucesor augusto.

Llega en tanto la noche: la postrera
Para el Apóstol mísero; perdida
Toda esperanza ¡oh Dios! se considera.
En balde por salvar la noble vida
Que sagrada mision tiene en el suelo,
La divina piedad, postrada implora
Toda la Iglesia con ferviente celo.....

Veloz se acerca la tremenda hora,
Y sordo á su oracion parece el cielo.

Mas miéntras vela entre pavor y llanto
La grey que pierde á su pastor querido,
En su mazmorra lóbrega sumido
Sereno duerme el Santo.
De abandonar su grey la prueba ruda
No perturba la calma
De aquella grande alma,
Que la sublime Religion escuda.
Piedra escogida para firme asiento
Del edificio augusto y sobrehumano,
Contra el cual nada puede el Orco impuro,
De su excelsa mision el cumplimiento
Espera Pedro — aunque á su fin cercano; —
Pues en su fe seguro,
Sin indagar del cielo el hondo arcano,
Cuenta con su promesa, que es más fuerte
Que el poder formidable de la muerte.

Sólo se turba, y lágrimas derraman
Compasivos sus ojos, cuando piensa
En la divina cólera que inflaman
Los descreidos, que con furia inmensa
La verdad niegan, la inocencia oprimen.....
Y entónces vuelven los horribles huecos
De la mansion del crímen,
Del Gólgota los ecos.
¡Por sus verdugos ora! — Férreos lazos
Le encadenan las brazos,
Que en vano intenta levantar ferviente;
Pero se eleva libre su plegaria.....
Miéntras en solitaria
Lámpara negra, vacilante oscila
La opaca luz, que apénas de su frente
Puede alumbrar la majestad tranquila.

Súbito, empero, resplandor vivísimo,
Que veloz le circunda,

Llena el recinto de la triste estancia;
Que al mismo tiempo inunda
Deliciosa fragancia,
Purificando el aire corrompido;
Cual si la eterna aurora
Del Eden prometido
Le anticipase Dios al que allí mora.

¿Y qué vision divina
Nos anuncia su rostro venerable,
Que tambien se ilumina
Con expresion de un júbilo inefable?.....
¡Ah! ¡vedle! ¡vedle!—Un huésped de los cielos
Desciende á la mansion de la amargura.....
Jamas la mente—en sus altivos vuelos—
Pudiera concebir tanta hermosura
Cual la que admira Pedro enajenado,
En el místico sér que está á su lado.

Mas no á los centinelas vigilantes
Les es dado entrever ni áun los destellos
De sus alas brillantes.
Las sombras se condensan para ellos,
Y tan grande pavura les asalta,
Que opresa el alma, torpes los sentidos,
Parece que en estatuas convertidos,
Aun para respirar vida les falta.

En tanto el ángel los hermosos brazos
Tiende al Apóstol, y—al tocarle apénas,—
Saltan en mil pedazos
Las pesadas cadenas;
Miéntras con dulce acento
—*Toma tu ceñidor*—dice al cautivo,
Que le escucha con mudo arrobamiento:—
Calza tus piés y *sígueme.*—Obediente
Cumple Pedro al instante
Los célicos mandatos.—Cual la ardiente
Columna del desierto, que delante
De Moisés y su pueblo libertado

Marchaba rutilante,
Así del calabozo abandonando
Se aleja al ángel, que piadoso guia
Con su esplendor propicio
Al que sentencia impía
De muerte hallára en el humano juicio;
Mas qué razon más pura
Destinar quiso, por designio eterno,
A cimentar el místico edificio
Contra el cual—su palabra lo asegura—
Prevalecer jamas puede el infierno.

¡Oh Heródes, vén! Demanda á tus cerrojos,
Y á tus macizas puertas,
Y á tus guardias alertas,
La víctima que buscas.—¡Ah! tus ojos
No saciarás mirando sus despojos
Sangrientos á tus piés.—Mas vanamente
Muestra tu adusta frente
Furor terrible—que tu vista empaña,—
Y amenazas sin fin tu voz expresa.....
¡Contra el poder que te arrancó tu presa
Polvo es tu cetro, é irrision tu saña!

LA AURORA DEL 8 DE SETIEMBRE.

CUARTETAS ESCRITAS Á PETICION DE LA SEÑORA DIRECTORA DE UN COLEGIO DE NIÑAS, EN HONOR DE LA FESTIVIDAD DEL DIA DE LA VÍRGEN.

¡Bellas niñas! dejad presto
Vuestro lecho virginal,
Que en la lira, que ya apresto,
Juega el aura matinal.

El sol rasga triple velo
De oro y nácar al salir,
Y orlas blancas luce el cielo
Sobra el manto de zafir.

¡Ved los prados de esmeraldas
Sus matices ostentar!
¡Ved cubiertos de ovas gualdas
Los arroyos murmurar!

Y oid las aves á este dia
Cantos nuevos dedicar,
Cual si el nombre de *María*
Procurasen modular.

¡Venid presto, cortad flores,
Palma y mirtos enlazad,
Dando al viento cien loores
De la célica beldad!

Sonó el tiempo la grande hora
Que el Eterno señaló,
Y hoy la reina de la aurora
Por oriente apareció.

Una niña—¡qué portento!—
Hoy el mundo vió nacer,
Que al vagido de su acento
Hizo al orco estremecer.

Alabanza no hay que cuadre
A este enigma del amor.....
¡Hoy el mundo vió á la madre
De su eterno Criador!

¡Que su nombre poderoso,
Que proclama el serafin,
Lleve el viento vagaroso
Hasta incógnito confin!

¡Que á ella vuele nuestro canto,
Cual incienso de su altar,
Y la sombra de su manto
Nos cobije sin cesar!

CÁNTICO.

IMITACION DE VARIOS SALMOS.

Mortíferos vapores
Ya respirando á vista del infierno;
Mi vida fatigada con dolores
Por torcedor interno;

Humillada mi frente
Y sumergida entre la vil escoria,
Vi al enemigo alzarse, é insolente
Proclamar su victoria.

Pero en el trance extremo,
Sintiendo de la muerte el férreo lazo,
Clamó mi corazon al Sér supremo
Y me confié á su brazo.

Llegó mi grito al cielo,
Aunque de alzarse á tal altura indigno.....
Llegó mi grito al Dios de mi consuelo,
Que lo escuchó benigno.

Lo escuchó; vió mi afrenta
Desde la majestad de su almo trono,
Y de prolijos males le dí cuenta,
Gimiendo mi abandono.

Protector de mi vida
Se hizo al punto mi Dios; se alzó indignado;
Y ya el alma sentí fortalecida
Por su soplo sagrado.

Bajo sus piés las nubes
Se desplegaron, cual alfombra inmensa,
Y en alas de los fúlgidos querubes
Descendió á mi defensa.

¡Cuál al mirar su saña
Tembló medrosa la terrestre esfera,
Rodando de su asiento la montaña
Como líquida cera!.....

¡Cuál volvió las espaldas
Mi enemigo cruel, de espanto lleno!.....
Mas — como niño á las maternas faldas, —
Yo me acogí á su seno.

Así de la ominosa
Servidumbre, por fin mi alma ha salido;
Pues él oyó, como de dulce esposa,
De la esclava el gemido.

Por su clemencia sola
Curó mi herida, restañó mi llanto.....
¡Y ora me ciñe espléndida aureola
De regocijo santo!

Recibiré enseñanza,
Sujetándome á justa disciplina,
Y estará ¡oh Dios! segura mi esperanza
En tu bondad divina.

¡Todo en el universo
Proclama esa bondad, que humilde adoro!
¿No es el sol — de tu luz espejo terso —
De vida gran tesoro?

Él sale á tu mandato,
Cual nuevo esposo del caliente lecho,
Y el nocturno vapor, al fuego grato,
Cae en perlas deshecho.

Natura palpitante
Gérmenes brota á su calor fecundo,
Miéntras él corre á paso de gigante
La redondez del mundo.

Las nubes á tu acento
Se convierten en lluvia bienhechora,
Y segun tus designios vuela el viento
Y el agua se evapora.

Corren doquier los rios,
Como señalas tú, ¡Rey soberano!
¡Del ecuador hasta los polos frios
Llega tu augusta mano!

Un dia al otro dia
Manda, mi Dios, que tu poder alabe,
Y cada noche nos custodia pía
Tu proteccion süave.

¿Quien como Tú benigno?
¿Quien como Tú terrible y poderoso?
Mas no es mi labio de alabarte digno;
Se calla respetuoso.

¡Pero mira mi anhelo!
¡Haz que mi alma, Señor, por tí se inflame;
Y dale la pureza, dale el celo
Con que quieres te ame!

Amarte debo, ¡oh fuerte!
¡Oh soberano! ¡oh salvador! ¡oh eterno!
¡Porque tu brazo destronó á la muerte
Y acerrojó al infierno!

¡Bendita, pues, tu gloria!
¡Bendita, Dios de amor, tu omnipotencia,
Y haz que al dejar la tierra transitoria,
Gocemos tu presencia!

LA CRUZ.

¡Canto la Cruz! ¡Que se despierte el mundo!
¡Pueblos y reyes, escuchadme atentos!
¡Que calle el universo á mis acentos
Con silencio profundo!
¡Y Tú, supremo Autor de la armonía,
Que prestas voz al mar, al viento, al ave,
Resonancia concede al arpa mia,
Y en conceptos de austera poesía
El poder de la Cruz deja que alabe!

Se asombra el orbe, se conmueve el cielo,
De ese nombre al lanzar eco infinito,
Que aterroriza al inmortal precito
En su mansion de duelo.
¡Canto la Cruz! El ángel, de rodillas,
Postra á tal voz la luminosa frente;
Tú, excelso querubin, tu ciencia humillas;
Y del amor las altas maravillas,
Absorto adora el serafin ardiente.

Alzad vuestro pendon brillante y puro,
¡Oh de la fe sublimes campeones!
Y que su luz dirija á las naciones
Al porvenir oscuro.
Sólo él, que á miles las victorias cuenta,
Disipar puede sombras y vestiglos.....
Sólo él, que eterno la verdad sustenta,
Y—como en firme pedestal—se asienta
En la cerviz de diez y nueve siglos.

¡Alzad, alzad vuestro estandarte régio,
A cuyo aspecto hundiéronse al abismo
Los dioses del antiguo paganismo,
Desde su olimpo egregio!
¡Alzadlo, cual lo alzó resplandeciente
— Como emblema de triunfo — Constantino
Sobre el cesáreo lauro de su frente,
Las águilas de Roma armipotente
Párias rindiendo al lábaro divino!

Alzadlo cual le halló — noble, pujante,
Más fuerte que los pueblos y los reyes,—
Sobre escombros de razas y de leyes
El bárbaro triunfante.
Por sus bridones con desprecio hollado
Fué el esplendor romano envejecido;
Mas de esa Cruz ante el poder sagrado
Detúvose el torrente desbordado,
Y el ruego al vencedor dictó el vencido.

Alzadlo cual se alzó, piadoso y bello,
A ennoblecer bajo su blando yugo
El que al destino descargar le plugo
De América en el cuello.
Dió un paso el tiempo, y á su influjo vário,
—Que tan pronto derriba como encumbra,—
Ya no es de un mundo el otro tributario;
Mas inmutable al signo del Calvario
El sol del Inca y del Azteca alumbra.

¡Alzad la Cruz! Su apoyo necesita
La vacilante humanidad.—Doquiera
¿No la veis, á la par doliente y fiera,
Cuán convulsa se agita?
Lanzada entre problemas pavorosos,
Y á impulsos ¡ay! de un vértigo profundo,
¿Qué la valdrán esfuerzos dolorosos,
Si de esa Cruz los brazos poderosos
No hallan asiento en que descanse el mundo?

Alzad, alzad vuestro pendon divino,
Símbolo de salud, cifra de gloria,
Pues sólo y siempre explicará la historia
Del humano destino.
¡Alzadlo! que los siglos él presida,
Como la ígnea columna del desierto,
Que entre las sombras, de esplendor vestida,
Para alcanzar la tierra prometida
Señalaba á Israel camino cierto.

¡Alzad la Cruz, con cuyo austero nombre
Su progreso marcó la era cristiana,
Mostrándole ella, en acta soberana,
La libertad del hombre!
Fué su conquista, y ella la afianza;
Diciendo al porvenir, como al pasado,
Que sólo en ella la igualdad se alcanza,
Pues son sus brazos la única balanza
Donde pesan al par cetro y cayado.

Allí tambien la omnipotente diestra
Pesó el valor del mundo..... ¡oh maravilla,
Que si del hombre la razon humilla,
Su dignidad demuestra!
¡Sí! pesó al mundo la eternal justicia;
Pesólo por alzar el que lo abate,
Yugo cruel de la infernal malicia.....
Y en aquél tanto amor cargó propicia,
Que la vida de un Dios fué su rescate.

Por eso en los ásperos brazos
Del leño sagrado, se ostentan
Las manos que al orbe sustentan,
Las manos que rigen al sol.
Por eso en gemidos se ahoga
La voz que á la nada fecunda,
Velada por sombra profunda
La luz de la gloria de Dios.

Tú espiras, ¡Autor de la vida!
  La muerte contigo se ensaña.....
  Mas rota quedó la guadaña
  Al darte su golpe cruel!
Alzado en tu trono sangriento,
  Su trono por siempre derrumbas.....
  ¡Los muertos, rompiendo sus tumbas,
  Recogen tu aliento postrer!

El rey de la tierra, probando
  Fatal fruto del árbol de ciencia,
  La muerte nos dió por herencia,
  Y esclavos nos hizo del mal.
El Rey de los cielos, cual fruto
  Del árbol de amor, nos convida;
  La patria nos vuelve y la vida;
  ¡Por padre al Eterno nos da!

¡Florece, Árbol santo, que el astro
  De eterna verdad te ilumina,
  Y el riego de gracia divina
  Fomenta tu inmensa raíz!
¡Florece, tus ramas extiende.....
  La estirpe de Adan, fatigada,
  Repose á tu sombra sagrada
  Del uno al opuesto confin!

¡Te acaten pasando los siglos,
  Y Tú los presidas inmoble,
  Y toda rodilla se doble
  Al pié de tu eterno vigor.....!
Los cielos, la tierra, el abismo,
  Se inclinen si suena tu nombre.....
  ¡Tú ostentas á Dios hecho hombre!
  ¡Tú elevas el hombre hasta Dios!

LOS REALES SITIOS [1].

Es grato, si el Cáncer la atmósfera enciende,
Si pliega sus alas el viento dormido,
Gozar los asilos que un muro defiende,
Con ricos tapices de Flándes vestido.

Es grata la calma dulcísima y leda
De aquellos salones dorados y umbríos,
Do el sol, que penetra por nubes de seda,
Se pierde entre jaspes y mármoles fríos.

Es grato el ambiente de aquellas estancias
—Que en torno matizan maderas preciosas—
Do en vasos de china despiden fragancias
Itálicos lirios, bengálicas rosas.

Es grato que al Euro — que huyó silencioso —
Imiten las bellas moviendo abanicos;
Allí do cual tronos del muelle reposo
Se ostentan divanes de púrpura ricos.

(1) Esta composicion fué escrita bajo la agradable impresion producida por los bailes dados por la Reina, durante el verano de 1849, en su palacio de San Ildefonso, y á los que asistió la autora viniendo de visitar el otro real palacio de San Lorenzo del Escorial, al cual alude en algunos de sus versos.

Y grato en la tarde, con lánguido paso,
Salir de entre sedas y pórfidos y oro,
A ver cuál oculta, llegando á su ocaso,
El astro supremo su ardiente tesoro.

Que allí, para verlo, se tienen vergeles
Que nunca marchitan estivos ardores;
Con bancos de césped, con frescos doseles,
Y bosques y fuentes y exóticas flores.

Asilos tan bellos no hubieron las ninfas
Que hollaron de Grecia colinas amenas,
Ni náyades vieron tan plácidas linfas
Cual esas que guardan marmóreas sirenas.

Por eso en las noches del férvido estío
Es grato á ese elíseo llamar los placeres;
Cubriendo de luces su verde sombrío,
Llenando su espacio de hermosas mujeres.

Y aromas y bailes y amores y risas,
En dulces insomnios disfrutan las bellas,
En tanto que vuelan balsámicas brisas
Y en tanto que el cielo se cubre de estrellas.

¡Oh espléndidas fiestas! ¡Oh alegres veladas,
Que brotan al soplo de régia hermosura!
Ni silfos, ni genios, ni próvidas fadas
Os dieran encantos de tanta dulzura!

No ¡Granja! no envidies al noble palacio
Que allá San Lorenzo protege vecino;
Pues hoy á las gracias encierra tu espacio,
Y son los placeres tu plácido sino.

¡Difunde fragancias: y amores y risas
En gratos insomnios disfruten las bellas,
En tanto que vuelen balsámicas brisas
Y en tanto que el cielo se pueble de estrellas!

EL DESPOSORIO EN SUEÑO (1).

En dobles velos de amaranto y gualda
Envuelve el sol su refulgente faz,
Y al partir ciñe espléndida guirnalda
Al horizonte del inmenso mar.

Lánguido el Euro en las dormidas olas,
Apénas mueve su cerúleo azul,
Mas las orna de leves auréolas,
Meciendo en ellas la espirante luz.

Desierta está la playa silenciosa,
Y *Amla*—cual ella solitaria—va
Buscando alivio, á pena misteriosa,
De aquella tarde en la solemne paz.

Las huellas guardan de su planta breve
Las arenas que lenta atravesó;
Y ora la imprime, presurosa y leve,
Del prado ameno en el vivaz verdor.

---

(1) La autora de estas poesías se entretenia en la composicion de un poema titulado *La desposada de amor, ó la nueva Psiquis*, en los últimos dias del año 1848. Perdió sus borradores poco despues, y no conservando en la memoria ningun fragmento considerable, sólo ha podido insertarse en el presente volúmen éste que se habia publicado en un periódico de literatura, y que más tarde ha sido bautizado con el nuevo título que aquí le damos. Creemos innecesario adelantarnos á la penetracion del lector, revelándole que—segun lo indica el título que llevaba el *non nato* poema—Amla, como Psiquis, es personificacion del alma. La señora Avellaneda apénas lo encubre en su trasparente anagrama. (*Nota de los editores.*)

El valle cruza, la colina sube,
Cual cervatillo de su madre en pos.....
Mas ¡no! sin rumbo, como vaga nube,
Que impulsa á su capricho el aquilon.

Luégo, tras tantas vivas transiciones
De languidez y agitacion febril,
Reposo busca y blandas sensaciones,
Que hagan más ledo al corazon latir.

¡Vedla! del bosque en la perenne sombra
La halla la noche—que se extiende ya—
Muelle tendida en la florida alfombra,
Bajo el dosel de un pino secular.

Cási besa sus plantas de alabastro,
De un arroyo la linfa de cristal,
Y en las orillas húmedas, su rastro
El césped guarda, que regó al pasar.

Pálido el astro de los dulces sueños,
Sale á alumbrar la etérea soledad,
Y la puebla de plácidos beleños,
Que va esparciendo el céfiro fugaz.

Y en tanto que alza insomne filomena
El eco flébil de su dulce voz,
Largo y agudo en lontananza suena
De la cigarra el importuno són.

Amla áun no duerme, mas tampoco vela,
Que en éxtasis dulcísimo cayó...
Lánguida cual la luna que rïela
En su alba faz el desmayado albor.

Así sumida en estupor que halaga.....
(¡Callad y atentos mi cancion oid,
Que ora en las cuerdas de la lira vaga
De gran misterio exposicion sutil!)

Así á los ojos de su ansiosa mente,
Que ajena se halla de su cuerpo ya,
Súbito brilla aparicion fulgente,
Que el Éter puro esclareció al bajar.

Cuántas bellezas la cadena enlaza
De la augusta é inmensa creacion,
—Que en su grandeza interminable abraza
Desde el querube hasta la humilde flor,—

Todas unidas forman la apariencia
De aquel estraño, inexplicable sér,
Cual si encerrase su ignorada esencia
El gérmen primordial de cuanto es.

El mundo material y el invisible
Puede creerse que compendia en sí,
Y que en él junta lazo indefinible
Cuanto se puede amar y concebir.

Suena su acento halagador y grave:
«¡Vírgen!—pronuncia—el universo vasto
Nada tan bello como tú me ofrece,
Nada tan casto!

Soplo exhalado de mi labio ardiente
Es el principio de atraccion fecundo...
Soplo que llena de infinita vida
Cielos y mundo.

Yo al universo por mis leyes rijo;
Todo lo mueve mi impulsion eterna;
Tengo en la altura, que mi nombre acata,
Silla superna.

Hay—de allá léjos, por misterio triste,—
Ángeles nobles, que disfraza un velo,
Y en pos los lleva de mi sombra siempre
Místico anhelo.

Bien que no alcancen mi sustancia pura,
Sienten doquier mi inspiracion secreta.....
Siempre sus votos mi cadena de oro
Firme sujeta.

Nacen algunos, de mi excelsa mano
Sello llevando, que respeta el mundo;
Otros, ¡ay! locos, su corona al cieno
Lanzan inmundo.

Huye—pues eres de su raza augusta—
Término tal de célicos afanes.....
Guárdame ¡oh Amla! tus tesoros vírgenes;
No los profanes.

Alto tu orígen, alto tu destino
Plúgome hacer, y te elegí por mia.....
¡Dime si el aire que aspirando bebes
No es poesía!

Hondo secreto tu existencia encubre;
Gózate, empero, pues tu instinto regio
Bien testifica que te cupo en suerte
Gran privilegio.

Fácil no, empero, tu camino juzgues;
Mil negras simas se abrirán profundas;
Alas por eso te daré ligeras:
¡Nunca te hundas!

¡A tí mi soplo elevador desciende!
¡Intuicion santa de mi sér te doy!.....
¡Quiero á tí unirme en desposorio eterno!.....
¡Ya tuyo soy!

Siempre invisible por doquier te sigo;
Siempre será tu aspiracion hallarme;
Mas nunca ¡oh Amla! con mortales ojos
Quieras mirarme.

Esto con voz dulcísona
Dice el sublime espíritu;
Bate sus alas nítidas,
De *Amla* en la tersa sien.

Órnala al punto súbito
Grato esplendor purísimo,
Sello de suerte insólita,
Prenda de eterno bien.

Luégo su vuelo rápido
Toma el esposo alígero,
Rastro dejando fúlgido
Por el etéreo azul.....

Roto el encanto mágico,
Se alza la vírgen trémula;
Late su seno mórbido
Bajo su blanco tul;

Brillan sus ojos límpidos
Con entusiasmo férvido,
Y sus miradas ávidas
Van del amante en pos.....

Mas ¡ya le velan próvidas
Nubes de plata y púrpura!
¡Ya ni las huellas plácidas
Quedan del almo Dios!

A UN AMIGO

ENCARGADO POR LA DIRECCION DE UN PERIÓDICO DE LA CRÍTICA DE UNA COMEDIA.

SÁTIRA.

¡Cómo! ¿tan gran perturbacion te asedia,
Porque te ordenan — con rigor y prisa —
Juicio crítico hacer de una comedia?
¡Por Dios, que al ver á tu ánima indecisa
En trance tal (perdona si te enfado),
Cualquiera puede reventar de risa.
¿Imaginas tal vez, pecho cuitado,
Que para censurar una obra de arte
Has menester de un gusto delicado?
¿Que talento tampoco ha de faltarte,
Ni juicio, ni instruccion, ni órden que guie
A ver y á examinar parte por parte?
Juro, si piensas tal, que me desvie
Para siempre de tí como de un zote,
Por más que tierna tu amistad porfie.
¿Hay, por ventura, estulto monigote,
Ignorante rapaz, coplero oscuro,
Que por cosa tan nimia se alborote?
¿Hay quien no sepa dar un golpe duro
Aun á la misma virginal Talía,
Con fuerte brazo y corazon seguro?
Si no lo emprendes tú, por vida mia
Que no sin cascabel quedará el gato,
Y su pena tendrá tu cobardía;

Pues no has de ver expuesto tu retrato
En baratillos mil, ni en gacetillas
Te han de llamar *ilustre literato.*
Para crear de ingenio maravillas,
Desvélense *Gallegos* y *Quintanas*,
Y *Hartzenbusches*, y *Vegas*, y *Zorrillas.*
Tú — sin recurso de las nueve hermanas —
Si esa tu indigna timidez sacudes,
Nombre á la par de sus ingenios ganas.
Y trabaje *Breton*, que — sin que sudes
Para agradar, con su feliz constancia —
Que te has de ver más popular no dudes.
¡Eh! ¡dispon el papel! Poco en sustancia
Te conviene decir: moja la pluma,
Y comienza á escribir con arrogancia.
«*Juicio crítico.*» ¡Bien! ¡como la espuma
Tu gloria va á crecer! — Mas ¿qué dirémos?
— Para empezar y terminar, en suma
Basta elegir entre los dos extremos,
Y exclamar: — «La comedia es un dislate!»
O — «hay en ella doquier rasgos supremos!»
Lo primero es mejor: loar á un vate
Que adquiere gloria ó acumula plata,
Es, yo lo afirmo, insigne disparate.
Otra cosa ha de ser cuando se trata
De inofensivo autor ó gente nuestra.....
¿Quién á los suyos con rigor maltrata?
Mas para caso tal, nula es tu diestra,
La juzga bien el que escribió la obra,
Y sus mismos elogios das por muestra.
Mas miro que renace tu zozobra:
¿Qué mosca te picó? Dilo y escribe,
Que para meditar tiempo te sobra.
— Quiero saber si el *juicio* se suscribe.
— ¿El *juicio* suscribir?..... Loco te creo:
¿Quién duda igual sin delirar concibe?
Muy ignorante estás, por lo que veo,
De la crítica que hay en nuestra España,
O es que naciste para ser pigmeo.
No se firma jamas cuando con saña

Se le zurra á un autor, que capaz fuera
De contestar con fabuleja extraña.
  ¿*Zapatero?*.....—¡Cabal! Mas la parlera
Fama, divulga el recatado nombre,
Por la voz de una turba vocinglera.
  Esa turba es de amigos; no te asombre;
Ellos dirán:—«La crítica es sublime:
La hizo Fulano.» Y cátate grande hombre.
  ¿Qué te habrá de importar que desestime
Tu censura el autor; que docta gente
Exclame con dolor—y esto se imprime?
  Tú no por eso abatirás la frente,
Y el vulgo, que verá tu aire triunfante,
Acatará tu fallo reverente.
  —Mas lo habré de fundar.—¡Calla, ignorante!
¿A qué viene pensar en fundamento,
Si tu edificio debe ser *flotante?*
  ¡Es mala la comedia! Aquí está el cuento.
Es mala, y basta..... porque yo lo digo;
¡Estilo pobre..... pésimo argumento!
  —Mas como del aplauso fuí testigo,
¿He de afirmar que el público se engaña?
¿Del voto general me haré enemigo?
  —No; pero puedes deslizar con maña
Que llenaba el local una pandilla
De amigos del autor; ó que en España
  El mostrarse cortés no es maravilla,
Y que á esta condicion—tan oportuna—
Alto triunfo debió mísera obrilla.
  Puedes decir tambien que allá en su cuna
Tuvo el autor benéfica influencia
De alguna estrella ó de la misma luna;
  Mas que, en medio de todo, es por esencia
Un zopenco, un estúpido, un ilota,
Que sólo alcanza de agradar la ciencia.
  —¡No es poco, por mi vida! Pero nota
Que sólo comenzado el juicio tengo.
—Pues no habrás de añadir ni áun una jota.
  Bueno está como está; yo lo sostengo:
No hay para qué meternos en hondura:

Lo esencial dicho está, y á ello me atengo.
 Eso de analizar empresa es dura,
Y nadie tan sin miedo criticára
Si exigiese razones la censura.
 Si saber demandase, cosa es clara
Que tanto parlanchin folletinista
Temblára al comenzar, de piés á cara.
 Mas por milagro un diario se conquista
La pluma de algun crítico discreto,
Y siempre encuentra á la ignorancia lista.
 Ella le saca del perenne aprieto,
Y ora mime al autor, ora le zurre,
Nunca el arte infeliz halla respeto.
 Si sesudo lector rabia ó se aburre
Del necio elogio ó torpe vituperio,
Otro por diversion á ellos recurre.
 Y ni estólidos faltan, que al criterio
Del intruso censor la frente inclinen,
Por ejercer de su eco el ministerio.
 Corre, pues, ¡vive Dios! no te acoquinen
Los descontentos que doquier pululan;
Más los necios serán que te apadrinen.
 Adula ó pega á tu placer: circulan,
Buenos ó malos, los escritos todos
Que en las activas prensas se acumulan.
 Nuestra patria feliz por varios modos
Protege á los audaces, y áun levanta
A muchos ¡ay! que estaban entre lodos.
 Así nuestra cultura se adelanta,
Y á fé que los quejosos escritores
Se divierten tambien en gresca tanta;
 Pues ya entusiasmo encuentren, ya rigores,
Del *oso bailarin* hacen recuerdo,
Y al escuchar dicterios ó loores,
Saben si es *mono* el que los dice, ó *cerdo*.

A MI AMIGO ZORRILLA [1].

Quiero cantar, porque mi canto esperas;
Quiero cantar, porque tu canto ansío;
Mas ¡ay! me ahoga entre sus garras fieras
Un monstruo atroz, que en combatir porfío.

Tú, que cuentas con voces peregrinas
Misterios de las fuentes y raudales,
Del eco que se aduerme entre rüinas,
Del aura que suspira entre rosales:

Tú, que descifras los arcanos graves
Que anuncian en la noche las estrellas,
Y explicar sabes flébiles querellas
Que dan al viento enamoradas aves;

(1) Esta composicion fué escrita acabando de leer su autora algunos cantos del poema de *Granada* (que su amigo el Sr. Zorrilla tuvo la galantería de confiarle ante de su publicacion), y en cumplimiento de la promesa que se habian hecho ambos poetas de dedicarse recíprocamente una epístola en verso. En las últimas estrofas de la presente, la autora ha imitado una de las notables combinaciones métricas inventadas por el cantor de *Granada* en su bellísimo poema, y en la composicion que sigue á ésta ha imitado tambien los giros dados por aquél á sus *serenatas orientales.* Los versos á que nos referimos, y que verá el lector á continuacion, dejaron tan poco satisfecha á su autora que son desconocidos hasta del célebre poeta que les prestó causa y modelo en los admirables versos á que sirven de contestacion. Corregidos posteriormente, han sido destinados á llenar una página de este libro, en pública muestra de alto aprecio y afectuosa amistad al ingenioso inventor de tan armónicos versos. (*Nota de la autora.*)

Tú, cuyo acento esparce, á su albedrío,
Perfumes de los nardos que florecen,
Y hálitos de los silfos que se mecen
En las trémulas perlas del rocío;

¡Bardo oriental, de infatigable aliento,
Que evocas ante tí la edad pasada,
Y das — con el poder del pensamiento, —
A la ilusion verdad, vida á la nada!

¡Dime! ¿tú genio alcanzará el secreto
De hacer cambiar la condicion de un alma,
Que — activa siempre — en su cansancio inquieto
Quiere en la agitacion hallar la calma?

¿De un alma al par incomprensible y loca,
Que siempre en pos de una ilusion delira;
Que en su anhelar codicia cuanto mira;
Que en su desden desprecia cuanto toca?

De flaqueza y poder conjunto extraño,
Ama lo eterno y de mudanzas vive;
El mal acoge cuando el bien concibe;
Y ansiando la verdad, sigue al engaño.

Cuando sus alas la ambicion despliega,
Al infinito intrépida se lanza;
Cuando á encogerla el desaliento llega,
Ni el tiempo breve á soportar alcanza.

¿Qué pide ¡di! su aspiracion eterna,
Con estéril ardor siempre impotente?
¿Dónde tendrá reposo el ánsia interna,
Que no halla objeto ni solaz consiente?

Cayendo en sus abismos de deseo,
El universo un átomo sería;
Mas sin gozar cansada se desvia,
Y un nuevo anhelo en su cansancio veo.

Siempre anhelando está, siempre esperando,
Y su misma esperanza la fatiga;
Y cuanto encuentra ansiosa devorando,
Nunca su sed de posesion mitiga.

¡Y llega al fin el infecundo hastío!.....
¡El monstruo burlador que al genio apaga!
¡Abre su diente inmensurable llaga!
¡Llena su aliento el eternal vacío!

Con rudos brazos, como nuevo Anteo,
El alma aferra, con su esencia se ata.....
¡Cual el buitre inmortal de Prometeo,
La devora sin fin, mas no la mata!

¡Vén á mí, vén á mí, cantor sublime,
Si alivio tienes de infortunio tanto!
¡Lanza al monstruo voraz, mi alma redime,
Y del tuyo rival será mi canto!

Mas si no puedes, ¡ay! si tedio y duda
Y perenne dolor forman mi suerte,
Deja rota mi lira, mi voz muda,
Tibia la mente, al corazon inerte.

¡Pero aduerma mi mal tu arpa divina,
Apagando los ruidos mundanales,
Y pinta otra existencia peregrina
Con tus ricos colores orientales!

Yo al escucharte, mecida en alas
Del genio hermoso de las quimeras,
De tu *Granada* veré las galas
Bajo el ramaje de sus palmeras;
Y del *Alhambra* desiertas salas
Veré que pueblan sombras ligeras,
Miéntras al cielo tu canto exhalas,
Y vuela libre cruzando esferas.

Luégo en pos tuya, por las vergeles,
Entre arrayanes, mirtos, laureles,
A tu *Moraima* pura
Diré el secreto (1)
Que el céfiro murmura
Girando inquieto;
Y en torno flores
Se abrirán al suspiro
De tus amores.

¡Vate armonioso!
¡Por solo un eco de tus cantares,
Que placer vierten tan misterioso,
Yo te daria
Las perlas todas de índicos mares,
Las flores todas de Andalucía!

---

(1) El secreto á que hace referencia la autora es la predileccion que el Sr. Zorrilla le habia confesado sentir por su creacion del carácter de Moraima.

LAS ALMAS HERMANAS.

Á ZORRILLA.

CONTESTACION.

Muy jóven eras, de mí distante,
Del mundo acaso desconocido,
Cuando de pronto voló vibrante
De tu arpa un eco, que hirió mi oido.
¿Por qué ¡responde! de aquel instante
La impresion grata jamás olvido?
¿Por qué en la tierra vagando errante,
Doquier de tu arpa seguí el sonido?
Es que un alma fraterna
Reconocia
Mi alma, y con voz interna
Le respondia;
Así sin verte
Ya entre los dos mediaba
Vínculo fuerte.

¡Genio fecundo!
Sentí yo entónces lo que hoy columbras,
Lo que ni ahora comprende el mundo.....
¡Sí, ya sabía
Que — sin la gloria con que deslumbras —
De tu alma hermana nació la mia!

¿Y tú me dices que encumbre el vuelo,
Y que á querubes de altiva ciencia
Preguntar ose si puso el cielo
En nuestros genios la misma esencia?

Si de dudarlo nació tu anhelo,
Yo, más dichosa, tengo evidencia
De que—llevando distinto velo—
Un alma habemos y una existencia.
Yo, si en tí cabe duda,
Puedo afirmarlo,
Aunque al cielo no acuda
Para indagarlo;
Pues miro y siento
Que es gemelo del tuyo mi pensamiento.

¡Vate divino!
Si cada acento que ardiente exhalas,
Yo lo comprendo, yo lo adivino,
¿Dudar podria
Que, aunque se vistan distintas galas,
Son dos hermanas tu alma y la mia?

Por eso entrambas, de amor ajenas,
Con lazos se unen de más valía,
Y del cariño fraterno llenas,
Entrambas viven de poesía.
Aun á distancia partir sus penas
Sabrán, ¡oh amigo! cual su alegría,
Y de este mundo saldrán serenas,
Dejando un rastro de su ármonía.
Las dos una fe tienen,
Un Dios adoran,
Y de una patria vienen;
Y á par la lloran;
¡Así en su vuelo
Juntas saldrán triunfantes
Del triste suelo!

¡Vate sublime!
Cuando en él suelten la vil escoria
Del frágil cuerpo que las oprime,
¡Verás que ufanas,
Allá ceñidas de eterna gloria,
Se dan los brazos las dos hermanas!

Á LA POETISA HABANERA
SRA. DOÑA LUISA DE FRANCHI-ALFARO,
DESPUES DE HABER LEIDO LA DELICADA COMPOSICION QUE ME DEDICA EN EL PRECIOSO VOLÚMEN DE SUS SENTIDOS VERSOS.

¿Por qué á la *indiana pradera*,
Mansion de luz y de flores,
Anhelas que mi arpa austera
Vaya á exhalar la postrera
Vibracion de mis dolores?

Para ese eden de delicia,
¿Por qué mi canto reclama,
Luisa, tu voz, si propicia
—Bajo el sol que lo acaricia,—
La casta musa te inflama?

¡De Cuba hermosa sirena!
Desde tu golfo encantado,
En estas playas resuena
Tu eco feliz, que enajena
Mi corazon fatigado.

¡Ay! paréceme que aspiro
En esos blandos cantares
Auras de los patrios lares,
Y hasta que escucho el suspiro
Con que mecen los palmares.

Y percibir imagino
Olor de vírgenes montes.....
Y que entre albor matutino
Me llega el eco argentino
De los canoros sinsontes.

Mas si el pecho agradecido
Te tributa bendiciones,
Por las gratas emociones
Que despertar han sabido
Tus deliciosas canciones,

No esperes que la voz mia
En ese plácido ambiente
Do exhalas tu poesía,
Lance en agreste armonía
Quejas de un alma doliente.

Tú, que áun gozas los albores
Del alba de tu existencia,
Libre de impuros vapores,
Canta tus dulces amores
Y la paz y la inocencia.

Canta esa patria florida,
Joya del cetro español.....
¡Canta esa vírgen querida,
Del mar en brazos dormida
Por los halagos del sol!

¡Canta, sí, canta la Antilla,
Perla y reina de esos mares!.....
Miéntras que yo mis pesares
Lamento triste á la orilla
Del humilde Manzanares.

Si orna algun lauro mi frente,
En esta orilla nació.....
Y no cual conquista, no,
Cual generoso presente
Lo estimo y lo guardo yo.

De España en el noble suelo
Descanse rota mi lira.....
Mas al astro que te inspira
Dile tú, que alumbra un cielo
Por el que mi alma suspira!

ADIOS A LA LIRA.

IMITACION DE LAMATINE.

Hay en el brillante estío
Lánguidas, inertes calmas.....
De luz y vida la tierra
Parece hallarse cansada.
En las horas más ardientes
El movimiento hace pausa;
Su cáliz pliegan las flores;
Sus alas encoge el aura.
Así del hombre en la vida
Hay una edad qué—áun lozana—
Del pensamiento parece
Que descolora las galas.
Su inefable poesía
Le niega ya la esperanza,
Y áun no le ha dado perfecta
Su inspiracion la desgracia.
Así el vate se asimila
Al ruiseñor, que no canta
Cuando en la siesta ardorosa
Del sol aspira las llamas.
Sólo saluda su acento
La luz benigna del alba;
Y en la tarde se despide
Del crepúsculo que pasa.
En vano ¡oh lira! tus cuerdas
Armónicos sones guardan.....

Llegó para mí el estío,
Y goza su siesta el alma.
¡Vén! ¡recibe de mis ojos
Esta lágrima..... y descansa!
Que hace ya sobrado tiempo
Que mi carrera acompañas.
Si conquistarte no supe
De eterno lauro guirnaldas,
Sobre tus cuerdas de oro
No dejo ninguna mancha.
Jamas cautiva te tuve
Al umbral de régia estancia,
Ni de ensañados partidos
Atizaste la venganza.
Libre como el pensamiento,
Y cual él altiva y casta,
Fuiste siempre un eco digno
De sus impresiones várias.
¡Cuántas veces en las selvas
Saludaste la alborada,
Y despertando á tu acento
Respondió el ave en las ramas!
¡Cuántas el astro fulgente
Tu despedida oyó blanda,
En tanto que lo cubrian
Nubes de púrpura y gualda!.....
Tambien del mar en los llanos,
Buscando extranjera playa,
Al silbar el viento ronco,
Al mugir las olas bravas,
Tus agrestes armonías
Volaban sobre las aguas,
Como el pájaro atrevido
Que se mece en la borrasca.
Tal vez ¡oh lira! á volverte
A la mano que hoy te lanza,
Del porvenir llegue un dia
Que ya el destino señala.
En aquellos años tristes
Que anteceden á la Parca,

Que se acerca silenciosa,
Su quietud brindando larga.
  A los hombres el olvido
Juventud nueva prepara,
Y luce siempre más viva
La lámpara que se apaga.
  Igual el céfiro puro
Sopla en la tarde y el alba,
Y juega en nacientes rizos
Como en cabellos de plata.
  La vejez no abate á Homero,
Aunque de nieves cargada,
Y la luz del pensamiento
Al ciego Mílton le basta.
  Así yo..... Mas ¡ay! acaso
Me seduce ilusion vana,
Y el triste adios que articulo
Será eterno, ¡lira amada!
  Navega en mares revueltos
De mi existencia la barca,
Y acaso en estos instantes
Naufragio atroz la amenaza.....
  Mas vive tú, lira mia;
Toma el curso de las aguas;
Sigue el impulso del viento,
Y escollos y sirtes salva;
  ¡Y la huella armonïosa
Que traces, siguiendo vaya
— Suspendida en limpio cielo —
De cisnes la turba alada!

EL ULTIMO ACENTO DE MI ARPA.

Á MI QUERIDA AMIGA
LA SEÑORITA DOÑA LEOCADIA DE ZAMORA.

Lo siento, ¡oh amiga! mi mente
Ya pliega sus alas,
Marchitas sus galas,
Pasado su Abril.
El tiempo, en su rápido giro,
Se lleva veloces
Mis plácidos goces
De edad juvenil.

No hay ya para mí poesía
De vagos dolores,
De ardientes amores,
De inmenso anhelar.
La luz de mi genio se vela,
Se apaga mi acento,
No admiro, no invento,
No puedo cantar.

Ya mustia la flor de mi vida,
No vierte fragancia;
Su antigua arrogancia
Perdió el corazon.....
Mas ántes que rompa las cuerdas
De mi arpa sonora,
Por tí tiene ahora
Fugaz vibracion.

A tí, mi Leocadia, dedico
Su canto postrero,
Cual leve y sincero
Tributo de amor.
¡Tal vez — como el cisne — mi genio
Dará, en su agonía,
Más dulce armonía,
Sonido mejor!

¡Tal vez — como el sol, que en ocaso
Más bello parece —
La voz que enmudece
Más grata será!
Yo al viento de otoño la entrego,
Cual la hoja caida,
Que en su ala mecida,
Volando se va.

¡Del Tínima esbelta ondina!
¡Rosa del Trópico ardiente!
¡Pura estrella de Occidente!
¡Sirena hermosa del mar!
¡Yo quiero mostrarte mi afecto ferviente!
¡Yo quiero en mis versos tu gloria fijar!

Cuando parte de tus ojos
Un rayo de amor divino,
Que el sol se corre, imagino,
De no poderlo imitar:
¡Asi será siempre tu fausto destino,
A cuanto más brille vencer y eclipsar!

Cuando exhalas de tus lábios
Los dulcísonos acentos,
Fuentes, aves, mares, vientos,
Se suspenden á la par;
Que no hay en natura tan varios concentos
Como esos que sabes tu sola formar.

La noche envidia la sombra
De tu profusa melena;
Más que la luna serena
Se ve — bajo ella brillar —
Con mágico encanto tu frente morena,
Que régia corona merece llevar.

Donde se graban tus huellas
Brotan rosas y alhelíes;
En el lugar donde ries
Va la aurora á despertar,
Y aljófares muestras, partiendo rubíes,
Que nunca sus perlas podrán igualar.

¿Quién te excede en donosura?
¿Quién te copia en gallardía.....?
¡En la Grecia se alzaria
Para tu culto un altar,
Y en tí más sublime deidad gozaria
Que aquella nacida del seno del mar!

Mas hoy, que humilla al Olimpo
Divinidad soberana,
De los ángeles hermana
Te puede el cielo llamar,
Y el mundo te aclama beldad sobrehumana,
Que huella la tierra, queriéndola honrar.

El genio anima tu mente;
La virtud rige tu alma;
Por èso pasion y calma
Unidas sueles mostrar;
Y llevas doquiera del triunfo la palma,
Y puedes modesta tu gloria olvidar.

¡Rosa del Trópico ardiente!
¡Del Tínima esbelta ondina!
¡Quisiera tu voz divina
Para poderte ensalzar;
Pues siento la mia turbada y mezquina,
Y sólo en silencio te debo admirar!

Mas si algun eco del arpa,
Que hoy á romper me decido,
Logra vencer al olvido,
Y al voraz tiempo burlar,
A par de mi nombre, tu nombre querido
Por siglos futuros se oirá resonar.

¡Que yo gozosa proclamo
Que — bajo de humano velo —
Un ángel mora en el suelo
Para mis penas templar,
Y haré que la fama lo extienda en su vuelo
Por cuanto el sol mira y abarca la mar!

NOTA. Hasta aquí llegan las composiciones poéticas que comprendia la segunda parte del volúmen dado á luz por la autora en los primeros dias del año de 1851. Todas las siguientes son posteriores, é inéditas la mayor parte.

Á LA CORONACION

DEL ILUSTRE POETA

EXCMO. SR. D. MANUEL JOSÉ QUINTANA (1).

ODA.

Allá en el centro de la hermosa Antilla,
Que oye bramar al golfo Mejicano,
—Perla que á la corona de Castilla
Aun rinde el mundo de Colon ufano;—
Allá donde es eterna
De los bosques la plácida verdura,
Y el cielo tropical su luz derrama;
En los albores de mi infancia tierna,
Por la alígera fama
Llegóme un canto de inmortal dulzura,
Y despertó mi mente
La insólita armonía
Que de tus hados el rigor gemia,
¡ Vírgen del mundo, América inocente! (2).

---

(1) Esta composicion fué leida por su autora al acabar S. M. la Reina de ceñir el áureo laurel—tributado por un pueblo—al venerable anciano, decano de las letras y amigo muy querido de la señora de Avellaneda.

(2) Todos los versos en letra cursiva son del señor Quintana, en las composiciones á que alude la autora.

Cual eléctrica chispa,
Súbito entónces de entusiasmo el fuego
Brotó en el alma estremecida, en tanto
Que del númen los ecos resonantes,
Con poderoso encanto
Evocaban allí triunfos brillantes
De la virtud y el genio.—Vi á *Padilla*,
Víctima ilustre de grandiosa empresa,
Su sangre sin mancilla
Vertiendo en aras de la patria opresa:
A *Guzman* sobrehumano,
Sordo al clamor de su paterno seno,
Lanzando al agareno
La cuchilla fatal con firme mano.....
Y allá, del mar entre revueltas olas,
—Cuyo bramido apaga
Del hueco bronce el retumbante trueno,—
Vi aparecer luctuoso
De *Trafalgar* el memorable dia,
Que—á despecho del hado riguroso—
Dió nuevos timbres al valor hispano.
Tú eternizaste ¡oh noble poesía!
Los puros nombres que la Parca en vano
Borró del libro de la vida frágil;
Y ante mi absorta mente
Pasando aquellas sombras,
Que al eco de tu acento omnipotente
La helada noche del sepulcro hendian
Para aclamar las glorias españolas,
Más bellas y más grandes parecian
Ciñendo tus fulgentes auréolas.

Tal es el poderío
De tu magia feliz. ¿Qué se le niega
Al estro crëador?—*La Italia ciega*
Da á Galileo un calabozo impío,
Miéntras el globo sin cesar navega
Por el piélago inmenso del vacío;
Mas la verdad con nuevos resplandores
Brilla á tu voz, y alcanza tu elocuencia

Que nueva admiracion, nuevos loores,
Doquier conquiste la triunfante ciencia.

Así tambien con portentoso invento
Gutemberg se alza á dilatar la esfera
Del almo pensamiento,
Y la verdad — con rápida carrera —
En ecos mil por el inmenso mundo
Derrama su esplendor vivo y fecundo;
Miéntras tu acento — que el espacio hiende,
Cantando la victoria
Que tu poder extiende —
Del padre de la prensa nueva gloria
Presta al ilustre nombre;
Por la Iberia asombrada,
Con majestad no usada
Difundiendo veloz — *¡ Libre es el hombre!*

Mas ¿qué altas vibraciones
Rasgan los aires, demandando al orbe
Alabanza mayor, mayor trofeo?
¡ Escuchad!..... ¡ escuchad!..... Sus graves sones
Torna á exhalar la lira de Tirteo,
Y con voz poderosa
El bardo que la agita entre sus manos,
Haciendo en torno ensordecer la sierra,
Dilata por los campos castellanos
Los ecos de la gloria y de la guerra.
¡ Los oye el español! — Del triunfal carro
En que á la Europa absorta recorria
La exicial tiranía,
Para el empuje su teson bizarro.....
Del nuevo César se desmiente el sino;
El sol de Jena y de Austerlitz se empaña;
Y con brillo mayor ostenta España
Su cetro de oro y su blason divino.

De aquel lauro esplendente ¡ oh poesía!
Tú te adornas tambien: tú despertaste
Aquel esfuerzo incontrastable y bello,

Y de la sacra libertad cantaste
La nueva aurora á su primer destello.
¡Honor, gloria, ventura á los ministros
De tu culto inmortal! ¡Ellos conservan
Y avivan sin cesar el fuego santo
Del entusiasmo, engendrador de héroes!
¡Ellos en tonos de su augusto canto
—Que á cien generaciones electrizan—
A la par dando la leccion y el premio,
Las virtudes que enseñan eternizan!

Pero ¡oh mengua! ¡oh dolor!..... Alzarse veo
—Al traves de los siglos—
Al ciego ilustre que alumbró la noche
De los tiempos antiguos. Pudo Orfeo,
De su lira al sonido
Conmoviendo los dioses infernales,
Del Orco arrebatar su bien perdido;
Y Homero con sus cantos inmortales
—Que el universo acata,—
El mendigado pan arranca apénas
De cien ciudades de su gloria llenas.....
¡Baldon eterno para Grecia ingrata!
¡Y tú, clásica Italia; tú, fecunda
E injusta madre de preclaros genios!
Tú de Grecia tambien el baldon partes;
Aunque el brillo te inunda
Que al culto debes de las nobles artes.
¿Por qué de Ovidio la ignorada tumba
Dejaste abrir al sármata grosero,
Miéntras su nombre con orgullo aclamas?
¿Por qué—miéntras retumba
Del épico clarin el són guerrero,
Que eternizó de Godofredo al bardo,—
Aun muestras al viajero
El calabozo en que gimió cautivo,
Y en su temprana huesa el laurel tardo?

Y ¿qué me dices tú, sombra ceñuda,
Que con doble corona

—De vate y adalid— te elevas muda
Ante mi mente conturbada?..... ¡Oh Dante!
¡Oh heroe del pensamiento,
Cuyo mágico aliento
Daba vida á la muerte! Tu pujante,
Profundo genio,— que con alto impulso
Republicano espíritu agitaba,—
De la opresion en el pesar interno,
Y del largo ostracismo en los horrores,
Tomó tal vez los lúgubres colores
Con que atrevido retrató el infierno.

¡Siempre injusticia! ¡Siempre
Siendo la gloria de infortunio prenda,
Y el genio infausto guía
Que al altar del dolor lleva en ofrenda
Las coronadas víctimas! —¡Camoens!
¡Luis de Leon!..... ¡Cervántes!.....—Tente, ¡musa!
Que ya la voz rehusa
Tus timbres proclamar: mi ánima, opresa
De congojosa ira,
El canto triunfador de escuchar cesa;
Y la armónica lira
— Que heroicos hechos ensalzó valiente—
Sólo me hace entender, en són doliente,
¡Todo á humillar la humanidad conspira!

¡Todo la humilla! ¡sí! Pero ¿qué anuncia
El vítor popular, que el aire atruena,
Y en ecos jubilosos
De Madrid por los ámbitos resuena?
¿Por qué del sol los rayos luminosos
Saludan todos con alegre grito,
Y en cada frente leo
El entusiasmo generoso escrito?
¡Miradlo!..... ¡Él es!..... ¡El vate soberano
De Padilla y Guzman! ¡El gran patricio
Que—pronto siempre al noble sacrificio,
Y nunca siervo de poder tirano,—
De vil lisonja y de ambicion ajeno,

Dar supo al pueblo hispano,
— Que hoy le ciñe la frente encanecida
Con el laurel, emblema de victoria,—
Modelo de virtudes en su vida,
Y en su canto inmortal perpétua gloria.

¡Miradle!..... ¡Él es!..... Su nombre venerado
La muchedumbre ufana victorea,
Y en el recinto augusto del Senado,
— Santuario de las leyes,—
La esclarecida nieta de cien reyes
— A quien su córte espléndida rodea —
Con noble orgullo, que su faz pregona,
Al bardo nacional leda corona.

¡Oh ilustres campeones
Del pensamiento, que en pasados siglos
Bienes sembrasteis, recogiendo afrentas!
¡Romped la losa de la tumba fria!
¡Rompedla, y ved regenerado el suelo,
Y al genio de la excelsa poesía
En campo inmenso remontar su vuelo,
Hoy, que luce en el cielo
De alta justicia el suspirado dia!

A UNA JOVEN MADRE

EN LA PÉRDIDA DE SU HIJO.

¿Por qué lloras ¡oh Emilia! con dolor tanto?
—¡Ay! he perdido al ángel que era mi encanto.....
Ni áun leves huellas
Dejaron en el mundo sus plantas bellas.

—Te engañas, jóven madre; templa tu duelo;
Que ese ángel—aunque libre remonta el vuelo—
Te sigue amante
Doquiera que dirijas tu paso errante.

¿No admiras, cuando baña la tibia esfera
Del alba sonrosada la luz primera,
Con qué armonía
Cielo y tierra saludan al nuevo dia?

Pues sabe, jóven madre, que cada aurora
Por las manos de un ángel su faz colora,
Y aquel concento
Se lo enseña á natura su dulce acento.

Cuando del sol el rayo postrero espira,
¿No escuchas un suspiro que en torno gira,
Y un soplo leve
No acaricia tu rostro, tus rizos mueve?.....

Pues dicen, jóven madre, que en cada tarde
Hay un ángel que el rayo postrero guarde;
Y es su sonrisa
La que te llega en alas de fresca brisa.

En el silencio grave de la alta noche,
Cuando la luna oculta su lento coche,
¿Ves blanca estrella
Que trémula en tu frente su luz destella?

Pues oye, jóven madre: las almas puras
Viajan por esos astros de las alturas;
Y es su mirada
La que á halagarte llega dulce y callada.

Aun ora, que me escuchas, ¿pierde tu oido
Cierto eco misterioso, que al mio unido,
Vierte en tu alma
Bálsamo delicioso, que su afan calma?.....

Pues mira, jóven madre, dolor tan rudo
Sólo un ángel celeste consolar pudo,
Y oigo al que dice:
«No llores más, no llores..... yo soy felice!»

EL CANTO DE ALTABISCAR [1].

Súbito se alza un grito en las montañas
De los valientes *euskaldunes* (2). Presta
Todo su oido el bravo *echeco-jauna* (3),
Que de su noble hogar guarda la puerta.
—¡Qué es eso! exclama— y se levanta al punto
Su perro fiel, irguiendo las orejas.
¡Escuchad! ¡Escuchad cuál sus ladridos
De Altabiscár en derredor resuenan!.....
Pero un ruido mayor, más espantoso,
Parte veloz de lo alto de Ibañeta,
Y va, de monte en monte retumbando,
A ensordecer las solitarias crestas.
¡Es la voz de un ejército que avanza!
Otras mil, otras mil responden fieras,
Del ronco cuerno al áspero sonido,
Entre montes peñascos y malezas.
¡Los nuestros son! — El bravo echeco-jauna
Salta blandiendo la acerada flecha.
—¡Con él todos!..... ¡Mirad! Sobre esas cimas
Móvil bosque de lanzas centellea,

---

(1) Este canto anónimo sobre el paso de Roncesvalles, que presenta todo el carácter de ser contemporáneo al hecho que refiere, prueba que el país Vasco tuvo también su Osian. La traductora ha procurado conservar su agreste y dramática belleza á tan notable poesía, que recuerda la escandinava, y en su concepto nada tiene que envidiar á los mejores cantos de los scaldas.
(2) Vascongados.
(3) Señor de casa solariega.

Y en medio, sus colores ostentando,
Majestuosas undulan las banderas.
¡Oh!..... ¡qué bajan!.... ¡qué vienen!..... ¡qué desfilan,
Cual lobos á caer sobre su presa!.....
¡Qué guerrero tropel!..... ¡Cuéntalos, mozo!
—Diez..... quince..... veinte..... veinticinco..... treinta.....
¡Y otros tantos!..... ¡y cien!..... Se pierde el número,
Porque son más, señor, que las arenas.
—¿Qué importa? Venid todos, ¡euskaldunes!
De cuajo arrancarémos estas peñas,
Y sobre el vil enjambre de enemigos
Las lanzarán nuestras nervudas diestras.
¿Qué vienen á buscar á nuestros montes
Esos hijos del Norte, en són de guerra?
¿Entre ellos y nosotros puso en balde
El mismo Dios una muralla eterna?
¡Caiga sobre ellos, caiga desplomado
Todo este monte, piedra sobre piedra!
¡A una todos!..... ¡Así!—Se anubla el aire;
La tierra cruje; los peñascos ruedan;
Ginetes y caballos confundidos
Con sus despojos los breñales siembran;
Y palpitan las carnes aplastadas,
Chorros brotando, que en el suelo humean.
¡Cuántos huesos molidos!..... ¡Cuánta sangre,
En la que el sol medroso reverbera!.....
—¡Huid, si áun podeis, reliquias miserables!
El que áun tiene bridon, métale espuelas,
Y corra como ciervo perseguido
El que áun conserve para hacerlo fuerzas.
¡Huye con tu pendon, rey Carlo-Magno,
Que el rico manto entre las zarzas dejas,
Miéntras el viento en remolinos barre
De tu casco rëal las plumas negras!
¿Qué aguardas? ¿A quién buscas?..... Tu sobrino,
El que rival no tuvo en la pelea,
Tu famoso Roldan, bravo entre bravos,
¡Allí tendido entre los muertos queda!
Ya huyen veloces, ¡euskaldunes!..... ¡Huyen!.....
¿Dó sus lanzas están? ¿Dó sus enseñas?.....

¡Cuál huyen!..... ¡Oh! ¡Cuál huyen!..... ¡Cuenta, mozo!
¿Cuántos los vivos son que áun aquí restan?
¿Veinte?... ¿quince?... ¿diez?... ¿ocho?... ¿siete?... ¿cinco?...
—No, señor.—¿Cuatro?..... ¿dos?.....—¡Ni uno siquiera!
Todo acabó.—Valiente echeco-jauna,
Llama á tu perro; vuelve do te esperan
Los tiernos hijos, la querida esposa,
Y en tu cuerno de buey guarda las flechas;
Que ya en el campo, herencia de tus padres,
Puedes dormir tranquilo sobre de ellas.
¡Pronto la noche tenderá su manto,
Y acudiendo de buitres nube espesa,
Se cebarán en carnes machacadas,
Esparciendo las blancas osamentas,
Que en polvo convertidas por los siglos
Darán abono á nuestra agreste tierra!

ALFONSO EL SABIO (1).

I.

Del grande imperio de Augusto
Restaba un cadáver solo,
Del que ensañadas facciones
Se disputaban los trozos;
Y el de Oriente empobrecido,
Desmembrado de mil modos,
En convulsiones de muerte
Su fin anunciaba próximo.
La Francia tras luengas luchas
Aun no alcanzaba reposo,
Y toda Europa seguia
Presa del vértigo loco
Que á sepultar la arrastraba
En el Asia — un siglo y otro —
Con esperanzas brillantes
Sus soldados y tesoros.

---

(1) Esta biografía en romance, con los asonantes de *Alfonso el Sabio*, fué escrita por encargo hecho á la autora y para formar parte de un nuevo romancero que pensaron publicar varios autores distinguidos, compendiando la historia de los varones célebres de España en los pasados tiempos. La indicada obra no llegó á darse á luz; pero la composicion presente, leida por su autora en una sociedad literaria, le valió la honra de recibir de manos del elocuente orador D. Emilio Castelar, á nombre de la ilustrada juventud madrileña, una corona de laurel, acompañada de las más lisonjeras felicitaciones.

La ignorancia con la guerra
Doquier reinando en consorcio,
Ciencias y letras quedaban
En orfandad y abandono,
Dando en medio de aquel cáos,
— De desventura por colmo —
La *ergotizante* escolástica
Crepúsculos nebulosos.
Tal era la faz del mundo
Cuando de España en el trono
Brilló el varon eminente
Que fué de su siglo asombro.
Fruto anhelado y querido
De un augusto matrimonio
— Que de Alemania y Castilla
Cumplió los férvidos votos,—
Tuvo por madre á Beatriz,
Flor del germánico tronco,
Y por padre al santo rey
Que áun es de España custodio.
Tuvo por patria á Toledo,
Y por nombre aquel sonoro
Que ya unido se encontraba
—En nuestros fastos gloriosos —
Con los epítetos *Grande*,
Casto, *Valiente*, *Católico*.....
Y que el de *Sabio* tambien
Mereció con gloria pronto.
Tuvo por dotes del cielo,
Claro ingenio, juicio sólido,
Carácter grave y benigno,
Simpático y noble rostro.
Mostróse desde la infancia
Reflexivo, serio, probo;
Incansable en el estudio;
En el placer parco y sobrio;
Y asociando á la prudencia
Aliento audaz y brïoso,
Su primer campaña un reino
Dejó á sus piés por despojo.

¡Así lució la alborada
De aquella vida, que absorto
Vió el siglo décimotercio,
Y áun admiramos nosotros!
¡Así en su oriente aquel astro,
—Rasgando negros embozos,—
La luz anunció á Castilla
Que ella esparció por el globo!

II.

Se acercaba á su ruina
El poder que en dia odioso
Del Guadalete á las márgenes
Holló audaz el cetro godo;
Mas, aunque de muerte herido,
Aun era de España oprobio,
Sus más hermosas provincias
Rigiendo el alfanje corvo.
Por eso apénas la carga
Del reino toma en sus hombros,
La espada del gran Pelayo
Desnuda el décimo Alfonso:
Tremola presto en Jerez
Su estandarte victorioso,
Y á Nebrija, Niebla y Arcos
Sujetando en tiempo corto,
Hace huir la media luna
—Por entre sangre y escombros—
Ya para siempre eclipsada,
De aquel vasto territorio.
Mas, aunque lidia cual héroe,
A par cual hábil piloto
Rige la nave del reino
Por entre sirtes y escollos.
Con Aragon firma pactos,
En Navarra extingue enconos,

Y aquí desbarata intrigas,
Y allá sosiega alborotos.
  Previsor y vigilante,
Guerra declarando al ocio,
De todo abuso enemigo,
De toda justicia apoyo,
  ¿Qué se escapa á las miradas
De aquel genio?—Rudo, tosco,
Bárbaro el idioma patrio,
Proscrito estaba del foro,
  De la ciencia y poesía,
Dó el latin reinaba solo.
¡Acude Alfonso! A su acento
Cobra vigor, gracia, adorno,
  Y se ostenta tan brillante,
Tan atrevido y lujoso,
Cual despues llenó dos mundos,
Resonando en ambos polos.
  Pero otra empresa más ardua
Se está agitando en el fondo
De aquella mente sublime,
Que guarda de ciencia acopio.
  No le basta ser modelo
De reyes, padres y esposos,
Al hombre cuya alma inmensa
Lo mide y lo abarca todo:
  No le basta que se admire
Su alta justicia en el sólio,
Su prudencia en los consejos,
Y en los combates su arrojo:
  No le basta de las letras
Ser proclamado patrono,
Padre de la lengua patria,
E inventor de un metro heroico;
  Pues ve sus pueblos regidos
Por un conjunto monstruoso
De *fueros desaguisados* (1),

(1) Palabras del mismo rey en el prólogo del *Fuero real.*

De paz y concierto estorbos;
Y harto sabe que es la *ciencia*
De las leyes, gran tesoro (1),
Que en el dosel explotaron
Justinianos y Teodosios.
Lo sabe, ¡sí! pero encuentra
Bullendo del cetro en torno
Una nobleza potente,
Que el bien comun tiene en poco;
Pues privilegios injustos
Contando cual patrimonio,
De la más útil reforma
Parece temer desdoro.
¿Desmayará el alma egregia,
Y al grave desórden coto
No pondrá, con sábias leyes,
Que hagan cesar el divorcio
De tantos pueblos distintos,
Que en un conjunto inarmónico
Se agitan bajo su cetro,
Sin alcanzar desarrollo?
¡Oh! ¡sí! que es grande la empresa,
Pero áun es más grande Alfonso!.....
¡Vedle preparar los ánimos
Para un inmenso trastorno,
Y despues de estudios sérios,
Despues de largos insomnios,
De Licurgo rival digno,
Dar á España inmortal código!

III.

Sobre ese lauro envidiable
Descansa ya, varon docto,

(1) «La ciencia de las leyes es fuente de justicia»..... (*Ley VIII, Tít. XXXI, Part.* 2.ª)

Que no hay ninguno más justo
Ni más ilustre tampoco.
¡Descansa!—Pero ¿qué anuncian
Los nuevos estudios hondos
A que sin pausa te entregas?
¡Oh! que ya miro á tu soplo,
De las simas del olvido
Surgir los tiempos remotos,
Y enlazados por tu mano
Con eslabones de oro,
Legar á siglos futuros,
—De tu gloria en testimonio,—
De una historia nacional
El monumento grandioso.
¡Y no á España sola; al mundo
Alumbra ese astro, que rotos
Dejando oscuros celajes,
Sus luces derrama pródigo!
¡Veo extenderse sus rayos
Más y más! El vítor oigo
De universal entusiasmo,
Que llena el alma de gozo,
Cuando en medio de una córte
De árabes, caldeos, coptos,
—A los que hermana la ciencia
De España al redor del trono,—
Publicando de los astros
Los movimientos ignotos,
Con las *Tablas Alfonsinas*
Dota al mundo el rey astrónomo.
¡Pueblos que hoy á la cabeza
Marchais de Europa, orgullosos,
Y con desden importuno
De España apartais los ojos!
Volvedlos al siglo trece
Para contemplar atónitos,
Como — en medio de tinieblas
En que os hallabais vosotros—
Ostenta bajo el dosel
De Castilla, un hombre solo,

— A par de la ilustre palma
Del sabio lacedemonio,—
La espada del gran Pelayo,
La áurea pluma de Herodoto,
Y el compas de Tolomeo,
Y el sacro plectro de Apolo.
¡Sí! tambien es gloria tuya
Nuestro rey, ¡castalio coro!
¡Tambien fué dulce poeta
El capitan valeroso,
El legislador profundo,
El literato filósofo,
El matemático insigne,
El coronista famoso!
¡Fué gloria tuya, y tu sello
En su frente reconozco;
Pues sobre ella el infortunio
Tendió su manto de plomo!
Fué gloria tuya, y por eso
— Entre tantos fulgurosos
Resplandores que le cercan,—
Le columbro triste y torvo,
Víctima de ingratitudes,
Blanco de inflexibles odios,
Y faltándole en el mundo,
Excepto su genio..... todo!

IV.

Cual busca con preferencia
Las altas torres el rayo,
Así la desgracia busca
Los hombres extraordinarios.
El genio,—luz misteriosa,
Que alumbra con visos mágicos
Cuanto hay hermoso en la tierra,
Cuanto hay en el alma santo;—

El genio, luz que la vida
Difunde en su inmenso radio,
Y que deja en el trascurso
De siglos brillante rastro.....
En el mortal que lo abriga,
— Del cielo por hondo arcano —
Sólo ilumina desiertos
De un corazon solitario.
Parece que esos fulgores,
Que llenan tiempos y espacios,
Son de tempestad perpétua
Del alma, tristes relámpagos.
Quizás Dios, en su justicia,
No quiso que un sér precario
Alcanzase impunemente
Del mundo el eterno aplauso.
Quizás en la infausta tierra
— Maldita por el pecado —
Como delito la gloria
Debe lavarse con llanto.
Tal fué el destino de Alfonso;
Así su nombre preclaro
Se vió de infortunio acerbo
Por el crisol depurado.
La fama, que aquel gran nombre
Iba doquier divulgando,
Le alcanza una honra eminente
De los príncipes germánicos.
Se vió el Licurgo español,
El Salustio castellano,
Llamado á ser digno dueño
Del dosel de Carlo-Magno:
Mas ¡ay! la ciega fortuna
De su gloria burla el fallo,
Y en mengua de la justicia,
Se agitan furiosos bandos.
No abandona el noble electo,
En tal trance, el suelo patrio,
Donde inquieto bulle el moro,
De su cetro tributario,

Y donde la civil tea
Sustentan genios infaustos.....
¡Mas sostiene su derecho
Con teson por diez y ocho años!.....
Le sostiene como rey;
Le olvida como cristiano;
Pues sin dolor ni flaqueza,
—Cual digno hijo de Fernando,—
A la voz del pastor régio
Del católico rebaño,
Rinde en aras de la paz
Vasto imperio en holocausto.
Mas no, ningun sacrificio
Desarma el rigor del hado.....
La paz por que anhela Alfonso
No ha de volver á halagarlo.
La copa de acíbar llena,
Que ya tocaron sus labios,
No ha romperse en su diestra
Sin que apure el postrer trago.
. . . .
. . . .
Aun corre por sus mejillas
Lloro ardiente, lloro amargo,
Sobre la tumba que encierra
Su primogénito amado,
Y oye ya zumbar en torno
Del huracan los amagos,
Que estalla más impetuoso
Cuanto más quiere aplacarlo.
Ser superior á su siglo
Era el crímen del Rey Sabio,
Y llegaba el triste instante
De comenzar á expiarlo.
La ingratitud, la ambicion,
Celebran odiosos pactos.....
Se arma contra el padre el hijo,
Y contra el rey el vasallo.
¡Se arman, sí, y en junta inicua
De rebeldes y de ingratos,

Le arrancan al noble Alfonso
Con baldon su imperial manto!.....
¡De aquel delito execrable
Guarda la historia el relato,
Mas nunca tú, ¡Poesía!
Con él deslustres tus fastos!

V.

¿Cómo está tan triste y solo
De España el gran soberano,
Que ciñó nueve coronas,
Reyes tuvo por vasallos?.....
¿El que ostentaba por córte,
De todo el globo terráqueo
Los más insignes varones
Que al siglo trece ilustraron?
¿El que la espalda del Bétis
Oprimió con tantas naos,
Que amenazó hacerse dueño
Del áun rebelde Oceano?.....
¡Nada le queda en el mundo!
¡De todo le han despojado!.....
¡Mas no!..... conserva su lira,
Que ostenta inmarchito lauro.
Con ella, en su fiel Sevilla
(Unica ¡ay! que entre el contagio
De general rebelion
Su puro honor guarda intacto);
Con ella, en *fabla* doliente,
Se queja del reino insano,
Al que le dió tanta gloria,
Del que sufrió tanto agravio.
En ella — con *mortal grita* —
Levanta sentido canto,
Que atravesando seis siglos
Aun enriquece al Parnaso.

¡Oh España! ¡sí! del poeta
No apagaste el fuego sacro,
Al despojar de su cetro
Al héroe septuagenario.
La estrella de su fortuna
Se apagó, mas nunca el astro
De aquella múltiple gloria,
Que te orna de eternos rayos.
Murió Alfonso maldiciendo
De un mal hijo el nombre infausto;
Mas á tu nombre, en herencia
Dejó sus timbres preclaros.
Sobre el sepulcro en que duerme
De tu injusticia olvidado,
Pasarán generaciones
Su gran memoria acatando;
Y las edades futuras
Y los pueblos más lejános,
Dirán de tí con respeto:
—¡Fué patria de *Alfonso el Sabio!*—

A LOS SEÑORES SOCIOS DE LITERATURA
DEL LICEO DE VALENCIA (1).

A las letras honrais, en cuyas aras
Culto rendis, que vuestro nombre ilustra,
Y en gloria suya enalteceis, galantes,
Pobres ofrendas de su humilde alumna.
Ese entusiasmo — generoso y noble —
Es propio de almas jóvenes y puras;
Propio de la region dichosa y bella
Que de la gaya ciencia fué la cuna.
Sí, de Provenza compartió la gloria
Este suelo feliz, donde áun se escucha
Aquel dialecto armónico y suave,
Que habló primero la cristiana musa.
Ella dos siglos ilustró á la Europa
Desde tranquila y popular tribuna,
Y el eco de sus cánticos áun vaga
Por las orillas plácidas del Turia.
Su inspiracion bebeis en este ambiente
Que en derredor balsámico circula,
Y el sol de los antiguos trovadores
Es ese sol brillante que os alumbra.

---

(1) Estos versos los improvisó su autora, en respuesta á otros varios que en alabanza suya leyeron los poetas valencianos, en una sesion extraordinaria del Liceo, celebrada en su obsequio.

¡Ah! si la mano del dolor tirana
Rompió las cuerdas de mi lira ruda;
Si á vuestra voz ¡oh cisnes edetanos!
Responde sólo mi emocion profunda;
En ella ved la gratitud de un alma
Que no ha podido helar la desventura.....
Y recibid sus votos fraternales
De mi silencio en la elocuencia muda.

A LA SERMA. SRA. INFANTA

DUQUESA DE MONTPENSIER,

LA VÍSPERA DE SU CUMPLEAÑOS, PARA SU ALBUM.

SERENATA.

Miéntras su manto la noche triste
Despliega al soplo del norte frio,
Y ni una yerba los campos viste,
Ni un eco grato cruza el vacío,
Yo, envuelta en sombras —que no desgarra
Ni de un lucero la lumbre pura,—
Llego á tus rejas con mi guitarra,
La luz buscando de tu hermosura.
Yo de la vieja España
Siguiendo el uso,
(Porque de ciencia extraña
Favor rehuso),
Vengo á deshora,
Mi serenata á darte,
Régia señora.

Cantar ufana sabré tu dia,
Magüer me niegue su lira Apolo,
Si Tú, Princesa, me escuchas pía;
Si un eco tuyo me inspira sólo:
Pues sin que estrellas me den destellos,
Sin que me brinden los campos flores,
Cuando á mí vuelvas tus ojos bellos,
Tendré perfumes, tendré esplendores.

Que es fama que al instante
Que tú naciste,
Huyó al ver tu semblante
La niebla triste,
Y en tu sònrisa
De Mayo tuvo Enero
La blanda brisa.

Sí: cuando al mundo te dió el Eterno,
De ilustre enlace por postrer fruto,
—«Con esa estrella, le dijo á invierno,
Desde hoy se aclara tu infausto luto.
La flor que obtienes de mi clemencia,
Dará —en el suelo feliz de España—
De cien virtudes la pura esencia,
Que nunca el tiempo disipa ó daña.
Que al encanto secreto
De tal fragancia,
De San Luis noble nieto
Venga de Francia,
Y en él consorte
Digno de Luisa encuentre
La Ibera córte.

Y en Él las artes tengan patrono,
Que, respetando grandes memorias,
Salve—al ejemplo del patrio trono—
Los monumentos de antiguas glorias.
Luisa su nombre bendecir vea;
Y honra no habiendo que no le cuadre,
La augusta hermana de Isabel sea
De bella prole dichosa madre:
Y ángel del desvalido,
Que penas borre,
Y en el campo florido
Dó el Bétis corre,
Vierta alegría
Como aquel claro cielo
De Andalucía.»

Tal fué el destino que al cielo plugo
Darte en el mundo, ¡oh Infanta hermosa!
Y unida á Antonio por fausto yugo,
Lo ves cumplido, doquier dichosa.
Tal fué la estrella, de encantos llena,
Que alumbró clara tu ebúrnea cuna.....
¡Que siempre brille cual hoy serena,
Jamas nublada por sombra alguna!
Y en los siglos futuros
Sirvan de ejemplo
Los resplandores puros
Que ya contemplo
Dando á tu nombre
La majestad más grande
Que acata el hombre.

Aquestos votos, que en rudos sones
Mi labio humilde gozoso expresa,
Forman millares de corazones,
Donde tu imágen se mira impresa.
Tu aniversario feliz aclama,
Como yo, toda la régia villa,
¡Hoy que á las brumas del Guadarrama
Secreta envidia tendrá Sevilla!
Pues cuando al heredero
Del sólio hispano
Saluda el pueblo entero
Con grito ufano,
La Providencia
Duplica nuestro gozo
Con tu presencia.

EL PESCADOR.

ROMANCE (1).

Reina la noche : mis ojos
Desde una estrecha ventana
Contemplan inmensidades,
Que apénas la mente abarca.
La gran bóveda del cielo,
De estrellas mil recamada,
Matiza su azul oscuro
Con leves nubes de nácar.
La osa brilla ante mi vista,
Y á mi derecha levanta
Con lentitud majestuosa
La luna su frente pálida.
A sus tibios resplandores,
Que argentan del mar las aguas,
Miro elevarse al castillo,
De la ciudad noble guarda.....
¡De la ciudad que dormida
Diviso allá en lontananza,
Do se dibujan sus torres
Como inmóviles fantasmas!

(1) Lo escribió la autora hallándose tomando baños en San Sebastian, donde habitaba una casita cerca del mar.

Se encumbra inmensa á mi izquierda
La cadena de montañas
Que de este hermoso país
Son gigantes atalayas;
Y en cuyas cumbres áun brillan
De nieve lucientes franjas,
Miéntras cubren los castaños
De densa sombra sus faldas.
¡Todo es silencio en la tierra!
¡Todo es en el cielo calma,
Y frescura en el ambiente,
Y soledad por las playas!
A quebrantarse en su arena
— Que ciñen de orlas de plata —
Con monótono rüido
Llegan las olas sin pausa;
Que sólo ellas de la vida
Parece que impulsos guardan,
Cuando en reposo profundo
Naturaleza descansa.
Por todo el líquido llano
Sólo distingo una barca,
Que recogidas las velas
Allá se mece á distancia,
Y á los cándidos albores
— Que entre las brumas la alcanzan, —
Parece cisne viajero
Que pliega al dormir sus alas.
¡Oh! ¡nada más! — Ni un sér miro
Que mi vigilia comparta,
Para admirar de esta noche
La paz, cual solemne, grata.
Pero no; que brillar veo,
Aunque pequeña y lejana,
Desde el blanco caserío
Que entre peñas se destaca,
Una luz..... sí..... Ya se aviva,
Y revela á mis miradas
Que el pescador laborioso
Velando su red prepara.

¡Compañero de mi insomnio,
Yo te saludo!—¡Que plazca
Al Señor darte una pesca
Cual no sueña tu esperanza!
¡Escucha! á la voz del mar
Su voz junta la campana,
Que anuncia que está la noche
Ya á la mitad de su marcha.
¡Al remo pronto! no pierdas
Las horas, que vuelan rápidas,
Miéntras de la brisa al soplo
Se encrespan las olas mansas.
¡Ah! me obedece: sus velas
Ya la barquilla desata,
Y con suspiro armonioso
Acude el viento á llenarlas.
Ya escucho el golpe del remo,
Ya surca la prora el agua,
Y hermoso rastro de espuma
La línea borda que traza.
De pronto al rumor distante
— Que va difundiendo el aura —
Se asocian tonos sencillos,
Mas de una dulzura extraña.
Son agrestes armonías
Del hijo del mar, que canta,
A la vez que el bote vuela
Por la llanura salada,
Buscando el sitio en que el cielo
Le tiene dispuesta carga,
Con que á una pobre familia
Sustento en la aurora traiga.
¡Rema, rema, pescador,
Mi bendicion te acompaña,
La mar su imperio te entrega,
La luna tu senda aclara!
Dormido el mundo, ni un eco
De sus pasiones infaustas
Mi pensamiento conturba,
Ni tu trabajo embaraza;

Y vela — al par de nosotros —
El Señor de cuerpos y almas,
Que ve le sirven tus miembros
Miéntras mi mente le ensalza.

EN LA MUERTE

DEL LAUREADO POETA

SEÑOR DON MANUEL JOSÉ QUINTANA (1).

Cantos de regocijo y de victoria
Nuestras voces alzaron aquel dia
Que régia mortal mano te ceñia
Mezquino lauro de terrestre gloria:

Y hoy que á la voz de tu Hacedor acudes,
A recibir la fúlgida diadema
Que la inmutable Majestad Suprema
Guarda en la eterna patria á las virtudes.....

Hoy nuestra flaca condicion humana
Su aliento en vano á remontar aspira.....
¡No le es dado arrancar, noble Quintana,
Ni un tierno *adios* de la enlutada lira!

Que aunque la *Fe* con resplandor divino
La densa noche del sepulcro alumbre,
Y la *Esperanza* hasta la excelsa cumbre
Vuele, mostrando tu triunfal camino;

---

(1) Estos versos fueron improvisados y recitados por la autora en el cementerio donde se daba sepultura al gran poeta, con cuya amistad se honraba.

Aquí — al mirar tus fúnebres despojos
A la tierra volver — sólo nos queda,
Con tu corona, que la España hereda,
¡Duelo en el corazon..... llanto en los ojos!

AL EXCMO. SR. D. JOAQUIN MARÍA LOPEZ (1).

SONETO.

Grande en el foro, grande en la tribuna,
Modesto en el hogar, dulce en el trato,
Jamas un beneficio olvidó ingrato,
Ni recordó sañudo ofensa alguna.
Igual en triste ó próspera fortuna,
Nunca el poder le envaneció insensato;
Ni un título ostentó con aparato,
Cubriendo el nombre que heredó en la cuna.
Así ese nombre, ¡oh Lopez! que pregona
Con su clarin la voladora fama,
Ciñe de gloria espléndida corona;
Y hoy, que al empíreo el Hacedor te llama,
Ante su trono la virtud le abona,
Y otra más santa para tí reclama.

(1) Este soneto fué escrito para la corona poética que los escritores de Madrid dedicaron á la memoria del distinguido orador, arrebatado á su país por una muerte temprana.

EN EL ALBUM DE P. M. DE T.

Tal vez envidia causando,
La fama, Pilar, pregona
Que ciñes doble corona
De talento y de beldad;
Mas si en ecos de tu lira
Busco yo tu pensamiento,
Mi corazon latir siento
Por simpática piedad.

De un hondo afan devorada,
Por tu patria y por tus hijos,
Siempre están tus ojos fijos
En su ignoto porvenir;
Y así entre alarmas y anhelos
Brota tu pecho ese canto,
Do á veces pienso tu llanto
Y tus plegarias oir.....

Por eso, aunque el mundo aclame
Propicia y fausta tu estrella,
Que ingeniosa, amable y bella,
Te hizo, señora, nacer,
Yo lamento compasiva,
El que—á su influjo sujeta—
Tengas alma de poeta
Con corazon de mujer.

LAS DOS LUCES.

SONETO.

Por designios de amor, grandes, profundos,
Plúgole á Dios dar formas á su idea,
Y encendiendo la luz, al decir *Sea*,
Llenan la inmensidad rayos fecundos.
Para ordenar planetas errabundos,
En cada centro á un sol enseñorea,
Que—repartiendo vida—centellea,
Y en torno lleva, como córte, mundos.
Multiforme, variada en caractéres,
Brota, palpita, y ama y se difunde
La muchedumbre inmensa de los séres;
Mas cuando al hombre el pensamiento infunde,
—«Libre (le dice Dios), racional eres;
¡Marcha, y luz nueva al universo inunde!»

EL ÚLTIMO DIA DEL AÑO (1).

IMITACION DEL PORTUGUES.

Llegas, ¡oh nuevo año! y bien llegado
Si te destina el cielo á ser propicio:
Se va tu antecesor, y por él tiene
La vida un linde más en su camino;
Una hoja más la historia del pasado;
La cadena del tiempo un nuevo anillo.
Huyó otro año veloz..... otro año corre
A hundirse de la nada en los abismos,
Donde le ha de seguir el que comienza,
Cual él incierto y breve y fugitivo.
Aquel grano de arena, imperceptible
En los mares inmensos de los siglos,
Instante de la vida de los pueblos,
Espacio de un mirar del Infinito.....
Aquel año — que es nada para el mundo, —
Casi es la vida del mortal mezquino.....
¡Y un año, un año entero ya reposa
En los helados senos del olvido!
Un año en el lenguaje de los hombres
Sólo indica del tiempo un breve giro;

(1) Esta y las tres siguientes composiciones fueron vertidas al castellano para la *Revista peninsular*, que confió aquel trabajo á la señora de Avellaneda, con objeto de hacer conocido en España al poeta lusitano señor don Augusto Lima.

Pero es de la guirnalda de la vida
—Aun para el jóven, de esperanzas rico,—
Una flor más que desprendida cae,
Una fe más que en humo se deshizo,
Un desengaño más que se recoge,
Un sentimiento más que se ha perdido,
Un trago más del néctar ponzoñoso,
Un paso más hácia el sepulcro frio.

Es media noche: la postrera hora
Del año moribundo,
Que — con tristes rüinas que atesora —
Va á hundirse del pasado en lo profundo.
Es media noche: la hora consagrada
Al placer y al amor..... ¡Ay! que siquiera
Hoy—que al volar callada
Nos precipita en brazos de otra era—
La sepa aprovechar el pensamiento.
Mas ¡cuál huye veloz! ¡Cuán vanamente
Quiere asirla la mente,
Y en ella meditar!—Llegó el momento
Rápido, indefinible, do se juntan
—En el seno infinito de los tiempos—
El año agonizante y el naciente.....
Y en aquel punto—que á medir no alcanza
Ni el pensamiento mismo—
Paréceme que miro sus dos astros,
Surgiendo el uno de apacible oriente
Con luces de esperanza;
Rodando el otro á tenebroso abismo,
Y dejando doquier fúnebres rastros.

Es solemne este momento:
Pensad, mortales, pensad;
Que más rápidas que un año
¡Cuántas vidas pasarán!.....
¿No sentis dentro del alma
Profundo acento gritar:
«Con esos años que vuelan,
Vosotros tambien os vais»?

Efímera, cual las flores,
Es la existencia fugaz.....
Sigue á un año el otro año,
Y una edad sigue á otra edad.....
Las ciudades, los imperios
Se traga el tiempo voraz,
Y hombres y generaciones
Se suceden sin cesar.
Naturaleza y el mundo
Tambien término tendrán;
Porque al tiempo encierra un límite,
Y es de Dios la eternidad.
En tan solemne momento
Pensad, mortales, pensad;
Que más rápidas que un año,
¡Cuántas vidas pasarán!
De nuestra carrera breve
Más próximo el fin está.....
Descansemos un instante,
Volviendo la vista atras;
Que al porvenir, por doquiera
Veo altares levantar,
¡Cuando sólo lo pasado
Nos pertenece quizás!
Con cipres, y no con rosas,
Vuestras frentes coronad;
Que no hay nadie que no tenga
Recuerdos ¡ay! que llorar.
Es un instante solemne.....
Orad, mortales, orad;
Porque en las alas del tiempo
Nuestra existencia se va.

A LA VENTURA.

IMITACION DEL PORTUGUES.

¡Ventura, ídolo esquivo, que te escondes
De quien con más ardor hallarte espera!
¡Ventura, eco cruel, que no respondes
Sino para decir *error*, *quimera!*

¿Dónde estás? ¿Cómo existes? ¿Quién te alcanza?
¿Cuál es tu patria y sér deslumbrador?
¿Te crearon para luz de la esperanza,
O para burla eterna del dolor?.....

Tú, de la humana vida astro fulgente,
¿Te habrás de deshacer en sueños vanos,
O flor nacida en vórtice rugiente,
No te pueden tocar mortales manos?

Norte—en busca del cual el mundo gira,
Siempre encerrado en órbita fatal,—
¿Serás ¡Ventura! sólo una mentira,
Como todo en la tierra..... excepto el mal?

¡Arcano, al par que seductor profundo!
¿Serás de cada siglo y cada sér
Intrincado problema impuesto al mundo,
Y que el mundo no puede resolver?

EN UN ALBUM.

IMITACION DEL PORTUGUES.

Es ¡oh jóven! nuestra vida
Como ese cielo inconstante,
Que ves en rápido instante
Mudar de aspecto y color;

Pues ya fulgente ilumina
Y esmalta el campo florido,
Ya de tinieblas vestido
Lanza el rayo destructor.

Es como el mar que suspira
De amor, en calma serena,
Su frágil dique de arena
Llegando humilde á besar;

Mas de repente, agitado
Por huracan poderoso,
Se encrespa, brama, y furioso
Parece al cielo escalar.

Es cual fruto cuyo aspecto
Nuestro apetito provoca,
Mas del que guarda la boca
Largo dejo de amargor.

Es cual la rosa preciada,
Que entre sus hojas fragantes
Oculta espinas punzantes,
Más durables que su olor.

¡Ah! para tí ¡beldad pura!
Nunca el mar tenga furor,
Nunca el cielo nube oscura,
Ni el bello fruto amargura,
Ni oculta espina la flor.

PAISAJE GUIPUZCOANO.

IMPROVISACION (1).

Suspende, mi caro amigo,
Tus pasos por un instante:
No está la ermita distante,
Y apénas las cinco son.
Vén á admirar—bajo el toldo
De aquellos verdes ramajes—
Los pintorescos paisajes
De esta encantada region.

Mira á tus piés ese rio,
Cuyas herbosas orillas
Millones de florecillas
Cubren, difundiendo olor;
Y desde el borde escarpado
Oye las mansas corrientes
Deslizarse trasparentes
Con soñoliento rumor.

Hileras de álamos blancos,
Que el hondo cauce sombrean,
Sus altas copas cimbrean
Del viento al soplo fugaz;

(1) Esta composicion fué hecha por la autora yendo á visitar, á pié, con su marido, la ermita de Nuestra Señora de la Esperanza, en Uribarri, desde los baños de Santa Agueda.

Miéntras pescan silenciosos,
Con luengas cañas y anzuelos,
Dos vigorosos chicuelos
De viva y morena faz.

Mira en torno cuál se extienden
Cuadros de trigos dorados,
Por ricas franjas cortados
De verde-oscuro maíz;
Y esos tan varios helechos
—Fieles hijos de las sombras—
Que prestan al bosque alfombras
De primoroso matiz.

¿Ves allá los caseríos
—Que siembran el valle á trechos—
Levantar sus rojos techos
De entre el verde castañar?
¿Ves cuál visten sus paredes
De parra lindos festones,
Y cómo van los gorriones
Sus racimos á picar?

Mas que ya las chimeneas
Despiden humo, repara,
Anunciando se prepara
La cena del segador;
Y á las vacas lentamente
Mira bajar de esos cerros,
Llamando con sus cencerros
Al perezoso pastor.

Mas ¡oh! ¡ve! tambien desciende,
Saltando por entre breñas,
Turba de niñas risueñas
Que acá parece venir.
Sí; no hay duda: ramilletes
Nos ofrecen con empeño.....
¿Comprendes tú, caro dueño,
Lo que nos quieren decir?

¡Ah! sabe que esos perfumes,
Que rinden cual homenaje,
Sólo son mudo lenguaje
De un triste y constante afan;
Pues — con rara poesía —
El mendigo guipuzcoano,
Cubre de flores la mano
Que tiende pidiendo pan.

Acepta al punto, ¡querido!
¿Quién hay que negarse pueda
Á cambiar una moneda
Por cada hermoso clavel?
Venid, niñas, cada tarde;
Yo en el trueque me intereso,
Y si al ramo unis un beso
Garante os salgo de él.

¡Pero no entienden!..... ¡Se alejan!
Mira por esos barrancos
Saltar, desnudos y blancos,
Sus breves y lindos piés.....
Se detienen, se sonrien
Viendo en mi pecho sus ramos,
Y ligeras como gamos
Desaparecen despues.

Miéntras tanto las montañas
Sus picachos desiguales
Van envolviendo en cendales
De gualda, azul y arrebol,
Y en su carro majestuoso
— Surcando el tibio occidente —
Hunde á su espalda la frente,
Cansado de vida, el sol.

A su postrera mirada
Y á su postrera sonrisa,
Suspiros vuelve la brisa,
Perfumes vuelve la flor,

Y llanto puro los cielos
Vierten en el valle umbrío,
Que lo convierte en rocío
De delicioso frescor.

¡Oh! ¡mira! ya por las faldas,
Que cubren altos castaños,
Bajando van los rebaños
Para acogerse al redil.....
Ya los niños sus anzuelos
Han recogido y su pesca,
Y se van armando gresca
Con regocijo infantil.

Ya con alegre aleteo
Buscan las aves el nido.....
¡Marchemos pronto, querido,
La Vírgen á visitar,
Y estas flores—que nos dieron
La desgracia y la inocencia—
Llevemos á su presencia
Y ofrezcamos en su altar!

La Vírgen de la Esperanza
No desdeña pobres dones;
Antes bien dos bendiciones
Volverá por cada flor.....
¡Vén! la luna, que allí asoma,
Cuando el regreso se emprenda
Esmaltará nuestra senda
Con placidísimo albor.

AL ARBOL DE GUERNICA.

Tus cuerdas de oro en vibracion sonora
Vuelve á agitar, ¡oh lira!
Que en este ambiente, que aromado gira,
Su inercia sacudiendo abrumadora
La mente creadora,
De nuevo el fuego de entusiasmo aspira.

¡Me hallo en Guernica! Ese árbol que contemplo,
Padron es de alta gloria.....
De un pueblo ilustre interesante historia....
De augusta liberdad sencillo templo,
Que — al mundo dando ejemplo —
Del patrio amor consagra la memoria.

Piérdese en noche de las tiempos densa
Su orígen venerable;
Mas ¿qué siglo evocar que no nos hable
De hechos ligados á su vida inmensa,
Que en sí sola condensa
La de una raza antigua é indomable?.....

Se trasforman doquier las sociedades;
Pasan generaciones;
Caducan leyes; húndense naciones.....
Y el árbol de las vascas libertades
A futuras edades
Trasmite fiel sus santas tradiciones.

Siempre inmutables son, bajo este cielo,
Costumbres, ley, idioma.....
¡Las invencibles águilas de Roma
Aquí abatieron su atrevido vuelo,
Y aquí luctuoso velo
Cubrió la media luna de Mahoma!

Nunca abrigaron mercenarias greyes
Las ramas seculares,
Que á Vizcaya cobijan tutelares;
Y á cuya sombra poderosos reyes
Democráticas leyes
Juraban ante jueces populares.

¡Salve, roble inmortal! Cuando te nombra
Respetuoso mi acento,
Y en tí se fija ufano el pensamiento,
Me parece crecer bajo tu sombra,
Y en tu florida alfombra
Con lícita altivez la planta asiento.

¡Salve! ¡La humana dignidad se encumbra
En esta tierra noble
Que tú proteges, perdurable roble,
Que el sol sereno de Vizcaya alumbra,
Y do el Cosnoaga inmoble
Llega á tus piés en colosal penumbra!

¿En dónde hallar un corazon tan frio,
Que á tu aspecto no lata,
Sintiendo que se enciende y se dilata?
¿Quién de tu nombre ignora el poderío,
O en su desden impío,
Tu vejez santa con amor no acata?

Allá desde el retiro silencioso
Donde del hombre huia
—Al par que sus derechos defendia,—
Del de Ginebra pensador fogoso,
Con vuelo poderoso
Llegaba á tí la inquieta fantasía;

Y arrebatado en entusiasmo ardiente,
—Pues nunca helarlo pudo
De injusta suerte el ímpetu sañudo,—
Postró á tu austera majestad la frente
Y en página elocuente
Supo dejarte un inmortal saludo.

La Convencion Francesa, de su seno
Ve á un tribuno afamado
Levantarse de súbito, inspirado,
A bendecirte, de emociones lleno.....
Y del aplauso al trueno
Retiembla al punto el arteson dorado.

Lo antigua que es la libertad proclamas.....
—¡Tú eres su monumento!—
Por eso cuando agita raudo viento
La secular belleza de tus ramas,
Pienso que en mí derramas
De aquel genio divino el ígneo aliento.

Cual signo suyo mi alma te venera,
Y cuando aquí me humillo
De tu vejez ante el eterno brillo,
Recuerdo, roble augusto, que doquiera
Que el númen sacro impera,
Un árbol es su símbolo sencillo.

Mas ¡ah! ¡silencio!..... El sol desaparece
Tras la cumbre vecina,
Que va envolviendo pálida neblina.....
Se enluta el cielo..... el aire se adormece.....
Tu sombra crece y crece.....
¡Y sola aquí tu majestad domina!

EN EL ALBUM
DE LA
SEÑORITA DOÑA ALBINA DE TRESSERRA,
EN VÍSPERAS DE SU MATRIMONIO CON EL GENERAL DULCE, MARQUÉS DE CASTELL-FLORITE.

ROMANCE.

En tu Album mi humilde nombre
Quieres ¡oh Vírgen! que escriba,
Y de tu anhelo obsequioso
Mi corazon participa;
Pues á más de placer grande,
Es honra, que en mucho estima,
El ofrecerte un recuerdo
De sus tiernas simpatías;
Y de estas plácidas horas
Pasadas con tu familia.....
Que — cual todas las venturas —
Miro volar fugitivas.
Él quiere, sí, que á tu oido
— Si no halagüeña armonía —
Lleven los sencillos sones
De mi destemplada lira
Los ecos de un noble afecto,
Los votos de un alma amiga,
Y el homenaje que debe
Al mérito la justicia.
Mas no temas, no, que envuelta
Vaya la lisonja indigna

En los sentidos acentos
Que la amistad te dedica.
  No temas que á tus virtudes
Vulgares elogios rinda,
Olvidando la primera,
Que es tu modestia exquisita;
  Ó que importune al Parnaso
Para alcanzar dulces rimas,
Y hacer de tus gracias todas
Interminable revista.
  Ni ¿qué decirte pudiera,
Que logre agradarte, Albina?
¿Que eres amada? Lo sabes.
¿Que eres hermosa? Lo olvidas.
  Te diré sólo que el cielo,
(Que, segun el Sabio afirma,
Guarda para el varon justo
Por premio la esposa digna),
  El cielo entre mil te escoge
Para ser de ilustre vida
La recompensa preciosa
Que el malo en balde codicia.
  Un corazon que no cabe
En nuestra época mezquina.....
Un corazon que recuerda
Las virtudes primitivas,
  Rendido veo á tus plantas
De tí aguardando su dicha,
Y al dársela tú perfecta,
Verás la tuya cumplida.
  No irán, no, las mustias flores
De mi agreste poesía
Á enlazarse á la guirnalda
Que ya te está provenida;
  Mas deja, vírgen amable,
Que mi voz salude el dia
En que serás tierna esposa,
Cual eres hoy tierna hija.
  Deja que al altar los votos
De mi alma al ménos te sigan;

Que un aplauso te tribute;
Que un pláceme te dirija;
  Y que al ver cuál en la frente
Del bravo guerrero brilla
De un amor profundo y casto
La pura y santa alegría,
  Y al comprender cuán dichoso
Será contigo, ¡oh Albina!
Yo — que como á hermano le amo,—
Como á su ángel te bendiga.

GRANDEZA DE DIOS
EN SÍ MISMO Y EN SUS OBRAS.

IMITACION DEL SALMO 103.

¡Bendice, oh alma mía,
Bendice de tu Dios la omnipotencia,
Y difunde con ecos de alegría
Su sábia providencia!
Es ¡oh Señor! la inmensidad tu asiento;
La luz tu vestidura;
Tarima de tus piés el firmamento;
De tu querer el universo hechura.
Las brillantes estrellas
Son de tus pasos luminosas huellas;
Tus ministros los fúlgidos querubes;
Tus agentes los puros elementos;
Tus carrozas las nubes;
Tus corceles los vientos.

Tu mano abrió las puertas de la aurora;
Tu dedo al sol le señaló carrera;
Haciendo que su luz germinadora
La vida difundiera.....
Y al eco de tu acento sacrosanto,
La noche triste y grave
Acudió envuelta en majestuoso manto,
Brindando al mundo con su paz süave.

Mandaste al mar que *fuera*,
Y el mar se alzó rugiente,
Cual si á los astros apagar quisiera;
Mas allí do tu diestra omnipotente
De humilde arena le trazó barrera,
Allí rompe los ímpetus pujantes,
Y con ronco gemir rinde obediente
Sus olas espumantes.

Por la ecuórea llanura
Nadan seres sin cuento,
Que hallan albergues en su sima oscura,
Y en sus salobres ondas alimento;
Miéntras la surca lento,
Alzando — al resollar — chorros de espumas,
El gran monstruo marino
Que reina entre las olas y las brumas;
Y naves arrogantes
Tendiendo al aire su turgente lino,
Para playas distantes
Se abren entre ellas líquido camino.

Tú alzaste las montañas;
Tú extendiste los llanos;
Tú henchiste de la tierra las entrañas
Con preciosos metales.....
Tú la cubriste de árboles lozanos;
Plantas medicinales;
Salutíferas yerbas — que sustentan
Á brutos numerosos; —
Flores fragantes, que á la par que ostentan
Matices primorosos,
— Con que á los campos esmaltar te plugo, —
Le brindan en sus senos virginales
Á la industriosa abeja el grato jugo
Que convierte en dulcísimos panales.

Tú haces, en fin, que la fecunda tierra
—Que tesoros encierra,—
Cumpliendo tus designios soberanos

Brote, cual madre amante,
El pan del hombre en suculentos granos;
Y áun más próvida y rica,
El vino — que restaura y fortifica —
En los racimos de la vid flotante.

Tú haces correr las fuentes
Por los valles umbríos;
Tú señalas el curso de los rios
Regando las campiñas; tú despeñas
En sonoras cascadas los torrentes;
Y hasta del centro de las rudas peñas
Desatas manantiales,
En que apagan su sed los animales.....
Y á cuyo placidísimo murmullo,
Desde su nido, que en la roca esconde,
La enamorada tórtola responde
Con querelloso arrullo.

En lóbregas honduras
El topo sabe procurarse asilo;
Trepa ligero el corzo á las alturas;
Busca albergue tranquilo
La liebre temerosa entre las breñas;
En los ásperos montes el venado;
El cuervo en agujeros de las peñas.....
Y al ejército alado
Le anuncian la estacion de los amores
Bandadas de cigüeñas;
Que ántes que broten las primeras flores
Van á dejar sus nidos
De las ramas del cedro suspendidos.

Cuando la noche espesa
Envuelve al mundo en lúgubres crespones,
Demandando su presa
Se lanzan de sus grutas los leones.....
Mas cuando el alba pura
Se asoma por las puertas del Oriente,
La caterva rugiente

Torna en tropel á su guarida oscura;
Y sin recelo el hombre,
Que al trabajo condenas,
Sale á emprender sus útiles faenas,
Bendiciendo tu nombre.

¡Cómo brilla tu sábia providencia
En tus obras sublimes,
Y cómo el sello de tu gran clemencia
En todas ellas poderoso imprimes!
¡Tú eres, mi Dios, tú erés
El padre universal! Todos los seres
Claman á tí por su alimento, y vano
Nunca fué su clamor. Tú abres la mano,
Y se sacian de bienes
Que para todos preparados tienes.....
Mas si de ellos se aleja tu mirada,
Túrbanse al punto con pavor profundo;
Y si retiras tu hálito fecundo
Se vuelven á la nada.
Que es tu soplo la vida,
Tu voluntad la ley del universo,
Y tu bondad—que del insecto cuida—
Ni áun del hombre perverso,
Que tu poder desconoció, se olvida.

Mas ¡huyan los ingratos!
¡Disípense cual humo los impíos!
Y tú ¡fe santa! con mayores brios,
De la esperanza á los acentos gratos,
Por cuanto alumbra el sol y el mar abarca
Tiende las alas,—con que al cielo subes,—
Clamando: «¡Gloria al inmortal Monarca,
Cuyos agentes son los elementos,
Sus ministros los fúlgidos querubes,
Sus carrozas las nubes,
Sus corceles los vientos!
¡Gloria al Rey de la altura;
Cuyas sagradas huellas
Son millones de estrellas;

La luz su vestidura,
La inmensidad su asiento,
Tarima de sus piés el firmamento,
De su querer el universo hechura!»

EN EL ALBUM
DE LA
BELLA CONDESA DE SAN ANTONIO.

Rayos del sol de Cuba guardan tus ojos,
Perfumes de sus campos tus labios rojos,
Y hay en tu risa
De sus mares ¡oh Antonia! la blanda brisa.

De sus vírgenes bosques los silfos bellos
Juegan áun con los rizos de tus cabellos,
Sus alas leves
Batiendo en torno tuyo cuando te mueves.

Recuerdo, cuando miro tu esbelto talle,
Las palmas que enriquecen tropical valle,
Y oigo en tu acento
De sinsontes ocultos vago concento.

La perla de los mares, la Antilla bella,
—Del cielo de occidente mágica estrella—
Jóven y pura
Te envió á España, cual copia de su hermosura.

LA VUELTA A LA PATRIA.

SALUDO.

¡Perla del mar! ¡Cuba hermosa!
Despues de ausencia tan larga
Que por más de cuatro lustros
Conté sus horas infaustas,
  Torno al fin, torno á pisar
Tus siempre queridas playas,
De júbilo henchido el pecho,
De entusiasmo ardiendo el alma.
  ¡Salud, oh tierra bendita,
Tranquilo eden de mi infancia,
Que encierras tantos recuerdos
De mis sueños de esperanza!
  ¡Salud, salud, nobles hijos
De aquesta mi dulce patria!.....
¡Hermanos, que haceis su gloria!
¡Hermanas, que sois su gala!
  ¡Salud!..... Si afectos profundos
Traducir pueden palabras,
Por los ámbitos queridos
Llevad,—¡brisas perfumadas,
  Que habeis mecido mi cuna
Entre plátanos y palmas!—
Llevad los tiernos saludos
Que á Cuba mi amor consagra.
  Llevadlos por esos campos
Que vuestro soplo embalsama,

Y en cuyo ambiente de vida
Mi corazon se restaura:
  Por esos campos felices,
Que nunca el cierzo maltrata,
Y cuya pompa perenne
Melifluos sinsontes cantan.
  Esos campos do la ceiba
Hasta las nubes levanta
De su copa el verde toldo,
Que grato frescor derrama:
  Donde el cedro y la caoba
Confunden sus grandes ramas,
Y el yarey y el cocotero
Sus lindas pencas enlazan.....
  Donde el naranjo y la piña
Vierten al par su fragancia;
Donde responde sonora
Á vuestros besos la caña;
  Donde ostentan los cafetos
Sus flores de filigrana,
Y sus granos de rubíes
Y sus hojas de esmeraldas.
  Llevadlos por esos bosques
Que jamas el sol traspasa,
Y á cuya sombra poética,
Do refrescais vuestras alas,
  Se escucha en la siesta ardiente
—Cual vago concento de hadas—
La misteriosa armonía
De árboles, pájaros, aguas,
  Que en soledades secretas,
Con ignotas concordancias,
Susurran, trinan, murmuran,
Entre el silencio y la calma.
  Llevadlos por esos montes,
De cuyas vírgenes faldas
Se desprenden mil arroyos
En limpias ondas de plata.
  Llevadlos por los vergeles,
Llevadlos por las sabanas

En cuyo inmenso horizonte
Quiero perder mis miradas.
¡Llevadlos férvidos, puros,
Cual de mi seno se exhalan
—Aunque del labio el acento
A formularlos no alcanza,—
Desde la punta Maisí
Hasta la orilla del Mantua;
Desde el pico de Tarquino
A las costas de Guanaja!
Doquier los oiga ese cielo,
Al que otro ninguno iguala,
Y á cuya luz, de mi mente
Revivir siento la llama:
Doquier los oiga esta tierra
De juventud coronada,
Y á la que el sol de los trópicos
Con rayos de amor abrasa:
Doquier los hijos de Cuba
La voz oigan de esta hermana,
Que vuelve al seno materno
— Despues de ausencia tan larga—
Con el semblante marchito
Por el tiempo y la desgracia,
Mas de gozo henchido el pecho,
De entusiasmo ardiendo el alma.
Pero ¡ah! decidles que en vano
Sus ecos le pido á mi arpa;
Pues sólo del corazon
Los gritos de amor se arrancan.

A LAS CUBANAS (1).

Respiro entre vosotras, ¡oh hermanas mias!
Pasados de la ausencia los largos dias,
Y al blando aliento
De vuestro amor el alma revivir siento.

¡Oh! ¡sí! que en el encanto de vuestros ojos
Treguas logran del pecho crudos enojos,
Cual dulces brisas
Refrescando mi frente vuestras sonrisas.

¡Oh! ¡sí! que en la dulzura de vuestro acento
Parece que se embota todo tormento,
Y al alma herida
Vuestro cariño lleva sávia de vida.

Mi gratitud quisiera por cada halago
Las perlas de ambos mares rendir en pago,
Y áun cuanto encierra
De más hermoso y rico la vasta tierra.

(1) Con estos versos se inauguró un periódico literario que—bajo la direccion de la autora, y teniendo por redactoras várias ilustradas señoras y señoritas cubanas—empezó á ver la luz en la Habana, casi en los mismos dias en que fué coronada solemnemente la directora de él con el lauro de oro, ofrenda de sus compatriotas.

Mas ¡ay! de las que vengo, tierras lejanas,
Sólo una lira traigo, bellas cubanas.....
¡Sólo una lira,
Que al soplo de las auras triste suspira!

El que ántes exhalaba ferviente canto,
Raudales apagaron de acerbo llanto;
Y hoy, cuando vibra,
De postracion gemidos al aire libra.

Así, empero, os la rindo; pues no poseo
Mayor bien en el mundo, mejor trofeo.....
Y acaso áun rotas
Sus cuerdas os respondan con dulces notas.

Quizás en este ambiente de poesía
Para cantaros cobre nueva armonía,
Y al sol de Cuba
—Vuestro amor bendiciendo—su canto suba.

Sí; porque en esta zona de resplandores,
Virtudes misteriosas guardan las flores;
Y el pecho herido
Se siente por su aroma fortalecido.

Sí; porque en esta Antilla, llena de hechizos,
Hay silfos que se mecen en vuestros rizos,
Y á cuyo aliento
Se despliegan las alas del pensamiento.

Sí; porque en esta patria de la hermosura
Se aspiran en los vientos gloria y ventura,
Y hay en sus sones
De amor y de entusiasmo palpitaciones.

¡Oh hijas bellas de Cuba! ¡Oh hermanas mias!
¡Que aquí término el cielo ponga á mis dias,
Y aquí el sonido
Postrero de mi lira vague perdido!

A DIOS.

Proclamen las naciones,
Divulguen cielo y tierra,
Del Dios que adora mi alma
La paternal clemencia.
Levántense á su gloria,
Con resonancia eterna,
De bendicion mil himnos
Que llenen las esferas.
¡Y tú, mi humilde lira,
Vuelve á agitar tus cuerdas,
Y armónicos sonidos
Al vago viento entrega!
Mas ¿quién, ¡Sér inefable!
Quién hay que cantar pueda
De tu poder las obras,
De tu bondad las muestras?
¿Qué mente las valúa,
Qué labio las expresa,
Aunque la fe las mire
Y aunque el amor las sienta?
Tú eres, ¡mi Dios! tú eres
Misericordia inmensa,
Poder inenarrable,
Fidelidad suprema.
Tú eres del triste gozo,
Del desvalido fuerza,
Del moribundo vida,
Del indigente herencia.

Tú eres el firme amigo
Que olvida las ofensas;
Tú eres el tierno padre
Que al pródigo hijo espera.
Tú eres el fiel esposo
Que guarda sus promesas,
Y el buen pastor que corre
Tras la perdida oveja.
¡Oh Rey omnipotente!
Tu resplandor me ciega,
Tu majestad me asombra,
Tu excelsitud me aterra;
Mas de tu amor divino
Me das tan grandes pruebas,
Y tanto á mi alma indigna
Por tu piedad te acercas,
Que olvida hasta tu gloria
Y olvida su miseria.....
Pues sólo amante te halla,
Y sólo á amarte acierta.
Recuerdo que en mis dias
De desventura acerba
Clamé por Tí, y al punto
Viniste á mi defensa.
Tu voz me dió consuelo,
Tu soplo fortaleza,
Y del abismo oscuro
Me levantó tu diestra.
Yo te confié mi causa,
Tú te encargaste de ella,
Y abriste ante mis pasos
Segura y ancha senda.
Sí, que jamas desoyes
Del afligido quejas,
Ni la esperanza burlas,
Ni la humildad desdeñas.
¡Oh Padre de las almas!
Siempre en la mia impresas
Tus célicas bondades
Con tu poder conserva.

Las gracias que hoy te rindo
Postrada á tu presencia,
Mi gratitud repita
Miéntras que aliento tenga;
Y en tanto «¡Gloria!» entonen
Los cielos y la tierra,
Mil himnos de alabanza
Llenando las esferas.
Mas tú, mi pobre lira,
No agites más tus cuerdas.....
Que humilde y silenciosa
Se postre mi cabeza,
Y en lo interior del alma
—Con voz que Él solo entienda—
Del Bienhechor divino
Bendito el nombre sea!

AL LICEO DE LA HABANA,

IMPROVISACION
EN EL ACTO DE RECIBIR LA CORONA DE LAUREL DE ORO CON QUE SE DIGNÓ HONRARME EN ENERO DE 1860.

Si en estos que me dais dulces momentos,
¡Oh ilustres socios del Liceo Habano!
No os revela mis vivos sentimientos
La profunda emocion que oculto en vano,

Romped, romped mi lira, que impotente
Nunca alcanzar sabrá de la armonía
Tonos que os den en vibracion valiente
La voz que al labio el corazon envia.

Enalteciendo, cual alumnos fieles,
De artes y letras á las nobles musas,
Prodigais generosos los laureles
Que en tan bella region vierten profusas;

Y hoy que con uno coronais mi frente,
—Dispensando la prez de la victoria
Al culto que les rindo reverente,—
Suyo el triunfo será, vuestra la gloria.

¡Sólo la gratitud debe ser mia,
Y el alma encierra sus afectos santos.....
Mas ¡oh! dejad que os muestre su energía
Con lágrimas de amor y no con cantos!

A UN COCUYO [1].

Dime, luz misteriosa,
Que ante mis ojos vagas,
Y mi interes despiertas,
Y mi vigilia encantas,

¿Eres quizás del cielo
Lumbrera destronada,
Que por la tierra mísera
Peregrinando pasas?

¿Eres un genio ó silfo
De nuestra vírgen patria,
Que de su jóven vida
Contienes la ígnea savia?

¿Eres de un sér querido
Quizás errante ánima,
Que á demandarme vienes
Recuerdos y plegarias;

O bien fulgente chispa
De las brillantes alas
Con que sostiene al triste
La célica esperanza?

---

(1) Brillante luciérnaga de la zona tórrida.

No sé; mas cuando luces
Hermosa á mis miradas,
De tropicales noches
En la solemne calma,

—Ya exhalacion perdida
Cruces la esfera diáfana,
Ya cual la brisa juegues
Meciéndote en las cañas;

Ya cual diamante puro
Te engastes en las palmas,
Cuyo susurro imitas,
Cuyó verdor esmaltas;—

Paréceme que siento
Revelacion extraña
De místicos amores
Entre tu brillo y mi alma.

Paréceme que existen
Secretas concordancias
Entre el afan que oculto
Y entre el fulgor que exhalas.

¡Oh, pues, lucero ó silfo,
Anima ó genio, lanza
Más vívidos destellos
Miéntras mi voz te canta!

Los sones de mi lira,
Las chispas de tu llama,
Confúndanse y circulen
Por montes y sabanas,

Y suban hasta el cielo
Del campo en la fragancia,
Allá do las estrellas
Simpáticas los llaman.....

¡Allá do el trono asienta
El que comprende y tasa
De toda luz la esencia,
De todo afan la causa!

AL PENDON CASTELLANO [1].

¡Salve, oh pendon ilustre de Castilla,
Que hoy en los muros de Tetuan tremolas,
Y haces llegar á la cubana Antilla
Reflejos de las glorias españolas!
La media luna—que ante tí se humilla,—
Recuerda ya que entre revueltas olas,
De la raza de Agar con hondo espanto,
Se hundió al lucir el astro de Lepanto.

Y esa morisma—de la Europa afrenta—
Que el rugido olvidó de tus leones,
Hoy al golpe cruel—que la escarmienta,—
Forjando en su pavor fieras visiones,
De siete siglos á la luz sangrienta
Juzga que mira alzarse entre blasones,
—Sus turbantes teniendo por alfombras,—
Del Cid, de Alfonso y de Guzman las sombras.

---

(1) Estos versos fueron escritos en la Habana el año de 60, para ser leidos, con otros, en la fiesta cívica y militar con que se solemnizó en la capital de la hermosa Antilla la entrada en Tetuan del ejército español que, capitaneado por el general O'Donnell, emprendió la guerra de Africa; cuyo final resultado no fué desgraciadamente—áun que honorífico para España—tan ventajoso como se esperó por muchos, entre los cuales se contaba sin duda la autora de los versos.

¡Oh! ¡sí! contigo van, por tí pelean
Esos nombres augustos; de su gloria
Los rayos en tus pliegues centellean,
Como fulguran en la hispana historia.
¡Que así triunfantes para siempre sean
Símbolos del honor y la victoria,
La civilizacion mirando ufana,
Que hoy te hospeda Tetuan, Tánger mañana!

EN EL NACIMIENTO
DE LA QUERIDA PRIMOGÉNITA
DE LOS DUQUES DE LA TORRE,
CONDES DE SAN ANTONIO (1).

ROMANCE.

I.

De un vírgen bosque á la sombra,
Que embalsamaban las brisas,
Por sinsontes arrullado
De Cuba el Genio dormia;

Cuando de pronto resuena
Trueno de salva festiva,
Y la voz de la esperanza
—«¡Sacude el sueño!» le grita:

(1) La autora se hace intérprete en este romance del entusiasmo que despertó en el pueblo de Cuba el blando gobierno del capitan general Serrano—conde de San Antonio y despues duque de la Torre—en cuya compañía regresó ella á su patria, y por el cual fué colocado su segundo esposo, el coronel Verdugo, en la tenencia de gobierno de la ciudad de Cárdenas; que desempeñó miéntras permaneció en la isla su ilustre amigo; quien—despues de algunos años de matrimonio sin prole—tuvo la dicha de salir de Cuba padre de una hermosa niña.

«¿No percibes por doquiera
»Mi soplo, que blando anima
»Todas las almas cubanas,
»De cuya esencia eres cifra?»

—«¡Oh sí, Diosa!—exclama el Genio,
Que estremecido palpita:—
»Tus acentos inefables
»Ya nuevo aliento me inspiran,

»Y auguro fausto suceso
»De tu anhelada visita.»
—«Lo aciertas; porque te anuncia
»Que llega, y tus playas pisa,

»El capitan valeroso,
»El ilustrado estadista,
»El caballero sin mancha,
»Honra y prez de Andalucía;

»El que tiene al bien por norte,
»Y á la razon por divisa;
»De todo abuso enemigo,
»Sosten de toda justicia;

»Y á quien la régia corona
—»Hoy á tus votos propicia—
»Con anhelo y confianza
»Tus bellos destinos fia.

»¡Sal! Y en su frente halagüeña
»Verás la ventura escrita
»Que obtendrá bajo su mando
»La reina de las Antillas:

»Pero en cambio de esos bienes,
»Que su bondad garantiza,
»¿Qué galardon tu abundancia
»Al digno prócer destina?»

—«Yo haré que broten afectos
»Doquiera vuelva la vista.»
—«Él trae ¡oh genio! por corte
»Generales simpatías.»

—«Daréle aplausos.—De oirlos
»Ya su modestia se irrita.»
—«Fortuna»—«La tiene honrosa,
»Y otra mayor no codicia.»

—«Coronas de mis palmeras.....»
—«Él de laurel las conquista.»
—«De mis vírgenes hermosas
»Tendrá las dulces sonrisas.»

—«De la reina de las bellas
»Él goza ya las caricias.»
—«¡Oh, pues bien! mi gratitud
»No se ha de dar por vencida,

»Que pague mi noble deuda
—»Con dón de inmensa valía—
»La inmensa fecundidad
»Que mi seno ardiente abriga.

»Reproducida se vea
»La que es del prócer delicia,
»Y que al doméstico hogar
»La paternidad sonria.»

Dice el Genio: la Esperanza
Le aplaude con alto *viva*,
Y la promesa preciosa
Lleva al palacio de prisa.

Se estremece alborozada
La bella Antonia al oirla,
Y los penates, ufanos,
Visten de gala aquel dia.

II.

Entre el júbilo y afan
De la dulce espectativa
Pasan semanas y meses.....
Mas el reloj de la vida

Por fin señala el instante
Que dudas y ánsias termina,
Cumpliendo el voto y promesa
De nuestra fecunda isla.

¡Oh, sí! ¡Ved! Serrano es padre.....
Y al bendecir á su hija,
La patria que le da el cielo
Fuerza es tambien que bendiga.

En tanto el genio de Cuba
Congrega ansioso á las ninfas
Que pueblan de sus dominios
Playas, montes y campiñas.

Con guirnaldas de corales,
De conchas y algas marinas,
Llegando van las neréidas
Que dejan sus olas frias.

Acuden del Almendares
Las voluptuosas ondinas,
Y las esbeltas del Táyaba,
Y las risueñas del Tínima;

Y las que entre perlas y ópalos
Surcan el Macaguanigua;
Y las que del turbio Sagua
Las sonoras ondas rizan;

Y las que sus urnas llenan
Del Cauto en las claras linfas;
Y las que bordan de flores
Del Yumurí las orillas.

Vienen tambien las dríadas,
De hojas de céiba vestidas;
Y las rosadas napeas,
Con sus diademas de espigas.

En pos suya las orcadas
Levantan su frente altiva,
Entre náyades ligeras
Y entre vaporosas sílfidas;

Miéntras Flora con su córte
—Que mil colores matizan—
Llega en su carro de aromas,
Por céfiros conducida.

El genio en plácidas frases
Les da la buena noticia,
Y añade con entusiasmo,
Que á todas se comunica:

—«¡Oh númenes tutelares
»De aquesta tierra magnífica!
»De vuestros dones preciosos
»Tributo digno se rinda

»Á la que—por fausta estrella—
»Flor es de su hermoso clima,
»Y mece su ebúrnea cuna
»Entre cafetos y piñas:

»A la que estrechando lazos
»Que labrarán nuestra dicha,
»Nace cubana, y con Cuba
»Es por su padre bendita.»

Apénas tales palabras
Pronuncia el genio, á porfía
Vé llover ricos presentes
La tierna recien nacida.

—«De mis corales y perlas
»Donacion le hago gratuita:
»Formen las unas sus dientes,
»Los otros sus labios tiñan.»

—»Yo le doy para su aliento
»Fragancia de clavellinas.»
—«Yo el esmalte de la rosa
»Le extenderé en las mejillas.»

—«Con la esbeltez de la palma
»Su lindo talle compita.»
—«De la magnólia la albura
»Sobre su cútis se imprima.»

—«Nosotras, del sol del trópico
»Desprendiendo ardientes chispas,
»De sus ojos las pondrémos
»En las hermosas pupilas.»

—¡Oh! ¡silencio! exclama el genio:
«¿No veis, insensatas ninfas,
»Que cuanto ofreciendo estais,
»La noble y dichosa niña

—»Como herencia de su madre—
»Trajo al entrar en la vida,
»Con altas dotes del alma
»Que la suerte os negó esquiva?»—
. . . .
. . . .

La multitud semiaérea
Conturbada se retira,

Y á formar votos de amor
Su plausible afan limita;

Miéntras yo—que ya orgullosa
De Apolo el plectro exigia—
Tambien quedé cabizbaja,
Repitiéndome á mí misma:

—«¿Qué puede darle á quien nace
»De gracias y encantos rica,
»Con sus himnos desmayados,
»Una musa ya marchita?

»Mandaréle, en frases llanas,
»Cariñosa bienvenida,
»Celebrando de sus padres
»Dentro de mi alma la dicha;

»Que donde está la belleza,
»Allí está la poesía.....
»Y cuando bendice un pueblo,
»Callar bien puede una lira!»

HIMNO

PARA LA INAUGURACION

DE LA GRAN ESTATUA DE CRISTÓBAL COLON

EN CÁRDENAS (1).

Esparcid flores,
Ninfas de Cuba,
Y al cielo suba
Canto marcial;
Pues ya la efigie
Del Almirante
Pisó triunfante
Su pedestal.

La gran frente—que un mundo encerraba—
Del sepulcro levanta ¡oh Colon!
Que hoy la reina del trópico lava
De la suya ominoso borron.

Si en el vasto hemisferio arrancado
Por tu genio al secreto del mar,
Tu alto nombre no está vinculado
Cual la gloria lo supo grabar;

---

(1) La bella estatua levantada al descubridor del Nuevo Mundo en la capital de la jurisdiccion que gobernaba, no fué el solo noble recuerdo que allí dejó el marido de la autora, pues —entre otras mejoras— se le debió tambien la fundacion de un vasto hospital.

Si tu huella en el suelo cubano,
Por extraña y culpable omision,
Cuatro siglos buscaron en vano,
Señalada por digno padron;

Hoy, por fin, de justicia la aurora
Ya en su cielo comienza á lucir.....
¡Hoy la luz que sus campos colora
Ve de gozo los pechos latir!

¡Oh, sí! ¡mira! en tus playas queridas
Se alza un pueblo — nacido de ayer—(1)
Que eterniza esas huellas perdidas,
De su ardor juvenil al poder.

¡Oh, sí! ¡mira! su *fiat* de entusiasmo
— Realizado por arte inmortal —
Hoy te vuelve á tu Cuba, y con pasmo
Te acaricia su sol tropical.

Es la cruz por tu fe levantada
La que brilla, de incienso al traves.....
Es la mar por tu audacia domada
La que besa gimiendo tus piés;

Y á ese aplauso, fatiga del viento,
Que á los ecos no deja dormir,
—Divulgando que al fin monumento
De tu gloria tendrá el porvenir,—

---

(1) La floreciente Cárdenas — una de las más hermosas ciudades de la isla de Cuba — apénas contaba treinta años de su fundacion al levantarse en ella la estatua primera que ha tenido en el suelo americano su inmortal descubridor.

Se alza digna la antigua Española,
Que la sombra materna abjuró,
Y de nuevo la enseña tremola
Que en sus costas tu diestra clavó (1).

Sube, pues, coronada la frente,
Sube ufano al feliz pedestal.....
Nuestro amor te lo brinda ferviente;
Lo saluda el pendon nacional;

Y dos mundos, que llena tu nombre,
Y te deben su próspera union,
Ecos mil volverán ¡grande hombre!
De este pueblo á la fausta ovacion.

Esparcid flores,
Ninfas de Cuba,
Y al cielo suba
Canto marcial;
Pues ya la efigie
Del Almirante
Pisó triunfante
Su pedestal.

---

(1) La autora alude en esta estrofa á la reincorporacion de Santo Domingo á la madre patria, suceso que tuvo lugar en aquellos dias, y que no se juzgó tan efímero y poco afortunado como se vió despues.

LAS SIETE PALABRAS

Y MARÍA AL PIÉ DE LA CRUZ.

Al cielo ofreciendo del mundo el rescate,
Con clavos sujetas las manos divinas,
Ciñendo sus sienes corona de espinas,
Se ostenta en los brazos del leño Jesus.
A diestra y siniestra dos viles ladrones
Reciben la pena que al crímen se debe;
Mas ¡solo en el Justo se ensaña la plebe,
Y está allí la Madre al pié de la Cruz!

La túnica sacra con grita sortean
En frente al suplicio los fieros sayones,
Y el pueblo inconstante con torpes baldones
Denuesta al que ha sido su gloria y salud.
Ya nadie recuerda sus hechos pasmosos,
Del bien — que hizo á todos — cada uno se olvida,
Celebran su muerte, calumnian su vida.....
¡Y está allí la Madre al pié de la Cruz!

«Si Díos es tu Padre» — por mofa le dicen —
«Desciende, y entónces tendrémos creencia.»
Los oye el Cordero con santa paciencia,
Y ya de sus ojos nublada la luz,
Los alza clamando: — *¡Perdónalos, Padre!*
Lo que hacen ignoran, perdónalos pío. —
Con roncas blasfemias responde el gentío,
¡Y está allí la Madre al pié de la Cruz!

Sed tengo,— murmura la Víctima augusta;
Vinagre mezclado con hiel le presentan.....
Sus labios divinos la esponja ensangrientan,
Y rie y se goza la vil multitud.
En tanto del Mártir se hiela la sangre
Cubriendo su frente con nublos espesos.....
Le tiemblan las carnes, le crujen los huesos.....
¡Y está allí la Madre al pié de la Cruz!

—*¡Mujer, ve tu hijo!*— la dice, y señala
En Juan á la prole de Adan delincuente.
—*¡Ahí tienes, oh hombre, tu Madre clemente!*—
Mirando al Apóstol añade Jesus.
Tal es el legado que alcanzan los mismos
Que son de su muerte causantes insanos:
Les da para el cielo derechos de hermanos.....
¡Y está allí la Madre al pié de la Cruz!

Mirando del Cristo la suma clemencia,
De aquel que á su diestra comparte el suplicio
Conmuévese el alma, que el gran sacrificio
Ya en él ejercita su inmensa virtud:
—«De mí no te olvides— le dice— en tu reino.»
Jesus premia al punto su fe meritoria;
— *Conmigo*— responde— *serás en la gloria*.....—
¡Y está allí la Madre al pié de la Cruz!

Mas ¡ay! ya el instante se acerca supremo:
Ya el pecho amoroso con pena respira:
Inclínase el rostro que el ángel admira,
Y eleva la muerte su fiera segur.
—*¡Oh Padre divino! ¿por qué me abandonas?*
La voz espirante pronuncia despacio:
Su queja doliente devora el espacio.....
¡Y está allí la Madre al pié de la Cruz!

—*¡Todo es consumado!*—*Mi espíritu ¡oh Padre! Recibe en tus manos*,— clamó el moribundo.
Retiemblan de pronto los ejes del mundo,
Los cielos se cubren de oscuro capuz,

Se parten las piedras, las tumbas se abren,
Sangriento un cadáver se ve suspendido.....
¡De Adan el linaje ya está redimido!
¡Y áun queda la Madre al pié de la Cruz!

SERENATA DE CUBA,

EN LA NOCHE QUE PRECEDE AL DIA DE MI BELLA Y QUERIDA AMIGA LA EXCMA. SRA. DUQUESA DE LA TORRE, CONDESA DE SAN ANTONIO.

FANTASÍA (1).

POETA.

¡Oh Antilla dichosa! ¿Qué mágicos sones,
Qué luz inefable, qué extraña alegría,
Del cielo destierran los negros crespones,
Prestando á esta noche la pompa del dia?

¿Por qué tan ufana, tan bella la luna
Con faz refulgente comienza su giro,
Y no hay leve sombra que cruce importuna
Su trono esmaltado de plata y zafiro?

¿Por qué de su manto las perlas desprende,
Salpica con ellas del campo las flores,
Y envuelta en aromas la brisa desciende,
Los aires hinchendo de dulces rumores?

¿Por qué los arroyos murmuran süaves,
Sus diáfanas ondas cubriendo de espumas?
¿Porqué canto insólito preludian las aves
De gozo rizando las nítidas plumas?

(1) Esta caprichosa composicion, como algunas otras de las del tercer cuaderno, inédito, fueron escritas en la Habana, donde permaneció la autora con su segundo esposo hasta la muerte de éste.

¿Por qué al ténue soplo de silfos traviesos,
Las palmas suspiran, las cañas se mecen,
Y allá entre el follaje de bosques espesos
Circulan *cocuyos*, que estrellas parecen?

¿Por qué la mar tiende tranquila sus olas
Con ecos que imitan cantar de sirenas,
Y forma cambiantes de luz y aureolas,
Bordando de nácar las limpias arenas?

De mar, cielo y tierra contemplo asombrada
Los nuevos primores, la nueva armonía.....
Respóndeme ¡oh Cuba! ¿qué genio, qué hada
Le presta á la noche la pompa del dia?

VOZ DE CUBA.

¡Escucha! con místicas voces
De extraña dulzura
Te dice natura
Por qué mi hermosura
Se ostenta mayor,
Y visten de espléndida gala
La tierra y el cielo,
Trocando su anhelo,
Del aire en el vuelo,
Suspiros de amor.

VOZ DE LA NOCHE.

Sí, sí, las nieblas tristes
—Por plácido misterio—
Hoy huyen de mi imperio
De Cuba en la region.
¡Escucha! Precursora
De un alba cual ninguna,
Yo alumbro, con mi luna,
De otro astro la ascencion.

VOZ DE LA LUNA.

Brotó esta zona
De ese astro el brillo,
Y aunque me humillo
Su luz al ver,
Como un tributo
Le doy la mia.....
¡De *Antonia* el dia
Va á aparecer!

VOZ DE LAS ESTRELLAS.

Por eso adornan la inmensa bóveda
Nuestros destellos con franjas de oro,
Y estremecidas vertemos pródigas,
De luz cambiantes, de aljófar lloro.

La beldad rara, de nombre eufónico,
Que al suelo alumbra cuando lo huella,
¿No es nuestra hermana? Del cielo tórrido
¿No es la más pura, luciente estrella?

VOZ DE LAS GOTAS DEL ROCÍO.

Para esmaltarnos
Con sus albores
Sobre las flores
Temblar nos ves,
Ansiando en lluvia
De mil diamantes
Rodar brillantes
Bajo sus piés.

VOZ DE LAS FLORES.

En tanto nuestros cálices
Se entreabren virginales;
Perfumes sin iguales
Derraman por doquier;
Que anuncian festejamos
— Cual nunca jubilosas —
La flor de las hermosas
Que Cuba vió nacer.

VOZ DE LOS COCUYOS.

Tambien nosotros, que estrellas
Fuimos de un ignoto cielo,
Y descendimos al suelo
Cuando *ella* el suelo pisó,
Hoy lanzamos con orgullo
El resplandor que te asombra,
Porque abrillante la alfombra
De la tierra en que nació.

VOZ DE LAS AVES.

De mirto entre ramos,
Con tierna alegría,
Su nombre cantamos
Porque es melodía.
¡Antonia!..... ¡Qué blando,
Que ledo sonido!.....
Jamas gorjëandò
De amor en el nido,
Darémos al viento,
Del sol á presencia,
Más grato concento,
Más dulce cadencia,
Más bella cancion.

VOZ DEL BOSQUE.

Por eso aquel nombre en mis huecos
Devuelven los ecos
Con mágico són.

VOZ DE LOS SILFOS.

Por eso en la cañas triscando,
Cual susurro blando
Lo hacemos oir;
Y las palmas, sus pencas moviendo,
Lo están repitiendo
Con lento gemir.

VOZ DE LOS ARROYOS.

Y yo lo escucho, mis ondas rizo,
Murmuro plácido, y me deslizo
De flor en flor.

VOZ DE LA BRISA.

Y yo lo extiendo con raudo giro,
Tierno y süave cual un suspiro
De casto amor.

VOZ DEL MAR.

Y yo lo escribo sobre esa arena,
En la que quiebro, mansa y serena,
Mi olaje azul.

VOZ DE LAS NUBES.

Y en nuestros velos lo levantamos
Hasta el empíreo, que festonamos
De blanco tul.

POETA.

Y yo — que en mi pecho lo guardo esculpido —
Te ruego permitas, duquesa gentil,
Que en tonos de mi arpa dirija á tu oido
Aquese concierto que escucho feliz.

Me asocio á la noche, los astros, las flores,
Las nubes, las aves, los silfos y el mar.....
¡Recibe en los suyos mis pobres loores,
Y cien tiernos votos de fiel amistad!

A JULIA.

EN SU ALBUM.

¿Has visto la blanca aurora
Su faz mostrar en oriente,
Sacudiendo de la frente
Perlas, que el campo atesora,
Miéntras que su luz colora
El cielo, y la tierra ufana
Como novia se engalana,
Sintiendo bajo su huella
Brotar doquier nueva vida?
Pues mira, Julia querida,
Tú eres más bella.

¿Has escuchado el murmullo
Del arroyuelo escondido;
De blanda brisa el gemido
Cuando acaricia el capullo;
De la tórtola el arrullo,
Del ruiseñor los cantares,
El cimbrar de los palmares,
Cuando manso sopla el viento
Bajo el trópico abrasado?.....—
Pues es ¡oh Julia! tu acento
Más regalado.

Y aunque yo amo el alba pura
Que — entre flores — perlas llora,
Y amo la brisa sonora,
Y amo la onda que murmura,
Y amo el canto de ternura
Del insomne ruiseñor,
Y amo el eco gemidor
De la tórtola amorosa,
Y amo el suelo en que nací.....
Sábelo, Julia donosa,
¡Más te amo á tí!

AL NACIMIENTO DEL MESIAS.

HIMNO.

Venite, exultemus Domino.
SALMO 34.

¡Vírgenes de Judá! ¡templad gozosas
Las cítaras suaves,
Y vuestras frentes coronad de rosas!
¡Canten himnos las aves
De insólita dulzura;
Bramen de gozo montaraces brutos;
Conmueva el mar su líquida llanura;
Sus más preciosos frutos
Las plantas y los árboles ostenten;
Rindan doquier aromas,
Las yerbas y las flores;
Que las ondas se argenten
De toda fuente ó rio;
Que se cubran los llanos y las lomas
De risueños verdores
Burlando el soplo del invierno frio;
Que arrullen las palomas
Con ecos gemidores
Desde el bosque sombrío,
Mansion de sus tiernísimos amores;
Que en caprichosos giros
— Besando el seno de fragantes rosas —
Las auras vagarosas

Imiten de placer dulces suspiros;
Que se pueblen los aires de armonías;
Y que la tierra toda,
—Vuelta al vigor de sus primeros dias,—
Como vírgen galana
Que festeja su boda,
De su pompa y beldad se ostente ufana;
Miéntras los puros rayos matinales
Esmaltan de oro y de zafir y grana
Los atrios celestiales!
Disipando las sombras de la muerte,
Luce por fin el astro de alegría
Que un siglo al otro siglo prometia,
Y que hoy en gloria nuestro afan convierte.....
¡Cantemos al Dios fuerte!
¡Cantemos la salud que nos envia!

¡Resuenen los salterios
Con ecos jubilosos,
Y trompas y clarines
Divulgen los misterios
Que adoran silenciosos
Celestes querubines!

¡De cien generaciones
Se cumple la esperanza
Con rabia del infierno,
Y á todas las regiones
La luz divina alcanza
Con su fulgor eterno!

¡Belen! ¡ciudad dichosa!
No ya, como solias,
Te humilles á ninguna;
Pues tú guardas gloriosa
Del celestial Mesías
La sacrosanta cuna.

¡Corred, corred, naciones!
¡Venid, remotas gentes,
Con júbilo profundo,
Y al són de bendiciones
Postremos nuestras frentes
Al Redentor del Mundo!

A VISTA DEL NIÁGARA.

¡Oh Sér omnipotente,
De cuya diestra soberana un juego
Es la que admiro excelsa maravilla,
Permite que á la voz de ese torrente
—Que por primera vez á escuchar llego—
Mi acento asocie bendicion sencilla;
Miéntras con llanto religioso riego
Del hondo abismo la escarpada orilla!

Y tú ¡sublime Niágara! perdona
Si con himno triunfal no te saluda
Mi tosca lira, que el cipres corona (1).
¿Por que la suerte cruda
Quiso cumpliera tarde
Mi vivo afan de verme á tu presencia?
¿Por qué mi corazon—do ya no arde
Del entusiasmo juvenil la llama—
Herido, á más, por perdurable ausencia
De cuanto amó en el mundo,
Se conmueve ante tí, mas no se inflama
Del estro antiguo en el ardor fecundo?.....

¡Ay! ¡Cuántas veces venturosa al lado
Del noble compañero de mi vida

---

(1) La autora visitó los Estados-Unidos seis meses despues de haber perdido á su segundo esposo en la Habana.

— Que polvo es hoy en el sepulcro helado —
Las horas olvidaba, embebecida
En el grato proyecto y la esperanza
De visitarte juntos! ¡Con qué anhelo
— Mirando aquel instante en lontananza —
Del tiempo ansiaba apresurar el vuelo.....
Miéntras harto veloz él me traia
De doliente viudez lúgubre dia!

En vano, pues, en vano
De un vate triste admiracion merece
Esta naturaleza prodigiosa,
Que de la eterna mano
Siempre acabada de salir parece,
Vírgen agreste, gigantesca, hermosa.....
En vano á la viajera solitaria
Que contempla tu curso ¡inmenso rio!
Le haces alarde de grandeza vária;
Y ora te aduermes mudo en el estrecho
Profundísimo lecho,
Donde tu esmalte de verdor sombrío
Ni áun á mover se atreve
Fugaz el aura con su aliento leve;
Ora te ensanchas límpido, murmuras
Rizando las corrientes cristalinas,
Que festona la luz con aureolas;
Ora las linfas puras
Revuelves bullidor, te arremolinas,
Y semejante al mar encrespas olas,
Que se persiguen sacudiendo espumas;
Hasta que al fin terrible te desatas,
Y al trueno de asordantes cataratas
Llenas los aires de perennes brumas.

¿Por qué no calma mi amargura extrema
Tan grandioso espectáculo?..... El sol mismo,
Ciñéndole del íris la diadema,
Reviste de magníficos cambiantes
El inmenso raudal, que huye al abismo

Derrumbándose en ondas de diamantes (1).
Y luégo, si las sombras de la noche
A esclarecer con mágicos destellos
Sale la luna en argentado coche,
¡Qué visos tan fantásticos y bellos
En los cristales líquidos undulan,
Bosquejando primores
De tan ténues colores
Que lucen, crecen, cambian y se anulan,
Sin que la mente á definirlos llegue!.....
¡Qué augusta majestad!..... ¡Cuánta belleza
En cielo y noche, campos y raudales,
Que hacen que el alma, á su pesar, se entregue
—Con vaguedad de mística tristeza—
A ensueños de venturas ideales!.....

¡Oh! si la esquiva musa,
Que al desaliento su favor rehusa,
Por un instante me otorgára ahora
Del gran vate de Cuba el plectro ardiente!.....
Si cual él, á tu voz inspiradora
Sentir pudiera ¡Niágara! mi mente
De súbito agitada
Por aquel *dón divino, que ensañada*
Me robó del dolor la mano impía (2),
¡Cómo tambien mi poderoso canto
—Rival del suyo—ufana elevaria!.....
Mas ¡ay! con triste llanto
—Que no con digna emulacion de gloria—
Le toca responder al pecho herido
De tu cantor ilustre á la memoria.....
Pues tambien, sí, tambien enmudecido
Fué por la muerte el varonil acento
Que en estas mismas márgenes, un dia

---

(1) Se calcula en noventa millones de toneladas las aguas que arrojan cada hora las cataratas del Niágara, las cuales sirven de escape, digámoslo así, á una inundacion que cubre 150.000 millas cuadradas.
(2) Palabras de Heredia en su canto al Niágara.

—Dominando un pesar como el que siento—
Supo dichoso eternizar tu nombre
En fastos de la egregia poesía.....
¡Tal es la extraña condicion del hombre,
Que — bajo ley contínua de mudanza —
Pasa, cual humo que disipa el viento;
Pero á extender alcanza
Con un eco inmortal su pensamiento!

Del voraz tiempo en rápidos turbiones,
Cual tus fugaces ondas, desparecen
—En sucesion sin fin—generaciones.....
Sólo se libran, sólo permanecen
Sobre el abismo donde todo se hunde,
Las nobles obras en que el genio humano
—Forma feliz prestando á las ideas—
Graba su sello y poderoso infunde
De la belleza el soplo soberano.
Así, ¡Niágara! así que eterno seas
—Como en la tierra te hizo el Sumo Artista—
Hará en su canto el trovador cubano.....
Miéntras yo humilde—al apartar la vista
De tu hermosura—admiro otro portento,
Del humano poder gran monumento (1).

¡Salve, oh aéreo, indescribible puente,
Obra del hombre, que emular procuras
La obra de Dios, junto á la cuál te ostentas!
¡Salve, signo valiente
Del progreso industrial, cuyas alturas
—A las que suben las naciones lentas—
Domina como rey el jóven pueblo
Que ayer naciente en sus robustos brazos
Tomó la libertad, y que hoy pujante
De la marcha comun salta los plazos,
Y asombra al mundo, que lo ve gigante!

---

(1) El célebre puente tubular sobre el rio San Lorenzo, á que se refiere la autora, fué construido algunos años ántes de su visita.

¡Feliz aquel que debe á la fortuna
Tener en la region privilegiada,
Que tan tarde conozco, alegre cuna!
¡Féliz quien de la vida en la alborada
— Cuando el cansancio al corazon no oprime,
Y se le siente palpitar ufano
Al contemplar lo bello y lo sublime,—
Tu ambiente aspira, ¡oh pueblo americano!
Que si tienes — cantando tu grandeza —
Prodigios como el Niágara en el suelo,
Para ostentarte en superior alteza
Cimentarte supiste instituciones
Que el genio liberal como modelo
Presente con orgullo á las naciones!

SOLEDAD DEL ALMA (1).

MELOPEA.

A MI QUERIDA Y HERMOSA AMIGA
LA SEÑORITA DOÑA ROSARIO DE LORA Y CASTRO.

Huyeron veloces — cual nubes que el viento arrebata —
Los breves momentos de dicha que el cielo me dió.....
¿Por qué mi existencia, ya inútil, su curso dilata,
Si el término ansiado á su espalda perdido dejó?

¿Qué resta, ¡ay! qué resta de tanta ferviente esperanza?...
¿Qué resta de tanto inefable contínuo anhelar?.....
¡Recuerdo infecundo, cadáver que apénas alcanza
Galvánica fuerza por solo un minuto á agitar!

La flor delicada — que apénas existe una aurora —
Tal vez largo tiempo al ambiente le deja su olor.....
Mas ¡ay! que del alma las flores, que un dia atesora,
Muriendo marchitas no dejan perfume en redor.

La luz esplendente del astro fecundo del dia,
Se apaga, y sus huellas áun forman hermoso arrebol.....
Mas ¡ay! cuando al alma le llega su noche sombría,
¿Qué guarda del fuego sagrado que ha sido su sol?

---

(1) Estos versos, escritos para Melopea, fueron arreglados á música y recitados al piano por la bella persona á quien están dedicados.

Se rompe, gastada, la cuerda del arpa armoniosa,
Y áun su eco difunde en los aires fugaz vibracion.....
Mas ¡todo es silencio profundo, de muerte espantosa,
Si da un pecho amante el postrero tristísimo són!

Sale la aurora risueña, de flores vestida,
Dándole al cielo y al campo variado color;
Todo se anima sintiendo brotar nueva vida,
Cantan las aves, y el aura suspira de amor.

Llega la tarde, de místico encanto colmada;
Triste acaricia los campos la luz al morir;
Busca el rebaño en silencio su dulce majada;
Tornan las aves, pïando, su nido á cubrir.

Luégo la noche solemne su manto despliega;
Bordan estrellas lucientes la etérea region;
Todo hace pausa..... la vida su impulso sosiega.....
Reina en el mundo tranquilo feliz inaccion.

Mas nada, ni noche, ni aurora, ni tarde indecisa,
Cambian del alma desierta la lúgubre faz.....
A ella no llegan crepúsculo, aroma ni brisa.....
A ella no brindan las sombras ensueños de paz.

Vista los campos de flores gentil primavera,
Doren las mieses los besos del cielo estival,
Pámpanos ornen de otoño la faz placentera,
Lance el invierno brumoso su aliento glacial,

Siempre perdidas — vagando en su estéril desierto —
Siempre abrumadas del peso de vil nulidad,
Gimen las almas do el fuego de amor está muerto.....
¡Nada hay que pueble ó anime su gran soledad!

Á LA CÉLEBRE CANTATRIZ
SEÑORA ANA DE LA GRANGE,

EN LA REPRESENTACION DE LA OPERA *SAFO*, QUE LA MERECIÓ CORONAS DEL PÚBLICO SEVILLANO.

Funesto es el genio: lo dice la historia
De aquella de Lésbos cantora inmortal.....
¡No pudo su lira, no pudo su gloria
Vencer los influjos de estrella fatal!

La envidia de abrojos sembró su camino;
La hirió la calumnia con ciego furor;
Matóla el desprecio de un hombre mezquino,
Que áun vive en sus cantos sublimes de amor.

Mas hoy—por decreto de excelsa justicia,
Que al génio y la gloria resuelve vengar—
Del arte por magia y en hora propicia
Devuelven á SAFO las olas del mar.

¡Miradla!..... ¡Su frente, que el estro ilumina,
Jamas tan hermosa y augusta se alzó!.....
¡Silencio, que nunca su voz peregrina
Dolores acerbos tan dulce cantó!

¡Es ella! ¡no hay duda! Celeste armonía
—Que al alma enajena—circula doquier.....
¡Todo es entusiasmo, todo es poesía,
Todo es verdadero del arte al poder!

Sí, ¡*donna* sublime! de Lésbos la musa
Por tí torna al mundo con suerte mejor;
Pues ya ningun pecho rendirle rehusa
Ferviente homenaje de aprecio y de amor.

¡Y no á Grecia envidie Sevilla — que ahora
Te aplaude en su escena con tal frenesí —
Que si ella produjo la egregia cantora,
La reina del Bétis corónala en tí.

A DIOS.

SONETO (1).

¿No es delirio, Señor? Tú, el absoluto
En belleza, poder, inteligencia;
Tú, de quien es la perfeccion esencia
Y la felicidad santo atributo;
Tú, á mí—que nazco y muero como el bruto—
Tú, á mí—que el mal recibo por herencia—
Tú, á mí—precario sér, cuya impotencia
Sólo estéril dolor tiene por fruto.....
¿Tú me buscas ¡oh Dios! Tú el amor mio
Te dignas aceptar como victoria
Ganada por tu amor á mi albedrío?.....
¡Sí! no es delirio; que á la humilde escoria,
Digno es de tu supremo poderío
Hacer capaz de acrecentar tu gloria!

---

(1) El presente soneto, así como várias otras de las composiciones religiosas que se encuentran en el volúmen de estas poesías, figuran tambien en el *Devocionario* publicado por la autora, el año de 1867, en la ciudad de Sevilla, donde reside actualmente.

CANTO TRIUNFAL.

Á LA RESURRECCION DEL SEÑOR.

Sangrienta lid sostuvo temeraria
La muerte con la vida,
Y—¡oh prodigio estupendo!—
Logró la muerte herir á su contraria,
Mas ella fué la que quedó vencida,
Su guadaña rompiendo!

Ya no más, ya no más la estirpe humana
Será del monstruo herencia;
Pues de saber se ufana
Que está en la Cruz la ciencia
De hacer por siempre su victoria vana.

¡Cierra, tumba, tu abismo!
¡La diadema ilusoria
Depon, muerte cruel!—Tu golpe mismo,
Dándote injusta, criminal victoria,
Nuestro yugo rompió, rompió tu cetro.....
Y ese *Aleluya*, que doquier retumba,
Ya al universo redimido advierte,
Que eres entrada de los cielos, ¡tumba!
Que eres ministro de la vida, ¡muerte!

¡Mirad, mirad cuán rico de esplendores
Luce este grande y jubiloso dia!
Alfombras mil de flores,
Que ostentan sus matices á porfía,
Bajo los piés del Vencedor divino
Perfumes dan á su triunfal camino.

¡Venid, gentes, venid! Bajo la enseña
De nuestro Rey glorioso,
Al són de arpa halagüeña,
Con acento armonioso
Víctores demos á su triunfo eterno,
Para mengua y espanto del infierno.

¡Venid, venid, naciones;
Que ya funda su imperio
De uno al otro hemisferio
—Entre aplausos y alegres bendiciones—
Aquel que á impulsos de su amor fecundo
Venció á la muerte, renovando al mundo.

Tú solo, solo eres
Fuerte, grande y sublime, Señor mio!
¡Tú solo, cuando quieres,
Triunfas á tu albedrío
De toda fuerza y todo poderío!

«Siéntate á mi derecha»,
El Señor Dios á mi Señor le dijo:
«Tú eres mi único Hijo,
»Y alfombra de tus plantas será hecha
»La turba descreida,
»Que al rechazarte rechazó la vida.

»Tú eres uno conmigo,
»¡Oh vencedor valiente!
»Y no existe enemigo
»Que resista tu brazo omnipotente;
»Pues cual Melchisedech—que pan y vino
»Me ofreció reverente—
»Por el órden divino
» Pontífice serás eternamente.»

¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Batan palmas
Los pueblos este dia,
Y dígnese el Señor en nuestras almas
—Que hoy le rinden tributo de alegría—
Establecer su santa monarquía!

A LA ASCENSION.

HIMNO.

Hierven y brotan en el alma mia
Sublimes pensamientos,
Y á tí consagro ¡oh Rey! en este dia
De mi arpa los acentos.

A tí los himnos de alabanza canto
Con inspirado tono:
¡A tí, que te alzas con el cetro santo
Sobre inmutable trono!

¡Escuchad, pueblos! ¡Atended, naciones
De uno y otro hemisferio,
Palpitando de amor los corazones
Ante un grande misterio!

Celebró el hombre pacto con la muerte,
Más ya está cancelado;
Y á la diestra de Dios se sienta el Fuerte,
Que cayendo ha triunfado.

Ceñido del laurel de la victoria,
—¡Que el empíreo se asombre!—
Se alza monarca eterno de la gloria
Quien murió como hombre.

¿Por qué áun mirais la nube refulgente,
Varones galileos?
¡Ya admira el cielo de su Rey, presente,
Los gloriosos trofeos!

¡Cantemos del Señor la obra estupenda
Que confunde al abismo,
Y que nos abre venturosa senda
Para llegar á Él mismo!

¡Cantemos al Monarca augusto y santo
Con regocijo inmenso,
Para que llegue al cielo nuestro canto
Como nube de incienso!

¡Oh luz divina! ¡oh célica alegría!
¡Oh insólitos portentos!.....
¡Hierven y brotan en el alma mia
Sublimes pensamientos!

AL SANTO ESPÍRITU.

CÁNTICO.

(IMITACION DE UN HIMNO EN LATIN.)

¡Vén, oh Santo Espíritu,
Raudal de agua viva,
De amor llama activa,
Fuente de verdad!
¡Vén, oh gran Paráclito!
De inefables dones
Nuestros corazones
Colme tu bondad.

Su impureza íntima
Tu crisol depure,
Sus heridas cure
Tu divina uncion:
Con tu luz benéfica
Vista el ciego cobre,
Y enriquezca al pobre
De tu gracia el dón.

Fertiliza al árido,
¡Celestial rocío!
Haz arder al frio,
¡Fuego abrasador!

¡Vén, huésped vivífico!
Corazon no exista
Que al poder resista
De tu inmenso amor,

Y del orbe en ámbitos,
Que tu soplo llene,
Sin cesar resuene
Con feliz clamor:
—¡Gloria al Padre Altísimo!
¡Gloria al Hijo Eterno!
¡Gloria á tí, oh Superno
Santificador!—

DEDICACION DE LA LIRA A DIOS.

COMPOSICION
INSPIRADA POR UNA BELLA INVOCACION DE LAMARTINE.

Tú, que le dices á la hojosa rama
¡Susurra! — *¡Muge y gime!* al mar bravío;
¡Silba! al rudo Aquilon; *¡murmura!* al rio;
¡Suspira! al aura, y al torrente *¡brama!*

Tú, que le das dulcísona garganta
Al pajarillo que saluda al dia,
Y le enseñas patética armonía
Al que en la noche sus amores canta:

Tú, que al alma tambien prestas acento
Que hasta tu trono remontarse anhela,
Y que más alto tu poder revela
Que las voces del mar, torrente y viento:

De esa gran facultad que tiene nombre
De *Gracia* allá de donde ardiente emana;
De ese dón celestial, luz sobrehumana,
Que *Genio* llama en su lenguaje el hombre.....

Tú solo, sólo tú, ¡Sér de los seres!
Sabes la esencia, y los misterios sabes.....
De esta lira inmortal los sones graves
Sólo pueden brotar cuando Tú quieres.

Sólo á tu voz el mundanal ruido
Se vuelve en ella armónico concento;
Sólo á tu luz descubre el pensamiento
En cada eco fugaz hondo sentido.

Naturaleza en inefables sones
Tu nombre anuncia, tu bondad proclama,
Y esas bellezas, con que al genio inflama,
Son de tu amor benéficas lecciones.

Él las entiende: su oblacion te envia
Con ígneas alas al dosel superno,
Y eso que llama el mundo *poesía*
Es de tu nombre ¡oh Dios! un eco eterno.

Mas ¿dó hallar formas su entusiasmo santo?
¿Qué expresion digna de tan alto anhelo?
Para tal fuego la palabra es hielo;
Para tal melodía es rudo el canto.

¿Qué importa, empero, á la inspirada mente,
De su idea encontrar débil sonido,
Si comprende el silencio aquel oido
Que halla en cada emocion himno elocuente?

¿Qué le importa á la lira, que desprende
Del alma un són, se extienda poco ó mucho,
Si ántes que ella lo exhale yo lo escucho;
Si ántes que yo lo escuche Dios lo entiende?

¡Oh Autor del genio, divino!
Su destino
Sólo es mostrar tu poder;
Que Tú á este polvo que piensa
Das la inmensa
Revelacion de tu sér.

Soy un gusano del suelo
Cuyo anhelo
Se alza á tu eterna beldad;

Soy una sombra que pasa,
Mas se abrasa
Ardiendo en sed de verdad.

Soy hoja que el viento lleva,
Pero eleva
A Tí un susurro de amor.....
Soy una vida prestada,
Que en su nada
Tu infinito ama, Señor!

Soy un perenne deseo,
Y en Tí veo
Mi objeto digno, inmortal:
Soy una inquieta esperanza
Que en Tí alcanza
Su complemento final.

Perdona si en mi error ciego,
Con el fuego
De los bardos de Israel,
Osé encender torpe pira,
Y á la lira
Ceñir profano laurel.

Perdona si de tus dones
Mis pasiones
Trocaron el alto fin,
Marchitando santas flores
Con vapores
De este mundano festin;

Y si el incienso sagrado,
Destinado
Sólo, mi Dios, á tu altar,
En aras de deidad vana
Llegué, insana,
Alguna vez á quemar.

Perdona si los sonidos
Despedidos
Del arpa del corazon,
Pidieron al vulgo necio
Bajo precio
De su elevada ambicion;

Y si la bella armonía
Que debia
Buscar su autor inmortal,
Lanzó el alma—en su locura—
Por la impura
Atmósfera mundanal.

Borra, Tú, borra de la mente mia,
De aquel delirio la tenaz memoria,
Y sea ya mi eterna poesía
El himno santo de tu eterna gloria.

Sea mi vida un acto reverente,
Un éxtasis de amor mi alto destino,
Y cada aliento de mi pecho ardiente
Un holocausto á tu poder divino.

¡Liras del alma, remontad las voces!
¡Llenad la tierra! ¡fatigad los vientos!
¡Que surquen el espacio ecos veloces!
¡Que se hinchen las esferas de concentos!

De la noche entre sombras, entre albores
De alba, vuele vuestro aplauso eterno;
Envuelto en los aromas de las flores;
Flotando con las nubes del invierno.

¡Corra en el huracan; zumbe en el trueno;
Gire en las olas de la mar bravía;
Llene del universo el ancho seno;
Pase en su vuelo al luminar del dia!

¡No hay más que Dios! ¡Tu fuerza es ilusoria
Si te apartas de Dios, genio del hombre!
Tu nombre ensalza el preludiar su nombre;
Tu gloria existe en proclamar su gloria.

¡Y Tú, que este anhelar del alma entiendes,
Y en quien su alta ambicion reposo alcanza,
Hoy, que en sublime fe mi pecho enciendes,
Préstale alas de fuego á mi esperanza!

¡Pueda tus huellas adorar de hinojos;
Pueda entrever las orlas de tu manto.....
Y un rayo hiera de tu luz mis ojos,
Y un soplo aspire de tu aliento santo!

AL NOMBRE DE JESUS.

SONETO.

Es grata al caminante en noche fria
La alegre llama del hogar caliente:
Grata al que corre bajo sol ardiente
La fresca sombra de arboleda umbría:
Grato, como dulcísima armonía,
Para el sediento el ruido de la fuente,
Y grato respirar en libre ambiente
Para quien sale de mazmorra impía.
Es grata, en fin, la lluvia al campesino;
Grata al guerrero belicosa fama;
Y grato el natal suelo al peregrino:
Pero más que aire, sombra, fuente, llama,
Lluvia, patria, laurel, ¡Jesus divino!
Tu nombre es grato al corazon que te ama.

ÍNDICE.

Páginas.

POESÍAS.

Páginas.

Páginas.

FÉ DE ERRATAS.

Página.	*Línea.*	*Dice.*	*Debe decir.*
90	4	la juventud — cuando riente—	la juventud cuando — riente —
115	10	Orðon.	Orion
116	29	seno líquidos.	seno líquido.
166	23	envidiado.	envidiado
211	30	tú solo, amor, ...	tu solo amor,
232	36	La divina piedad, ...	La divina piedad
254	8	sacudes, ...	sacudes
257	3 de la nota	ante.	ántes
260	1	las vergeles.	los vergeles
266	2 del título	Lamatine.	Lamartine
281	1	se alza un grito en las montañas	en las montañas se alza un grito
281	16	Entre monte peñascos. , . . .	Entre montes, peñascos
283	10	sobre de ellas.	encima de ellas.
306	7	le envaneció.	lo envaneció

JR

